Adolph Knigge

De cómo tratar con las personas

Traducción, introducción y selección de textos de José Rafael Hernández Arias

«Cuantos más criados tengamos, peor servidos seremos».



arpa

Adolph Knigge

De cómo tratar con las personas

Traducción, introducción y selección de textos de José Rafael Hernández Arias

«Cuantos más criados tengamos, peor servidos seremos».



arpa

Adolph Knigge

De cómo tratar con las personas

Traducción, introducción y selección de textos de José Rafael Hernández Arias

«Cuantos más criados tengamos, peor servidos seremos».



arpa

De cómo tratar

con las personas

ADOLPH FREIHERR KNIGGE

De cómo tratar con las personas

TRADUCCIÓN DE J. RAFAEL HERNÁNDEZ ARIAS

arpa editores

Título original:

Über den Umgang mit Menchen

© de la traducción: José Rafael Fernández Arias, 2016

© del estudio introductorio: José Rafael Fernández Arias, 2016

© de esta edición: Arpa y Alfil Editores, S. L.

Déu i Mata, 127, 1er – 08029 Barcelona

www.arpaeditores.com

Primera edición: febrero de 2016

E-ISBN: 978-84-16601-14-1

Depósito legal: B.548-2016

Diseño de cubierta: Estudi Purpurink

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación

puede ser reproducida, almacenada
o transmitida por ningún medio
sin permiso del editor.

ÍNDICE

Estudio preliminar de J. Rafael Fernández Arias

PARTE PRIMERA

Introducción

Capítulo primero

Observaciones y reglas generales sobre el trato entre los seres humanos

Capítulo segundo

Sobre el trato con uno mismo

Capítulo tercero

Sobre el trato con personas de diferentes temperamentos y disposiciones de ánimo

PARTE SEGUNDA

Introducción

Capítulo primero

Del trato entre personas de distinta edad

Capítulo segundo

Del trato entre padres, hijos y pariente

Capítulo tercero

Del trato entre cónyuges

Capítulo cuarto

Del trato con y entre enamorados

Capítulo quinto

Sobre el trato con las mujeres

Capítulo sexto

Sobre el trato entre amigos

Capítulo séptimo

Sobre el trato entre señores y sirvientes

Capítulo octavo

Comportamiento con los caseros, los vecinos y otros que viven con nosotros en la misma casa

Capítulo noveno

Sobre la relación entre el anfitrión y el huésped

Capítulo décimo

Sobre el comportamiento con personas en situaciones especiales

Capítulo undécimo

Sobre el comportamiento con gente en situaciones especiales

Capítulo duodécimo

Sobre el comportamiento en distintas ocasiones de la vida

PARTE TERCERA

Introducción

Capítulo primero

Sobre el trato con los grandes de la tierra, con príncipes, aristócratas y ricos

Capítulo segundo

Sobre el trato con la gente humilde

Capítulo tercero

Sobre el trato con cortesanos

Capítulo cuarto

Sobre el trato con eclesiásticos

Capítulo quinto

Sobre el trato con académicos y artistas

Capítulo sexto

Sobre el trato con personas de diversas profesiones en la vida civil

Capítulo séptimo

Sobre el trato con personas de toda índole de formas de vida y de oficios

Capítulo octavo

Sobre las sociedades secretas y el trato con miembros de las mismas

Capítulo noveno

Sobre el modo de tratar a los animales

Capítulo décimo

Sobre la relación entre autor y lector

Capítulo undécimo

Conclusión

ESTUDIO PRELIMINAR

No creo que en el mundo de habla hispana el nombre de Adolph Freiherr Knigge sea muy conocido o despierte alguna asociación; su obra más importante y divulgada, la que aquí presentamos bajo el título De cómo tratar con las personas, ya hace tiempo que ha sido traducida a todas las lenguas principales y se ha integrado en el acervo cultural europeo, pero en España ha estado inédita hasta el momento presente. En Alemania, donde transcurrió la vida de su autor entre 1752 y 1796, ha alcanzado el rango de clásico y su popularidad ha sido ininterrumpida desde 1788, año en que se dio a la estampa; más aún, el nombre de Knigge se ha convertido en una muletilla para designar cualquier tratado o manual que contenga reglas sobre cómo comportarse en las relaciones humanas o de cómo proceder en distintos ámbitos. Hay, por ejemplo, "Knigges" de perros, sobre cómo tratarlos o educarlos; "Knigges" de clientes, de gatos, de buenas maneras, de éxito social, de cómo hacerse millonario y un largo etcétera.

Con libros tan populares como el de Knigge suele ocurrir, sin embargo, que terminan por desligarse de su contexto y de las intenciones del autor, y acaban por convertirse en un mero estereotipo que no tiene absolutamente nada que ver con el contenido original de la obra. En el caso de De cómo tratar con las personas, su fama ha ido acompañada de un malentendido muy difundido, pero también comprensible, ya que desde la misma muerte del autor, en una época (como lo es también la nuestra) en que la propiedad intelectual se pisoteaba sin consideración alguna, se sacaron numerosas ediciones espurias y fraudulentas, en las que el texto se mutilaba salvajemente, se alteraba o se ampliaba con añadidos ajenos al espíritu de la obra, o faltos de tono o de armonía con ella. Del libro de Knigge se quiso hacer un mero manual de buenos modales, con objeto de aumentar sus ventas

aprovechándose del nombre del autor, ya omnipresente en la sociedad alemana, en la que circulaba como un emblema. La estrategia surtió efecto pero despistó a muchos lectores. Así pues, quien tenga este libro en sus manos que no se llame a engaño, no es un manual al uso de buenos modales, de etiqueta, de protocolo o del arte de conversar, sino que, como especificaba en el mismo título la traducción inglesa, efectuada poco después de su publicación en Alemania, se entendía como una contribución a la filosofía práctica de la vida, a ese género del pensamiento que se ocupa fundamentalmente de los problemas que resultan de la coexistencia humana, y que cuenta con representantes tan prestigiosos como Aristóteles, Cicerón, Séneca, Baltasar de Castiglione, Gracián, Lord Chesterfield o Schopenhauer.

La crítica se ha estado preguntando durante el último siglo a qué ha podido deberse la inusitada difusión de esta obra en la sociedad alemana. Su éxito, en efecto, fue inmediato. En el mismo año de su publicación apareció ya la segunda edición, y las siguientes ediciones se sucedieron en los años 1790, 1792 y 1796. Hasta el año 1922 se lanzaron al mercado veinte ediciones del original (legales), y no tardaron tampoco en sucederse las traducciones: al holandés, danés, húngaro, inglés, sueco, italiano, ruso, polaco, checo, y al francés (la más tardía, en 1992). Parece evidente que Knigge supo captar algo que estaba en el aire, la quintaesencia de un espíritu del tiempo que favoreció su acogida en amplias capas de la población. Entre sus virtudes se destacó la de revalorizar la idea del decoro para una sociedad nueva en plena irrupción, para el hombre moderno en sentido estricto, orientándole en las relaciones sociales sin renunciar por ello a los saberes transmitidos. Su ética social consiste en una síntesis lograda de sus antecesores en este ámbito, adaptada al pensamiento ilustrado del siglo XVIII, y con un destinatario principal, la clase media, cuyos valores comenzaban a imponerse. Su ideal se puede resumir en una sociedad armónica a través de un código comunicativo inspirado por el humanismo, la razón y la urbanidad. Estos parecen haber sido los rasgos más sobresalientes que han contribuido a un éxito inusitado, aunque con un paréntesis

significativo: el periodo nacionalsocialista. A lo que añadiríamos que muchos de los principios en los que basa sus consejos y deducciones pertenecen a un núcleo objetivo y universal susceptible de ser actualizado una y otra vez, de acuerdo con las circunstancias históricas, y que se vuelve tanto más imperativo cuanto más se degradan las formas y se impone la barbarie, la vulgaridad, la ordinariez y la incultura.

Pero detrás de una obra tan famosa se esconde un hombre original, y decimos que se esconde porque su personalidad y su vida parecen haber sido devoradas por la única obra que ha quedado en la memoria de la mayoría de los lectores modernos. Adolph Freiherr Knigge fue un hombre sumamente interesante, cuando no por la sustancia de su amplia obra, consistente en piezas teatrales, novelas y libros de viajes, de calidad muy desigual, sí al menos por haber vivido inmerso en las corrientes intelectuales de su tiempo, absorbiéndolas y reaccionando ante ellas, de modo que el estudio de su biografía aporta sin duda claves fundamentales para comprender su época y las motivaciones de sus protagonistas. Lo más notorio en su trayectoria vital fue, a todas luces, la relación que sostuvo primero con la masonería y, a continuación, con la Orden de los Iluminados, en la cual ocupó durante un breve periodo de tiempo un puesto de gran importancia, supeditado exclusivamente al fundador de la Orden. Sus aspiraciones cortesanas también le procuraron la experiencia necesaria para escribir De cómo tratar con las personas, experiencia que desembocó en su huida de la Corte y en el rechazo de las sociedades secretas como medio para fomentar el progreso y la felicidad. Miembro por nacimiento de la nobleza, se vio obligado a trabajar para vivir e, influido por la Revolución francesa, decidió prescindir del "von" en su apellido. Desde luego merece la pena que nos acerquemos con algo más de detenimiento a las vicisitudes de su existencia, porque en ellas se pueden discernir algunos motivos que le indujeron a escribir el libro aquí traducido.

EL CIUDADANO BARÓN KNIGGE

El Barón von Knigge, nuestro autor, descendía de un noble linaje cuya historia familiar se puede rastrear sin dificultad hasta el año 1135. Su padre, Philipp Carl Freiherr von Knigge, tomó, sin embargo, una serie de decisiones algo inhabituales para un noble de la época, como fue la de estudiar en la universidad y recibir un título "burgués", el de doctor en Derecho; y se dedicó principalmente, además de a ejercer las funciones jurisdiccionales propias de su condición, a cuidar de sus tierras y propiedades, por más que entre sus antepasados preponderaran militares de gran audacia y fortaleza física, que se habían paseado por los escenarios bélicos de toda Europa. Pero por su carácter y constitución no cabe duda de que era un digno descendiente de su linaje.

Grande fue su decepción, por consiguiente, cuando el 16 de octubre de 1752, le nació en su hacienda Bredenbeck, próxima a Hannover, un niño de complexión débil y delicada. Y como no tuvo ningún reparo en declarar abiertamente su desilusión con el aspecto enfermizo de la criatura, tanto más motivo creyó encontrar su madre, Louise Wilhelmine, que era sobrina de su marido, al ser hija de un primo suyo, para dedicarle más atenciones y mimarlo en exceso, mientras el padre se dedicaba a tiranizarlo descontento con el aspecto externo del que iba a ser su único hijo varón. Pese a todo, le procuró, guiado por un sentido de la responsabilidad de raíces ilustradas, una educación ejemplar.

Knigge vivió durante su infancia en una gran casa con todas las comodidades de la época para un miembro de la nobleza. Fue testigo, asimismo, de los conciliábulos masónicos en los que participaba su progenitor y probablemente asistiera a sus experimentos alquímicos, tan de moda por aquellos años entre las clases privilegiadas. Nada hacía pensar que tras esa fachada de dignidad señorial se estaba acumulando una montaña de deudas de

unas dimensiones difíciles de abarcar. Su madre falleció cuando su hijo contaba once años, su padre cinco años más tarde, y fue entonces cuando salió a la luz la catástrofe financiera de los Knigge. Ingo Hermann, uno de los biógrafos del escritor alemán, ha calculado que esa deuda podría haber equivalido a unos cinco millones de euros actuales. No hace falta decir que una vez fallecido el padre, los acreedores no perdieron tiempo en lanzarse sobre la herencia, como consecuencia de lo cual se embargaron todas sus propiedades y aquellas que aún eran rentables se pusieron bajo un administrador. En cualquier caso, Knigge recibió una pequeña asignación decretada por el juez que cubriera sus estudios y sus necesidades existenciales.

El 23 de octubre de 1769 Knigge se matriculó en la facultad de Derecho de Gotinga y poco después inició también el estudio de la rama financiero-administrativa. A la sazón, Knigge era un joven emprendedor, alegre e ingenioso, con gran talento para la conversación y para entretener a los demás. Es posible que la decisión de estudiar una carrera universitaria procediera del padre, cuya mentalidad ilustrada influiría en el hijo, pero en cualquier caso la situación financiera desastrosa le obligaba a dar ese paso. En tiempos de Knigge, de toda la población estudiantil universitaria sólo un once por ciento pertenecía a la nobleza. Durante la carrera cultivará sus inquietudes intelectuales y encontrará a sus dos autores preferidos, Rousseau, en detrimento de Voltaire, y Laurence Sterne, que dejaron profundas huellas a lo largo de toda su obra. De Laurence Sterne le atrajo su conocimiento de la naturaleza humana y su ironía; de Rousseau, su defensa de una nobleza anímica y no de nacimiento, la crítica del despotismo y una concepción de la libertad entendida como autodeterminación. Pero una cosa son los ideales y otra la realidad. Knigge tenía aspiraciones, era un hombre ambicioso, quería prosperar, ascender en la escala social e influir en su entorno, no tanto por ganas de medrar como por la posibilidad de contribuir al progreso y a la felicidad de sus congéneres. Para lograr esto, se propuso seguir una carrera en la corte. Gracias a ciertos apoyos, consiguió un puesto, incluso antes de terminar la carrera, en la corte

de Federico II de Hessen-Kassel, un pequeño soberano que hacía su agosto alquilando soldados allá donde se necesitaran, ya fuera a los ingleses para combatir a los rebeldes independentistas americanos, o a otros soberanos europeos, sin importarle que sus soldados lucharan al mismo tiempo en bandos enfrentados.

Así pues, Knigge se sintió afortunado cuando el 19 de marzo de 1771 entró en la corte en calidad de "Hofjunker" y tres días después se le nombró asesor de la cámara de guerra y dominio público. Como no había terminado la carrera, se le concedió unas vacaciones con ese objeto, debiéndose incorporar a su puesto en un año y medio. Pero por mucho que brillaran las apariencias, el asunto tenía un manco, y es que el cargo apenas estaba dotado. En la corte, y como noble, no podía aspirar a cobrar un salario, al contrario, el cargo era en esencia honorífico y, al serle inherente la obligación de mantener un nivel de vida elevado, solía terminar costando dinero.

¿Qué tipo de relaciones se daban en una corte alemana de aquella época? La influencia francesa era determinante. El cortesano hacía gala de unos modales artificiales, su trato era superficial y la apariencia lo era todo, mientras que estaba mal vista la sinceridad, la franqueza y la espontaneidad, cualidades que suponían una infracción imperdonable de las reglas del juego social. Desde un principio, Knigge no se sintió a gusto en ese mundo de las apariencias; no obstante, sus ambiciones y esperanzas seguían motivándole y contaba con unas aptitudes muy apropiadas para la corte: tenía ingenio, sabía agradar, era creativo y podía ser muy trabajador. Su faceta bromista, sin embargo, le comenzó a crear enemigos, y es posible que una de sus payasadas, soportadas con humor por el soberano, fuese la culpable de un incidente de serias consecuencias. Corrió el rumor de que una de las damas de la soberana acostumbraba quitarse discretamente los zapatos mientras comía, tal vez porque le apretaban demasiado. Knigge, al descubrirlo, se confabuló con un criado y éste se agachó y sin que nadie lo notara, tomó uno de los zapatos de la dama y se lo llevó. Es fácil figurarse la confusión de la pobre joven cuando terminó la

comida y no lograba encontrar uno de los zapatos. Knigge entonces hizo entrar al criado con el zapato en una bandeja y entregárselo a la joven, que lo recibió completamente ruborizada por la vergüenza. Al parecer, esta broma no le sentó nada bien a la esposa de Federico II, eso de ver cómo ponían en evidencia a una de sus damas clamaba venganza. Y así, un día en que vio a Knigge hablando a solas con dicha dama, de nombre Henriette von Baumbach, se dirigió a todos los presentes y exclamó que había visto tantas veces juntos a Henriette y al Barón von Knigge que sólo cabía esperar que las intenciones de este último fueran serias. Y sin mediar palabra anunció el matrimonio de los dos, sentencia inapelable en una corte absolutista.

Así pues, Knigge y Henriette no tuvieron más remedio que contraer matrimonio, si bien hay que tener en cuenta que en aquella época, entre nobles, el sagrado vínculo se consideraba ante todo una relación contractual. Por lo que sabemos, la pareja, aunque tuvo por fruto una hija, Philippine, no debió de ser muy feliz. La familia de Henriette supo que había hecho un mal partido, a causa del endeudamiento que pesaba sobre la herencia del Barón, y sus inquietudes intelectuales y compromisos masónicos tampoco contribuyeron a mejorar la situación.

Entretanto, la laboriosidad y competencia de Knigge comenzaron a ofrecer resultados y fue nombrado codirector de la fábrica de tabacos del principado. Pero pronto iba a ser víctima de las intrigas de la corte. Entre el soberano y su esposa se había abierto una brecha de recelo, suspicacia y sospechas, de modo que el Barón, obligado en la práctica a involucrarse en los enredos, terminó por perder la confianza de su soberano. Hastiado y ofendido por el desenlace, decidió abandonar la corte.

Debemos abordar ahora una faceta en la vida de Knigge esencial para comprender su personalidad, nos referimos a su afiliación a la masonería y a su interés por las sociedades secretas. Consciente de que la pertenencia a esa fraternidad era fundamental para ascender

en la corte, no tardó en hacerse miembro de la logia local. Por aquel entonces la masonería era un fenómeno relativamente joven. Procedente de Inglaterra, se había instaurado en Alemania en los años 30 del siglo XVIII. Sea cual fuere su origen: las antiguas academias filosóficas, los cabalistas medievales, comunidades asirias, caldeas o egipcias, los misterios eleusinos o el culto a Mitra, o lo que es más probable, los gremios de canteros medievales, con sus jerarquías, rituales, reglas, costumbres y secretos, lo cierto es que tuvo un éxito inmediato y captó a intelectuales y miembros de la nobleza, incluyendo a soberanos. Es probable que para Knigge estuviera en primer plano la fraternidad entre sus miembros, el apoyo mutuo y la solidaridad, pero tampoco se puede negar que se sentía atraído por el elemento misterioso, por los secretos que supuestamente albergaba y que, según se decía, habían sido heredados de la Orden de los Templarios. Como él mismo expresó con posterioridad, su entusiasmo por todo lo misterioso no conocía límites, y lo más incomprensible le parecía lo más venerable. En la última fase de su vida hablará de esta obsesión por sociedades y órdenes secretas como de una enfermedad de su época.

Knigge no se conformaba con medias tintas, así que se adhirió a una rama, denominada de la estricta observancia, fundada por el Reichsfreiherr von Hund, y que cultivaba con especial unción la parafernalia templaria. Sus aspiraciones, en una persona ambiciosa como él, consistían en ir subiendo los distintos escalafones para poder influir en la orientación de la logia, y tampoco ocultaba sus pensamientos para reformarla. No tardó en recibir un jarro de agua fría. Su deseo de alcanzar los grados superiores de la logia se vio obstaculizado por impedimentos continuos, y cuando dio a entender con toda claridad que no sólo ambicionaba esos grados, sino que era su derecho obtenerlos, la respuesta que recibió no dejaba lugar a dudas: los gerifaltes se negaron a admitirle y a revelarle los secretos porque no era ni acaudalado ni influyente. No pudo sentirse más humillado y ofendido.

A finales de marzo de 1775 Knigge presentó su dimisión al landgrave de Hessen-Kassel, y ese mismo verano se retiró con su familia a una propiedad en Nentesshausen, perteneciente a su suegra. Allí se dedicó a proseguir sus estudios y a escribir obras de teatro. Pero la necesidad de encontrar una fuente de ingresos se hizo acuciante. Admirador del rey de Prusia, Federico II, de tendencias ilustradas, decidió escribirle solicitando un puesto en su Administración. El mismo rey, sin embargo, rechazó la solicitud en una carta de su puño y letra, alegando que tenía que dar prioridad a sus súbditos. Intentó asimismo recuperar las propiedades paternas, que llevaban ya más de nueve años en manos de los acreedores, pero todo fue en vano. A continuación, dirigió sus esperanzas al Ducado de Sajonia-Weimar-Eisenach, que se estaba convirtiendo en un foco cultural y donde residía Goethe, pero salvo un título honorífico no consiguió nada. Así que, frustrado con sus fracasos, volvió a apostar, pese a la previa decepción, por las sociedades secretas, ya que en ellas presuponía a hombres como él, interesados en el progreso y en la Ilustración y dispuestos a trabajar honradamente en pro del género humano. Esta vez se sintió atraído por la Orden de Rosacruz, fraternidad cuyo origen se atribuía a un personaje semilegendario, Christian Rosencreuz, nacido en 1378, que supuestamente tuvo acceso a una serie de misterios orientales durante su peregrinación a Jerusalén. A su regreso a Europa fundó una fraternidad mística que pretendía regresar a las virtudes del cristianismo primitivo, acogiendo, no obstante, rituales y elementos cabalísticos y alquimistas. Lo más extraño es que esta orden contradecía palmariamente los ideales del joven Knigge, ya que se caracterizaba por emplear la magia, por principios teosóficos, y por ser sus miembros decididos enemigos de la Ilustración. Esto indica hasta qué punto estaba ofuscado Knigge por la desesperada búsqueda de saberes secretos y por la revelación de misterios gnósticos.

La Orden de Rosacruz, por lo demás, fue protagonista de un escándalo mayúsculo, que afectó a su logia central de Berlín, y que se produjo algo después de que Knigge se separara de la Orden. Siguiendo la moda del momento, el mismo rey Federico Guillermo II

fue admitido en esa logia e iniciado en los misterios de la fraternidad. En ésta llevaban la voz cantante el ministro prusiano Johann Christian Wöllner y el general Rudolf von Bischoffwerder, quienes lograron acaparar la influencia sobre el rey. Wöllner llegó incluso a afirmar, con objeto de impresionar al resto de los miembros, que podía conjurar los espíritus de Marco Aurelio y de Leibniz. Se les acusó de estafa y charlatanería, y los responsables no pudieron sino admitir que la fuerza motriz de todo el asunto había sido la de ocupar el poder político y ejercerlo. Para colmo de males, tanto Wöllner como el general se embarcaron en una guerra subrepticia contra la masonería y para ello no dudaron en unirse a los jesuitas, considerados por aquellas latitudes como la quintaesencia de la perversidad y la astucia.

A la sazón había muchos intelectuales alemanes que eran miembros o simpatizantes de las logias masónicas. Uno de ellos era Lessing, a quien Knigge admiraba, y con quien inició una correspondencia. Preguntado por su opinión acerca de la masonería, el autor de Natán el sabio y de Emilia Galotti le respondió que para él los masones tendrían que ser una suerte de comunidad liberal orientada a fomentar el progreso de la sociedad. Una jerarquía institucionalizada, en cambio, que mediante una conciencia elitista buscase la separación de la masa, sólo podía errar el blanco. El respeto que Knigge tenía por Lessing le obligó a adoptar un enfoque más diferenciado, pero no le curó la enfermedad, como se verá más adelante.

A los treinta años el Barón von Knigge se encontraba en una encrucijada. Por sus experiencias pasadas, y por sus ideales ilustrados, había decidido renunciar a la vida cortesana y a una carrera administrativa, y como no podía encontrar otra opción, resolvió vivir de la pluma como autor libre e independiente, esto es, ganarse la vida, siendo noble, con un oficio burgués, lo cual suponía tácitamente renunciar a todos sus privilegios. Su primera medida fue ofrecer su colaboración a Christop Friedrich Nicolai, famoso autor y editor en aquellos tiempos, quien le dio el visto bueno para que

enviara sus reseñas a la "Allgemeinen deutschen Bibliothek", donde, durante los siguientes diecisiete años, aparecerán 1265 reseñas suyas. El paso que dio Knigge representaba, en cierta manera, un hito sociológico, pues fue uno de los primeros representantes de ese gremio de escritores profesionales que escriben para vivir y que tienen que orientarse por los gustos del público. El historiador de la cultura Egon Friedell atribuye a este aspecto la falta de originalidad y de cualidades estilísticas de su obra en general, ya que todos los autores que escriben sólo para agradar comparten la misma suerte: al poco tiempo se vuelven mortalmente aburridos. Egon Friedell, no obstante, exceptúa su libro De cómo tratar con las personas, al que testimonia un gran refinamiento en su ejecución. En las dos últimas décadas han salido defensores de Knigge para los cuales su obra se ha de concebir dentro del por entonces incipiente género publicista, que buscaba ganarse adeptos y secuaces entre el público, divulgando principios morales y políticos afines al espíritu del tiempo.

Su primera obra, titulada Roman meines Lebens [Novela de mi vida], gozó de un éxito considerable y le fortaleció en sus intenciones de seguir ganándose la vida con el oficio de escritor. Pero una vez más se vio dominado por la obsesión de las sociedades secretas. Esta vez se dejó convencer y reclutar por una persona que le visitó, bajo el pseudónimo de Marchese Constanzo, para unirse a la Orden de los Iluminados. Esta Orden se había fundado en el año 1776, se trataba, por lo tanto, de una joven sociedad en la que, si se esforzaba, podía llegar lejos e incluso ocupar algún puesto influyente. La idea de Knigge seguía siendo que sólo a través de estas fraternidades secretas se podía reformar la sociedad, y en realidad esas organizaciones eran lo más parecido que podía haber a un partido político; hay historiadores, en efecto, que creen ver en ellas el origen de los partidos políticos actuales, y esta era la única posibilidad de que un hombre como Knigge pudiera influir en la realidad política de su tiempo.

La Orden de los Iluminados, sin embargo, estaba lejos de ser un modelo de pensamiento ilustrado. Fundada por Adam Weishaupt,

oculto tras el pseudónimo de Spartacus, catedrático de derecho canónico y filosofía práctica en la universidad bávara de Ingolstadt, había desarrollado ya una serie de rituales y ceremonias que sospechosamente recordaban a las liturgias y ejercicios de los jesuitas. Y es que Weishaupt había realizado sus estudios en un colegio de esta orden religiosa, y con posterioridad se había convertido en un enemigo encarnizado de los discípulos de San Ignacio. Así pues, decidió fundar su fraternidad inspirándose en los métodos y estrategias jesuíticos, e incluso creyó poder superarlos en astucia y éxito social. Para ello exigía de todo miembro que jurara obediencia y fidelidad absolutas. Diseñó un sistema de vigilancia que le permitía conocer qué pensaban los miembros de la Orden. Impuso un ambiente conspirativo en el que no se podía conocer la identidad de los miembros de la cúpula. Su posición era similar a la de un General de la Orden de los Jesuitas, y su modo de ejercer el poder era decididamente autoritario y despótico.

Knigge, cegado por las posibilidades que, a su parecer, ofrecía la Orden, se volcó en la organización y fue sumando competencias hasta convertirse en una suerte de gerente para toda Alemania. Su actividad incansable y su compromiso no parecían conocer límites, llegando a poner él mismo dinero de su bolsillo, aun cuando sus dificultades económicas eran notorias. Se dio cuenta de que si seguía ascendiendo en la Orden podía llegar a una posición que le permitiera imponer sus propias ideas y metas. Pero Spartacus, aparte de elogiar su entusiasmo y su capacidad, se mostraba reacio a permitirle el acceso a los grados superiores. Para distraerle, le encargó que elaborara un sistema completo para la Orden y un plan que permitiera absorber a los distintos grupos masónicos que, por entonces, se encontraban en una aguda crisis. Philo, que era el nombre adoptado por Knigge, se puso manos a la obra, mientras Spartacus, receloso ya por la ambición y las aptitudes de su subordinado, comenzaba a hablar mal de él frente a terceros y a criticar su labor, sospechando a un rival dentro de su propia Orden. No sólo eso, terminó por confesar claramente a sus más allegados

que había perdido por completo la confianza en su infatigable colaborador.

Knigge, consciente de merecer por su trabajo un mejor trato –al fin y a la postre había reclutado a unas quinientas personas–, insistió en conocer la identidad de Spartacus y que se le revelaran los secretos de la Orden, sin caer en la cuenta de que no había secreto alguno que revelar. Al menos consiguió la entrevista con el fundador. Pero todo comenzó a complicarse. Una de las personas a las que consiguió convencer para unirse a la Orden, protagonizó un ascenso fulgurante y su influencia se extendió entre numerosos miembros. Hablamos de Christian Bode, escritor, traductor, editor y consejero en Weimar, que logró ganar para la Orden a personalidades como Goethe, Herder, el Príncipe Augusto de Sajonia o el Duque Carlos Augusto de Sajonia-Weimar-Eisenach, y que no tardó en alcanzar una notable reputación. Bode también quería reformar las estructuras de la fraternidad, eliminar la obediencia absoluta y los elementos despóticos, pero se encontró con la resistencia tenaz del fundador, quien no estaba dispuesto a ceder ni un ápice de su poder. Ahora bien, cuando la relación entre Knigge y Spartacus se hizo insostenible, Bode se puso de parte del fundador y entre los dos decidieron expulsar a Knigge de la Orden, con la excusa de haber actuado éste con imprudencia y haber cambiado de mentalidad. Así pues, incapaz de imponer su voluntad, Knigge no tuvo otro remedio que abandonar la Orden de los Iluminados.

Esta experiencia le abrió definitivamente los ojos acerca del mundo de las sociedades secretas y quedó escarmentado. Se mudó a Heidelberg, donde se dedicó a seguir escribiendo sus novelas, a componer varias sonatas y sinfonías, e incluso alguna misa para los benedictinos de la ciudad, cuya iglesia, según testimonios de su hija, gustaba de visitar. Entre los años 1783-1785 aparece su novela La historia de Peter Claussen. Con objeto de poder vivir de sus escasos ingresos y de aprovechar el tiempo, entre horas dedicadas al trabajo, a la lectura, a la correspondencia, a su diario y las visitas, se somete a un plan riguroso con una disciplina rayana en la

pedantería. Pese a todo, no encontró la seguridad económica que necesitaba, así que decidió trasladarse de nuevo a Hannover para seguir luchando por su herencia. Allí, en 1790, terminará la traducción de las Confesiones de Rousseau y comenzará la obra que le daría la fama inmortal: De cómo tratar con las personas. Pero ni sus esfuerzos lograban algo en el asunto de su herencia, ni su situación se estabilizaba; todo lo contrario, comenzó a empeorar más, si cabe, debido a su frágil salud. Enterado de una plaza vacante en Bremen, como "Oberhauptmann", una suerte de supervisor estatal de los intereses hannoverianos, optó a ella y la obtuvo. Así que el Barón, a sus 38 años, ocupó su plaza en la ciudad nórdica que al menos le proporcionaba unos ingresos seguros aunque modestos.

Sus últimos años, sin embargo, se iban a ver alterados por el acontecimiento de la Revolución francesa y por su actitud claramente favorable a sus principios, que defenderá en agrias polémicas. Sobre este aspecto en la vida de Knigge se han producido varios malentendidos. Es cierto que Knigge, como muchos otros intelectuales alemanes de su tiempo, recibió con agrado, incluso con entusiasmo, los primeros brotes revolucionarios en el país vecino; la mayoría de dichos intelectuales, sin embargo, se mostraron tanto más críticos con la llegada del Terror. Knigge se mantuvo fiel a los principios revolucionarios hasta el final, lo que le hizo sospechoso de jacobinismo y le puso en el punto de mira de la policía. Ahora bien, la posición diferenciada y moderada de Knigge, en una época marcada por la tensión, el miedo a un contagio revolucionario, y el recelo, difícilmente habría podido evitar ser objeto de una aviesa tergiversación y ser encasillada en los moldes polarizadores de la época. Knigge sostuvo que la Revolución había sido la consecuencia lógica de una serie de fases, predecibles en su causalidad, por las cuales una forma de gobierno se vuelve inservible y ya no es aceptada por el pueblo. Si el gobierno hubiese tomado las medidas adecuadas a tiempo y se hubiese ganado al pueblo para sus reformas, no se habría producido ningún cambio violento de régimen. Las revoluciones son inevitables en aquellos

gobiernos que actúan sin principios firmes o según principios inmorales o crueles. Estaba convencido de que en Alemania no había motivos ni para temer ni para desear una revolución, siempre que los distintos gobiernos no impidieran la Ilustración y avanzaran a su paso, y emplearan los medios para mantener el orden en consonancia con el espíritu del tiempo. En otros textos se declaraba partidario de una monarquía constitucional.

En cualquier caso, su actividad política le trajo en sus últimos años sinsabores, polémicas sin cuento e incluso procesos judiciales. Estuvo bajo estrecha vigilancia policial, aunque por su salud, seriamente afectada, poco podía emprender. Falleció en Bremen el 6 de mayo de 1796. Sus restos mortales descansan en la catedral de esta ciudad.

LOS PRECEDENTES

Hemos comentado anteriormente que el libro de Knigge pertenece a un género de rancio abolengo, el de la filosofía práctica de la vida o, más acorde con nuestros tiempos, de ética social, y supone en cierta medida el punto culminante de todo un desarrollo histórico por su pericia a la hora de elaborar y sintetizar los distintos estratos de una larga tradición. Uno de los alicientes de la obra del autor alemán es precisamente la de haber logrado asimilar y resumir con un enfoque original y moderno todo ese bagaje intelectual, y no haber caído, como muchos manuales de etiqueta o de cortesía, en el elogio de la moda del momento, por lo cual hoy sólo pueden reclamar, a lo sumo, un interés puramente histórico. Es cierto que la obra de Knigge también posee muchos elementos condicionados por su época, por ejemplo la manera en que considera el papel social desempeñado por la mujer, pero estos pasajes se pueden soslayar con el grado de abstracción inherente a su pensamiento, y hoy

cualquier mujer puede beneficiarse de los consejos de Knigge por más que éstos en un principio tuvieran como único destinatario al hombre. Por otro lado, gracias a ese mismo grado de abstracción y universalidad, Knigge pudo adelantarse a su tiempo en otros aspectos, por ejemplo en sus disquisiciones acerca de cómo tratar a los animales.

Los inicios medievales

No cabe duda de que la obra del Barón aspiraba a influir en sus coetáneos y de que, por lo tanto, la escribió con un espíritu plenamente moderno. No obstante, los sedimentos que se distinguen en De cómo tratar con las personas se remontan a la Antigüedad griega, a la Ética a Nicómaco de Aristóteles; a las corrientes de pensamiento estoicas y epicúreas. Del mundo romano, se perciben reminiscencias procedentes de las obras de Cicerón y de un tal Catón, que habían ido inspirando los tratados y manuales de este género durante muchos siglos. En la Edad Media se comenzó a elaborar este material heredado y a fundirlo con las virtudes cristianas, lo que dio lugar a los primeros tratados medievales sobre etiquetas de palacio y ceremoniales de la corte. En el siglo XII se llega a un punto de inflexión en Europa, bajo el liderazgo de Francia, en el que se seculariza una esfera del trato social, y surgen una serie de reglas caballerescas con aspiración universal, aunque reducidas a un círculo muy restringido. El caballero medieval se convierte en un modelo, pero dentro de un círculo segregado del resto, marcando claramente las diferencias con los demás estamentos sociales. Así, el caballero medieval se exige a sí mismo el cumplimiento de un código de valores estricto y riguroso. Curiosamente, este proceso se vio impulsado por la mujer con la intención de ennoblecer, refinar y suavizar las maneras del guerrero bárbaro y tosco. Este fenómeno se repetirá con frecuencia, en muchas ocasiones será la mujer la

iniciadora de un refinamiento de las costumbres, y en aquellos periodos en que la mujer se vulgariza, se embrutece, se torna ordinaria u hombruna, será un síntoma de la decadencia cultural de la sociedad. En esta época se difunden asimismo los Chastiements, libros de cumplidos y de cómo conversar con las damas de la Corte.

Como polo opuesto al caballero se consideraba al villano, acepción que para un noble suponía el mayor insulto, y por el que se entendía a aquel que no correspondía a las exigencias de la sociedad, al que, por vivir apartado y tener poco trato con la gente, era de condición muy rústica y desapacible. Sebastián de Covarrubias, en su Tesoro de la lengua castellana, aún recoge este sentido y sitúa al villano como estado opuesto al del hidalgo. En el refranero español se perpetúa esta diferenciación que designa asimismo una superioridad moral del caballero, de ahí que la muerte a manos de villanos, que mataban a palos y a pedradas sin mostrar ninguna piedad, fuera el mayor mal que le podía acontecer a un noble. Recordemos el famoso proverbio o maldición "Villanos te maten, Alfonso", que aparece en el Cantar del Cid.

En la Edad Media la forma y el contenido se condicionan mutuamente, ya que el conocimiento y el saber aún poseen un carácter simbólico. Se necesitaban, en consecuencia, tratados que explicasen los modos de proceder y de actuar en sociedad, coreografías ceremoniales a las que habían de someterse, sobre todo porque el individuo tal y como lo conocemos hoy, con sus fines propios, no existía, el caballero tenía que corresponder al ideal, a un código ético, así es como se ganaba el reconocimiento de la sociedad en que vivía, y no destacando por alguna cualidad individual extravagante como la del genio, o desentonando para llamar la atención. A esto se debe la proliferación en aquella época de tratados que contenían innumerables reglas acerca de los aspectos más variados: los modales, la compostura, el empleo de las armas, la equitación, la cetrería, etc. Todo estaba regulado hasta el detalle más nimio. Así se deduce de los tratados de un Thomasin de Zirclaere, quien se inspiró en la Disciplina clericalis (1115) de Petrus

Alfonsi para definir la "courteoisie" como el modo de vida adecuado al caballero y la cual se revela tanto en las bellas costumbres como en la moralidad y en la formación del espíritu. A esto se añade el componente estoico cristianizado, el dominio de las pasiones, el ideal armónico del equilibrio y de la medida. El refinamiento de la vida cortesana, y la ambición por triunfar en la corte, dan pie al primer tratado con reglas para imponerse en esos círculos. Así, el trovador provenzal Garin lo Brun (lat. Garis Bruni, † 1156/1162) define la cortesía como el arte de agradar, para lo cual a veces será necesario adaptarse a las aficiones, mentalidades e inclinaciones de las personas con las que se trata. Lo importante es obtener aquí una ventaja personal que favorezca el ascenso social. Esta índole de recomendaciones constituye, no obstante, una excepción en la Edad Media, y habrá que esperar hasta el siglo XVII para que se generalicen.

A finales del siglo XIII y comienzos del XIV se inicia la lenta decadencia de la caballería medieval debido a la descomposición de sus valores, ya que a través de resquicios, propiciados por las flaquezas humanas, se infiltran otros intereses, vicios y méritos procedentes de estamentos inferiores que terminan por resquebrajar sus ideales y códigos de conducta. Se produce una popularización de la cultura, sobre todo en las urbes, y el ascenso de una burguesía aún sin cultivar da prioridad a los goces sensuales, extendiéndose los vicios de la gula, del lujo desmesurado o la embriaguez. El lenguaje simbólico anterior pierde su significado o se olvida y el ceremonial cortesano se convierte en un puro formalismo. La mujer experimenta una degradación social, al volverse ella misma grosera y ordinaria, e impera una desmoralización incapaz de forjar ningún ideal social. Este proceso de descomposición llega hasta finales del siglo XV, y durante su duración se pondrá de moda un género de obras en las que se censuran los modales y las infracciones de las buenas costumbres, surgiendo asimismo obras específicas sobre las reglas de comportamiento en la mesa, en las que se intenta educar al burgués o al plebeyo, el cual a la hora de dedicarse a los placeres culinarios dejaba de lado cualquier prurito dictado por las reglas más

elementales del decoro. En la sociedad domina un egoísmo crudo, y el caballero, en vez de intentar marcar las distancias, imita al plebeyo en sus costumbres. En lo que se refiere a los modales en la mesa, de los que ya se habla en el Antiguo Testamento, en el libro Eclesiástico (31, 32), se acude a los Dicta o Disticha de Catón, un compendio de máximas morales del siglo IV cuyo autor es objeto de disputa, y que se empleó como orientación en las costumbres desde el siglo XI. Su difusión en la Edad Media fue extraordinaria. Con el tiempo sufrió toda índole de añadidos y ampliaciones hasta formar auténticos tratados. Erasmo publicó una edición comentada; hasta el siglo XIX se empleó para la enseñanza del latín, y fue ni más ni menos que Benjamin Franklin quien tradujo la obrita al inglés en 1735. Otro modelo de imitación fueron las novelas, sobre todo las francesas, por ejemplo el Roman de la Rose; en Inglaterra, Chaucer también fue una referencia en este ámbito.

Se difunde asimismo el grobianismo, género en el cual se describen toda índole de indecencias, obscenidades y malas maneras con objeto de, mediante la exageración satírica, ejercer una influencia reformadora. El autor alemán Sebastian Brant, en el capítulo 72 de su Nave de los locos, pone en la picota todos los vicios de la sociedad de su tiempo, e introduce a un San Grobián, el santo patrón de todos los groseros y brutos. En el capítulo 110ª de la misma obra aporta una descripción detallada de la descortesía y la zafiedad. El protagonista es el "grobián", un tipo astuto y egoísta que siempre busca su propio interés y satisfacer sus inclinaciones hedonistas. En la obra Gargantúa, de François Rabelais, se llega al punto álgido del género literario del grobianismo.

El cortesano de Castiglione

El Renacimiento es el siglo italiano por antonomasia en lo que se refiere a la vida social. A finales del siglo XIV comienza a producirse una adaptación de las costumbres medievales para ir modificándolas y creando nuevas formas, de modo que en los círculos aristocráticos italianos se produce una reelaboración y ampliación de las normas sociales que no puede sino desembocar en la creación de un nuevo ideal, de un nuevo tipo humano de perfección, el cual, a diferencia de la Edad Media, surge del cultivo de la personalidad y busca alcanzar el grado de una individualidad erigida en obra de arte. Como ha destacado Barbara Zaehle, al hombre social moderno ya no le basta con evitar todo lo escandaloso o indecente, comportarse de la manera menos desagradable posible, sino que aspira a mostrar su personalidad en todo su esplendor mediante el empleo de todas las fuerzas y capacidades del espíritu, del cuerpo y del alma. La obra que mejor quintaesencia esta época en el ámbito que tratamos es Il libro del cortegiano, de Baldessare Castiglione, magistral tratado en forma de diálogo cuya influencia ha gravitado hasta el momento presente, siendo el libro más influyente de la historia en este género literario.

El ideal de Castiglione vuelve a recurrir a la virtud aristocrática y a la perfección anímica como factores necesarios para una representación armónica y estética del hombre completo. Una de las cualidades ineludibles para dejar una impresión favorable es la "sprezzatura", una desenvoltura y naturalidad consciente de sí misma, en contraste con la "attilatura", la artificialidad afectada y la presuntuosa y acentuada ostentación de los méritos y atractivos personales. Para Castiglione, la medida, la mesura, vuelve a formar parte del ideal de la existencia armónica, de ahí que la razón tenga que dominar las pasiones humanas. La mujer también vuelve a convertirse en el centro de la vida social, una mujer que al menos en esa esfera actúa con los mismos derechos y al mismo nivel que el hombre, y cuyo trato otorga al cortesano la verdadera perfección. Ahora bien, el hombre dotado de cualidades y facultades propias, con una educación esmerada, es natural que aspire a obtener el reconocimiento de la sociedad en que vive, para ello tendrá que

saber cómo hacerlas valer, cómo imponerse a otros. Así será necesario en algunos casos ocultar hábilmente aquello que no contribuya a este fin, como nuestros defectos o aspectos desfavorables, y acentuar aquello que agrade más o nos ayude a prosperar en la sociedad. Al ser le es necesario el parecer, la buena cualidad ha de ir acompañada de un efecto visible, y esto se consigue dominando el arte de agradar a los demás.

La autoridad de Castiglione fue notable en los siglos sucesivos, pero su obra, dependiendo del momento histórico y de la mentalidad y costumbres vigentes, se interpretó, ya fuera de una manera restrictiva, ciñendo sus conceptos y reglas a una esfera reducida, encorsetándolos dentro de unos límites morales muy definidos, o de una manera extensiva, concibiendo esos conceptos y reglas con cierta ambigüedad y ampliando el radio de acción del cortesano en direcciones amorales o, cuando menos, problemáticas para la moral cristiana. No cabe duda de que el cortesano participaba de los valores primordiales de la sociedad en la que vivía y de la que quería obtener reconocimiento; por una parte, aceptaba las costumbres y las formas que en ella imperaban, y consideraba necesario adaptarse a dichas formas, esto es, se requería cierta flexibilidad con objeto de acomodarse al gusto social, aunque esto implicase tener que vencer alguna resistencia interna; por otra parte, Castiglione pone un límite a esta "elasticidad" social, pues el orgullo y el decoro del cortesano impiden que ponga en juego su honor o sus convicciones más personales. Por este motivo, el perfecto cortesano nunca se dejará arrebatar para cometer una acción deshon-rosa, siempre permanecerá dueño de su discreción y capacidad de juicio incluso frente a la voluntad del príncipe.

En el Renacimiento tardío aparecen algunos tratados dirigidos a las clases burguesas y plebeyas como los de Stephano Guazzo o Giovanni della Casa. El primero publicó una obra con el título De civil conversatione, que posee la originalidad de dirigirse a la sociedad en general, a todos sus estamentos, y, como el libro de Knigge, se ocupa del trato en los ámbitos más variados: la familia, el

matrimonio, los hijos, la edad, la profesión, el sexo, o entre personas con distintos temperamentos. En Guazzo encontramos ya esa contradicción y esa polaridad entre el deseo de reconocimiento, los medios para obtenerlo y los principios morales. Por más que insista en que la moral tiene que servir de fundamento al comportamiento personal y al trato social, se desmiente continuamente dando prioridad al efecto y a la apariencia. Para él es más importante la impresión, la huella que se deja en los demás que la aspiración interna a una formación completa; incluso cuando sea necesario, y no haya otra salida, recomienda que se renuncie a las convicciones personales con objeto de obtener una ventaja social. Aspectos como éste contradicen su continua insistencia en la honestidad y sinceridad como cualidades esenciales en el trato social, y en él se observa ya la mentalidad absolutista al considerar que el príncipe debe quedar al margen de cualquier crítica, más aún, como representante de Dios en la Tierra todo lo que hace es bueno, y los demás se habrán de orientar según sus gustos y predilecciones.

La peculiaridad española: Antonio de Guevara y Baltasar Gracián

La doctrina de Castiglione fructificará en España con una especial originalidad. Por dos razones primordiales: la primera es que Castiglione, que escribió su libro sobre el cortesano tomando como modelo la corte de Urbino, fue enviado como nuncio apostólico a Madrid y murió en Toledo en 1529; la segunda es que su obra fue traducida de manera espléndida por Boscán, lo que repercutió en una acogida muy favorable, sobre todo por dos grandes maestros de la lengua española: Antonio de Guevara y Baltasar Gracián. Pero en España las relaciones sociales no se habían desarrollado como en las cortes italianas u otros reinos europeos, sino que en ella se habían mantenido tradiciones medievales tanto en la etiqueta como en las

costumbres y el ceremonial cortesano, así que el libro de Castiglione sirvió para enriquecer un pensamiento ya de por sí muy particular y que no iba a renunciar al núcleo de sus creencias y de su imagen del mundo, caracterizada por una perspectiva ético-religiosa incardinada en la imaginación católica, y suspicaz frente a otras perspectivas estético-hedonistas, utilitaristas o racionalistas que preponderaban en otros pagos.

En España se forjó un ideal, el ideal del caballero cristiano español, que se impuso entre la nobleza durante un periodo de tiempo y que ha dejado su huella en la literatura y en el arte, en esos retratos de caballeros, en palabras de Julián Marías, "orgullosos de su alma", que pueblan los lienzos de los pintores españoles más representativos. Su principal cualidad era la gravedad, una actitud de ponderación y mesura; ahora bien, cuando se trataba de Dios o de cuestiones espirituales, la respuesta era el arrojo y el desprecio a la realidad cotidiana, sin que conociera términos medios; su aceptación de la muerte, de profundas convicciones cristianas con rasgos estoicos, fue proverbial, así como el culto del honor; el filósofo García Morente nos ha dejado en su escrito El caballero cristiano una descripción fehaciente de este ideal que, como todos los ideales, sufría a la hora de manifestarse en la sociedad, curiosamente más por exceso que por defecto: la arrogancia, la temeridad, el sentido del honor desmesurado o una impaciencia de ánimo (tacha de los españoles, según Gracián).

El franciscano Antonio de Guevara, hombre de confianza de Carlos V, predicador de la Corte y cronista del Emperador, fue nombrado Obispo de Mondoñedo en 1536. Sus obras Libro llamado aviso de privados y doctrina de cortesanos y Menosprecio de corte y alabanza de aldea critican con virulencia los vicios y la corrupción de la corte, pero defienden el ánimo y la resolución (cualidades de las que él mismo estaba perfectamente dotado) para ascender a los puestos más elevados del reino, incluso desde la clase social más baja: "más debe vanagloriarse un hombre que teniendo un origen oscuro ha sabido elevarse que no el que parte de una posición noble" (Aviso).

Su crítica, no obstante, se dirige a una Corte inflada por el lujo, cuyo modo de vida exige riquezas y despilfarro, tal vez por influencia extranjera, y que contrasta con la modélica austeridad de una Corte como la de los Reyes Católicos. En cualquier caso, el cortesano, hundido en ese mar de corrupción, termina vendiendo su libertad a cambio de una vanidad vacía. Antonio de Guevara logró ascender en la Corte, su conocimiento de los entresijos y enredos cortesanos, por los testimonios que dejó, debieron de ser incomparables. Pero en la última fase de su vida, su ideal será la santidad y el retiro, que considerará el peldaño supremo de la humanidad, condenando la ambición desmesurada. La influencia de Guevara fue extraordinaria en Europa. En Francia influyó decisivamente en Montaigne, como queda plasmado en sus Ensayos, y sus obras se encontraban en la biblioteca de cualquier alemán con inquietudes intelectuales del siglo XVII.

En contraste con la doctrina de Guevara podemos mencionar la vertiente utilitarista que se inicia con el inglés Francis Bacon, quien en sus Sermones fideles ethici, politici, oeconomici elimina los criterios estéticos, éticos y religiosos de la formación del cortesano y establece unos principios conducentes únicamente a una apariencia que permita obtener ventajas personales. Tanto la vida privada como pública exige una prudencia y una astucia que someta todo a los intereses egoístas del individuo. Para él el honor no es más que un brillo externo o, como lo definiría Hobbes posteriormente en la misma línea, no es más que la opinión del poder de otro; así pues, honrar a otra persona significa meramente reconocer y aprobar su poder. El cortesano, sin embargo, no se pliega a los deseos de los demás o renuncia a sus convicciones por puro servilismo o espíritu adulador, sino por ambición, por estar convencido de que hay que servir al mundo para dominarlo. En cualquier caso, la fachada se ha de salvaguardar, sigue siendo necesaria la experiencia del mundo, la elegancia y un espíritu cultivado.

En España, en el siglo XVII, aparece una obra, inspirada en El cortesano de Castiglione, que ejercerá asimismo una influencia

notoria en toda Europa, me refiero al Oráculo manual y arte de prudencia (1667), del jesuita Baltasar Gracián. Al mismo tiempo se trata de una respuesta al maquiavelismo, el cual se había infiltrado en casi todas las cortes europeas y predicaba un amoralismo radical encaminado únicamente al éxito social. Gracián pone coto a esta ambición desenfrenada pero dando al César lo que es del César, esto es, reconociendo una esfera especial al ámbito político donde la prudencia y la astucia puedan desempeñar un papel, recurriendo en parte a la corriente tacitista española, con representantes como Álamos de Barrientos, pero sin dejar que esa esfera quede completamente al margen de una sustancia moral. Hay que hacer la salvedad, para comprender mejor a qué se hacía referencia con el término "político" en el siglo XVII, que con él se designaba a aquella persona, el urbano o cortesano, que por su experiencia y prudencia sabía hacer su fortuna tanto en la vida privada como en la pública. De ahí que a mi modo de ver sea falsa la interpretación que se hace de Gracián definiéndolo como un Maquiavelo de la vida privada. Su pesimismo existencial de raíces teológicas, por lo demás, se lo impide: "Milicia es la vida del hombre contra la malicia del hombre". La celebridad de Gracián se debió a una experiencia del mundo y a un conocimiento de la naturaleza humana por entonces sin parangón, su destinatario era ya el individuo particular al que enseñaba a imponerse y a sobrevivir en un mundo hostil. Su ideal es el "hombre en su punto", el "hombre substancial", el "hombre inapasionable", que nunca se descompone o se desbarata, cuyo deseo de reputación nace de la virtud, y que sabe que sólo la verdad puede dar reputación verdadera. Es menester que el hombre se pula y se cultive si quiere perfeccionarse, y que muestre entereza a la hora de defender a la razón, de modo que ni la pasión ni una violencia tirana le aparten de este propósito. El dominio de sí mismo y de las pasiones es una constante en Gracián, rasgos de origen estoico. En suma: "varón desengañado: cristiano sabio, cortesano filósofo", esta podría ser la síntesis del mensaje de Gracián en sus propias palabras.

Dominique Bouhours se encargó en Francia de popularizar la obra de Gracián. Pero fue Alemania, a la sazón afrancesada en materia de costumbres cortesanas, la que acogió a Gracián con especial entusiasmo. Cierto es que en un principio recibió la doctrina del Oráculo manual a través de una versión francesa, la miserable traducción, aunque ni siquiera merezca tal nombre, de Amelot de la Houssage. En 1715 August Friedrich Müller presentó una traducción al alemán, asimismo fallida, recurriendo aparentemente al original español, y que resultó un centón infumable con un aparato de notas demoledor. Realmente parece mentira que Gracián, aun así, con innumerables errores, malentendidos e incluso conscientes falsedades, pudiera abrirse camino entre la sociedad intelectual alemana. En cualquier caso, la traducción de Schopenhauer, incomparablemente más digna, terminó por aquilatar su fama.

La galantería francesa

En Francia, en el siglo XVII, tras un periodo de degeneración de las costumbres, de lujo desenfrenado y chabacano, la Corte se italianiza con la llegada de Catalina de Médicis. Pero a la elevación de la cultura social en Francia contribuiría decisivamente la marquesa de Rambouillet, Catalina de Vivonne, hija del marqués Jean de Vivonne y de la noble italiana Giulia Savelli. Creó el primer salón literario parisino, al no poder acudir a la corte por su constitución enfermiza, y recibió en él a lo más selecto de la sociedad francesa. Mujer de extensa formación, que dominaba varios idiomas, su influencia en la vida social fue inmensa, potenciando el refinamiento y ennoblecimiento de las formas en combinación con una galantería ligera y jovial. En el Palacio de Rambouillet se cultivaba el arte de la conversación ingeniosa, y su importancia cultural fue tan esencial como para renovar el vocabulario francés. Más adelante Molière ridiculizaría los modales allí practicados en su obra Las preciosas

ridículas. Por lo demás, en Francia comenzarían a publicarse numerosos libros sobre el decoro social, influidos por El cortesano de Castiglione, y que se limitaban a los círculos aristocráticos, dejando de lado la vida privada y doméstica. La obra más conocida en Francia bajo la influencia de Castiglione fue L´honeste Homme, de Faret, del año 1630, en el que se incita al cortesano a ser el dueño de sus pasiones y afectos y a estudiar el mundo a su alrededor para alcanzar la perfección. Pero entre sus principios y los de Castiglione se abre una brecha considerable, ya que Faret sujeta al cortesano, en virtud de una mentalidad absolutista, a la autoridad del príncipe, privándole de toda independencia y de un carácter verdaderamente noble. Su adaptación a las circunstancias y la maleabilidad de sus opiniones no conocen límites, o sólo uno: que su falsedad no se note. Hay otras obras del mismo periodo que merecen mencionarse, como Le parfait gentilhomme (1600), de Du Souhait; Guide des Courtisans (1606), de Nervéze; o Le gentilhomme (1611), de Nicolas Pasquier. En el famoso Traité de la Cour, ou instruction des cortisans (1616), de Eustache du Refuge, editado numerosas veces y traducido al inglés, al italiano y al alemán, ya es apenas perceptible el espíritu de Castiglione. Aquí se emplea abiertamente la perspectiva utilitarista y se prescinde de todo refinamiento. Se admite el engaño sin tapujos y se reduce el honor a poder y riqueza. E incluso llega a recomendar que el cortesano elogie o imite los vicios de aquellas personas que le puedan servir, o ensalce sus cualidades, ya sean éstas buenas o malas.

Puede decirse que durante el siglo XVII en Francia se produce un refinamiento de la cultura, promovido por teóricos como Calliéres, Moncrif o el Abbé de Bellegarde, de corte eminentemente aristocrático y que termina separando la honnêté de la moral para formar una esfera propia regida por la galantería. Ésta ya no se reduce a una mera politesse, el arte de agradar requiere algo especial y reacio a cualquier definición, un "je ne sais quoi" de naturaleza incomprensible e inexplicable. De ahí que haya hombres que reúnan numerosas buenas cualidades y, sin embargo, sean incapaces de agradar a los demás. Así pues, la galantería, entendida

como el arte de ganarse los corazones de otros o sus inclinaciones, se enseña como un arte de la seducción.

Cerraremos el siglo XVII diciendo que el género de la filosofía práctica o de la ética social, cultivado más o menos de una manera poco diferenciada, comienza a atomizarse en una serie de disciplinas como lo son el arte de conversar, la política, el ceremonial, la etiqueta, la galantería, el decoro, la retórica, etc., y se trata cada una de ellas con una clara autonomía, desarrollando principios propios que logran que se vaya perdiendo la visión del hombre completo.

El caballero ilustrado

El siglo XVIII se inaugura con unas tendencias más científicas en el tratamiento de estos asuntos con la intención de educar a los jóvenes para que adquieran competencia social, sobre todo aquellos destinados a ocupar puestos de responsabilidad en el Estado. Así se deduce de la obra del filósofo alemán Christian Thomasius, quien escribe un manual dirigido a los estudiantes de Derecho, advirtiendo que los conocimientos específicos de la carrera no bastan para llegar a la perfección y a la felicidad, sino que se necesitan claras orientaciones en cuanto a los aspectos formales del comportamiento. Thomasius fue un lector atento de Gracián, y es evidente su influencia, pero entiende que en sus tiempos y en su sociedad la doctrina del jesuita español requiere una adaptación, ya que sus objetivos son distintos. Inspirándose en una teoría ilustrada del Derecho Natural, no sólo se ocupa de la política como un servicio en provecho de la comunidad, sino que extiende las mismas reglas a las relaciones privadas como la del matrimonio y la familia, la existente entre padres e hijos, señores y sirvientes. Todas estas relaciones, al igual que la política ("no hay político verdadero que al

mismo tiempo no sea un ético"), deben tener una base ética; la persona verdaderamente prudente y discreta es aquella que sabe distinguir entre el honor auténtico y el falso, y el que busca el reconocimiento habrá de recurrir a aquellos que se distinguen por su virtud y su sabiduría. Por lo tanto, se muestra contrario a una galantería hipertrofiada y critica el servilismo con los poderosos. Además, toma en cuenta el carácter nacional como factor esencial, de ahí su censura a la imitación indiferenciada de las costumbres francesas. En definitiva, con Thomasius se abre paso un nuevo ideal social, ya no constreñido por las reglas artificiales del Barroco y que da al individuo más espacio para su desarrollo personal.

Christian Wolff, discípulo de Thomasius, continuará su labor a este respecto, será el primero en clasificar con una perspectiva científica los principios comunes a la política y al decoro, y establecerá normas por las cuales el hombre pueda vivir conscientemente al servicio de la vida práctica, siendo útil a los demás y orientándose por la razón, lo que incidirá en su propia felicidad. Su doctrina sobre la política y el decoro resultan asimismo de una moral ilustrada basada en el Derecho Natural.

Uno de los más inmediatos precedentes del Barón von Knigge fue Julius Bernhard von Rohr, el cual, influido asimismo por Gracián, estableció un ideal del cristiano prudente. Para Von Rohr la política tiene su origen en Dios, pues Él quiere que alcancemos la perfección tanto en la vida temporal como en la espiritual. No obstante, en su obra Ceremonialwissenschaft der Privat-Personen sus criterios morales acaban reduciéndose a un puro formalismo, y bajo el pretexto de mantener la virtud cristiana como criterio orientativo, da más importancia al efecto que a los medios y eleva la opinión pública a ley absoluta, a la cual todos se han de someter; para ganarse dicha opinión es incluso preferible la falsedad a la verdad.

El nacimiento del Gentleman

Pero las mayores innovaciones en lo que se refiere a las reglas de la vida práctica no procederán ni de Alemania ni de Francia, sino de Inglaterra. Si los siglos XV y XVI fueron primordialmente italianos y españoles; y el siglo XVII, francés; a lo largo del siglo XVIII se comenzarán a expandir los gustos ingleses. Es en Inglaterra donde en el siglo XVIII se impone decisivamente la cultura burguesa, por más que fuera Lord Chesterfield el último virtuoso de una filosofía de la vida cortesana celebrada en toda Europa. Gentilhombre de Cámara del Príncipe de Gales, Lord Chesterfield destacó en el Parlamento por su elocuencia y alcanzó grandes triunfos en el servicio diplomático. En las cartas a su hijo natural Philipp Stanhope defiende la cultura galante francesa, pero complementándola con una lectura maquiavélica de la obra de Gracián. Es cierto que la virtud y la moral merecen reconocimiento, ahora bien sólo mientras sirvan para lograr éxitos sociales; en cuanto no produzcan este efecto, se puede prescindir de ellas. Para afirmarse y ascender en la sociedad se necesita un profundo conocimiento de los hombres y del mundo, el estudio de los distintos temperamentos, de las pasiones, de las virtudes y flaquezas de la naturaleza humana; así se logrará no ofrecer ningún flanco débil a ataques externos. Además, se requerirá la oportuna flexibilidad: "Un hombre de mundo habrá de ser capaz, como el camaleón, de adoptar cualquier color". Para Lord Chesterfield, un maestro absoluto del disimulo, el proceso que observaba en Inglaterra no podía ser más desconsolador, ya que el burgués, o, según sus palabras, la plebe, se había apoderado del liderazgo cultural en la sociedad. Esto se veía claramente con el triunfo de semanarios como "Steeles" y "Addisons" que reflejaban los valores de la vida burguesa, así como otras publicaciones que incluso se difundieron y tradujeron en otros países europeos.

En dichas revistas se criticaban y satirizaban las formas de vida y los ideales aristocráticos por su artificialidad y por su carácter superficial, y se denunciaba la falta de moral en los círculos de la alta nobleza y de los políticos. Así pues, la burguesía inglesa se

propuso purificar la sociedad, aportarle valores morales, pero sin renunciar a una vida cuya aspiración fuera la felicidad y el goce de bienes temporales. Se pretendió asimismo que se reconociera la dignidad del hombre con independencia de sus títulos o de su clase social, poniendo en primer plano sus logros y su capacidad, y se quiso revalorizar a la mujer en la sociedad, suprimir los prejuicios que la consideraban incapaz de entender nada serio o de hablar de otra cosa que no fueran bagatelas. Las cualidades que más se van a valorar son, por consiguiente, la sinceridad y la franqueza. Otro aspecto que se va a ensalzar es el de la vida familiar y el matrimonio, lo cual se plasma en publicaciones como "Spectator", donde se publican artículos en defensa de esta institución. Ahora bien, todo esto no va a significar que se piense en abolir las diferencias de clase, éstas se mantienen, si bien volviéndose más permeables, por lo cual gran parte de la nobleza terminará asumiendo esos mismos ideales burgueses y así, con esta combinación de noble distinción y valores orientados al mérito, el gentleman inglés se convertirá durante el siglo XIX en un modelo que se admirará e imitará en las clases elevadas de gran parte del mundo.

El Barón Knigge

El precedente más inmediato de la obra de Knigge pudo haber sido el ensayo de Lessing La educación del género humano, de 1780, aunque en él predominen antes que nada las intenciones pedagógicas e incluso teológicas, vistas desde el prisma de una mente ilustrada. No obstante, el hecho de que en el siglo XVIII se diera un interés especial sobre estas cuestiones, demuestra que la sociedad pasaba por una crisis que demandaba modelos y normas por las que orientarse. La prueba de ello es que poco después de que se publicase el libro de Knigge apareció el clásico de Schiller

Sobre la educación estética del hombre, en el que se pretende revalorizar el arte y el criterio estético con objeto de que sirvan de base a una política dictada por la razón.

Esta es a grandes rasgos la tradición que recibió Knigge, y cuyas corrientes principales supo sintetizar y adaptar a los nuevos tiempos en su obra De cómo tratar con las personas. Sin renunciar al bien común, reconoce como el motivo primordial de las acciones humanas la aspiración a la felicidad personal, y establece criterios por los cuales valorar una acción según su utilidad o los perjuicios que pueda ocasionar, en lo que se podría definir como un individualismo ético con inquietudes sociales. En cualquier caso, Knigge adopta una actitud moderada, tanto en lo que concierne al racionalismo como a la religión, y rechaza los rigorismos cualquiera que sea su procedencia. En este sentido, al final de su vida polemizó contra la obra de Kant, Fundamentación de la metafísica de las costumbres (1785), y rechazó los presupuestos que llevaron al filósofo de Königsberg a postular un imperativo categórico. Knigge se muestra contrario a la necesidad objetiva de una acción, no admite el principio kantiano de que hay que actuar según la máxima por la cual al mismo tiempo se ha de querer que esa máxima se convierta en una ley general; algo así es ajeno a la vida, está fuera de la realidad y se reduce a puro formalismo. La moral, según Knigge, sólo se puede afirmar en la vida, esto es, sólo puede sobrevivir, cuando se da la convicción de que actuar bien es útil, útil en un sentido objetivo y no con la perspectiva subjetiva del egoísmo, ya que para la sociedad son indispensables las normas objetivas y vinculantes. En cambio, cuando se actúa bien únicamente por sentido del deber, como ocurre en Kant, para quien cualquier consideración acerca de la utilidad acaba con la moral, se pierde la motivación para obrar bien. Más importante que el imperativo categórico, nos viene a decir Knigge en su obra Sobre egoísmo e ingratitud, de 1796, es el sentido común como principio moral en la manera de obrar, y por más que la razón haya de ser nuestra guía principal, no se puede prescindir de las convenciones sociales, ya que quien sólo se rige en su comportamiento por la razón, puede

llegar a actuar de una manera enteramente inmoral y egoísta; necesita, por lo tanto, las compensaciones establecidas por la convención y por un sentido o instinto de lo que es adecuado. En el plano teórico se declara expresamente a favor de la argumentación de Christian Wolff, cuyas deducciones lógicas tienden un puente entre el Derecho Natural y la ética, y entre la razón y la política. La meta ha de ser una vida armónica, una "buena vida" tal y como se entendía en la tradición aristotélica, y todo lo bueno se ha de enjuiciar por los efectos que tiene en el mundo.

El lector familiarizado con autores como Castiglione, Gracián, Antonio de Guevara, Lord Chesterfield, u otros que hemos mencionado a lo largo de esta introducción, reconocerá con frecuencia en la obra de Knigge algunas de sus máximas o de sus consejos, tal vez en otros contextos o adaptados a otras situaciones. Muchos de ellos pertenecen a una larga tradición europea en la que se refleja el esfuerzo por mejorar la coexistencia humana, por darle dignidad, y por intentar evitar aquella degeneración del individuo y del cuerpo social que termina irremisiblemente en la incultura y en el burdo elogio de todo lo que es grosero o soez. No es fácil cabalgar el tigre de una sociedad cínica que ha renunciado al respeto mutuo y que enaltece el mal gusto por norma, solazándose en una suerte de venganza contra todo lo que huela a noble, honrado, culto, o que se remita al pundonor o al decoro. El Barón von Knigge puede ayudarnos a redescubrir las razones de por qué hemos de buscar unos valores que faciliten la comunicación y el respeto entre distintos sectores sociales, a crear un ambiente propicio a la búsqueda de la verdad y a la creación de cultura. De ahí que hagamos nuestra la afirmación de Egon Friedell cuando, en su obra Historia de la cultura contemporánea, nos dice que este libro, el más famoso de la Ilustración alemana, merece, aún hoy, ser citado por todos y no merece en absoluto que se deje de leer. Y terminamos con una cita de Gracián: "Nace bárbaro el hombre, redímese de bestia cultivándose. Hace personas la cultura, y más cuanto mayor…".

SOBRE ESTA EDICIÓN

Como hemos mencionado, el libro de Knigge fue reeditado hasta cinco veces en vida del autor, y con motivo de la tercera edición de 1790 fue revisado y ampliado considerablemente. Así pues, para la traducción hemos empleado la edición de última mano, la quinta, mejorada y aumentada, de 1796, que contaba con el beneplácito del Barón. Con posterioridad, la obra de Knigge sería sometida a numerosas ampliaciones o mutilaciones ajenas a su voluntad.

J. RAFAEL HERNÁNDEZ ARIAS

SELECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

KNIGGE, Adolph Freiherr, Gesammelte Werke, 24 vol., Paul Raabe (ed), Múnich, 1993.

- Ausgewählte Werke, 10 vol, Wolfgang Fenner (ed), Hannover, 1991-1996.

- Aus einer Alten Kiste. Original Briefe, Handschriften und Dokumente aus dem Nachlass eines bekannten Mannes, Hermann Klancke (ed), Leipzig, 1853.

- Über den Umgang mit Menschen, Reclam, Stuttgart, 2007.

FEHN, Ernst-Otto (et al. ed), Ob Baron Knigge auch wirklich todt ist? Eine Ausstellung zum 225. Geburgstag des Adolph Freiherrn Knigge,

Herzog August Bibliothek Wolfenbüttel, Waisenhausdruckerei Braunschweig, 1977.

FRIEDELL, Egon, Kulturgeschichte der Neuzeit, vol. 1, DTB, Múnich, 2005 (1976).

GOEDEKE, Karl, Adolph Freiherr Knigge, Hannover, 1844.

GÖTTERT, Karl-Heinz, Knigge oder von den Illusionen des anständigen Lebens, TB, Múnich, 1995.

GRABE, Reinhold Th., Das Geheimnis des Adolph Freiherrn von Knigge. Die Wege eines Menschenkenners, Hamburgo, Leipzig, 1936.

HERMANN, Ingo, Knigge. Die Biografie, Propyläen, Berlín, 2007.

KAEDING, Peter, Adolph von Knigge, Berlín, 1961.

PHILIPPINE von Reden, Kurze Biographie des Freiherrn Adolph Knigge, Hannover, 1830.

SCHLEIERMACHER, F. E. D., „Versuch einer Theorie des geselligen Betragens", en: Werke, Leipzig 1927/28, Otto Braun (ed) Aalen, 1967, vol 2.

ZAEHLE, Barbara, Knigges Umgang mit Menschen und seine Vorläufer, Carl Winters Universitätsbuchhandlung, Heidelberg, 1933.

ZIMMERMANN, H. (ed), Adolph Freiherr Knigge. Neue Studien, Bremen, 1998.

"Text + Kritik. Zeitschrift für Literatur", Heinz Ludwig Arnold (ed), IV/96, Nr. 130: Adolph Freiherr Knigge.

PARTE PRIMERA

INTRODUCCIÓN

1

Vemos a las personas más prudentes y juiciosas dar pasos en la vida cotidiana que nos asombran; comprobamos una y otra vez que hombres con un conocimiento teórico de la naturaleza humana por encima de lo común, caen víctimas de las estafas más burdas; observamos con frecuencia cómo las personas más experimentadas y hábiles emplean los medios menos indicados en los asuntos más simples y se afanan en vano por influir en los demás; y cómo, pese a su gran superioridad mental, dependen a menudo de las necedades ajenas, de las obsesiones y caprichos de mentes más débiles; vemos cómo se dejan gobernar y maltratar por personas que no poseen ni la mitad de sus habilidades y con las que no se pueden ni comparar; mientras que otras personas, pobres de espíritu y faltas de mérito, logran cosas que el sabio ni siquiera llega a concebir. Vemos cómo más de una persona honrada es ignorada por la mayoría; vemos cómo las mentes más ingeniosas y brillantes desempeñan un papel lamentable en sociedad, mientras todos los ojos se fijan en ellas y los presentes aguardan con impaciencia cada palabra que va a salir de su boca; vemos cómo enmudecen, o dicen las cosas más triviales, mientras que otra persona, de lo más insustancial, sabe combinar y envolver con tal habilidad la pequeña suma de conceptos que ha ido picoteando ocasionalmente aquí y allá, que concita toda la atención, hasta el punto de que sabios y científicos creen que posee una buena porción de conocimientos y de buen juicio. Vemos, además, cómo las bellezas más espléndidas no siempre son admiradas, mientras que personas dotadas de menos encantos, despiertan un mayor interés. ¡En suma! Comprobamos a diario que los hombres más juiciosos y sabios son, si no los más ineptos para los asuntos mundanos, sí, al menos, los más desafortunados por desconocer el arte de presentarse a sí mismos bajo una luz

favorable, y la mayoría de las mentes cultivadas, dotadas por naturaleza de todas las perfecciones internas y externas, a menudo son las menos capaces de agradar y de dar una buena impresión.

Hay personas que se creen autorizadas, en virtud de poseer grandes cualidades, a descuidar las pequeñas convenciones sociales, las reglas del decoro, de la cortesía o de la prudencia. Pero esta creencia es completamente falsa. Es cierto que nos inclinamos a disculpar grandes faltas compensándolas con grandes logros, puesto que personas de un natural más sensible suelen tener pasiones más violentas; pero en situaciones donde no andan involucradas las pasiones, la persona más educada debería actuar con más prudencia que la vulgar; y nadie que desee vivir y conducirse en sociedad se comportará sabiamente despreciando sus costumbres inocentes.

Aquí no me refiero a la renuncia voluntaria del sabio a la admiración del populacho. No deja de ser natural que un hombre de facultades superiores se mantenga en silencio o reservado donde no se le va a comprender; que un hombre que posea un ingenio refinado y un juicio seguro no se rebaje a desempeñar el papel de bromista en un círculo de cabezas de chorlito; es también natural que un hombre dotado de cierta dignidad en el carácter, tenga demasiado orgullo como para adaptarse a cualquier grupo de gente indiferente sin importancia para él, o como para adoptar el tono que los jóvenes pisaverdes de su ciudad han traído de sus viajes, o para someterse a las modas introducidas por el capricho de turno. Al joven le sienta mejor ser modesto, callado y tímido que arrogante, ruidoso y chismoso, como lo es la mayoría de nuestra juventud actual; el hombre noble, cuanto más prudente es, más modesto; y cuanto más recele de sus propios conocimientos, tanto menos impertinente será; cuanto más consciente sea una persona de los verdaderos valores intrínsecos, tanto menos habrá de preocuparse por resaltar sus facetas más favorables; la verdadera belleza desprecia todos aquellos artificios seductores indignos por los cuales uno intenta llamar la atención. ¡Todo esto es de lo más natural! Y, por lo tanto, no es a esto a lo que me refiero.

No aludo tampoco a la vanidad ofendida de un hombre lleno de exigencias, que reclama de continuo que se le halague, adule y prefiera, y que si esto no ocurre, se enoja; ni al orgullo herido de un pedante de mal gusto, que se enfada cuando tiene la desgracia de no ser reconocido como una luminaria de la tierra, y cuando no hay alguien que le preceda con una antorcha proclamando que es la gran maravilla de la Ilustración. Y tampoco nos ocupamos aquí del rígido profesor que, con su libro de texto en la mano, acostumbra predicar durante horas la suprema sabiduría a un puñado de estudiantes imberbes y boquiabiertos, para ver cómo cada semestre apuntan cuidadosamente sus bromas más insípidas, cómo cada estudiante se quita con sumo respeto el sombrero ante él, y cómo alguno que posteriormente intervendrá en los destinos de la nación, le agasaja los domingos vestido de uniforme; es el mismo tipo que frunce el ceño y hasta se encoleriza cuando visita alguna vez la capital u otra ciudad, y la mala suerte quiere que en ella sea un completo desconocido, que pase totalmente desapercibido en una reunión de veinte personas, o que un extranjero le confunda con el mayordomo de la casa y le trate de "tú"; tampoco nos incumbe el erudito de gabinete que, ajeno al mundo, y desconociendo la naturaleza humana, por una vez sale de su cueva de libros, y con su figura apocada, llevando un traje anticuado, con una chaqueta que estaba a la moda hace treinta años, permanece sentado sin intervenir en la conversación, sin encontrar oportunidad alguna para sumarse a ella.

Y mucho menos me refiero al cínico grosero que, de acuerdo con su sistema de hotentote, desprecia todas las reglas prescritas en la vida social por el consenso general y la cortesía mutua; ni tampoco al pretencioso que cree tener, por la imaginaria superioridad de su genio, un privilegio para situarse por encima de la costumbre, el decoro y la razón. Y cuando afirmamos que también las personas más sabias y juiciosas del mundo a menudo yerran su propósito en la conversación y en la obtención del respeto ajeno, así como en el logro de ventajas sociales y de otra índole, aquí tampoco podemos tener en cuenta los duros golpes que a veces da un destino adverso

a las mejores personas, ni que un temperamento desgraciado, apasionado o asocial eclipsa en algunos las cualidades más excelentes y nobles.

¡No! Mis observaciones se refieren a aquellas personas que, combinando lo mejor de su voluntad y una sincera probidad con varias cualidades excelentes y un afán infatigable de salir adelante en este mundo, de hacer su suerte y contribuir a la de los demás, no obstante son ignoradas, pasan desapercibidas o no llegan a nada. ¿A qué se debe esto? ¿Qué es lo que les falta y que otros tienen, otros que, aun careciendo de méritos verdaderos, ascienden todos los peldaños de la bienaventuranza humana y terrenal? Les falta lo que los franceses llaman el esprit de conduite: el arte de comportarse con la gente, un arte que a menudo el tonto, sin estudiarlo, lo capta antes que el juicioso, el sabio o el ingenioso; es el arte de hacerse notar, de hacerse valer y respetar, sin ser envidiado; de acomodarse a los varios temperamentos, opiniones y pasiones de los hombres, sin caer en la falsedad; de adaptarse fácilmente al tono de cada sociedad sin perder las peculiaridades del propio carácter ni rebajarse a una vil adulación. El hombre al que la naturaleza no le ha dotado con esta feliz disposición, tendrá que adquirir con el estudio de las personas una cierta ductilidad, sociabilidad, moderación, tolerancia, dominio de las pasiones, conocimiento de sí mismo y la serenidad de un ánimo siempre equilibrado; y así se apropiará de este arte. Pero habrá de cuidarse de no confundirlo con esa vil y dañina deferencia del esclavo, que deja que todos abusen de él, que renuncia a su dignidad por un plato de lentejas, que halaga al canalla, y que para procurarse un puesto lucrativo, se calla cuando debería hablar, o que idolatra la estupidez y presta su consentimiento a la estafa.

Pues bien, al hablar de ese esprit de conduite por el que nos hemos de guiar en nuestro trato con las personas de cualquier género, no pretendo escribir un libro sobre el arte de hacer cumplidos, sino ofrecer al lector una serie de resultados sacados de la experiencia que yo he acumulado durante una serie de años, durante los cuales

he tratado con personas de toda suerte y condición y a las que he observado a menudo en silencio. No presento un sistema completo, sino fragmentos y materiales que tal vez puedan servir para seguir ahondando en este asunto.

2

No creo que sea tan difícil en ningún otro país de Europa, como en nuestra patria alemana, conseguir de todas las clases y regiones una aprobación general en el trato con los hombres; sentirse cómodo en cada uno de estos círculos; sentirse natural, sin falsedad, sin despertar sospechas y sin sufrir por ello; agradar tanto al príncipe como al noble y al ciudadano, tanto al comerciante como al clérigo. Esto se debe a que en ninguna otra parte impera al mismo tiempo una variedad tan grande de tonos en la conversación, de educaciones distintas, de confesiones y de otras opiniones; tan gran variedad de temas que concitan la atención de las distintas clases en las distintas provincias. Esto radica en la variedad de los intereses de los Estados alemanes, en sus diferencias mutuas y en las que los distinguen del extranjero, en las distintas conexiones que mantienen con otros pueblos, así como en la considerable diferencia de clases en Alemania, entre las cuales el caduco privilegio, la educación y en parte también la constitución estatal han trazado una demarcación más nítida que en otros países. ¿Dónde ha ejercido más influencia moral y política la idea de los dieciséis ancestros de la nobleza que en Alemania? ¿Dónde interviene menos la clase comercial en el resto de las clases que entre nosotros? (¿he de exceptuar a las ciudades imperiales?). ¿Dónde se puede encontrar una camarilla cortesana más consciente de sí misma que aquí, a la cual sólo tienen acceso –como a la mayoría de los príncipes– personas de cierta alcurnia y rango? ¿Dónde se entrecruzan más los distintos intereses? Y éstos no concurren en un único punto común a todo el pueblo, a las

necesidades nacionales o a la utilidad de la patria, como en Inglaterra, donde ese punto constituye el soporte de la constitución, la libertad y la dicha de la nación, donde se unen el afán, la actividad y la poesía de algunos caracteres originales, ni tampoco como en casi todos los demás países europeos, que o están bajo un único soberano común o dominados por un único interés importante para todos sus miembros, como ocurre en Suiza, o donde predomina una única religión o un clima tiránico sobre la mentalidad, el ambiente y el tono.

No cabe duda, pese a todo, de que en nuestra constitución general alemana, tal y como queda definida, se dan también grandes ventajas, pero no es menos cierto que la misma ejerce la influencia más poderosa sobre la diferenciación anímica en las distintas provincias y Estados, y entre las clases separadas entre sí. A esto se debe que nuestros actores, dramaturgos y novelistas tengan que estudiar más para conocer todos estos matices y para elaborarlos, y no obstante lograr que se trasluzca un carácter nacional original; esto es mucho más difícil, por ejemplo, que en Francia, donde las costumbres de las distintas clases no se diferencian tanto. De ahí también que muy pocos de nuestros productos literarios alcancen una apreciación unánime en el juicio del pueblo, y que muy pocas de nuestras obras pasen a la posteridad como monumentos nacionales; y a esto se debe, asimismo, que sea tan difícil tratar con personas de todas las clases y regiones alemanas, ser estimado en todas ellas y causar una buena impresión.

El leal bávaro, ingenuo, a veces un poco rústico y material, se queda harto confuso cuando quiere contestar a todas las cuestiones amables y galantes que le plantea en un suspiro el fino sajón del norte; al lento westfaliano le suena a hebreo todo lo que le espeta el austriaco con su acento tan extraño; la cortesía solícita y la diplomacia del renano, pulido por la vecindad francesa, se tendría por impertinencia y vile-za en algunas ciudades de la Baja Sajonia. Se creería que un hombre que se muestra tan sumiso y complaciente ha de tener necesariamente intenciones peligrosas o

abyectas, o ha de ser falso o pobre o necesitado; y mientras que una persona, con una cortesía algo exagerada, se ganaría el afecto en el Rin, en el Leine sería objeto de desprecio. El bajo sajón, en cambio, que no es tan frío, pero sí un poco menos despreocupado, menos confiado y no tan acostumbrado al trato con los extraños y a los viajes, cuyo carácter es más serio, y que al principio no es muy deferente, sino algo introvertido, es posible que en una corte se le considere un hombre tímido, sin modales, sin mundo.

Así pues, adaptarse al lugar, al tiempo y a las circunstancias, y desprenderse de costumbres caducas, exige estudio y arte.

En regiones donde la insatisfacción con la patria, el ocio, la corrupción de las costumbres, la actividad incesante o la curiosidad impertinente no impulsan a los hombres a la emigración en masa, los habitantes están tan satisfechos con lo que tienen en casa que no conocen ni quieren conocer nada más grande que aquello que, desde su infancia, admiran en su patria, o lo que han visto construir, financiar o plantar por sus parientes y amigos. Para ellos las pequeñas fiestas anuales u otras son siempre nuevas, siempre igual de espléndidas y peculiares, ¡bendita ignorancia! No se puede comparar con el hastío que siente el hombre que en su vida ha visitado y experimentado muchos lugares, que ha visto cómo se construía y destruía, y que termina por no alegrarse de nada, por no admirar nada, mirándolo todo con ojos críticos y aburridos. Hace algunos años recorrí, con un tiempo muy malo, por asuntos de negocios, unas cuarenta millas, desde *** a ***. Ocurrió que en esta última ciudad, el día de mi llegada, iban a enterrar a un general con más o menos las habituales solemnidades. La ciudad entera, que había presenciado ese espectáculo muy raras veces, estaba en pie desde muy temprano por la mañana; todos hablaban del entierro del general. Me encontré en la posada con un oficial amigo mío.

–¡Eh!, ¿de dónde viene? –exclamó–. Yo se lo dije. El buen hombre olvidó en ese instante que la ciudad de *** estaba a cuarenta millas

y que un viaje para presenciar ese acontecimiento difícilmente merecería la pena, y aún menos con semejante tiempo.

–¡Oh! –dijo–, seguro que viene a presenciar el entierro de nuestro general; ¡sí, va a ser algo especial!

Pues bien, sobre algo así sólo se puede sonreír; es posible que todos los hombres encuentren que lo suyo es lo mejor. Pero he de reconocer que esto a menudo conduce a la intolerancia; que el apego a las costumbres nativas a veces hace que se sea injusto y descortés con gente que se diferencia inocentemente por pequeñeces, como pueden serlo el vestido, los modales, el acento, la lengua o los gestos.

En las ciudades imperiales este apego a las costumbres patrias, al traje típico, etc., es muy llamativo y suele ejercer su influencia en el gobierno y en la religión y en otras cosas importantes, o no tanto. Así, por ejemplo, los comerciantes calvinistas de *** cultivan su jardín según el gusto holandés. Una vez oí decir a uno de ellos acerca de otro comerciante de esta confesión, que había emprendido algunos cambios llamativos para la comunidad reformada: "el tipo ha dado una serie de toques luteranos a su jardín". Creo que estas diferencias en las costumbres y en el ambiente en las ciudades alemanas hace muy difícil agradar en provincias y sociedades que no sean las propias, así como entablar amistades y encontrar placer en el trato humano, granjearse las simpatías de los demás o causar una buena impresión.

Ahora bien, estas dificultades se vuelven aún mayores en Alemania entre personas de clases y educaciones diferentes. Quién no ha experimentado alguna vez en su vida la perplejidad en la que podemos caer, o cuánto podemos aburrirnos, o cuánto podemos aburrir a los demás, cuando nos encontramos en una compañía cuyo tono nos es completamente ajeno; cuando las conversaciones, por muy animadas que sean, carecen de interés para nosotros; cuando la forma de entretenerse, las costumbres y los modales de los

presentes no encajan en nuestro sistema, no se adaptan a nuestras costumbres; donde los minutos nos parecen horas; donde en nuestra frente se dibuja la frustración.

Basta con ver aparecer, después de muchos años, a un honrado y leal noble provinciano en la corte de su soberano. Se ha levantado muy temprano para acicalarse y ha renunciado a su habitual pipa de tabaco para no oler a humo. Las calles de la ciudad aún están silenciosas y desiertas cuando él ya va de un lado a otro en su posada arreglándose para la ocasión. Por fin ha terminado; ha sacado al aire libre su pelo rizado y empolvado y sufre dolores de cabeza infernales; las medias de seda no logran sustituir a sus habituales botas; las piernas, que él siente desnudas, tiritan de frío. Su chaqueta guarnecida no es tan cómoda como su fiel, caliente y viejo sobretodo; la daga se le mete constantemente entre las piernas; no sabe qué hacer con el sombrerito en la mano; el permanecer de pie se le vuelve insoportable. En esta situación tan cruel aparece en la antesala. A su alrededor pulula un enjambre de palaciegos, que, aunque ni siquiera todos juntos valen tanto como este hombre útil y honrado, y en el fondo están tan aburridos como él, no obstante le miran en ese ambiente, que parece ser su elemento, con desprecio y arrugando las narices. Él siente cada burla, las pasa por alto y encima se ha de dejar humillar por ellos. Se aproximan a él, le dirigen algunas preguntas con gesto importante y distraído, preguntas formales de las que ni siquiera esperan una respuesta. Cree descubrir entre ellos a uno que parece más interesado que los demás, con éste comienza una conversación sobre asuntos que a él le parecen importantes, y tal vez a la patria: de su situación patrimonial, del bienestar de la provincia en la que él vive; él habla con entusiasmo, todo lo que dice respira sinceridad, pero pronto se da cuenta de cómo se ha engañado en su esperanza; el hombrecillo sólo le escucha a medias, le responde algunas sílabas insignificantes como respuesta, y poco después deja al honrado padre de familia en la estacada. Ahora se aproxima a un círculo de personas que parecen hablar con animación e interés; desearía participar en esa conversación; pero todo lo que oye, el tema, la

expresión, el tono, los giros, le son ajenos. Aquí se discute a medias en alemán, a medias en francés, de un asunto al que nunca ha prestado atención, del que nunca hubiera pensado que podría ocupar a hombres alemanes. Su perplejidad, su impaciencia, se incrementan de un instante a otro hasta que por fin da la espalda al maldito palacio.

Y luego el caso contrario, imaginémonos a un cortesano que sale de la ciudad y se introduce en la sociedad de funcionarios honrados y nobles provincianos. Aquí predomina la alegría espontánea, la sinceridad, la libertad; se habla de lo que más le interesa al campo, no se sopesan las palabras; las bromas son naturales, acertadas, ingeniosas pero no ofensivas, tampoco estudiadas. Nuestro cortesano intenta adaptarse a esa actitud; interviene en las conversaciones, pero le falta la expresión sincera e ingenua; lo que en los otros es inocente, en él es ofensivo. Él lo nota y quiere que los demás se acomoden a su tono. En la ciudad se le considera muy sociable, emplea todos sus recursos para también brillar aquí, pero las pequeñas anécdotas y las sutilezas a las que alude son enteramente desconocidas en este ambiente, no se captan. Se le considera un calumniador, aunque en la ciudad nunca se le ha culpado de calumniar a alguien; sus cumplidos, para él sinceros, se dan por falsos; las cortesías que les dice a las mujeres, y que sólo tienen una pretensión obsequiosa, se toman a burla, y es que así de diferente puede ser es el tono entre dos clases de seres humanos.

Un catedrático que no destaca en el mundo literario, se cree, en su inocencia académica, que la universidad en la que él vive es el centro de la tierra y que su disciplina es la única ciencia útil a los hombres y la única digna de un esfuerzo verdadero. A todo aquel que no acepta esta opinión le llama con desprecio un diletante; a una dama que, viajando de paso, desea conocer al hombre famoso y por ello le visita, le regala su tesis doctoral escrita en latín, lengua de la que ella no entiende nada; entretiene a la compañía, que se había alegrado de poder disfrutar de su conversación, con el análisis del nuevo edicto de crédito académico o, cuando el vino le procura al

buen hombre un ánimo jovial, contando anécdotas graciosas de sus años de estudiante.

Una vez comí con el prelado benedictino de J*** en la corte de H***; al grueso y digno señor se le había adjudicado el puesto de honor junto a la princesa; ante él había una gran cuchara de ragú para servir; pero él creyó que esta cuchara más grande se le había puesto a él como un honor especial, y para demostrar que él sabía lo que exigía la cortesía, le pidió respetuosamente a la princesa que comiera con la cuchara que le habían puesto a él, que ciertamente era demasiado grande para caber en una boca tan pequeña como la de ella.

¡Y en qué bochornosa situación puede meterse un hombre que no lee las revistas de moda cuando está en compañía de damas y caballeros a la violeta!

¡Y qué traicionado y vendido se siente un así llamado "profano" cuando se encuentra entre miembros de una sociedad secreta!

Y realmente no puede haber nada más descortés, y más contrario a una actitud distinguida, que cuando varias personas que se entienden entre sí, privan de todo goce a un forastero que se une a ellas con buenas intenciones, para participar en las alegrías de la vida social, desviando continuamente la conversación a temas de los que él no entiende nada. Es así que en mi primera juventud a veces me aburría mortalmente en los círculos familiares, ya que la conversación estaba salpicada continuamente con anécdotas que me eran completamente incomprensibles, así como con ciertas expresiones y salidas ingeniosas extrañas, con las cuales no podía asociar nada. Se debería tener más consideración; pero raras veces las sociedades son tan equitativas como para acomodarse a personas particulares y ello tampoco se puede exigir siempre con razón; en consecuencia, es importante para todos aquellos que quieren vivir en el mundo con seres humanos, estudiar el arte de

adaptarse a las costumbres, al tono y al estado de ánimo de los demás.

3

Sobre este arte voy a decir algo. Pero ¿qué derecho tengo yo a escribir un libro sobre el esprit de conduite, precisamente yo, que tal vez lo haya cultivado muy poco? ¿Me corresponde a mí hacer alarde de sabiduría al respecto, habiendo sido yo mismo, a menudo, una víctima de esa indiscreción tan imprudente que apenas puede ser perdonable en un novato? ¿Se querrá aprender el arte de comportarse de un hombre que vive prácticamente apartado de todo trato humano? Veamos, amigos míos, qué puedo replicar a esta objeción.

Si he tenido experiencias negativas que me han convencido de mi propia ineptitud, tanto mejor. ¿Quién puede avisar mejor del peligro que aquel que se ha visto expuesto a él? Si el temperamento y la debilidad (¿o he de llamarlo la sensibilidad de un corazón demasiado dispuesto a entregarse a los demás?), si el anhelo de amor y de amistad, de servir a los demás cuando se terciare y despertar simpatía en ellos, me han impulsado con frecuencia a actuar imprudentemente y a ignorar la razón calculadora, no fue, ciertamente, la necedad, las miras estrechas y el desconocimiento de los hombres lo que me perdió, sino la necesidad de amar y de ser amado, el deseo de actuar y de hacer el bien. Por lo demás, es probable que haya pocos hombres que en un periodo de tiempo tan breve se hayan visto envueltos en relaciones y conexiones tan singulares con personas de todas las condiciones, como yo en los últimos veinte años; y si alguien no se ha abandonado del todo y no carece de educación, tendrá la oportunidad de hacer observaciones y advertir de peligros que no se han podido evitar. El que viva ahora

solo y retirado no se debe a misantropía o a estupidez, tengo importantes motivos para ello, pero detallarlos aquí significaría hablar demasiado de mí mismo, sobre todo porque al menos estoy obligado a informar de mi propia experiencia en esta introducción. Así pues, me limitaré a decir lo siguiente:

4

Entré muy pronto, casi un niño, en el gran teatro del mundo y en el escenario de la corte. Mi temperamento era vivaz, intranquilo, emocional; mi sangre, caliente; en mi interior yacían ocultas las simientes de más de una pasión violenta; en mi primera educación fui tal vez algo mimado y acostumbrado, por la gran atención que se prestaba a mi pequeña persona, a demandar demasiada consideración de los demás. Criado en una patria donde no se fomentan ni la lisonja ni el disimulo ni la adulación, tampoco se me había preparado para esa deferencia necesaria que permite progresar en Estados despóticos y entre gente para mí completamente desconocida. Además, la educación teórica de la juventud en la verdadera prudencia mundana raras veces se ve coronada por el éxito o se imparte sin riesgo. La experiencia es, a fin de cuentas, la mejor maestra. Estas lecciones, si se tiene la fortuna de que salgan baratas, poseen el efecto más benéfico y se quedan muy bien grabadas en la memoria. Aún recuerdo una pequeña escena de esas que hacen a uno más precavido. Estaba en C***, iba a presenciar una ópera italiana y me sentaba en el palco real; había llegado antes que el resto de los cortesanos, ya que al mediodía no había comido en palacio, sino en la ciudad; aún había pocos espectadores; en la prime-ra fila se sentaba solo el comandante, Conde J***, un digno anciano. Al parecer había creído que era más tarde de lo que realmente era. Como se aburría y me vio a mí también sentado, se acercó a mi asiento y comenzamos a conversar.

Pareció muy satisfecho con lo que le dije sobre algunos temas de los que tenía algún conocimiento; el anciano cada vez se mostró más afable y campechano, y esto me lisonjeó tanto que comencé a desvariar y caí algo en el chismorreo. Por último, se me escapó una grosera imprudencia de la que ya no me acuerdo. El Conde me miró con seriedad a los ojos y sin decir palabra me abandonó y regresó a su sitio. Sentí toda la fuerza de su rechazo, pero la medicina no duró mucho. Mi vivacidad me inducía a cometer grandes inconsecuencias; me precipitaba, hacía siempre demasiado o muy poco, llegaba o muy tarde o muy temprano, ya que o cometía una estupidez o tenía que subsanar otra. A esto se sumaron infinitas contradicciones en mi comportamiento y casi en todas las ocasiones no lograba el objetivo que me proponía, ya que no seguía ningún plan sencillo. Al principio era demasiado descuidado, demasiado abierto, era harto imprudente y eso me perjudicaba; después me propuse llegar a ser un buen cortesano; mi comportamiento se tornó artificial y entonces los mejores dejaron de confiar en mí; era demasiado deferente y así perdí el respeto y la dignidad, independencia y prestigio. Enojado por esta circunstancia contra mí y contra los demás, me alejé y me volví extravagante. Esto me dio prestigio, las personas me buscaban, como buscan todo lo que es extraño. Pero con ello revivió mi impulso a participar en la vida social; me volví a aproximar a ella, mudé de actitud y desapareció el nimbo que había adquirido al apartarme del mundo. En otro periodo de mi vida me dio por burlarme de las necedades ajenas, a veces no sin ingenio; me comenzaron a temer, pero no se me amaba y esto me dolía. Para resolver esta situación, volví a mostrarme en mi faceta más inofensiva, desplegué un corazón benevolente y cariñoso, incapaz de hacer daño y de perseguir a nadie, y el efecto de esto fue que cualquiera al que aún le quedaba algo de rencor contra mí, o que tenía anotada en su cuenta alguna ocurrencia divertida mía, se ponía a tomarme el pelo en cuanto veía que me defendía con armas de pega y no con espada, que mis armas no estaban afiladas para matar. O cuando mi vena satírica era espoleada por el aplauso de mis joviales compañeros, despellejaba sin compasión a tontos grandes y pequeños; los bromistas se reían entonces, pero los más

sabios sacudían sus cabezas y me acogían con frialdad. Para mostrar lo poco malicioso que era mi humor, dejé de ridiculizar a los demás y disculpaba todos los yerros; y entonces unos me tomaron por un simple y otros por un hipócrita. Si elegía a mis amigos entre los hombres más excelentes e ilustrados, en vano esperaba que me protegieran del idiota que estaba al mando; si me asociaba con personas de baja estofa, me trataban como si perteneciera a su misma clase. Gente sin educación y de baja extracción social abusaba de mí cuando me aproximaba a ella con especial amabilidad; y con los de un rango superior me enemistaba en cuanto ofendían mi vanidad. De repente hacía sentir demasiado mi superioridad a los tontos y se me perseguía, o me mostraba harto modesto y pasaba desapercibido. O me acomodaba a las costumbres de la gente y asumía el tono de esas sociedades indiferentes, perdiendo un tiempo precioso, el respeto de los más sabios y la satisfacción conmigo mismo. Después fui muy simple y, por falta de confianza en mí mismo, desempeñé un papel lamentable allí donde podía y debía haber brillado.

Durante un periodo salí muy poco; se me tenía por orgulloso o tímido; en otro iba a todas partes y me convertí en una cara conocida. En mi juventud me entregaba imprudentemente a todo aquel que se llamaba mi amigo y me mostraba su afecto, pero fui terriblemente traicionado a menudo y defraudaron mis mejores esperanzas; después fui el amigo de todos, dispuesto a servir a cualquiera; y en consecuencia nadie buscaba una amistad estrecha conmigo, ya que nadie se daba por satisfecho con un corazón dividido en tantas partículas. Cuando yo esperaba demasiado, me decepcionaban; y cuando sin creer en la lealtad y en la honradez me movía entre los hombres, no podía disfrutar de los placeres sociales y no me interesaba nada. El público no desconoce el papel activo que desempeñé en la sociedad de los Iluminados, sobre lo cual he dado cuenta en otro escrito. Esta unión, dirigida por personas que, en parte por su nacimiento, sus relaciones sociales y sus talentos, pertenecían a los hombres más importantes de Alemania, eligió el conocimiento de la naturaleza humana como un objeto particular de

sus investigaciones. Aquel por cuyas manos, como ocurrió conmigo durante un periodo, pasaban todos los asuntos de una sociedad tan extendida, encontraba oportunidades de sobra para conocer a personas, miembros de la organización, de todas las clases sociales y de la educación y disposición más variada, y en todas las situaciones posibles; pero como el trato con estas personas se llevaba a cabo principalmente mediante cartas, mi experiencia práctica no ganó mucho con ello. Mayor fue el botín que conseguí en cortes en las que pasé mucho tiempo. ¿He de contar esto como un honor o como una deshonra? En cualquier caso, he de confesar que aunque hice muchas observaciones en esos teatros, poco mejoré en emplearlas en mi ventaja, y nunca pude refrenar tanto mi temperamento como para ocultar mis aspectos más negativos. Así trascurrieron los años en los que pude hacer mi fortuna, como se suele decir; y ahora que conozco mejor a los hombres, cuando la experiencia me ha abierto los ojos, me ha vuelto precavido y tal vez haya aprendido el arte de influir en los demás, ya es demasiado tarde para aplicar esta ciencia. A mi espalda le cuesta inclinarse para hacer reverencias; ya no tengo tanto tiempo de sobra; lo único que podría alcanzar en lo que me queda de vida por este camino, no merecería la pena, y al hombre cuyos principios han quedado fijados por la edad y la experiencia no le conviene empezar tan tarde a simular la deferencia y la cursilería. Es demasiado tarde para poner en práctica mi experiencia, pero no demasiado tarde para mostrar a los jóvenes qué camino han de seguir, y así hagamos el intento y entremos en materia.

CAPÍTULO PRIMERO

OBSERVACIONES Y REGLAS GENERALES SOBRE EL TRATO ENTRE LOS SERES HUMANOS

1

Cada persona vale tanto en este mundo como ella misma se hace valer. Esta es una regla de oro, un tema que podría llenar todo un volumen en folio: hablar sobre el esprit de conduite y sobre los medios de lograr nuestros propósitos en el mundo; una máxima cuya verdad queda confirmada por la experiencia de todas las épocas. Esta experiencia enseña al aventurero y al fanfarrón a persuadir a la multitud de que es un hombre importante, a hablar de sus conexiones con príncipes y estadistas, con hombres que con frecuencia ni siquiera saben que ellos existen, en términos que les procuren, al menos, alguna comida gratis y acceso a las mejores familias. Conocí a un hombre que hablaba de esta manera del Emperador José y del Príncipe Kaunitz, aunque yo sabía de sobra que ellos apenas le conocían por el nombre y le tenían por un hombre turbulento y un panfletista. Entretanto, como nadie inquiría la verdad de sus pretensiones, obtuvo durante un breve periodo de tiempo tal crédito que gente que quería pedir algo a Su Majestad, el Emperador, se dirigía a él. En estas ocasiones solía escribir de la manera más desvergonzada a algún personaje importante de Viena, y en estas cartas se preciaba tanto de sus otros amigos nobles que, si no conseguía su propósito, al menos obtenía alguna respuesta cortés de la que luego se aprovechaba.

Esta experiencia hace tan atrevido al hombre de conocimientos superficiales como para que decida sobre cosas de las que, una hora antes, apenas había leído u oído algo; y a dar su opinión de una manera tan decidida que ni siquiera el modesto literato presente se atreve a contradecirle ni a plantear preguntas que expondrían al charlatán.

Esta es la experiencia por la cual el arribista incompetente va escalando puestos en el Estado, pisoteando a hombres de mérito, y sin encontrar a nadie que le ponga en su sitio.

Es la experiencia por la cual los ingenios más inútiles y perversos, personas sin talento ni conocimientos, fanfarrones y soplagaitas, se las arreglan para hacerse imprescindibles a los grandes de esta tierra.

Es la única experiencia por la cual la mayoría de los eruditos, músicos y pintores adquieren la fama.

Apoyándose en esta experiencia el artista extranjero reclama cien luises de oro por una pieza que un nativo haría cien veces mejor por la mitad de precio; no obstante, la gente pierde los papeles por las obras del extranjero; pero él no puede satisfacer toda la demanda de sus numerosos clientes, así que a la postre emplea a nativos para que trabajen para él, y vende los productos con su nombre en el extranjero.

Alentado por esta experiencia, el escritor consigue subrepticiamente una reseña favorable al hablar en el prefacio de la segunda parte de su aburrido libro, con el mayor descaro, sobre la buena acogida que tuvo la primera parte entre los especialistas en la materia, vanagloriándose de su amistad con ellos.

Esta experiencia anima al noble insolvente, que quiere tomar prestado dinero sin la intención de devolverlo, a pedir créditos con tales expresiones que el rico usurero considera un honor dejarse estafar por él.

Todas las peticiones de ayuda y protección expuestas con ese tono, encuentran una acogida positiva y nunca son rechazadas, mientras que el cliente modesto y temeroso casi siempre lo único que recibe es desprecio, reservas y frustración.

Esta experiencia enseña al sirviente a creerse el más importante en casa de su señor, y al que ha recibido un favor a considerarse tan poderoso como para hacer creer al benefactor que es muy afortunado por haber tenido la posibilidad de servir a hombres semejantes.

¡En suma!, la máxima de que cada uno vale ni más ni menos que lo que se hace valer es la gran panacea de los aventureros, los fanfarrones, los soplagaitas y otras cabezas de poco fuste para medrar en este mundo nuestro, así que no doy un centavo por ese remedio universal. ¡Pero alto!, ¿realmente no nos sirve de nada esa máxima? ¡Sí, amigos míos!, nos puede enseñar a no revelar nuestras debilidades económicas, físicas, morales o intelectuales, a menos que sea por necesidad urgente o porque así nos lo exija nuestra profesión. Así pues, sin caer en la fanfarronería ni en las mentiras infames, no se ha de desperdiciar la oportunidad de mostrarnos por nuestras facetas más ventajosas.

Esto, sin embargo, no puede hacerse de una manera grosera, demasiado evidente, vanidosa o llamativa, pues así perderemos más que ganaremos; sino que más bien habremos de inducir a los demás, imperceptiblemente, a que piensen que poseemos más habilidades y méritos de los que se pueden ver a primera vista. Si nos colgamos un cartel demasiado espléndido, despertaremos por ello una atención excesiva, y ello invitará a otros a investigar más a fondo esos pequeños defectos de los que ningún ser humano está libre, y así perderemos de golpe todo nuestro esplendor. Muéstrate, por lo tanto, con cierta conciencia modesta de dignidad interna y ante todo haz que resplandezca en tu frente la conciencia de la verdad y de la honestidad. Muestra sensatez y conocimientos cuando se presente la ocasión adecuada; sin exagerar, para no provocar envidia o no caer en la sospecha de tener pretensiones desmesuradas, ni muy poco como para ser ignorado o callado. Muéstrate reservado, pero evita que se te tome por un original o un tímido o por arrogante.

2

Aspira a la perfección, pero no a la apariencia de la perfección o a la infalibilidad. Los hombres te juzgan y condenan según el criterio de sus pretensiones, y aún habrás de felicitarte si lo hacen sin encima imponerte otras cargas; de otro modo, la más pequeña falta por tu parte inducirá a los demás a exclamar: "¡Ah, eso es imperdonable en un hombre como él!". Y como los débiles siempre se alegran descubriendo defectos en aquellos hombres que les hacen sombra, a ti se te censurará más un único paso en falso que a los demás todo un registro de maldades y locuras.

3

Pero tampoco seas un esclavo de las opiniones que otros tienen de ti. ¡Sé independiente! ¿Qué te importa, a fin de cuentas, el juicio del mundo entero cuando actúas como deberías hacerlo?, ¿y de qué vale todo tu vestuario aparatoso de virtudes externas para brillar en sociedad si ocultas entre tanta lentejuela un corazón vil y débil?

4

Sobre todo cuida de que nunca pierdas la confianza en ti mismo, en Dios, en los hombres buenos y en el destino. Lo habrás perdido todo

en cuanto tu prójimo perciba en tu semblante enojo o desesperación. Además, en la desgracia se suele ser injusto con los hombres. Cualquier muestra de mal humor en los otros, por pequeña que sea, cualquier gesto de frialdad, se asocia a nuestra persona; se cree que todos se dan cuenta de que sufrimos y nos evitan para eludir la petición de que se nos ayude.

5

No te atribuyas aquello que debes a los méritos de otros. Si recibes alguna cortesía o algún favor por tu conexión con una persona respetable, no te ufanes por ello, sino sé lo bastante modesto como para pensar que probablemente se te habría tratado de manera diferente si hubiese sido sólo por ti. No obstante, intenta aspirar a que se te honre por ti mismo. Es preferible que seas la pequeña lámpara que ilumina un rincón oscuro con su propia luz, que la gran luna de un sol ajeno, o el satélite de un planeta.

6

Si te falta algo, si tienes preocupaciones, si te ha ocurrido alguna desgracia, si sufres carencias, si la razón, los principios y tu buena voluntad no bastan, no reveles tu sufrimiento y tu debilidad a nadie, ni siquiera a tu fiel mujer, pero sí a quien pueda ayudar. Pocos son los que están dispuestos a ayudarte a llevar tu carga; a menudo sólo la hacen más pesada; incluso muchos de ellos retroceden en cuanto se dan cuenta de que la fortuna ya no te sonríe. Ahora bien, en cuanto perciben que te has quedado sin apoyo alguno, que careces

de cualquier protección secreta, que no tienes a nadie que te pueda ayudar, ¡entonces ya puedes dejar de contar con ellos! ¿Quién tiene el valor de ponerse abiertamente de parte de alguien a quien le ha abandonado todo el mundo? ¿Quién tiene el valor de decir: es mi amigo, vale más que todos vosotros que le estáis difamando? Y si encontraras a alguien así, probablemente sería otro pobre desgraciado como tú, en las mismas circunstancias miserables, que por desesperación deseara unir su destino al tuyo, y cuya protección te sería más perjudicial que útil.

7

No te vanaglories en voz tan alta de tu situación afortunada. No despliegues con tanto esplendor tu riqueza y tu lujo. Los hombres raras veces soportan esa superioridad sin murmurar y sin envidia. Y también te aconsejaría que por la misma razón no te muestres demasiado amable con los demás, ya que los hombres, por regla general, huyen del benefactor exagerado como se huye del acreedor al que no se puede pagar. Así pues, guárdate de no aparecer demasiado grande a los ojos de tu congénere, pues, además de que demandará demasiado de ti, una única negativa de tu parte le hará olvidar, en un instante, mil de tus buenas acciones.

8

No descubras nunca de manera innoble las debilidades de tus congéneres para elevarte a ti mismo. No saques a la luz sus errores y yerros para sacar ventaja a su costa.

9

Si quieres agradar y que te elogien, no intentes tanto brillar tú mismo como dar a otros la oportunidad de mostrarse de la manera más favorable. Son pocos los hombres que soportan la superioridad de otros. Antes nos perdonarán una acción equívoca, aún más, incluso un crimen, que un acto por el cual los eclipsemos. Pero si estás a cierta distancia de ellos, fuera de su radio de acción, entonces tal vez te hagan justicia. También hay que guardarse de sobresalir en el mero trato social. Yo tengo la reputación de ser un hombre sensato, ingenioso y sensible en alguna compañía en la que nunca ha salido de mis labios una sola frase razonable, y en la que no he hecho otra cosa que escu-char con una paciencia modélica los disparates de personas apenas letradas, o introducir un tema sobre el que alguien deseaba hablar. A veces me visita alguien con la humilde pretensión (y aquí no puedo reprimir una sonrisa) de manifestarme personalmente su veneración por ser yo un autor tan famoso. El hombre se sienta y comienza a hablar y no me deja, a mí, al admirado, decir esta boca es mía, y luego se va, encantado por una conversación tan instructiva y agradable, a la cual no he contribuido ni siquiera con veinte palabras, contento por haber tenido el suficiente sentido común para escucharle. ¡Ten paciencia con todas las flaquezas de esta índole! Si, en consecuencia, alguna vez oyes de alguien una anécdota o algo parecido, que a él le gusta contar, y tal vez sea una historia que ya has oído con frecuencia o que tú mismo se la has contado hace tiempo, no dejes que se dé cuenta de que la historia es para ti vieja y que te aburres. ¡Qué puede ser más inocente que permitir tales efusiones si con ellas se causa placer a otros y uno obtiene un buen nombre! Y si la gente tiene aficiones inocentes, por ejemplo, les gusta hablar de caballos, les gusta que se fume una pipa con ellos, o se beba un vaso de vino, se puede ser complaciente si esto puede ocurrir sin mucha molestia

y sin falsedad. Por esto nunca me ha gustado esa costumbre de los cortesanos de baja calaña habituados a escuchar a medias y distraídos, o que incluso nos interrumpen en medio de una frase que ellos mismos han propiciado.

10

La presencia de ánimo es un raro regalo del cielo y hace que aparezcamos a una luz muy ventajosa en el trato social. Pero esta habilidad no se puede aprender, lo único que podemos hacer, cuando carecemos de ella, es esforzarnos para que al menos no dejemos perplejos a los demás o a nosotros mismos con nuestra precipitación. Los temperamentos especialmente vivaces deberían tener un cuidado especial a este respecto. Por ello aconsejo que cuando nos sorprenda una pregunta inesperada, un tema inhabitual o cualquier otra situación parecida, callemos un minuto para dar tiempo a la reflexión y prepararnos así para tomar partido. Al igual que una palabra irreflexiva y descuidada o un paso dado con precipitación, pueden ser causa de un arrepentimiento posterior y de consecuencias desgraciadas, así una resolución audaz, rápida y tomada en el lugar, también puede traer, en momentos críticos en los que uno fácilmente pierde la cabeza, fortuna, salvación y consuelo.

11

Si deseas ventajas temporales y sustento en la vida civil; si deseas obtener algún puesto en el que puedas ser útil a tu patria, lo tendrás

que solicitar, aún más, muchas veces tendrás, incluso, que rogar para que te lo den. No cuentes con que los hombres recurran a ti si no les eres absolutamente necesario, o que muestren interés hacia ti sin habérselo solicitado, ni siquiera cuando tus actos hablen con claridad a tu favor y todos sepan que necesitas y mereces apoyo. Todos se cuidan de sí mismos y de los suyos, sin preocuparse del hombre modesto que puede estar muriéndose de hambre en un rincón oscuro pese a sus muchos talentos. Así, más de una persona meritoria no obtiene reconocimiento alguno en toda su vida, y no tiene oportunidad de ser útil a sus conciudadanos, ya que no puede suplicar ni arrastrarse.

12

Por lo tanto, pidamos y aceptemos lo menos posible los favores de los demás. Raras veces nos encontramos con gente que más tarde o más temprano no exija grandes atenciones en pago a pequeños servicios, y eso perturba el equilibrio en el trato social, priva de la libertad, impide la elección ilimitada y, aun en el caso de que ni siquiera se produjera una vez de diez, nos traería confusión o nos causaría enojo; así pues, es actuar sabiamente intentar evitar esa primera vez, y es preferible dar siempre, o servir, que aceptar servicios o favores de otros. Asimismo, hay pocas personas que hagan el bien por las buenas. ¡Intentadlo, amigos míos! ¿Cuántos de vuestros conocidos, de repente, en pleno estado de ánimo alegre y cortés, no fruncen el entrecejo solemnemente cuando os dirigís a ellos con las palabras: “Voy a cometer la osadía de pediros un gran favor, me hallo en una situación de lo más desesperada”? La gente está de lo más dispuesta a ofrecernos esos favores que no necesitamos o que ellos ni siquiera están en condiciones de hacer. El que despilfarra siempre está dispuesto a ayudar con dinero, el tonto con buenos consejos.

Pero ante todo evitemos pedirle un favor a alguien cuando sepamos de antemano que ni siquiera, aunque quisiera, podría darnos una respuesta negativa (por ejemplo, cuando nos debe algo o depende de nosotros por alguna razón).

Aceptar favores nos hace dependientes; no se sabe hasta dónde puede llevar. A menudo nos vemos en apuros cuando nos encontramos en la tesitura entre la necesidad de perdonar a malas personas o parecer desagradecidos.

Para poder prescindir, por tanto, de la asistencia ajena, el mejor remedio consistirá en tener pocas necesidades, en ser moderado, y albergar deseos modestos; quien se vea arrastrado, en cambio, por numerosas pasiones en un incesante delirio, reclamará puestos honoríficos o usureros o dinero o placeres sensuales; quien, infectado por el lujo de la época codicia todo lo que ven sus ojos, quien se ve impulsado por una curiosidad insana o un espíritu inquieto, o se entremete en todos los tratos inútiles, nunca podrá prescindir de la ayuda y del apoyo de gente ajena para la satisfacción de sus innumerables deseos.

13

Aunque he dicho que es preferible darlo todo a recibir algo de alguien, esto no quiere decir que no se pueda hacer mucho por los demás. ¡Sed serviciales pero no impertinentes! ¡No seáis amigos de cualquiera y no confiéis en cualquiera! Ante todo, no queráis mejorar y moralizar a los hombres, no les aconsejéis sin tener aptitud para ello. Muy pocos te lo agradecerán, pues aun en el caso de que te pidan consejo, normalmente ya se habrán decidido a hacer lo que quieren hacer. No se molesta a los conocidos con pequeños e insignificantes encargos, por ejemplo que compren algo para

nosotros, etc., si se puede resolver de otra manera. Y hemos de intentar librarnos de estos recados, ya que suelen acarrear pérdida de tiempo y dinero y raras veces se cosecha agradecimiento y satisfacción. No te injieras tampoco en asuntos de familia. Un par de veces tuve una mala experiencia por este motivo pese a mis buenas intenciones. Ante todo evita querer zanjar disputas y conseguir reconciliaciones (a no ser entre personas queridas y de confianza). La mayoría de las veces las dos partes se coaligarán para caer sobre ti. El alcahueteo y los emparejamientos se han de dejar al cielo y a cierta clase de mujeres mayores.

14

No hay regla que sea de una utilidad más general, ninguna que se haya de observar de manera más sagrada, ninguna que lleve con tal seguridad a adquirir una amistad y un respeto duraderos, que ésta: mantener la palabra dada incluso en los asuntos más insignificantes, mantenerse fiel a lo que se ha prometido y ser siempre veraz en lo que se dice. Nunca se puede tener derecho ni un motivo que permita decir lo contrario de lo que se piensa, aunque se pueden tener motivos para estar autorizado a no revelar todo lo que pensamos. No hay mentiras piadosas; nunca se ha dicho una mentira que más tarde o más temprano no haya tenido consecuencias perjudiciales para alguien; ahora bien, el hombre que tiene fama de mantener rigurosamente su palabra y de no permitirse ninguna mentira, gana cierta confianza, buena fama y mucho prestigio.

15

Sé riguroso, puntual, ordenado, diligente y laborioso en tu profesión. Conserva tus documentos, tus llaves y todo lo demás de manera que puedas encontrar cada cosa incluso a oscuras. Procede cuidadosamente con los bienes ajenos. No prestes nunca libros u otras cosas que te hayan prestado a ti; si has tomado algo prestado de otro, devuélvelo a su debido tiempo y no esperes a que él, o uno de sus sirvientes, vengan a recogerlo. Uno siempre gusta de hacer negocios y de tratar con una persona que es puntual de palabra y obra. Llega al lugar y a la hora que te habías propuesto, aunque seas el único que cumpla esta regla; malos y buenos ejemplos de esta índole inducen a ser imitados, y la incorrección de los demás no justifica la nuestra.

16

Interésate por los demás cuando quieras que los demás se interesen por ti. Quien vive para sí mismo, indiferente a los demás, sin sentido de la amistad, la benevolencia y el amor, se quedará solo cuando requiera el apoyo ajeno.

17

No inmiscuyas a nadie en tus diferencias privadas y tampoco pidas a aquellos con los que te relacionas que tomen parte en las discordias que surjan entre tu persona y otros.

Una gran cantidad de estas reglas queda comprendida en la vieja máxima: ponte en el lugar de otro y pregúntate, "¿Cómo me sentiría en las mismas circunstancias, si se demandara esto de mi, si se me tra-tara de esa manera, si se exigiera de mi ese servicio, esa mediación, ese trabajo aburrido, esa explicación?".

18

No te preocupes de las acciones de tu prójimo en tanto que no te afecten, o no afecten a la moralidad en general, de modo que fuera un crimen callar al respecto. ¿Qué te importa a ti, no siendo su tutor, si alguien camina rápido o lento, duerme mucho o poco, está mucho o poco en su casa, se viste bien o mal, bebe vino o cerveza, tiene deudas o ahorra, tiene o no una amante? Hechos, en cambio, que se deben saber, se suelen conocer a través de los tontos, ya que estos hablan directamente sin ingenio, sin pensar en las consecuencias, sin miradas de soslayo, sin adornos y sin pasión.

19

Nunca te apartes de tus principios en tanto que los reconozcas como justos. Hacer excepciones es peligroso y siempre va de menos a más. Así pues, si por buenos motivos te has propuesto no prestar libros, no beber vino, etc., ningún mortal podrá convencerte de que inculques tu propósito, siempre y cuando los motivos que llevaron a esta resolución sigan en pie. Sé firme, pero ten cuidado y no conviertas algo con demasiada ligereza en un principio, sin antes

haber reflexionado sobre todos los casos, y no insistas tercamente en pequeñeces.

Ante todo actúa consecuentemente, hazte un plan para la vida y no te desvíes de él ni un milímetro. Si este plan también contempla todo tipo de peculiaridades, los hombres cuchichearán al respecto durante un tiempo y al final se callarán, te dejarán tranquilo y no podrán sino manifestarte su respeto. Siempre se gana con resistencia y mediante una firmeza planificada y sabia. Los principios recuerdan en un sentido a los materiales de los que están fabricadas las cosas, y la mejor prueba de su bondad consiste en su durabilidad. Y, en efecto, si se quiere averiguar por qué no se hace justicia a las acciones más nobles de algunos hombres, a menudo se descubrirá que el público ha albergado sospechas acerca de la verdad y del propósito de una acción, y ello debido a que no encaja en el sistema de su autor o no parece adaptarse a su comportamiento.

20

Y lo que es más sagrado que la máxima anterior: ¡ten siempre una buena conciencia! Que tu corazón no te haga reproches en ninguna de tus acciones sobre la intención y los medios. No vayas nunca por caminos torcidos y cuenta siempre con buenas consecuencias, con la ayuda de Dios y el apoyo humano en la necesidad. Y si durante un tiempo te persigue un destino contrario, te dará serenidad y una fuerza inhabitual la bendita convicción de la inocencia de tu corazón y de la honradez de tus intenciones. Tu semblante despreocupado despertará más interés, mucho más que la máscara del malvado con apariencia sonriente, sardónica y feliz.

21

Sé el que eres, plenamente, y siempre el mismo. No hoy frío y mañana caliente; hoy grosero y mañana cortés y acaramelado; no hoy el alegre contertulio, y mañana seco y mudo como una columna. Con gente así conversar es difícil y desagradable. Nos abruman con todos los signos de la amistad más entrañable y leal cuando están de buen humor, cuando no tienen a nadie cerca que sea más noble o más gracioso que nosotros, o que sea más lisonjero. Nosotros confiamos en esa persona y volvemos a visitar unos días después a quien tanto le agradaba nuestra presencia, y que nos había invitado amablemente a visitarle con frecuencia, y tenemos un recibimiento frío y malhumorado, o se nos deja abandonados en una esquina sin conversación, se nos responde con monosílabos, ya que está rodeada de criaturas que emanan más incienso que nosotros. De esas personas hay que alejarse inadvertidamente, y si después, en un instante de aburrimiento, nos vuelven a buscar, es mejor que nos hagamos los esquivos y evitemos su compañía.

22

Marca las diferencias en tu comportamiento externo respecto a las personas con las que tratas, como señal del respeto que les debes. No le des a cualquiera la mano, no abraces a cualquiera o lo aprietes contra tu corazón, reserva esto para tus seres más queridos, ¿y quién se fiará de tus manifestaciones de amistad, quién les dará crédito si procedes con ellas con tal prodigalidad?

23

Hay dos motivos principales que nos han de impulsar a no ser demasiado francos con los hombres: en primer lugar, el miedo a descubrir así nuestras flaquezas y que abusen de ellas, y, en segundo lugar, la reflexión de que una vez que hemos acostumbrado a la gente a no callarnos nada, terminarán pidiéndonos cuentas de todos los pasos que demos, hasta de los más pequeños, y querrán consultarnos en todas las ocasiones; pero tampoco se ha de ser excesivamente reservado, ya que entonces creerán que algo peligroso o importante se esconde detrás de nuestras acciones, y eso nos puede involucrar en situaciones desagradables y hacernos sospechosos, sobre todo en países extranjeros, de viaje y en otras ocasiones similares, y nos puede perjudicar también en la vida normal, incluso en el trato con nuestros mejores amigos.

24

No intentes ridiculizar en sociedad a ninguna persona, ni siquiera a la más débil. Si es tonta, menos honor te corresponde en el ingenio que despilfarras con ella; si lo es menos de lo que crees, tal vez puedas convertirte tú mismo en el objeto de sus burlas; si es bondadosa y sensible, la ofenderás, y si es vengativa y maliciosa, es posible que lo anote y te lo haga pagar más tarde o más temprano. Y cuántas veces no ocurrirá, cuando el público atiende a nuestros juicios, que se dañe gravemente a un buen hombre en la vida civil, o se aflija a una persona débil, de modo que, cuando resaltemos aquellos aspectos de ella que nos parecen más ridículos, se apague todo su pundonor y se sofoquen sus mejores disposiciones al entregarla al desprecio de los demás.

25

No asustes o importunes a nadie, ni siquiera a tus amigos, con noticias falsas, con bromas vejatorias o con ninguna otra cosa que pueda intranquilizarlos o confundirlos aunque sólo sea un instante. Hay en el mundo tantos momentos verdaderamente desagradables y angus-tiosos que es un deber fraternal eliminar todo lo que pueda aumentar el peso, por más que sólo sea un granito de arena, de la carga real o imaginada de los males que nos acucian. A mi modo de ver, es igualmente impropio procurar a un amigo, en broma, como suelen hacer muchos, un breve placer mediante una novedad alentadora inventada, que después se ve frustrada. Estos son actos crueles con los cuales no se endulza el placer del trato social, sino que se amarga. Tampoco se ha de excitar la curiosidad, o atormentar a las personas con palabras entrecortadas, sino que es preferible callar cuando no se quiere hablar. Hay personas que tienen la costumbre de dar a sus amigos esas indicaciones místicas, como por ejemplo: "Por ahí corre un rumor sobre vos, pero no puedo, no me está permitido decíroslo". Estas indicaciones no sirven de nada y causan desasosiego.

Ante todo se ha de evitar en lo posible producir confusión en la gente, y cuando alguien esté a punto de cometer una imprudencia (por ejemplo, hablar mal de un libro cuyo autor está presente) o de ponerse en ridículo de alguna otra manera, habremos de esforzarnos por evitarle esa situación bochornosa, o reparar la situación lo mejor que nos sea posible. Y cuando alguien por descuido rompe o deja caer algo, o comete algún que otro error, es mejor no mirarle, al menos no sonriendo o con enojo, ni tampoco con rasgos de fastidio, para así no incrementar su confusión.

Asimismo, no hemos de olvidar nunca que la gente quiere divertirse y entretenerse; que incluso la conversación más instruida a la larga resultará aburrida si no se sazona de vez en cuando con ingenio y buen humor; que, además, a la gente nada le parecerá más ingenioso, más sabio y más divertido que cuando se la elogia, cuando se le dice algo halagador; pero que está por debajo de la dignidad de un hombre sensato hacer el papel de bromista, y que es indigno de un hombre honesto desempeñar el papel de un vil adulador. Pero hay un término medio, y es el que yo aconsejo, y como toda persona tiene al menos un aspecto bueno que se puede elogiar, y este elogio, cuando no se exagera, salido de los labios de un hombre juicioso, puede servir de acicate para alcanzar una mayor perfección, creo que este gesto será suficiente para quien quiera entenderme.

Muestra, siempre que puedas, un semblante claro y sereno. No hay nada más encantador y alegre que un estado de ánimo jovial y animado que emana de un corazón inocente, no agitado por un tumulto de violentas pasiones. La persona que está constantemente ideando chistes, o aquella a la que se le nota que ha estudiado la manera de entretener a la sociedad, agradará sólo un breve periodo de tiempo y despertará el interés de pocos; no buscarán su compañía aquellos cuyos corazones prefieren un trato distinto y cuyas mentes aspiran a una conversación socrática.

Quien siempre está de broma, no sólo se agotará fácilmente y acabará abatido, sino que además sufrirá la desagradable experiencia de que se ofendan sus compañeros si, por lo que sea, no tiene ánimos de abrir su depósito de chistes. Cualquier comida a la que se le invite, cualquier cortesía que se le muestre, parece ir acompañada de la onerosa condición de que ha de intentar ganarse ese honor con sus bufonadas; y si en alguna ocasión se atreve a

elevar el tono para decir algo serio, se reirán de él en la cara antes de que haya terminado de decir lo que quería. El verdadero humor y la gracia auténtica no se pueden forzar ni fingir, se sienten como la presencia de un ángel celestial, lleno de delicias y calidez y despertando la veneración. Así pues, si quieres introducir en la conversación tus ocurrencias graciosas, reflexiona un poco sobre la compañía en la que te encuentras. Lo que a personas de una cierta educación les parece muy divertido, a otras les puede pare-cer muy aburrido o impropio, y un chiste espontáneo en un círculo de caballeros, podría ser de lo más improcedente en presencia de mujeres.

27

No dejes la compañía de una persona sin haberle dicho algo instructivo o amable, y de una manera que no ofenda su modestia y no parezca estudiada, para que no crea haber estado perdiendo el tiempo que ha pasado contigo, y para que se dé cuenta de que te has interesado por ella, que te importa de verdad su felicidad y que no vas prodigando por ahí tus cortesías como si fueran una mercancía. Pero entiéndaseme bien, si fuera posible quisiera proscribir de la conversación toda charlatanería, y me gustaría que mis lectores cuidaran siempre de no decir algo que sea inútil o que no cree un verdadero placer en quien lo escuche, o que no interese ni a su corazón ni a su mente. Así pues, estoy muy lejos de recomendar el sistema de esa gente que confunde a los demás, sin motivo alguno, con cumplidos vacíos, halagos o lisonjas y que no admite una réplica razonable. Por lo demás, tampoco censuro una palabra cortés y bien intencionada, un elogio merecido, modesto y que pueda servir de incentivo para mejorar en el futuro. Un ejemplo aclarará el verdadero principio al que me refiero: una vez estaba yo sentado en una mesa con desconocidos, entre una joven dama

bonita e inteligente y una señorita pequeña y fea de unos cuarenta años. Cometí la descortesía, durante toda la comida, de conversar sólo con la primera, y no intercambié ni una sola palabra con la segunda. En el postre me di cuenta de mis malos modales e intenté reparar mi falta de cortesía con otra falta contra la sinceridad y la veracidad. Me volví hacia ella y hablé de un suceso que había ocurrido hacía veinte años –y del que ella no sabía nada–. "No es de extrañar", dije yo, "por entonces seríais sólo una niña". Aquella pequeña criatura se alegró mucho de que pensara que todavía era joven, y esta única palabra consiguió que tuviera una buena opinión de mí, mientras que, en realidad, por esta vil lisonja tendría que haberme despreciado. Con cuánta facilidad podría haber encontrado un tema para una conversación que de alguna manera le hubiese interesado. Y era mi deber pensar en un tema idóneo y no cerrarle la puerta a la conversación durante toda la comida. Aquella lisonja miserable, en cambio, fue una manera indigna de enmendar el primer error.

A veces podemos ofender gravemente a personas imaginándonos, no obstante, que les hemos dicho algo muy amable. Hay, por ejemplo, personas que se tomarían muy a mal si les aseguráramos que se las tiene por bondadosas, y otras que se sentirían ofendidas si se les asegurara que tienen un aspecto saludable.

28

Si estás deseoso de obtener un respeto duradero, de no ofender a nadie, de no aburrir a una persona en la conversación, te aconsejo que no la salpiques con maledicencias y burlas y que no te acostumbres a un tono de parodia. Eso es posible que pueda gustar una vez y entre una clase determinada de personas; pero al final se termina despreciando y evitando a aquella persona que siempre

pretende entretener a la sociedad a costa de otros o a costa de la verdad, y esto se hace con toda la razón, pues el hombre sensato y sensible ha de ser comprensivo con las flaquezas de los demás; él sabe los graves daños que puede causar a menudo una única palabra, que ni siquiera se ha pronunciado con mala intención; además, él aspira a una conversación más útil y sustancial; le repugna la parodia vacía. Pero uno se acostumbra con demasiada facilidad a ese tono miserable que predomina en los círculos de moda. Contra esto no se puede advertir lo suficiente.

Pero tampoco pretendo declarar improcedente toda sátira, ni negar que la mejor manera de combatir algunos disparates y necedades, en círculos menos familiares, sea mediante una parodia sutil, no ofensiva ni demasiado personal. Y por último estoy muy lejos de aconsejar que se haya de elogiar todo y disculpar todos los defectos, al contrario, nunca he confiado en aquella gente que pretende justificarlo todo cubriéndolo bajo el manto del amor cristiano. Son en su mayoría hipócritas, que hablando en términos honorables de alguien quieren conseguir que se olvide el mal que han hecho, o así intentan ganarse la indulgencia de los demás para sus propios defectos.

29

Evita en lo posible contar anécdotas, en especial aquellas que arrojan una luz desfavorable sobre alguien, y que conoces sólo de oídas. Muy a menudo no se basan en la verdad, o ya han pasado por tantas manos que o han sido exageradas o mutiladas, quedando esencialmente alteradas en su sentido. A veces con ellas podemos perjudicar seriamente a gente inocente y, lo que es más frecuente, enojar a alguien.

30

Ten cuidado de no llevar noticias de una casa a otra ni de divulgar conversaciones privadas o familiares, u observaciones que hayas hecho sobre la vida doméstica de personas con las que tienes trato. Aunque esto no se produzca por malicia, semejantes indiscreciones pueden causar desconfianza hacia ti y todo tipo de discordias.

31

Sé cauto en cómo censuras y contradices a otros. Hay pocas cosas en el mundo que no tengan dos caras diferentes. Los prejuicios a veces oscurecen la mirada, incluso la del hombre más sabio, y es muy difícil hacerse una idea de la situación en que se encuentran los demás. No juzgues a la ligera las acciones de gente sensata, a menos que tu modestia te diga que eres más sabio que aquellos a quienes censuras, pero ten en cuenta que esa convicción de nuestra superioridad siempre resulta más que sospechosa. Un hombre sabio es por regla general más activo que otros, tiene pasiones más violentas que dominar, se preocupa poco de los juicios de la gran masa, no considera que merezca la pena justificar su buena conciencia con grandes apologías. En cuanto al resto, antes de pronunciar un juicio, hazte la siguiente pregunta: "¿Qué hace ese hombre que sea útil a los demás?". Y si hace algo que lo sea, deberías olvidar sus pequeños defectos apasionados, que sólo le perjudican a él o que, a lo sumo, sólo causan un daño insignificante y transitorio.

Sobre todo no te arrogues el derecho a sopesar escrupulosamente todos los motivos de cada buena acción. Con esos cálculos es probable que incluso algunos de tus mejores actos aparezcan desesperadamente pequeños. Cada buena acción se ha de enjuiciar por sus efectos para el mundo.

32

Ten cuidado de no agotar la paciencia de tus oyentes con discursos aburridos y prolijos. Un cierto laconismo –en tanto que no degenere en un modo afectado de hablar con aforismos y sentencias o sopesando cada palabra–, un cierto laconismo, digo, puede consistir en el talento de decir mucho con pocas palabras, en mantener la atención suprimiendo pequeños e insignificantes detalles, o en otro momento en la habilidad de hacer interesante una circunstancia sin importancia mediante la vivacidad de la representación: este es el verdadero arte de la elocuencia social. ¡No se te ocurra hablar demasiado! Sé ahorrativo con las palabras y los conocimientos para que no te quedes demasiado pronto sin recursos, para que no digas lo que deberías callar y te tornes tedioso. Deja que hablen los demás, que contribuyan a la conversación. Hay personas que sin advertirlo monopolizan la palabra en todos los sitios, y por más que estuvieran en un círculo de cincuenta personas, pronto se adueñarían de la palabra.

En sociedad es muy desagradable, y causa una impresión igualmente adversa y fastidiosa, la manera en que algunas personas escuchan y acechan en silencio y tensas, aparentemente con la única intención de captar aquella palabra imprudente o impropia que uno puede dejar caer por una locuacidad imprudente, albergando algún propósito malicioso.

33

Hay personas que en la vida social sólo quieren recibir y nunca dar (fruges consumere natos)[1], que reclaman de los demás que las entretengan, les sirvan, instruyan, elogien o alimenten, sin aportar nada a cambio; son esas personas que se quejan de aburrimiento sin preguntarse si ellas han causado menos aburrimiento a otras; que se sientan con toda comodidad escuchando placenteramente, pero que no piensan en contribuir al entretenimiento de la compañía, esto es tan injusto como cargante.

1 "Nacido sólo para consumir frutos". N. del t.

También hay otras personas que sólo hablan de sí mismas, de sus circunstancias domésticas, de sus relaciones, sus acciones y sus ocupaciones, y logran que todo gire en torno a ellas. Evita en lo posible, cuando te encuentres en compañías mixtas, el tono, las maneras propias de tu educación especial, de tu oficio, de tu peculiar modo de vida. No hables de asuntos que no interesan a nadie salvo a ti. Ten cuidado de no caer en el error de aquellos que se parodian a sí mismos y piensan que no pintan nada. Esto confunde a los presentes y traiciona un egoísmo vanidoso. No aludas a anécdotas que son desconocidas a tu vecino, a pasajes de libros que él probablemente no haya leído. No hables en una lengua extranjera cuando no es seguro que todos los que están a tu alrededor la entienden. Aprende a adaptarte al tono de la sociedad en la que te encuentras. No puede haber nada de peor gusto que cuando un médico describe a unas jóvenes damas su colección de

preparados anatómicos, el jurista habla al cortesano de la nulidad de la posesión de la cosa y del edictum Divi Martii, o el viejo y achacoso erudito se explaya con la joven coqueta sobre su herida abierta en la pierna.

Puede ocurrir también a menudo que uno se encuentre en sociedades donde es difícil introducir un tema que despierte el interés. Cuando un hombre sensato está rodeado de personas vacías y pobres de espíritu, que no tienen sentido para nada, bueno, pues entonces no es culpa tuya que no te entiendan. Te puedes consolar pensando que has hablado de cosas que deberían haber interesado.

34

No hables tampoco mucho de ti mismo, salvo en el círculo estrecho de tus amigos más íntimos donde sabes que lo que le ocurre a uno interesa a todos, y ten cuidado también de no mostrar egoísmo. Evita incluso hablar mucho de ti cuando los buenos amigos, como suele ocurrir a menudo, dirigen la conversación por cortesía hacia tu persona, tus escritos y cosas parecidas. La modestia es una de las cualidades más agradables, y causa una impresión tanto más ventajosa cuanto que esta virtud ha disminuido drásticamente en nuestros días. No estés tampoco muy ansioso por leer tus escritos sin que te lo hayan pedido, por desplegar tus talentos y por contar tus hazañas, ni tampoco por dar a otro la oportunidad de que te lo pida. Tampoco abrumes a los demás con tu conversación, esto es, no muestres tal superioridad que los demás enmudezcan y queden en una situación desventajosa.

35

No te contradigas a ti mismo en la conversación, de modo que afirmes algo que hace tiempo has combatido. Uno puede cambiar de opinión, pero la prudencia requiere que cuando estamos en compañía, no juzguemos decisivamente hasta que no hayamos sopesado todos los argumentos en pro y en contra.

36

Ten cuidado de no caer en el error de aquellos que, por falta de memoria, o por una actitud descuidada, o porque están prendidos de sus propias ocurrencias, repiten una y otra vez, cuando tienen la oportunidad, las mismas anécdotas, los mismos chistes, comparaciones, juegos de palabras, etc. Es importante, especialmente en el trato social, fortalecer la memoria, y para ello es ventajoso acostumbrarse a anotar todo lo que queremos recordar.

37

No salpiques tu conversación con ambigüedades, con alusiones a cosas que o pueden causar repugnancia o sonrojar las mejillas honestas; no muestres tampoco aprobación alguna cuando parta de otros. Un hombre sensato no puede encontrar agrado en esas conversaciones. En sociedades masculinas no niegues tu sentido del pudor y de la decencia, ni tu aversión a la obscenidad.

38

No entretejas tu conversación con tópicos insustanciales; por ejemplo, que la salud es un tesoro inapreciable; que patinar es un placer frío; que todos somos hermanos; que todo está bien cuando termina bien; que uno aprende de sus errores (lo cual raras veces ocurre); o que el tiempo pasa muy deprisa, lo cual no es verdad, dicho sea de paso, ya que el tiempo se calcula según un criterio preciso, no pasa más rápido de lo que debe pasar, y aquel a quien un año se le ha pasado más rápido que otro, es que ha debido dormir mucho ese año o que sus sentidos no han estado tan despiertos. Estas frases son aburridas y muchas veces absurdas y falsas.

Hay algunas personas mecánicas cuya conversación consiste en emplear ciertas fórmulas que parlotean, sin pensar mucho en lo que dicen. Te visitan cuando estás mortalmente enfermo en la cama y se alegran de verte. Les muestras tu retrato y encuentran que tiene un gran parecido pero que te han pintado demasiado viejo. A todos los niños les dicen que están muy crecidos para su edad y que se parecen al padre, etc. Otro tema de conversación igualmente miserable lo suministran los acertijos, los juegos de palabras, los juegos de prendas etc.

39

No molestes a la gente que tratas con preguntas inútiles. Hay personas que se han acostumbrado, no por curiosidad o impertinencia, a hablar adoptando la forma de la catequización, con

preguntas y respuestas, y se vuelven tan molestas con sus preguntas que no es posible conversar a gusto con ellas.

40

¡Aprende a soportar que te contradigan! No te apegues infantilmente a tus propias opiniones. No te acalores, no te vuelvas grosero en la disputa, tampoco cuando a tus serios argumentos se responda con burlas y parodias. Ya has perdido la mitad del caso, pese a tener los mejores argumentos, si no eres capaz de mantener la sangre fría, y de todos modos nunca convencerás de esa manera.

41

En los lugares en los que uno se reúne para divertirse o entretenerse, como el teatro o las salas de baile, no hables con nadie de asuntos domésticos, y aún menos de cosas tristes. Uno visita esos lugares para descansar y recuperarse, para liberarse de preocupaciones grandes y pequeñas y es, por lo tanto, sumamente impropio querer forzar a alguien a sujetarse de nuevo a su yugo cotidiano.

42

Es evidente que un hombre honesto y sensato no se permitirá ninguna burla sobre doctrinas religiosas esenciales aun cuando tenga la desgracia de dudar de su verdad; pero tampoco se ha de burlar uno en sociedad de constituciones eclesiásticas, de instituciones humanas que se toman en algunas sectas por artículos de fe, de ceremonias que algunos consideran esenciales. ¡Se ha de respetar lo que a otros les parece sagrado! Cada uno es libre de opinar como quiera, que es la misma libertad que nosotros exigimos. No olvidemos que lo que nosotros llamamos Ilustración para otros tal vez pueda suponer oscurecimiento. Hay que respetar los prejuicios que dan serenidad a otras personas. No se prive a nadie de algo sin darle algo mejor de lo que se le ha quitado. No olvidemos que la burla no mejora; que nuestra razón aún no desarrollada puede equivocarse en asuntos muy importantes; que un sistema defectuoso, que no obstante es la base de una buena moral, no es tan fácil de derribar sin al mismo tiempo destruir todo el edificio; y, finalmente, que esos temas no son indicados para tratarse en sociedad.

Pienso, sin embargo, que en el día de hoy con frecuencia y deliberadamente se evita toda oportunidad de hablar sobre religión. Algunas personas se avergüenzan de mostrar su devoción a Dios por miedo a que no las consideren lo suficientemente ilustradas, y otras fingen sentimientos religiosos y evitan hablar de fanatismo para congraciarse con los devotos. Lo primero es cobardía y lo segundo hipocresía; ambas posturas son igualmente indignas de un hombre honesto.

43

Si hablas de defectos físicos, mentales, morales u otros, o cuentas anécdotas que ridiculizan ciertos principios o prejuicios, o que

arrojan sombra sobre ciertas clases sociales, primero cerciórate de que no hay nadie presente que se lo pueda tomar a mal o que pueda referir esa censura o burla a él mismo o a sus parientes.

No ridiculices nunca el aspecto, la estatura o los rasgos físicos de una persona, pues ningún mortal tiene el poder de cambiarlos. No hay nada más humillante, injurioso y mortificante para un hombre que desgraciadamente posee un rostro o figura algo llamativo que darse cuenta de que es objeto de burla o de sorpresa. Personas que están familiarizadas con las cosas de este mundo, y que han vivido entre seres humanos de toda índole y condición, no necesitan ni que se les recuerde; por desgracia, no obstante, uno se encuentra de vez en cuando, incluso entre príncipes, especialmente entre damas, a personas que se pueden dominar tan poco, o que tienen tan poco sentido del decoro y de la equidad, que no pueden ocultar la impresión que les causa un aspecto inhabitual de esa índole. Esto es un signo de gran debilidad, y si además se piensa cuán relativos son los conceptos de fealdad y belleza, y cuán sometidos están a los gustos de cada uno, cuán poco se basa nuestra ciencia fisiognómica en principios seguros, y con cuánta frecuencia bajo una máscara aparentemente fea se encuentra una mente profunda, se comprueba fácilmente que raras veces se tiene derecho a sacar consecuencias desventajosas del aspecto de un ser humano, y que nunca se está autorizado a manifestar las impresiones que nos causa dicho aspecto mediante la risa o de cualquier otra manera, para humillación de alguien.

Hay otros rasgos, además de una figura peculiar, que nos pueden resultar llamativos en un hombre, por ejemplo: gestos ridículos, extravagantes o de mal gusto, deformidades corporales, desconocimiento de determinadas costumbres, impropiedades en el comportamiento, vestido grotesco o pasado de moda, etc. La buena educación también requiere aquí que no demos a entender nuestro asombro mediante la risa u otro signo y así confundir aún más al hombre en cuestión.

44

Si cuando estás en sociedad deseas hablarle a tu amigo de otra persona presente (aunque esto es sumamente impropio, como el susurrar al oído), al menos toma la precaución de no mirar o señalar a la persona de la que vas a hablar. Y si quieres oír algo que se está diciendo de ti a cierta distancia, tampoco dirijas hacia allí tus miradas. Si lo haces, llamarás la atención, y uno oye con los oídos y no con los ojos.

45

Hay que tener cuidado de no recordar cosas desagradables a personas con las que se conversa. A menudo hay personas que impulsadas por una preocupación imprudente preguntan sobre el estado de nuestra situación económica o sobre otras circunstancias desagradables, y con ello nos obligan a reflexionar constantemente en sociedad sobre asuntos preocupantes cuando estábamos buscando una ocasión para entretenernos. Hay que tener el suficiente conocimiento de los hombres como para saber si a la persona que tenemos ante nosotros, por su temperamento, por su situación o por el tipo de preocupación, se le puede aliviar mediante esas conversaciones, o si más bien con ello se le van a incrementar sus sufrimientos.

Hay que abstenerse, además, de reprochar a personas algo que tienen y de lo que ya no pueden librarse; no hay que empeorar la situación en la que tienen que vivir mediante descripciones

desagradables de ella. Siempre nos encontramos con esos inopinados predicadores de la verdad que se toman como una obligación amargarnos nuestras manías más inocentes y felices, racionalizándolas.

46

Cuando alguien dice cosas desagradables a un tercero o lo avergüenza, no participes, no lo apruebes sonriendo, es preferible que hagas como si no oyeras nada. La nobleza de ese comportamiento se advierte y a menudo se recompensa.

47

De la costumbre de hablar en paradojas, del espíritu de contradicción, de la manía de discutir, de citar y de aludir a las opiniones y dichos de otros, me ocuparé en el capítulo tercero de esta parte primera, y allí remito a mis lectores.

48

Una de las virtudes más importantes en la vida social y que realmente cada vez se hace menos frecuente, es la discreción. Hoy en día las personas son tan fraudulentas en sus promesas, más aún,

en sus afirmaciones solemnes y juramentos, que se traiciona sin vacilación alguna el secreto confiado bajo sello inviolable y se difunde sin escrúpulos. Otras personas, menos desleales, pero sumamente imprudentes, no pueden frenar su locuacidad. Se olvidan que se les ha pedido que mantengan algo en silencio y cuentan con indiscreción imperdonable los secretos más importantes de sus amigos en lugares públicos. O, al considerar un amigo leal a todo aquel con el que se encuentran, confían aquello que no deberían tomar como su propiedad a gente tan imprudente como ellas. Estas personas proceden con la misma imprudencia con sus propios secretos, planes y preocupaciones, y así destruyen con frecuencia su felicidad temporal y arruinan sus intenciones.

Es obvio cuánto perjuicio puede derivarse de semejante revelación imprudente de secretos ajenos y propios. Pero también hay otras muchas cosas que en realidad no son propiamente secretos, pero de las cuales la razón nos enseña que es mejor silenciarlas, y otras cuya divulgación no puede ser instructiva o entretenida para nadie, y es posible que revelarlas cause daño a terceros. Así pues, recomiendo una prudente discreción –la cual tampoco ha de degenerar en un ridículo secreteo-, como una virtud muy importante en el trato social. Por lo demás, ha de tenerse en cuenta que en Estados despóticos las personas, en general, son más discretas que donde se disfruta de más libertad. Allí el temor y el recelo fomentan la reserva y la parquedad; aquí cada uno sigue los impulsos de su corazón a la hora de comunicarse.

Cuando tengamos que confiar a varias personas a la vez un secreto, sería cuestión de solicitar la estricta discreción de cada una de ellas, para que cada una crea que ella sola es responsable de no revelarlo.

Muchos tienen la mala costumbre, cuando se les pide de antemano que no revelen algo que se les va a descubrir, de no dar ninguna explicación concreta y de no prometer nada. La bondad nos hace que no nos detengamos entonces y sigamos hablando, dando por presupuestas esas condiciones. Este comportamiento no se ha de

imitar; el hombre sincero expresa claramente sus intenciones sin reservas, y no escucha la revelación de un secreto hasta que nos ha informado hasta qué punto puede comprometerse a guardarlo.

49

Lo que los franceses llaman "contenance", armonía y consistencia en el comportamiento externo, ecuanimidad, renuncia a la violencia, a los arrebatos pasionales y a la precipitación, es algo que el hombre de fuerte temperamento debería esforzarse por alcanzar.

El arte de expresarse concisamente, sin circunloquios, con corrección y vivacidad, de amoldarse a las capacidades de las personas con las que hablamos para no fatigarlas; el don de narrar bien y con humor, sin reírnos de nuestras propias ocurrencias, de representar nuestro objeto seca o alegremente, según las circunstancias, o seria o cómicamente, y con naturalidad, todo esto es un gran talento que se puede adquirir con el estudio y la observación. Si aspiramos a alcanzar algo de perfección en él, habremos de estudiarnos a nosotros mismos, dominar nuestro semblante, evitar la gesticulación exagerada, y si sabemos que ciertos gestos, por ejemplo la risa, nos dan un aspecto desagradable, intentemos evitarlos. Nuestro porte y nuestra mímica deben ser nobles; en conversaciones sobre asuntos de poca importancia o sin carga emocional es impropio agitar y mover cabeza, brazos y otros miembros, como las personas de clases muy bajas; se ha de mirar a la gente de frente, pero con modestia y suavidad, y no ponerse a jugar con botones, mangas, etc. En suma, todo lo que delate una buena educación, respeto por los demás y conciencia de nosotros mismos, es necesario para hacer el trato social agradable, y es importante no descuidarse en estas cosas; cuidemos, por lo tanto, de observar todas las reglas del decoro, por pequeñas que sean, incluso en el círculo de la propia

familia, con objeto de convertirlas en un hábito y en una segunda naturaleza, mientras que las incumpliremos a menudo si nos acostumbramos a que se nos disculpen descuidos de esta índole. Podemos decir o enseñar más en estas páginas: como que no se ha de interrumpir a los demás cuando están hablando; que deberíamos aceptar el plato que se nos ofrece aunque no queramos comer nada de lo que hay en él, para que el otro no se tome la molestia de tener que mantenerlo en la mano por nuestra causa; que en sociedad se ha de dar la espalda lo menos posible; que uno no debe equivocarse en los nombres y en los títulos; que cuando caminemos con una persona que sea puntillosa en este aspecto, dejemos que el superior se situé a la derecha, o cuando vayamos tres, se le permita ir en el centro; que cuando alguien al que debemos cierta consideración pasa por delante de nuestra casa y saluda, mientras nosotros estamos en la ventana, que la abramos por un momento o que al menos demos la impresión de que la abrimos; que esta regla también se ha de cumplir cuando pasamos en un coche; que al que se habla, se le ha de mirar a la cara, no con rigidez o descaro; que tenemos que dominar nuestra voz, no gritar, y hablar con claridad; que hemos de mantener la compostura mientras caminamos; que no hemos de acaparar la palabra; que cuando acompañamos a una dama hemos de acomodarnos a su paso, que le hemos de ofrecer nuestro brazo izquierdo si no camina cómodamente por la parte derecha; que cuando se trate de bajar escaleras empinadas, demos precedencia a la mujer, y al subirlas vayamos nosotros por delante; que cuando no se nos entienda y preveamos que una explicación más detallada no nos va a servir, o cuando el objeto de la conversación sea tan insignificante que no merezca mucha profusión de palabras, lo mejor sería renunciar al asunto; que gente de rango, cuando se guía por prejuicios, se toma a mal que un inferior hable de ellos y de sí mismo en plural (por ejemplo, “cuando ayer fuimos juntos a pasear”; “ganamos en el juego de ayer y nuestros oponentes perdieron”), y exigen que se ha de hacer como si ellos fueran los únicos dignos de mencionarse en el mundo: “Vuestra Excelencia, vuestra gracia ha ganado” (a lo sumo se podría añadir: “conmigo”); que la cuchara con la que hemos comido no se ha de

volver a colocar en su sitio, como muchos hacen; que no hay que devolver un palillo de dientes que otro nos ha dejado; que cuando se tenga que dormir con otro en una misma cama (no conozco nada más repugnante e indecente que dormir dos personas bajo un mismo cobertor) se le causen las menos molestias posibles; que no hay que dar gritos a la gente para decirles mil cosas cuando se encuentran en la misma habitación o en la calle, o cuando ya han puesto la mano en el picaporte de la puerta o se han despedido; que es una mala costumbre tener siempre algo entre los dedos o en la boca con lo que nos entretenemos mientras hablamos con los demás; que se ha de pedir permiso previamente cuando se quiera leer cartas en presencia de personas extrañas o se haga cualquier actividad parecida; que es de buena educación, cuando se quiera saludar a alguien que pasa a nuestro lado, quitarse el sombrero por la parte por la que la otra persona no está caminando, para que no se le toque con él y no se le oculte el rostro; que es impropio susurrar al oído en sociedad; sentarse encorvado en la mesa; hacer muecas indecentes, ni permitir que una mujer, o una persona de mayor rango que el nuestro, sirva de un plato que esté ante nosotros; que es impropio estropear una broma inocente en compañía, por ejemplo cuando una persona hace un truco de cartas y sabemos cómo se hace, descubriéndolo, etc., etc. A personas de cierto rango y aquellas que no han recibido una educación muy básica ya se les han inculcado estas reglas en la infancia; pero se ha de recordar que a los ojos de mucha gente estas reglas, aparentemente insignificantes, son de gran importancia, y que a menudo nuestra fortuna o bienestar temporales se encuentran en las manos de estas personas.

Hay algunas otras incongruencias e impropiedades sociales que se han de evitar y cuyas consecuencias se verán más claramente si cada uno de los presentes se permitiera la misma libertad; por ejemplo, dormirse durante el sermón; conversar durante un concierto; susurrar algo a un amigo dándole la espalda a alguien, o hacerle una señal al amigo que el otro puede interpretar mal como dirigida a él; cuando uno baila mal o toca mal un instrumento, hacerse ver u oír por los demás, convirtiéndose en el hazmerreír de los presentes o aburriéndolos hasta causar bostezos; cuando hay personas que no quieren encontrarse con nosotros, dirigirnos a ellas en diez lugares distintos, como le ocurrió a Yorick con la marquesa de *** en Milán; cuando no entendemos un juego de cartas, no obstante sentarnos a la mesa, poner a prueba la paciencia de nuestros contrincantes y hacer que pierdan nuestros compañeros debido a nuestro desconocimiento del juego; tararear la melodía mientras se baila; levantarnos en el teatro de modo que los que están detrás no puedan ver; en las reuniones llegar tarde, irse demasiado pronto o quedarse demasiado tiempo. ¡Evita todas estas impropiedades! ¡No mires en papeles ajenos! Hay muchos a los que tampoco les gusta que se mire lo que están haciendo mientras leen, trabajan, etc. No te quedes solo en una habitación donde haya escritos y dinero en la mesa. Cuando dos personas que me preceden están hablando en voz baja sin haberse dado cuenta de mi proximidad, suelo hacer un pequeño ruido para librarme de toda sospecha de haberlos querido escuchar y también para librarlos a ellos de su posible confusión. Por muy pequeñas que parezcan estas atenciones, hacen el trato social más agradable y fácil.

51

Es frecuente que nos aburramos con las conversaciones del grupo en el que estamos. La razón, la prudencia y la caridad requieren,

cuando no podamos evitarlo, que tengamos paciencia y no ofendamos a nadie manifestando nuestro desagrado. Cuanto más tediosa sea la conversación y más parlanchina la persona que lleve la voz cantante, más libertad tendremos de pensar, mientras tanto, en otras cosas. Y si ni siquiera eso fuera posible, bastará con recordar la cantidad de horas que perdemos con nuestras ensoñaciones. Además, debemos algún sacrificio a la sociedad que frecuentamos. Y tengamos también en cuenta que a veces seremos nosotros, por muy elevada que sea la opinión que tengamos de la importancia de nuestras conversaciones, los que aburramos a otros con nuestra locuacidad.

52

Hay ciertas personas que poseen una innata facilidad para conversar con los demás, para hacer amistades y ganarse su aprecio; otros, en cambio, ya desde la infancia, padecen cierta timidez y retraimiento que no son capaces de evitar pese a ver todos los días caras nuevas a su alrededor. Este retraimiento es a menudo consecuencia de un error en la educación, así como a veces el efecto de una secreta vanidad que les produce el temor de no poder brillar en sociedad. Algunas personas, sin embargo, parecen ser tímidas por naturaleza frente a gente desconocida, y todo el esfuerzo que emplean para vencer esa timidez, es en vano. Un príncipe reinante, uno de los hombres más nobles y sensatos que conozco, y que desde luego no necesita avergonzarse de su aspecto externo o temer dar una impresión negativa, me ha asegurado que aunque desde su infancia ha estado habituado a ver diariamente numerosas caras desconocidas, no podía entrar ni un solo día en la antecámara donde le esperaba la corte reunida, sin quedarse ciego por un instante. Cierto es, no obstante, que en el caso de este venerable señor, la timidez desaparece en cuanto se ha recuperado y luego habla

amigable y abiertamente con todos, y escoge mejores temas de conversación que los de los príncipes habituales sobre el tiempo, los malos caminos, caballos y perros.

Así pues, una cierta facilidad en la conversación, el don de dar una impresión favorable en el primer contacto, la capacidad de conversar con cualquier índole de personas de una manera natural, y la de distinguir a primera vista a quién tenemos delante y de qué se puede y se tiene que hablar con cada uno, son cualidades que se han de intentar adquirir y perfeccionar. Pero se ha de desear que esto nunca degenere en esa desvergüenza e impertinencia tan propia de aventureros que a menudo, en menos de una hora, se las han arreglado para sonsacar las vidas de toda una compañía en la posada y que cuentan sus aventuras con todo desparpajo; que no dudan en solicitar la amistad y los servicios de cada nuevo conocido o en ofrecer sus servicios y su protección a personas a las que ven por primera vez. El aspecto principal en la conversación consiste en ser capaz de adoptar el tono que es nuevo para nosotros y no querer hacer alardes o imponer lo que no se entiende o no se aprecia.

53

Por lo tanto, es aconsejable no llevar con nosotros demasiadas pretensiones a todos los círculos en que nos admitan. No se puede aspirar a ser siempre el que lleve la palabra, o a brillar a cualquier precio, ni se puede exigir que seamos siempre el centro de la atención, pues entonces nos creeremos rechazados en todos los lugares, desempeñaremos un triste papel, nos aburriremos nosotros y aburriremos a los demás, y terminaremos huyendo, amargados, de la sociedad y ella nos evitará. Conozco a muchas personas de ese tipo que, cuando quieren mostrarse en su faceta más ventajosa, han

de ser el centro de la atención y todo ha de girar en torno a ellas; y también hay personas en la vida social que no pueden soportar a nadie que se pueda comparar con ellas. Son excelentes, nobles, educadas, útiles, benefactoras, ingeniosas, en cuanto se hallan solas y son la única persona a la que nos dirigimos, o de la que esperamos algo; pero se vuelven viles, vengativas y débiles cuando se han de integrar en las filas, y destruyen todo edificio del cual no han hecho ellas mismas los planos o al menos no han pronunciado el discurso de inauguración, o destruyen incluso su propio edificio por el mero hecho de que otro haya puesto en él un pequeño objeto decorativo. Este es un temperamento desgraciado y antisocial. Si se desea vivir feliz en este mundo y hacer felices a los demás, aconsejo esperar y exigir de ese tipo de persona lo menos posible.

54

Ya hemos hablado suficiente del decoro en las buenas maneras, así como de la cortesía en el comportamiento, de la modestia y la moderación. Ahora digamos algo sobre el vestir. No te vistas ni por debajo ni por encima de tu clase; ni por debajo ni por encima de tus posibilidades económicas; ni extravagante ni abigarrado; ni con lujo (a menos que sea absolutamente necesario), ni ostentoso, sino con limpieza, decencia y gusto, y si tienes que emplear algo de suntuosidad, que sea auténtica y elegante. No te distingas ni por llevar ropa pasada de moda ni por imitar necedades que se suponen de moda. Presta una mayor atención a tu atuendo cuando quieras aparecer en la alta sociedad. Nos sentimos a disgusto en compañía desde el mismo momento en que somos conscientes de que hemos aparecido en un atuendo inapropiado.

¡Nunca lleves ropa prestada! Es algo que ejerce la influencia más desventajosa en el carácter, y en más de un aspecto.

55

Cuando surge la cuestión de si es bueno aparecer mucho o poco en sociedad, la respuesta vendrá condicionada por la situación, las necesidades y otras muchas pequeñas circunstancias de cada persona; en general, sin embargo, se puede tomar como criterio el principio de que no debemos ser importunos ni resultar cargantes, y que, como no se puede agradar a todo el mundo, es mejor que nuestras amistades nos pregunten por qué las vemos tan poco, a que se lamenten de que aparezcamos en todas partes y con demasiada frecuencia. Tenemos un sentido interno para esto (cuando la vanidad exagerada y el egoísmo no deslumbran nuestros ojos), un sentido que nos dice si somos bien vistos o no, si es tiempo de irse o si aún podemos permanecer algo más. Por el modo en que nos tratan los sirvientes o los niños en una casa, podemos deducir fácilmente la disposición de sus padres o señores hacia nosotros.

Por lo demás, aconsejo, si uno puede dominarse lo suficiente a este respecto, que se sea íntimo con el menor número posible de personas, que se tenga sólo un pequeño círculo de amigos, y que éste se amplíe únicamente con suma precaución. Los hombres abusan de nosotros y nos descuidan con harta facilidad en cuanto establecemos con ellos una completa familiaridad. Para vivir de una manera agradable, hemos de ser casi siempre un desconocido para los demás; así se nos honrará y se nos respetará en sociedad. Por este motivo es la vida en las grandes ciudades tan agradable, ya que cada día se puede ver a personas diferentes. Para un hombre que no sea muy tímido es un placer sentarse entre desconocidos. Pues con ellos nos enteramos de cosas que tal vez no habríamos conocido de otro modo. Y ninguna persona nos vigila y podemos observar en silencio.

56

Aconsejo también, por nuestro bien y por el de los demás, no creer que una sociedad puede ser tan mala y la conversación de un hombre tan vacía como para no poder aprender algo de ellas o para no recoger una experiencia o un tema para reflexionar. No se ha de exigir en todas partes erudición o una cultura refinada, sino que es preferible incentivar y promover un sano sentido común; y facilitar a aquellos que lo posean las oportunidades para que lo ejerzan y lo desplieguen, y nos hemos de mezclar con todas las clases sociales, así se aprende al mismo tiempo a adoptar la disposición y el tono apropiados para acomodarse al momento y a las circunstancias.

57

¿Pero con quién hemos de tener más trato social? Esta pregunta, naturalmente, sólo se puede responder en función de la situación de cada uno. Si se puede elegir (y realmente se puede elegir más veces de lo que uno cree), será aconsejable siempre optar por aquellas personas que son más sabias que nosotros, de las que se puede aprender algo, que no nos halagan, y que se pueden considerar superiores; pero habitualmente preferimos rodearnos de un círculo de compañeros inferiores y que danzan a nuestro alrededor cada vez que nuestro genio agita su varita mágica. En consecuencia, seguimos siendo lo que éramos, no avanzamos ni en sabiduría ni en virtud. Hay situaciones en las que es útil e instructivo mezclarse con personas de las capacidades más variadas, más aún, donde es un deber no sólo relacionarse con gente de la que podemos aprender

algo, sino con gente que pueda aprender de nosotros y que tiene un derecho a exigirlo; pero nunca se puede condescender tanto como para que corra peligro la responsabilidad que tenemos respecto a los tiempos que vivimos y al deber de perfeccionarnos.

58

El tono que predomina en las distintas sociedades es a menudo muy peculiar. El prejuicio, la vanidad, la rutina, la autoridad, el deseo de imitación y quién sabe qué cosas más, constituyen ese tono tan peculiar por el cual a veces hombres que viven en el mismo lugar, se reúnen de la misma manera año tras año, conversan y hablan de temas que causan un aburrimiento infinito a todos juntos y a cada uno en particular. No obstante, creen estar obligados a proseguir con esa vida. ¿Se puede afirmar que la conversación en los círculos más de moda procura algo de placer a alguno de los allí reunidos? ¿Encontraremos acaso a diez personas de cincuenta que jueguen a las cartas por gusto todas las noches? Tanto más deplorable es que en pequeñas ciudades o en pueblos, donde se podría vivir sin obligaciones, se unzan al yugo de ese aburrimiento sólo para imitar el tono de las capitales. Si se goza de influencia entre los conciudadanos y vecinos es un deber contribuir en lo posible a que el tono sea más razonable. Pero si no es este el caso, y se entra en uno de esos círculos, no se ha de aumentar la confusión, mediante un comportamiento extraño, reticente u hosco, entre los huéspedes y el propietario de la casa, ocultando que en realidad todos desearían estar lejos de allí, sino mostrarse como maestro en el arte de hablar sin decir nada y al menos tener el mérito de rellenar el espacio que, de otra manera, quedaría ocupado por la maledicencia.

En ciudades grandes y populosas se puede vivir más a nuestro aire y de acuerdo a nuestras propias inclinaciones; en ellas se puede

prescindir de una gran cantidad de consideraciones; uno no es espiado, observado o controlado; las noticias más interesantes no pasan de boca en boca: cuántas veces como asado a la semana; si salgo o no con frecuencia y a dónde; quién viene a mi casa; cuánto le pago a mi cocinera y si le he reducido el sueldo últimamente; no se examinan mis trajes; no se pregunta a mi sirvienta cuando va a por pimienta, para quién es y para qué se va a emplear. Una anécdota insignificante no ocupa a todo el mundo durante seis semanas; uno pasea pacíficamente y sin ser moles-tado, hace sus negocios y elige una forma de vida que le conviene. En ciudades pequeñas, en cambio, estamos condenados a dar cuenta rigu-rosa ante un número de magnates, a menudo muy aburridos, a hacer visitas que suelen iniciarse en la sobremesa y prolongarse hasta las diez de la noche, y durante las cuales la conversación gira con frecuencia en torno al rey de Prusia, el Emperador y grandes potentados, así como sobre las noticias que trae el correo. Esto es, ciertamente, horrible, pero también hay medios de ir refinando el tono en ellas poco a poco, o de acostumbrar lentamente al público débil, después de haber renegado de nosotros durante cuatro meses, a dejarnos vivir a nuestro aire, siempre y cuando uno se comporte honestamente, con afabilidad, siendo servicial y sociable. Ahora bien, donde peor se suele estar es en las ciudades intermedias, tanto en las capitales de provincia como en las de segundo rango. Allí suelen dominar, además del lujo exagerado y la corrupción moral que compite con la existente en las grandes ciudades, todos los defectos de las ciudades pequeñas, como el chismorreo, la rutina, la dependencia de costumbres y conexiones familiares, las exigencias de peor gusto y la más ridícula clasificación de las clases sociales. Así, he visto una ciudad en la que un hombre, a través de un servicio doméstico adquirido hacía poco y que antes no había tenido, se distinguió de tal manera de todos los demás rangos que, como un elefante en una tienda de porcelana, tenía que salir a pasear siempre solo y no pudo encontrar ni un compañero ni una compañera a su mismo nivel. Tal vez sea parcial a favor de mi ciudad natal, pero creo (y también otras personas sensatas le hacen esta justicia) que aunque Hannover no pertenece a las grandes

ciudades de Alemania, no obstante en ella se puede vivir con tal libertad y de manera tan inadvertida como en cualquier otro sitio. Es probable que nuestra relación con Inglaterra, donde se desprecian los prejuicios de esa índole, haya contribuido a ello. Pero como esta atmósfera feliz se encuentra en muy pocas ciudades alemanas, hemos de aprender a amoldarnos a las costumbres imperantes; y nada puede ser más irracional y de consecuencias más nefastas para el que pone empeño en cambiar las cosas, que cuando un individuo, que no goza de especial prestigio, quiere distinguirse y reformar su ciudad natal. Tal declamador cae especialmente mal en las ciudades imperiales, donde las antiguas costumbres y la rutina están fuertemente entretejidas con la forma de gobierno y las relaciones sociales. Allí a veces el corte de una chaqueta o un poco más o un poco menos de oro en ella, puede costarle el crédito a un comerciante; o una peluca con el traje apropiado, puesta sobre una cabeza vacía, puede dar la victoria en las elecciones municipales, antes que un pelo natural cubriendo una mente capaz.

En pueblos y en su propia quinta es donde el hombre vive con más facilidad; y para alguien que tiene ganas de participar y de contribuir algo en beneficio de los demás, aquí se encuentran numerosas oportunidades, ya que podemos convertirnos en benefactores de una de las clases más útiles, más oprimidas y más descuidadas; sólo que en el campo es difícil acceder a los placeres del trato social; en momentos donde se siente la necesidad de extender los brazos hacia un amigo, tal vez este amigo se halle a muchos kilómetros de distancia de nosotros; o se tendría que ser lo suficientemente rico para reunir a nuestro alrededor a toda una corte de amigos; pero también esto tiene sus desventajas, y personas muy ricas raras veces sienten esa necesidad. Así pues, para ser feliz en el campo y poder vivir placenteramente, sin ser muy adinerado, hay que dominar el arte de reconocer y apreciar las bondades del trato humano, que se puede tener donde uno está, no cansarse de los goces sencillos, ser ahorrativo con ellos y multiplicarlos de manera ingeniosa. Como en el campo se ve ininterrumpidamente, desde por la mañana hasta por la noche, a la mujer y a los hijos, así como a

los amigos de la casa, se llega fácilmente al hastío y a lo rutinario en el trato. Esto se puede soslayar con una provisión de buenos libros, que proporcionan nuevos temas para la conversación; con una variada correspondencia y con una sabia división del tiempo, pasando, por ejemplo, ratos en nuestra habitación, y no hay nada más agradable en el campo que cuando, tras un día de útil actividad, en el que cada uno se ha dedicado a sus asuntos, el pequeño círculo se vuelve a reunir por la tarde para dar un paseo, bromear y llevar una conversación relajada. Hay incluso príncipes que conocen este placer, y una vez pasé de esta manera unas semanas muy felices en la corte de un príncipe bueno y sabio, situada a los pies de la cordillera de los Vosgos.

Pero no hay nada más espantoso y, no obstante, más frecuente, que encontrar a personas que viven en pequeñas ciudades o en el campo, y que tienen que tratarse a diario, viviendo en una continua discordia y sin ser lo suficientemente ricas como para crearse una existencia independiente. Se forjan un infierno en la tierra. Así pues, en ninguna otra parte es tan importante como aquí proceder en el trato social con tacto, precaución, prudencia y deferencia, así como con una suerte de coquetería, para prevenir malentendidos, fastidio y hostilidad. Y tampoco hay otro lugar donde haya más motivo para ser precavido con nuestras palabras y nuestros actos que en las pequeñas ciudades y allí donde domina un tono provinciano, ya que aquí las personas tienen menos posibilidades de distraerse y no saben hacer otra cosa que parlotear y meterse en lo que no les llaman.

59

En ciudades y países extranjeros se recomienda precaución en el trato social, y esto en varios sentidos. Es posible que allí busquemos

sólo instrucción y enseñanzas, o ventajas políticas y económicas, o meramente placer, entonces es muy necesario tener en cuenta varias consideraciones. En el primer caso, es decir, cuando viajamos para aprender, es evidente ante todo que hemos de reflexionar sobre el país en el que estamos, y si en él se puede preguntar y hablar de todo sin peligro y sin enojar a nadie. Pero por desgracia hay Estados, también en Alemania, cuyos gobiernos no tienen bien visto e incluso sancionan que ciertas obras salgan de las tinieblas a la luz. Aquí es necesaria la máxima precaución, tanto en conversaciones e investigaciones como en la elección de las personas con las que nos relacionamos. Además he de recordar con este motivo que muy pocos viajeros tienen el derecho a ocuparse de las constituciones internas de otros países; sólo la vana curiosidad, la insolencia o una actividad desenfrenada impulsan ahora masivamente a las personas a reunir en una obrita dudosas anécdotas recogidas en hoteles, posadas, clubes extranjeros, así como en las saunas de eruditos hipocondríacos, mientras que en casa hubieran encontrado suficientes cosas que hacer y que aprender si realmente se hubiesen preocupado por el bien de los demás.

Es evidente que esta prudencia es doblemente necesaria cuando tenemos algo que pedir o que buscar en un lugar desconocido. Puesto que muchas miradas van a fijarse en nosotros, habremos de evitar el trato con personas insatisfechas con el gobierno a las que les encanta salir al paso de los extranjeros, ya que han dañado su nombre con su conducta imprudente y así se han privado a sí mismas de los medios de obtener ventajas civiles, a las que parecen despreciar como el zorro a las uvas. Esta índole de personas intenta elevarse algo, importunando a los viajeros en las posadas o en otros lugares, siguiéndolos por la calle y así dando a suponer que tienen contactos en otros países. Un extranjero que sólo vaya a permanecer unos pocos días en un lugar, puede corretear a su gusto y sin perjuicio de sí mismo con estos ciceroni, la mayoría de los cuales son muy locuaces y cuentan con una gran reserva de anécdotas más o menos graciosas, y ningún hombre sensato se lo va a echar en cara;

ahora bien, quien quiera permanecer más tiempo en una ciudad y tener acceso a los mejores círculos de la sociedad, o hacer negocios, le aconsejo que también haga honor a la voz del público a la hora de elegir sus conexiones.

En casi todas las ciudades siempre hay un partido de los insatisfechos, ya sea con el gobierno o sólo con la sociedad. ¡No te asocies con ellos! ¡No elijas a tus conexiones entre ellos! Estos malcontentos no se sienten lo suficientemente honrados, o son personas inquietas, calumniadoras, personas llenas de pretensiones irracionales, gente inmoral o pendenciera. Al ser rehuidos por sus conciudadanos a causa de estos motivos, intentan formar entre sí una suerte de asociación a la que, cuando pueden, atraen con halagos a hombres sensatos y honrados en su apoyo. ¡Evita en todo lo posible involucrarte en lo que pueda llamarse partido o facción, si quieres vivir pacíficamente!

60

La correspondencia epistolar es una conversación escrita; casi todo lo que he dicho del trato personal con seres humanos, se puede aplicar a la correspondencia. ¡Pero no extiendas en demasía tu trato epistolar! Eso no tiene ningún propósito, cuesta dinero y es una pérdida de tiempo. Sé también precavido a la hora de elegir a aquellas personas con las que inicies una correspondencia de confianza, así como en la elección de tu trato diario y de tus lecturas. Proponte no escribir nunca una carta completamente insustancial, que al menos haya en ella algo útil o que cause alegría al que va dirigida. La precaución a la hora de escribir es aún más necesaria que a la hora de hablar, y asimismo es importante tener mucho cuidado con las cartas que recibimos. Es difícil de creer cuánto enojo, cuánta discordia y cuántos malentendidos pueden

surgir por descuidar estas reglas de prudencia. Una única palabra irrevocable escrita en una carta, un papel olvidado por descuido, han costado a muchas personas la tranquilidad y han destrozado la vida familiar. El chismorreo en cartas, noticias comunicadas por escrito con precipitación, han provocado daños irreparables y han hecho que recaiga la sospecha en miles de hombres honrados.

Así pues, no se puede insistir lo suficiente en la precaución que se ha de guardar a la hora de escribir una carta. ¡Una vez más! Una palabra pronunciada con precipitación se olvida, pero una palabra escrita aún puede provocar daños cinco lustros después de haber sido escrita.

Cartas cuya entrega rápida y correcta nos sea de importancia, siempre se han de enviar de la manera acostumbrada por correo o mediante nuestro propio mensajero, pero nunca se han de entregar a viajeros para ahorrarnos los gastos de envío, o metidas en otros sobres, pues raramente podemos fiarnos de la puntualidad de los hombres.

No leas tus cartas en presencia de otros, sino cuando estés solo, así lo exige tanto la cortesía como la precaución, para no delatar mediante tus gestos el contenido.

Hay personas, sobre todo entre las damas, que abruman a la gente que vive en el mismo lugar con pequeñas cartas y notas, y que obligan a quien podría emplear mejor su tiempo a leer y a responder esas notas.

Cree siempre que la mayoría de las personas son la mitad de buenas de como las describen sus amigos, y la mitad de malas de como las describen sus enemigos, y siempre saldrás beneficiado.

No juzgues a los hombres por lo que dicen sino por lo que hacen. Pero escoge para tus observaciones aquellos momentos en que no sospechen que los estás observando. Dirige tu atención a los pequeños rasgos, no a las acciones principales, en las cuales todos ponen sus cinco sentidos. Atiende al humor que tiene una persona sana después de levantarse, a su estado de ánimo cuando se le despierta por la mañana, cuando el cuerpo y el alma aún están en pijama; a lo que prefiere comer y beber; si son platos sustanciales y simples o muy refinados y especiados; a su paso y porte, si prefiere pasear solo o del brazo de otro; si camina recto o se cruza en el camino de su acompañante, tropieza con otros o los pisa; si no puede hacer nada sin estar acompañado, uniéndose siempre a otros, o si pide consejo incluso sobre las cosas más insignificantes, queriendo averiguar cómo lo hace su vecino, su colega; si le gustan las puertas abiertas, las ventanas abiertas, la claridad de la luz, palabras directas y sin artificio; si, cuando se le cae algo, lo recoge enseguida o lo deja en el suelo hasta que lo considera conveniente; si le gusta interrumpir a otros mientras hablan y no deja hablar a nadie; si le gusta dárselas de misterioso y suele llevarse a alguien a un lado para susurrarle al oído cosas sin importancia; si le gusta decidir en todo. La letra de las personas también suele llevar el sello de su personalidad. Todos los niños con cuya educación me he ocupado, han aprendido a escribir imitando mi letra; pero después, al desarrollarse cada uno según su temperamento, cada uno fue añadiendo sus propios rasgos. A primera vista todos parecían tener la misma letra, pero quien se fijaba un poco y los conocía, descubría en la letra de uno pereza, en la de otro timidez o indecisión, irreflexión, firmeza, sentido del orden o cualquier otra peculiaridad. Reúne cuidadosamente todas estas percepciones, pero no seas tan injusto como para juzgar todo el carácter de la persona según estos rasgos.

No seas demasiado parcial a favor de personas que son más amables contigo que otras.

No confíes plenamente en el cariño y la amistad de otros hasta que no tengas la prueba fehaciente de que sus sentimientos han ido acompañados de un sacrificio. La mayoría de las personas que aparentan tenernos tanto cariño retroceden cuando llega el momento de renunciar a sus inclinaciones preferidas por nuestra causa. Este es el criterio por el que hemos de valorar a una persona. No es ningún mérito hacer todo lo que uno puede, exceptuando lo que realmente cuesta un esfuerzo.

62

Todas estas reglas generales, así como las subsiguientes especiales, y aún muchas otras que dejo al buen juicio de mis lectores para no extenderme demasiado, aspiran a hacer del trato social algo agradable y simple, facilitando la vida social. Pero es posible que algunos tengan razones particulares para prescindir de algunas de ellas, y es equitativo permitir a cada uno que alcance su felicidad a su propio modo. ¡No queramos imponer a los demás nuestras particularidades! Quien no busca ni el favor de los grandes ni el elogio general ni la fama ni el aplauso de los demás; quien por su situación política o económica, o por otras causas, no tiene motivos para ampliar el círculo de sus conocidos; quien por la edad o la enfermedad rehúye el trato humano, no necesita ninguna regla para sus relaciones. Así pues, tendremos que ser lo suficientemente equitativos como para no exigir de nadie que se amolde a nuestras costumbres, sino que dejaremos que cada uno siga su camino; pues como la felicidad de una persona depende del concepto que dicha persona tenga de la felicidad, sería cruel obligar a alguien a ser feliz contra su voluntad. Es a menudo divertido contemplar cómo un

grupo de cabezas de chorlito intenta retener a un hombre muy sensato que no está dispuesto a acomodarse al tono de su compañía, sino que, muy satisfecho con su existencia independiente, rechaza desperdiciar su preciado tiempo con cualquier necio. Si no queremos convertirnos en esclavos de la sociedad, ofenderemos a menudo a esa gente ociosa que no sabe hacer nada mejor que pasar de la cama al espejo, del espejo a la mesa para comer, de esta mesa a la de juego, de aquí de nuevo a la mesa para comer, y de aquí, finalmente, a la cama, y tomarán a mal que no queramos vivir como ella y que no sacrifiquemos los deberes más importantes a la sociabilidad. Esto es extremadamente injusto. Permanecer en casa y hacer lo que debemos hacer y de lo cual somos responsables, no quiere decir que nos tengamos que aislar.

63

Y ahora nos ocuparemos de las reglas especiales en el trato social, pero antes un recordatorio. Si escribiera sólo o principalmente para las damas, tendría que haber omitido, sustituido o al menos modificado muchas de las reglas que vienen a continuación, ya que serían poco prácticas para los hombres. Pero esta no es la intención de mi libro. Sólo mujeres inteligentes y expertas pueden dar a su sexo las mejores reglas para regular propiamente su conducta en la vida social; esta es una tarea que el hombre no puede culminar con éxito. Ahora bien, si el bello sexo encuentra en estas páginas algo útil, eso incrementará mi satisfacción con mi propia obra. Por lo demás, las mujeres se ven restringidas en su trato social por consideraciones que no nos conciernen a nosotros. Ellas dependen más de la opinión ajena y no pueden ser tan deferentes en el trato. Por una parte, se les perdonan menos las imprudencias y, por otra, se les perdonan más los humores; sus pasos adquieren importancia antes, ya que al niño y al joven se le perdona cierta imprudencia; su

existencia se restringe al círculo doméstico, mientras que la situación del hombre está más vinculada a la vida estatal y a la gran sociedad civil; de ahí que haya virtudes y vicios, acciones y omisiones, que en un sexo tienen consecuencias muy diferentes a las que tienen en el otro. Pero sobre esto ya se les ha dado a las damas tantos buenos consejos en otros libros, que cualquier explicación al respecto estaría aquí fuera de lugar.

CAPÍTULO SEGUNDO

SOBRE EL TRATO CON UNO MISMO

1

Los deberes que tenemos hacia nosotros mismos son los más importantes y serios y, por lo tanto, el trato con nuestra propia persona no es ni el más inútil ni el menos interesante. En consecuencia, es imperdonable que una persona que siempre esté en compañía de otras, se descuide a sí misma, que parezca querer huir de sí misma, que no cultive su propio yo y sólo se preocupe del trato con los demás. Quien se dedica exclusivamente a correr de un lado a otro se convierte en un extraño en su propia casa; quien siempre vive buscando la diversión, se convierte en un extraño para sí mismo, tendrá que intentar matar su propio aburrimiento entre una multitud de ociosos; perderá la confianza en sí mismo, y se perturbará cuando por una vez se encuentre a solas. Quien busca únicamente los círculos en los que se le halaga, pierde hasta tal punto todo el gusto por la voz de la verdad que termina por no poder oírla cuando procede de su interior; prefiere precipitarse en el tumulto cuando la conciencia le dice cosas desagradables, donde esa voz benefactora se ve sofocada.

2

Así pues, ten cuidado de no desatender a tu mejor amigo, esto es, a ti mismo, para que este amigo fiel no te dé la espalda cuando más lo necesites. ¡Ay!, habrá momentos en los que no puedas abandonarte, por más que todo el mundo te abandone; momentos en los que el trato con tu yo será tu único consuelo. ¿Qué será de ti en esos

momentos si no vives en paz con tu propio corazón y también desde esa parte se te priva de todo consuelo y ayuda?

3

Ahora bien, si quieres encontrar consuelo, felicidad y sosiego en el trato contigo mismo, tendrás que proceder con tu propia persona con la misma prudencia, honradez, propiedad y justicia que empleas con los demás, de modo que no te exasperes ni te deprimas por el mal trato, ni te humilles por abandonarte ni corrompas tu corazón con halagos.

4

Cuida de la salud de tu cuerpo y de tu alma y no los eches a perder con la molicie. Quien pone en peligro su cuerpo, desperdicia un tesoro que a menudo basta para elevarle sobre los hombres y el destino, y sin el cual todos los tesoros de la tierra no son más que una pequeña limosna. Pero aquel que se espanta de la más mínima brizna de aire y que evita todo esfuerzo y todo ejercicio físico, vive en un estado de constante ansiedad e inquietud e intentará en vano poner en movimiento sus miembros oxidados cuando surja la ocasión en que necesite movilizar sus energías naturales. Quien se exponga continuamente a las tempestades de la pasión, o tense sin cesar las velas de su mente, naufragará o tendrá que volver a puerto precisamente cuando comience la temporada de nuevos descubrimientos. Ahora bien, el que deja que se adormezcan las fuerzas de su entendimiento y de su memoria, o retrocede ante la

más pequeña lucha o ante el esfuerzo más insignificante, no sólo no podrá gozar verdaderamente de las cosas, sino que estará perdido sin salvación alguna donde se requiera fuerza, valor o resolución.

¡Ten cuidado, por tanto, de no obsesionarte con males imaginarios del cuerpo o de la mente! No te dejes atemorizar por cualquier suceso contrario, por cualquier incomodidad física. ¡Ten valor! ¡Ten confianza! Todo en el mundo se pasa; todo se puede superar mediante la constancia; todo se puede olvidar cuando uno fija su atención en otra cosa.

5

Hónrate a ti mismo si quieres que otros te honren. No hagas nada a escondidas de lo que puedas avergonzarte si otro lo viera. Actúa de manera decente y apropiada, menos para agradar a los demás que para no perder a la ligera tu propia estima. No descuides tu apariencia y tu ropa cuando estés solo. No vayas sucio, andrajoso, desastrado o con mala apostura cuando nadie te observe. ¡Mantén el sentido de tu propia dignidad! Nunca pierdas la confianza en ti mismo, la conciencia de tu dignidad, y si tienes la sensación de ser menos sabio y capaz que otros, que no te falte el afán de igualarte a ellos, ni tampoco la rectitud de corazón.

6

No desesperes, no te desalientes si no puedes alcanzar la altura moral o intelectual de otro, y no seas tan injusto como para pasar

por alto otras ventajas que tú tengas y en las que le hayas precedido. Y aunque no fuera así, ¿acaso hemos de ser todos igualmente grandes?

Resiste el deseo de dominar, de desempeñar un papel principal brillante. ¡No sabes lo caro que puede resultar! Comprendo muy bien que es muy difícil dominar el deseo de ser un gran hombre, si estamos persuadidos de tener la fuerza y la capacidad necesarias. Cuando se vive así entre criaturas mediocres y se ve cuán poco conocen y aprecian lo que hay de bueno en nosotros, cuán poca es la influencia de nuestra superioridad, y con cuánta arrogancia nos desprecian los más miserables petimetres que consiguen todo lo que quieren sin esfuerzo, ¡es verdaderamente duro! Lo intentas en todos los ámbitos; en el Estado no lo consigues; quieres ser apreciado en tu casa, pero te falta dinero, te falta el apoyo de tu mujer; tu estado de ánimo se ve agobiado por preocupaciones domésticas y tienes que conformarte con que todo siga su curso ordinario; sientes en lo más hondo de ti mismo que tus capacidades están condenadas a permanecer inutilizadas; no puedes decidirte a ser un tipo normal, a seguir el camino trillado: todo esto lo siento yo contigo; pero no pierdas por ello el valor, la fe en ti y en la providencia. ¡Que Dios te guarde de cometer esa desgracia aniquiladora! Hay una grandeza, una grandeza que quien la alcanza está por encima de todos los demás, y que es independiente de los hombres, de los destinos y de la apreciación ajena. Se basa en la conciencia interna de nuestro propio mérito, y su sentido se incrementa cuanto menos se reconoce.

7

Sé un compañero agradable para ti mismo. No te aburras a ti mismo, esto es: ¡no estés completamente ocioso! No te estanques

en tus conocimientos, reúne nuevas ideas de libros y de personas. Es difícil de creer lo monótonos que podemos volvernos cuando nos movemos siempre en el círculo de nuestras nociones preferidas, y cómo nos deshacemos de todo aquello que no lleva nuestro sello en la frente.

Nos convertimos en el compañero más aburrido de nosotros mismos cuando tenemos cuentas por saldar con nuestro corazón y con nuestra conciencia. Quien quiera convencerse de esto no tiene más que prestar atención a la diversidad de sus estados de ánimo. Cuán insatisfechos estamos con nosotros, cuán ausentes, y hasta qué punto suponemos una carga para nosotros mismos tras una serie de horas malgastadas o mal empleadas, y qué joviales estamos, qué satisfechos reflexionamos, en cambio, la noche de un día bien empleado.

8

Pero no es suficiente con que seas para ti un buen compañero, agradable y entretenido. Te tienes que mostrar también, sin caer en la lisonja, como el amigo más fiel y sincero, y si quieres ser tan deferente y amable con tu propia persona como lo eres con tus conocidos, también tendrás que ser tan severo contigo como con los demás. Nos solemos permitir todo, perdonar todo, y a los demás nada; los propios errores, cuando se reconocen como tales, los atribuimos al destino o a impulsos irresistibles, pero somos poco tolerantes con los errores de nuestros hermanos. Esto no es justo.

9

No midas tu mérito diciendo que eres mejor que éste o aquél de tu edad o de tu clase, sino según los grados de tus capacidades, disposiciones, educación y las oportunidades que has tenido para ser mejor y más sabio que muchos otros. Ajusta cuentas sobre esto contigo mismo en horas solitarias y pregúntate, como un juez severo, si has aprovechado todas estas oportunidades para alcanzar un grado mayor de perfección.

CAPÍTULO TERCERO

SOBRE EL TRATO CON PERSONAS DE DIFERENTES TEMPERAMENTOS Y DISPOSICIONES DE ÁNIMO

1

Se suele distinguir cuatro tipos de temperamento y afirmar que una persona es o colérica o flemática o sanguínea o melancólica. Aunque ninguno de estos temperamentos mora tan exclusivamente en nuestro interior como para no ser modificado, en mayor o menor grado, por un pequeño añadido de otro, produciendo esa mezcla infinita de temperamentos con su admirable variedad; no obstante, cada uno de esos cuatro vientos principales ejerce una fuerza especial en el velamen de todo ser humano para dar la dirección a su navío en el océano de esta vida. Mi convicción acerca de estos cuatro temperamentos es la siguiente:

Personas que poseen un temperamento únicamente colérico son un peligro para la paz y la tranquilidad de aquellos que han de vivir en su compañía. Su fuego arde constantemente, se enciende y consume sin calentar.

Los únicamente sanguíneos son débiles e inseguros, sin firmeza ni constancia.

Los meramente melancólicos son una carga insoportable para sí mismos, los flemáticos para los demás.

Las personas colérico-sanguíneas son las que más se hacen notar en el mundo, las más temidas, las que hacen época, las que más influyen, dominan, destruyen y construyen; así pues, el colérico-sanguíneo es el carácter del verdadero dominador, del déspota; y si se añade un pequeño matiz de melancólico, tenemos al tirano.

Los sanguíneo-flemáticos son los que viven más felices, los más tranquilos y despreocupados, gozan con placer, no abusan de sus

fuerzas, no ofenden a nadie, pero tampoco logran nada importante; pero este carácter, llevado a su máximo grado de pureza, degenera en grosería, necedad y voluptuosidad.

Los colérico-melancólicos ocasionan muchas calamidades; sed de venganza, destrucción, ejecución de inocentes y el suicidio suelen ser las consecuencias de este carácter.

Los melancólico-sanguíneos suelen encenderse al mismo tiempo en ambos extremos, y arruinan su cuerpo y su alma.

Las personas colérico-flemáticas son poco frecuentes; parece darse una contradicción en este compuesto; y no obstante hay personas en que se alternan estos dos extremos como el flujo y el reflujo. Y estas personas son ineptas para cualquier ocupación en la que se requiera sentido común y ecuanimidad. Difícilmente se pueden poner en acción y una vez que se las ha despertado, se desenfrenan como bestias salvajes y lo estropean todo con su furiosa impetuosidad.

Los melancólico-flemáticos son, entre todos, los más insoportables y vivir con ellos supone para un hombre bueno y sensato un tormento infernal.

Lo repito, las mezclas son infinitas, pero donde veamos que predomina uno de estos temperamentos, encontraremos también ciertas virtudes y vicios propios de ellos. Así, por ejemplo, las personas sanguíneas suelen ser vanidosas, pero benevolentes y compasivas, todo lo acometen con energía y pasión; los coléricos suelen ser ambiciosos; los melancólicos son desconfiados y con frecuencia avariciosos; y los flemáticos se aferran a opiniones preconcebidas para ahorrarse el esfuerzo de pensar. Tenemos que estudiar los temperamentos de los hombres, si queremos influir en ellos con nuestro trato. Aquí sólo puedo dar algunas indicaciones para no hacerme demasiado prolijo.

2

Personas con un afán inmoderado de mando son difíciles de tratar y no se adaptan a las normas del trato amigable y social. Quieren desempeñar el papel principal en todas partes, todo ha de regirse por su voluntad. Desprecian todo lo que no han logrado, lo que no pueden dirigir; más aún, si pueden, lo destruyen. Pero allí donde están al mando, o al menos donde se les hace creer que están al mando, trabajan con un afán incansable y arrollan todos los obstáculos que se les pone en el camino. Dos personas imperiosas una al lado de la otra no sirven para nada en este mundo y destruyen todo a su alrededor llevados por su pasión privada. De lo dicho es fácil deducir cómo se ha de comportar la gente que tiene que convivir con ellos, y no creo necesario añadir más.

3

A las personas ambiciosas se las ha de tratar con la misma precaución que a las anteriores. El imperioso es al mismo tiempo ambicioso, pero el ambicioso no es siempre imperioso, sino que se da por satisfecho con un papel secundario, en tanto que tenga esperanzas de alcanzar la ventaja que se propone; pueden darse casos, incluso, en los que busque honor en la humillación; pero no perdonan cuando se les ofende por su debilidad.

4

El vanidoso quiere que lo halaguen; el halago le causa un gran placer, y cuando se le presta atención, se le admira o se le procura afecto, no necesita que esto vaya acompañado de honores especiales. Dado que todos los seres humanos, en un mayor o menor grado, se ven afectados por este deseo de agradar y de causar una buena impresión, sin cometer ningún pecado podemos ser indulgentes con un hombre infectado por esta flaqueza, dejando caer de vez en cuando alguna palabra que le guste oír; le podemos permitir que goce de la alabanza que ha cosechado, o que ocasionalmente él mismo se elogie algo. Ahora bien, los que obran de la manera más denigrante son los aduladores bajos, que con su continuo manejo del incensario trastocan la mente de los vanidosos hasta tal punto que éstos ya no querrán oír nada que no sean elogios; hasta el punto de que sus oídos se cerrarán a la verdad, y despreciarán y rechazarán a todo hombre bueno y recto que no se pueda humillar tanto, o que considere una suerte de inmodestia y grosería que le arrojen a la cara esa misma cantidad de dulces. Los doctos y las damas suelen ser víctimas preferentes de esta adulación, y he conocido a algunos de ellos cuyo trato resultaba insoportable a cualquier hombre sensato. Al igual que los niños buscan en los bolsillos del visitante para saber si lleva caramelos, así los vanidosos escuchan atentamente cada palabra que pronuncias por si contienen algo halagador y obsequioso para ellos, y se ponen de mal humor si se sienten traicionados en sus esperanzas. El grado máximo de esta vanidad conduce a un egoísmo que inutiliza para el trato social y amistoso, y convierte al vanidoso en una carga para sí mismo y en una tortura para el que viva con él.

Aunque no se deba halagar a esas personas vanidosas, no todos tienen la vocación de intentar mejorarlas, de desempeñar el papel de pedagogos con ellas, en especial no podemos dar lecciones con rudeza a esas personas con las que no nos une ninguna conexión; ni tampoco humillarlas, o al menos mostrarles más cortesía y amabilidad que a otras personas; y es injusto que quienes tengan que convivir diariamente con ellas reclamen de nosotros que nos

pongamos manos a la obra y les ayudemos a reeducar a sus amigos malcriados.

Personas vanidosas suelen ser proclives a halagar a otras para recibir, a su vez, incienso de ellas, esperando que se las pague con la misma moneda.

5

La arrogancia se diferencia de la ambición, de la vanidad y del afán de mandar, así como del orgullo. Me gustaría que el orgullo se considerase una noble cualidad del alma; la conciencia de una verdadera dignidad y altura de miras; un sentimiento de incapacidad de cometer acciones viles. Este orgullo conduce a grandes y nobles acciones; es el último apoyo de la honradez perseguida; eleva por encima del destino y de las malas personas y obliga incluso al malvado y poderoso a admirar involuntariamente al sabio al que oprime. La arrogancia, en cambio, se ufana de méritos que no posee, se enorgullece de cosas que no tienen ningún valor intrínseco. Es la arrogancia la que hace que un petimetre se enorgullezca de sus títulos y ancestros, atribuyéndose los méritos de sus antepasados –que a menudo ni siquiera son sus antepasados y tampoco han tenido mérito alguno– como si las virtudes pertenecieran al inventario de un viejo castillo. Es la arrogancia la que hace del ciudadano rico un tipo tan grosero, inflexible e insociable. Y, en efecto, esta arrogancia plebeya, acompañada como suele estarlo por falta de modales y por un comportamiento torpe, es aún más indignante si cabe que la de la nobleza. Es la arrogancia la que infatúa al artista con tanta confianza en sus talentos que, aunque no sean reconocidos por nadie, le elevan en su opinión por encima de todos los mortales. Si nadie le admira, acusará a todo el

mundo de falta de gusto antes que llegar a la conclusión natural de que sus habilidades no son tan buenas como creía.

Cuando este orgullo mora en un sujeto pobre y despreciable, se convertirá en un objeto de compasión y no causará mucho daño. Pero casi siempre va acompañado de estupidez e ignorancia, o lo que es lo mismo, sin ninguna intención razonable de mejora, de modo que no merece ser tratado con modestia e indulgencia. Aquí sólo ayuda pagar la arrogancia con arrogancia, o aparentar que no se percibe ese comportamiento; o no prestar atención a la gente que se infatúa de esa manera, o mirarla como se mira un sitio vacío aun cuando se la necesite; pues he de decir que he experimentado a menudo que cuanto más se cede ante esas personas, tanto más exigen y tanto más arrogantes se vuelven. Ahora bien, si se les paga con la misma moneda, su estupidez no sabe cómo ha de tomarlo y suele reducir sus registros.

6

No es fácil relacionarse con gente sensible y que se da fácilmente por ofendida. Pero esta irritabilidad puede tener varias fuentes. Así pues, si encontramos que la persona con la que tenemos que vivir, y que se ofende e irrita fácilmente por una palabra inocente o por un gesto equívoco, o por falta de atención por nuestra parte, si esa persona es tan fácil de ofender por vanidad, como suele ser el caso, o porque ha sido decepcionada u hostigada por personas con malas intenciones, o porque tiene un corazón demasiado tierno, o porque reclama de los demás tanto como ella da, entonces habremos de acomodar nuestro comportamiento a esta circunstancia y evitaremos en lo posible cualquier motivo que pueda ofenderla, aunque suele ser difícil. Por lo demás, si es una persona razonable y honesta, su enfado no durará mucho; nos podremos reconciliar pronto con ella

dando una explicación amistosa, y poco a poco volverá a confiar en sus mejores amigos e, incluso, si seguimos portándonos con ella con nobleza y sinceridad, terminará por superar su flaqueza.

De entre todas estas personas las más difíciles de satisfacer y las más molestas para la sociedad son aquellas que se creen continuamente ignoradas o relegadas o poco honradas; así que hay que cuidar de no caer en esta flaqueza por la cual uno se atormenta a sí mismo y fastidia a los demás.

7

Es más difícil relacionarse con las personas obstinadas que con las que tienen un temperamento irascible. Pese a esto, se las puede tratar si son razonables, ya que en este caso suelen ceder pronto a la voz de la razón y darse cuenta de su injusticia y de la generosidad de nuestra conducta hacia ellas, y al menos se pueden mostrar algo más flexibles por un breve periodo de tiempo si desde el principio nos resistimos a contrariarlas llevados por la pasión del momento. Pero es realmente fastidioso verse obligado a tratar en sociedad o a vivir o a negociar con personas cuya obstinación va acompañada de estupidez e ignorancia. Aquí de nada sirven ni la cortesía ni los argumentos. No se puede hacer otra cosa que dejar que esos tercos petimetres sigan su camino ciegamente, y enredarlos de tal manera en sus propias ideas, planes y proyectos para que cuando se hundan en la perplejidad por sus acciones precipitadas e irreflexivas, se vean obligados a desear nuestra ayuda. Mordido el anzuelo, hay que dejar que luchen un poco y no es raro que con este procedimiento se vuelvan humildes y obedientes, y que sientan la necesidad de que les guíen. Pero como resulte que un hombre débil y obstinado tenga razón una sola vez frente a nosotros, o nos sorprenda en un pequeño error, entonces es mejor que renunciemos desde el

principio a volverle a guiar. Siempre presumirá de ser mejor que nosotros y jamás volverá a confiar en nuestro juicio y en nuestra integridad. Y esta es una situación de lo más penosa.

Por lo tanto, es inútil razonar con personas de ambas descripciones en el primer instante de acaloramiento, ya que así sólo se consigue que se obstinen más. Si dependemos de ellas, y nos dan encargos con los que sabemos que después se van a mostrar disconformes, no se puede hacer nada más inteligente que prometerles sin réplica nuestra obediencia, o postergar tanto el cumplimiento hasta que hayan cambiado de opinión, o acometer el asunto a nuestra manera, ya que es habitual que en instantes más sosegados lo acepten, en tanto que uno finja haber interpretado así sus órdenes, pero tendremos que renunciar a preciarnos de nuestra mayor inteligencia y sangre fría.

En muy pocos casos urgentes, o en aquellos que son extremadamente importantes, puede ser útil e incluso necesario responder a la obstinación con obstinación, y no ceder bajo ninguna circunstancia. Pero esta conducta deja de ejercer efecto cuando se aplica con demasiada frecuencia en casos insignificantes o cuando uno no tiene razón. En la persona que contradice continuamente, recae la sospecha de estar siempre equivocada; por lo tanto es sabio dejar al otro que desempeñe este papel.

8

El carácter pendenciero suele surgir con frecuencia de la obstinación, pero a veces también se origina de una particularidad, de un talante insociable o sólo de una mala costumbre. Hay personas que pretenden saberlo todo mejor, que contradicen todo lo que se les dice, o que llegan a contradecir sus propias convicciones por el mero

placer de poder disputar; otros se vanaglorian de hablar en paradojas, de afirmar cosas que ninguna persona sensata jamás afirmaría en serio, y esto sólo para suscitar una controversia; por último, hay otros a los que se les llama pleitistas o litigantes, que buscan premeditadamente cualquier motivo para una disputa personal, para obtener una suerte de triunfo ante gente temerosa, ante gente que es más cobarde que ellos, o cuando saben manejar la espada, para revelar su falso valor en un duelo estúpido.

En el trato con estas personas aconsejo una sangre fría imperturbable, y no dejarse provocar. No hay que involucrarse en disputas con aquellos que pertenecen a la primera categoría, es mejor interrumpir la conversación tan pronto como comiencen a contradecir por mera petulancia. Este es el único medio para poner límites a su carácter pendenciero, al menos en lo que a nosotros respecta, y para ahorrarnos palabras inútiles. A los de la segunda categoría, de vez en cuando se les puede dar la alegría de combatir un poco sus paradojas, o aún mejor, de burlarse de ellas. Ahora bien, a los últimos los hemos de tratar con mucha más precaución y seriedad. Si no podemos evitar su compañía; si no podemos apartarlos de nosotros con un comportamiento frío y reservado; si no podemos eludir sus groserías, aconsejo enfrentarse a ellos de una vez por todas con tal fuerza que pierdan las ganas de habérselas con nosotros por segunda vez. Hay que decirles de inmediato, claramente y con actitud viril, nuestra opinión y no hay que dejarse confundir por sus fanfarronadas. Mis lectores pueden confiar en que pienso sobre el duelo como debería pensar cualquier hombre sensato: que es una práctica inmoral e irracional. Ahora bien, si una persona se viera obligada, por su posición en la vida, por ejemplo un oficial, a someterse al prejuicio de tener que responder a una ofensa con una venganza personal, esto nunca podrá ocurrir si le atacan maliciosamente sin haber recibido ninguna provocación, y es un doble error emplear contra un litigante otro armamento que no sea el desprecio, o a lo sumo un bastón, si lleva su insolencia demasiado lejos; y está injustificado ofrecerle luego una satisfacción, como se suele denominar.

No obstante, en algunas personas mora un singular espíritu de contradicción. Siempre quieren tener lo que no pueden lograr, no están nunca satisfechas con lo que hacen los demás, se quejan de todo lo que no han pedido ellas aunque sea igual de bueno. Es conocido que personas de este talante con frecuencia pueden ser conducidas a actuar de acuerdo con nuestros deseos si les proponemos lo contrario de lo que queremos lograr, o si conseguimos que quieran imponernos a nosotros mismos nuestras propias ideas.

9

Las personas irascibles no ofenden con premeditación. No son dueñas de la impetuosidad de su temperamento, y así pierden el control de sí mismas en instantes apasionados, incluso contra sus mejores amigos, y luego se arrepienten demasiado tarde de su precipitación. No necesito recordar que la condescendencia –presuponiendo que estas personas, a causa de otras buenas cualidades, merezcan tolerancia, pues de otro modo habrá que rehuirlas–, que una sabia condescendencia y afabilidad son los únicos medios de hacer que el irascible recupere la sensatez. Pero he de recordar que confrontar al irascible con una frialdad flemática puede enfurecerle más que la más fuerte contradicción; se creerá despreciado y se enojará por partida doble.

10

Mientras que el irascible comete una injusticia por precipitación, y se acalora a la menor sospecha de ofensa, pero después lamenta con la misma rapidez la injusticia y perdona la sufrida, el vengativo, en cambio, se guarda su enojo hasta que tiene la oportunidad de darle rienda suelta. No olvida, no perdona, tampoco cuando se le pide una reconciliación, ni cuando se emplean todos los medios, menos los más viles, para recuperar su favor. Devuelve tanto el mal real que se le ha causado como el supuesto, y esto no en proporción a su tamaño e importancia, sino multiplicado por mil; por pequeñas bromas organiza una verdadera persecución; por una expresión irreflexiva, pronunciada con precipitación, una venganza fulminante; por una ofensa sin testigos, pide una satisfacción pública; por una ambición frustrada, aspira a la destrucción de la felicidad; su venganza no se limita a la persona, sino que se extiende a la familia, a la existencia social y a los amigos del ofensor. Tener que vivir con un hombre así es sin duda la situación más triste y aquí no puedo aconsejar sino evitar en lo posible ofenderle y al mismo tiempo tratar de inspirarle una suerte de temor reverente, que suele ser el único medio eficaz de mantener a raya a personas de este mal talante.

11

A las personas vagas y flemáticas hay que estarlas motivando continuamente, y puesto que casi toda persona tiene alguna pasión dominante, se encuentra a veces la oportunidad, cuando las animamos, de poner en movimiento a algunas de estas criaturas soñolientas.

Entre ellas hay algunas que meramente por indecisión dejan sin hacer durante años las labores más simples. Responder a una carta, escribir una factura, pagar una deuda, suponen plantar una pica en

Flandes, para lo cual son necesarios preparativos indescriptibles. A veces hay que emplear con ellas violencia, y una vez que se ha llevado a cabo la difícil obra, suelen manifestar un agradecimiento sincero, por muy mal que tomaran al principio nuestra insistencia.

12

Personas recelosas, desconfiadas, descontentadizas y hurañas son aquellas con las que un hombre educado y recto menos puede saborear los placeres de la vida social. Cuando se sopesa cada palabra, cuando se mide cada paso que se da, por insignificante que sea, para no dar pie a ninguna sospecha deshonesta; cuando no pasa ninguna chispa de alegría refrescante de nuestro corazón al suyo; cuando, por falta de participación, no comparten con nosotros ninguna alegría; cuando no sólo nos amargan el placer de los escasos momentos de jovialidad que nos brinda el destino, sino que incluso perturban con su mal humor nuestros instantes más felices, y nos despiertan con su enojo de nuestros sueños más dulces; cuando nunca corresponden a nuestra sinceridad, sino que siempre están con la escopeta cargada, creyendo ver en su mejor amigo a un maleante, en su sirviente más fiel a un estafador y a un traidor, entonces no cabe duda de que se necesita una buena porción de integridad para no volverse uno mismo malvado y misántropo. Aquí no hay remedio posible cuando se aplica en vano un comportamiento natural y siempre igual de honesto, cuando no ayuda que se despejen todas las dudas en cuanto surjan, lo mejor será entonces no atender a su desconfianza y a su temperamento huraño, sino proseguir con ánimo y denuedo el camino que nos prescriba nuestra prudencia y conciencia. Por lo demás, estas personas son dignas de compasión; viven atormentadas y atormentan a los demás. Su comportamiento no siempre se funda en un elemento maligno, sino que la fuente de su enfermedad

anímica puede deberse a un estado de ánimo desgraciado, a tener sangre espesa, por obra del destino o por haber sido engañados con frecuencia. Y esta enfermedad, en los años juveniles, no es del todo incurable, sobre todo si hay personas que traten siempre a los afectados con nobleza y honradez, sin prestar atención a sus manías y humores, convenciéndose así de que en el mundo aún hay honradez y amistad. En personas mayores, en cambio, este mal arraiga profundamente y se ha de soportar con paciencia.

Los más dignos de compasión son aquellos en quienes la desconfianza se ha intensificado en odio a los hombres. El autor de la obra de teatro Misantropía y arrepentimiento[1] dice que yo habría "olvidado dar prescripciones para el trato con esta índole de personas". Es verdad, he dicho poco al respecto; pero también es imposible proponer reglas generales ya que es necesario conocer exactamente el origen del mal en cada caso particular.

1. Menschenhass und Reue, obra teatral de August von Kotzebue (1789). N. del t.

13

Se podría pensar que la envidia y los celos sólo pueden ser el patrimonio de personas maliciosas y de baja condición y, no obstante, por desgracia encontramos una porción de estas malas cualidades en los corazones de aquellas personas que, por lo demás, poseen buenas aptitudes. ¡Pero la naturaleza humana es tan débil! La ambición y la vanidad nos pueden tentar a que envidiemos la felicidad de otro, que se convierte en el único objeto de nuestros afanes, ya consista en patrimonio, fama, belleza, sabiduría, poder,

un amigo, una amante, o lo que sea; y tan pronto como esta sensación haya despertado en nosotros una aversión hacia la persona, que pese a nuestra envidia, pese a nuestros celos, sigue en posesión del bien envidiado, entonces no podemos evitar regocijarnos en secreto cuando a esa persona le acontece algún contratiempo; y la providencia parece justificar nuestros sentimientos hostiles sobre todo después de haber tenido la debilidad de darlos a conocer. Más adelante hablaré en su debido lugar de la envidia de artistas, académicos y artesanos, del rencor entre príncipes, nobles, ricos y personas que viven en el gran mundo, de los celos entre los cónyuges, amigos y amantes, que puede venir aquí a cuento pero que sería redundante repetir, así que no me queda nada más que añadir, salvo que para evitar la envidia de otros se tendría que renunciar a toda buena cualidad, así como a todo lo que puede calificarse de éxito en nuestros esfuerzos y fortuna; y cuando de lo que se trata es de vivir entre personas rencorosas, despertando lo menos posible la envidia y los celos, se tendrán que ocultar antes que mostrar nuestras buenas cualidades, nuestros conocimientos y talentos, evitar cualquier signo de superioridad, conformarse aparentemente con poco, tener pocas pretensiones y rendir poco.

Esa envidia genera las calumnias más terribles, a las que queda expuesto hasta el hombre más noble. No se puede precisar cuál ha de ser nuestro comportamiento cuando se nos calumnia. Con frecuencia la honradez y la prudencia requieren la exposición más rápida y clara de la verdad; pero otras veces es indigno de un hombre probo meterse a dar explicaciones. La plebe no dejará de importunarnos si ve que nos fastidia, y el tiempo más tarde o más temprano suele descubrir la verdad.

La avaricia es uno de los afectos más innobles y vergonzosos. Es imposible imaginar una vileza de la que no sea capaz el avaro cuando se trata de codiciar riqueza, y en su corazón no hay lugar para sentimientos bellos, como la amistad, la compasión o la benevolencia si no traen dinero; ni siquiera se permite las diversiones más inocentes, a no ser que pueda disfrutar de ellas gratuitamente. En toda persona desconocida ve a un ladrón, y en sí mismo a un parásito que vive a costa de su mejor yo, de su Mamón.

En estos últimos tiempos en que se exagera el lujo, en que las necesidades, incluso del hombre más moderado que vive en el mundo y que mantiene a una familia, son tan grandes; en que el precio de los alimentos aumenta diariamente; en que el poder del dinero decide tanto; en que el rico tiene tanto poder sobre el pobre; en que, finalmente, se extienden tanto, en todas las clases sociales, por una parte la estafa y la falsedad, y por otra el recelo y la falta de hermandad, y por lo tanto la confianza en la ayuda de los congéneres se convierte en un capital muy inseguro; en estos tiempos, digo, se comete una injusticia cuando se califica de tacaño a un hombre ahorrador y precavido sin detenerse a examinar sus circunstancias y motivaciones.

Entre las personas realmente tacañas hay algunas que además de ser dominadas por esta pasión del dinero, se ven dominadas por otra. Estas personas acumulan, ahorran, estafan a otras y renuncian a todo aquello que no venga a satisfacer esa pasión, ya sea la lujuria, la gula, la ambición, la vanidad, la curiosidad, el juego, etc. He conocido a hombres que para ganar un luis de oro han traicionado al hermano y al amigo, no habrían dudado en exponerse a la pública infamia, o habrían considerado bien invertido su dinero por el placer de un instante.

Hay otros que calculan tan mal como para ahorrar calderilla y despilfarrar táleros. Aman el dinero, pero no saben cómo manejarlo. Así pues, para recobrar las sumas que les han estafado pícaros, aventureros y aduladores, matan de hambre a sus sirvientes, y para

recobrar mil táleros despilfarrados, regatean con el tendero de la manera más vergonzosa.

Por último, hay otros que son liberales y no se preocupan del dinero, pero en un solo aspecto, al que dan un valor especial, se muestran ridículamente tacaños. Mis amigos me han reprochado a menudo en broma el ser mezquino en este sentido con mis utensilios de escritorio, y yo reconozco esta flaqueza. Aunque no soy rico ni mucho menos, me resulta más fácil desprenderme de medio florín que de una cuartilla holandesa, aunque tal vez se pueda comprar un libro del papel más fino por doce centavos. Más aún, he conocido a personas ricas y generosas que no podían resistir la tentación de hurtar pequeñeces allí donde las encontraban y a las que atribuían un gran valor.

La regla general en el trato con personas tacañas es que si se quiere mantener su favor no hay que pedirles nada. Pero como esto a veces no se puede eludir, la prudencia requiere que determinemos a qué género de tacaño pertenece y decidir así nuestro comportamiento hacia él.

Sobre el trato con los despilfarradores sólo necesito decir que el hombre sensato no se debe dejar inducir por su ejemplo a cometer gastos imprudentes, y que el hombre honrado no debe sacar ventaja de su generosidad mal entendida ni en su provecho ni en provecho de otros.

15

Hablemos ahora del comportamiento con personas desagradecidas. En alguna ocasión he recordado que en esta tierra no se debe contar, ni siquiera por las acciones más nobles y sabias, con el éxito

ni con el agradecimiento. Este principio se ha de tener siempre presente si no se quiere ser mezquino con nuestros logros, hostil con nuestros congéneres ni quejicas contra el destino o la providencia. Pero tendríamos que haber perdido toda sensibilidad humana si no nos ofendiéramos si personas a las que hemos servido con celo y desinteresadamente, a las que hemos salvado del peligro, a las que nos hemos dedicado plenamente y por las que a lo mejor nos hemos sacrificado, nos ignoran una vez que ya no nos necesitan, o incluso nos traicionan, persiguen, maltratan, si con ello sacan alguna ventaja o pueden ganarse el favor de nuestros poderosos enemigos. Pero el amigo del bien y la persona sabia y conocedora de la naturaleza humana no se dejará arredrar por ello para actuar generosamente. En relación con lo que se dirá aquí en el capítulo décimo de la segunda parte y en la sección quinta del capítulo segundo de la tercera parte, recuerdo una vez más que toda buena acción se recompensa a sí misma, más aún, que el noble sabe encontrar una fuente de alegría interna en la ingratitud de los seres humanos, a saber: la alegría de ser consciente de haber actuado desinteresadamente, por amor al bien, aun cuando él prevea que nadie se va a dar cuenta de ello. Lamenta, lector, la conducta absurda de aquellos que son capaces de olvidarse de su benefactor, y no desistas por ello de servir a los hombres, cuya ayuda tanto más necesitan cuanto más débiles son, y cuanta menos felicidad tienen en sus corazones.

Así pues, no os quejéis de la ingratitud con que se os paga; no se lo reprochéis a quien así se comporta con vosotros, seguid tratándole con generosidad, ¡acogedle de nuevo cuando regrese a vosotros! Tal vez termine por darse cuenta de su conducta, llegue a apreciar la gentileza de vuestro tratamiento y mejore; si no, pensad que todo vicio se castiga a sí mismo, y que el propio corazón del malvado y las inevitables consecuencias de su vileza te vengarán. ¡Ah, qué capítulo tan largo podría escribir sobre la ingratitud de los hombres, si no fuera porque, por deferencia a aquellos que han pecado contra mí en este sentido, prefiriera callar mis numerosas y tristes experiencias en este ámbito!

16

Para algunas personas es completamente imposible ir por el camino recto para lograr algo. Intrigas, subterfugios, vacilaciones, rodeos se mezclan en todas sus empresas sin que por ello sean malas por naturaleza. Una cierta disposición desgraciada de ánimo y la influencia de una manera de vivir, así como el destino, pueden producir este carácter. Por ejemplo, un hombre muy receloso podría ser capaz de ocultar la acción más inocente, disimular o encubrir su verdadero propósito. Un hombre con una actividad mal regulada, o muy fogosa, una mente astuta y emprendedora que se encuentra en una situación en la que todo le resulta demasiado fácil, en la que le falta la oportunidad de desarrollar sus talentos, osará todo tipo de trucos con objeto de ampliar su esfera de influencia o para llamar la atención; y en ese caso no hará ascos a la hora de escoger los medios para ello. Un hombre muy vanidoso actuará a veces en la sombra para ocultar sus debilidades. Un hombre que ha vivido largo tiempo en las cortes, y en ellas no ha visto sino disimulo, intriga, maquinaciones y conspiraciones, y que no está acostumbrado a lograr nada por el camino recto, encontrará monótona una vida sin enredos; disimulará sus pasos más insignificantes para que no se le pueda rastrear, y dará a sus acciones más inocentes una apariencia de misterio. El abogado, que se ocupa constantemente de las argucias y los enredos, gusta de incluir en sus palabras y en sus obras toda índole de cautelas y sofismas. Personas que sobreexcitan sus cerebros leyendo novelas y otras fantasías, o quienes con su vida lujuriosa y ociosa pierden por las malas compañías y otras causas el sentido de la sencillez, de la naturaleza y de la verdad, no pueden existir sin la intriga; y así hay una gran cantidad de personas que no desean tanto lo que pueden lograr por un camino recto como lo que esperan obtener subrepticiamente y en secreto. Por lo demás, se puede inducir a las personas más nobles y sinceras,

especialmente en su juventud, a proceder con subterfugios, cuando se les muestra una continua desconfianza, o se las trata con tal severidad, manteniéndolas a distancia, que no puede surgir confianza alguna.

Pero cualquiera que sea el motivo que haya contribuido a acostumbrar a una persona a emplear artimañas e intrigas, creemos que el mejor comportamiento para tratar con ellas, es el siguiente:

Tendremos que actuar de la manera más abierta y sin disimulo, y nos mostraremos de palabra y obra decididos enemigos de cualquier cosa que se pueda llamar artificio, intriga e hipocresía, y nos revelaremos como grandes admiradores de todo hombre honrado y sincero, para que al menos adviertan cuánto perderían a nuestros ojos si les sorprendiéramos por el mal camino.

Les mostraremos, en tanto que no nos hayan engañado, una confianza ilimitada, como si fuéramos incapaces de imaginarnos que nos pudiesen embaucar. Si realmente valoran nuestra consideración se guardarán de dar un paso que nos desagrade.

Nos mostraremos tolerantes con sus pequeñas flaquezas y dispuestos a perdonar errores siempre y cuando no haya intervenido perfidia por su parte, para que no vean necesario esconderse de nosotros o rehuirnos como si fuéramos un censor.

No vigilaremos su conducta, ni los espiaremos ni emplearemos con ellos métodos subrepticios, sino que les preguntaremos francamente, con un tono firme y mirada penetrante si queremos obtener alguna explicación a la que tengamos derecho. Si comienzan a tartamudear, intentan eludir la cuestión, les interrumpiremos como para darles a en-tender que queremos ahorrarles la vergüenza de reconocer su falsedad, para luego adoptar una conducta más fría hacia ellos, o se les advierte, con actitud afable pero seria, que no actúen de esa manera tan indigna.

Pero si nos han engañado una vez, no se ha de tomar a broma. Nos mostraremos muy decepcionados con ese primer paso en falso y no los perdonaremos de inmediato. Y si todo esto no ayuda, y continúan engañándonos con intrigas y enredos, los castigaremos con nuestro desprecio y con nuestra desconfianza respecto a todo lo que hagan y digan hasta que mejoren; pero hay que decir que quien ha convertido en costumbre ir por el camino torcido raras veces vuelve al camino de la verdad.

Todo lo que hemos dicho aquí también vale para el comportamiento frente a los mentirosos.

17

Al que en la vida cotidiana se le llama soplagaitas o fanfarrón o farolero, pertenece a otro género de personas. Aquellos que pertenecen a este género no tienen la intención de engañar a otros para mostrarse de la manera más ventajosa. Más bien inventan cosas o las exageran con objeto de destacar, o para conseguir que los demás compartan la misma elevada opinión que ellos tienen de sí mismos; o para suscitar la atención narrando sucesos extraordinarios, o para hacerse pasar por conversadores entretenidos; y una vez que han logrado perfeccionar su método de adornar un acontecimiento, una imagen o una frase a costa de la verdad, comenzarán ellos mismos a creerse sus propias fantasías, a verlo todo mediante una lente de aumento para llevarlo al papel en figuras gigantescas.

Las narraciones y las descripciones de estos fanfarrones son a veces muy graciosas, y cuando uno está familiarizado con su lenguaje figurado, ya se sabe lo que se puede esperar del resto. Pero si va demasiado lejos con sus ornatos, no puede perjudicarle que se le

planteen muchas preguntas sobre las circunstancias concretas, y así enredarle de tal manera que quede avergonzado al no poder ni avanzar ni retroceder, o que por cada mentira que diga se le añada otra aún más llamativa para darle a entender que uno no es tan tonto para creerle, o que cuando comience a fanfarronear, se arríe de repente la vela de la conversación y se le eluda, de manera que cuando esto le ocurra más a menudo, y por hombres sensatos, aprenda a ser más comedido.

18

En lo que se refiere a los desvergonzados, los vagos, los gorrones, los aduladores y los impertinentes, aconsejo mantenerse a prudente distancia, no adquirir familiaridad con ellos, darles a entender, con nuestro comportamiento siempre serio y sólido que su compañía y confianza nos desagrada. Uno de mis conocidos me contó una vez que había encontrado en Holanda, sobre la puerta del despacho de un hombre sensato, la siguiente inscripción: "Es terriblemente fastidioso para un hombre que tiene ciertos negocios, ser molestado por personas que no tienen ningún negocio". La ocurrencia no era mala. Aquellos a los que les gusta comer bien en nuestra casa, se les puede ahuyentar fácilmente dejándolos que se vayan sin haberles dado nada; pero contra aduladores, en especial contra los sutiles, hemos de estar alerta. Ellos nos corrompen del todo cuando acostumbramos nuestros oídos a sus cantos de sirena. Entonces queremos que nos acaricien y cosquilleen continuamente las orejas, no encontramos la voz de la verdad lo suficientemente armoniosa, y descuidamos y desatendemos a nuestros mejores amigos y a los más fieles, que son los que nos llaman la atención acerca de nuestros errores. Para no caer tan bajo, nos tendremos que armar de indiferencia contra las peligrosas tentaciones de la adulación; rehuiremos al adulador como si fuera nuestro peor enemigo. Pero

esto no es tan fácil como se cree; hay una forma de halagar que da la impresión de querer decir lo contrario. El adulador astuto, que ha estudiado tus debilidades, si te tiene por muy inteligente, no te dará siempre la razón, para que sus trampas más obvias no revelen su peligrosidad; antes te censurará; te dirá: "que no puede comprender cómo un hombre tan noble y sabio como tú, ha podido tener un descuido como ése; él había creído que eso sólo le podía ocurrir a gente común y corriente, de su misma ralea". Criticará algunos errores en tus escritos, que a primera vista te parecerán insignificantes, y que a él sólo le servirán para elogiar de manera aún más desvergonzada aquellos pasajes de los que él sabe que estás orgulloso. "¡Qué pena!", exclamará, "que sus sinfonías –y no soy ningún adulador, le doy mi opinión directa y fran-camente–, sus espléndidas sinfonías, que sin duda se pueden llamar una obra clásica, sean tan difíciles de ejecutar. ¿Dónde se pueden encontrar maestros que sean dignos de tocar semejante pieza? Y, no obstante, es un gran error, y perdóneme mi sinceridad, que hubiese tenido que evitar". Encontrará defectos en ti para declamar contra ellos con un afán simulado, así como flaquezas y faltas que en realidad halagan tu vanidad. Te insultará como misántropo si te gusta que tu modo de vida apartado despierte la atención de los demás; te reprochará que seas intrigante si te agrada que te vean como un astuto cortesano. Así se ganará el prestigio, contigo y con otros miopes, de ser un hombre objetivo y amante de la verdad, te tragarás gustoso su dulce brebaje y en tu embriaguez quedarán abiertos al burlón tanto tu corazón como tu bolsa. He encontrado este tipo de personas sobre todo en cortes, donde, bajo la máscara de la bonhomía, y con la fama de decirles la verdad a los príncipes, eran los peores charlatanes.

Ahora hablaré en general de los infames o canallas, es decir, de personas que son malas por naturaleza, aunque soy de la opinión de que –descontando algo el pecado hereditario–, en realidad no hay ningún ser humano que sea del todo malo por naturaleza, pero sí que se puede degenerar tanto por una educación defectuosa, por condescender con las pasiones, o por el destino, la situación y sus relaciones, como para que no se perciba huella alguna de la disposición originaria. Pero aquí no nos interesa el problema de cómo una persona llegó a convertirse en canalla, sino que hemos de tratarla siendo así. En principio me remito a lo que he escrito sobre el trato con enemigos y sobre el comportamiento con enajenados, así que añado sólo las consideraciones siguientes: es evidente que, en lo posible, se ha de huir del trato con gente mala, si nos importa de verdad nuestro sosiego y nuestra perfección moral. Aunque un hombre de firmes principios no se vuelve malo al tratarla, puede acostumbrarse a presenciar sus fechorías y terminará perdiendo su aversión hacia todo lo que es innoble, una aversión que a veces basta para liberarnos de la tentación de cometer faltas. Pero por desgracia nuestra situación nos obliga a veces a vivir entre canallas y a realizar negocios conjuntamente; y aquí es necesario tener en cuenta ciertas precauciones.

No creas, si tienes algún mérito en tu mente o en tu corazón, no creas que puedes conseguir que gente mala te deje en paz, ni que puedas vivir en paz con ella. Hay un pacto eterno entre infames y canallas contra todos los hombres nobles y decentes, una hermandad extraña por la que se reconocen mutuamente, por más que puedan estar separados por otras circunstancias, y que los une cuando se trata de perseguir y pisotear el verdadero mérito. Aquí no sirve de nada ni la precaución ni el comedimiento; no ayuda ni la inocencia ni la rectitud; ni los miramientos ni la moderación; aquí no sirve de nada ocultar nuestras buenas cualidades, o querer aparentar mediocridad. Nadie reconoce tan fácilmente el bien que hay en ti como aquel al que le falta. Nadie hace interiormente tanta justicia al mérito como el malvado; pero tiembla ante él como Satán ante el Evangelio y tra-baja con todas tus fuerzas contra él. Esa gran

hermandad se burlará de ti continuamente, dañará tu buena fama, hablará mal de ti, inter-pretará con malicia tus palabras y tus obras. ¡Pero no dejes que eso te inquiete! Aunque seas presionado realmente por infames durante un periodo de tiempo, al final vencerá la honradez y la consecuencia de tus acciones, y el monstruo acabará por cavarse su propia tumba en cualquier otra oportunidad. Y esos bribones sólo se mantienen unidos hasta que interviene la resolución viril, en tanto que puedan luchar en la oscuridad. Ahora bien, en cuanto penetra la luz, salen corriendo cada uno por su lado. Y cuando lleguen a la repartición del botín, se pelearán entre ellos y dejarán que te escapes tranquilamente con tu propiedad. ¡Ve tú por el camino recto! No te permitas caminos clandestinos, no vayas por sendas torcidas para dar con más sendas torcidas; no destruyas intrigas con intrigas; no hagas nunca causa común con malvados. Actúa con generosidad. Un tratamiento innoble y una desconfianza exagerada pueden convertir en un pleno bribón a quién sólo estaba a medio camino de serlo; la generosidad, en cambio, tal vez pueda mejorar, al menos por algún tiempo, a un malvado empedernido, y despertar en él la voz de la conciencia. Pero tiene que sentir que actúas así por benevolencia y no por miedo. Tiene que sentir que cuando se llegue al caso extremo, cuando se desate el enojo de un hombre honrado e impávido, el sabio intrépido e íntegro de la clase más baja será más poderoso que el bribón vestido de púrpura; que un gran corazón, que la virtud, la prudencia y el valor son más fuertes que ejércitos de mercenarios, al mando de los cuales se encuentre un canalla. ¿Qué puede temer quien no tiene nada que perder, salvo aquello que ningún mortal le puede robar? ¿Y qué puede un sultán cobarde, o un déspota injusto, de esos que llevan al peor enemigo en su interior siempre dispuesto a traicionarlos, contra el más bajo de sus súbditos, que tiene como aliados un gran corazón, una mente clara, arrojo y brazos sanos?

Es imposible hacerse querer por ciertas personas y no puede dañarnos que éstas al menos nos teman.

Hay personas que intentan que les hagamos confidencias, que les comuniquemos ciertos secretos, para después servirse de estas armas contra nosotros, con las cuales nos podrán amenazar cuando ya no queramos estar a su disposición. La prudencia exige que tengamos cuidado a este respecto. Regala a quien temas que te roba cuando creas que la generosidad aún puede causarle alguna impresión.

Anima a las personas, hónralas abiertamente cuando encuentres en ellas alguna tendencia hacia el bien. No hagas que pierdan su crédito sin necesidad; hay gente que dice muchas cosas buenas pero luego actúa en secreto como un bribón, o son personas inconsecuentes, imprudentes o demasiado apasionadas. No las desenmascares a no ser por las consecuencias. Con sus palabras pueden hacer algo de bien y esto no ocurre si sobre ellas recae una sospecha; se las debería mandar de viaje para fomentar buenas causas, pero deberían abandonar pronto cada lugar para no traicionarse y con su ejemplo no estropear el efecto de sus enseñanzas.

20

A las personas buenas exageradamente modestas y temerosas hay que animarlas a que tengan más confianza en sí mismas. Tan despreciables son la desvergüenza y la arrogancia como indigna una timidez exagerada. El noble de carácter ha de ser consciente de su valor y no ser injusto ni consigo mismo ni con los demás. Ahora bien, el elogio desmesurado y una preferencia llamativa ofenden al modesto. Se le ha de mostrar nuestro respeto menos con nuestras palabras que con unas acciones que delaten nuestra verdadera y natural inclinación.

21

A las personas imprudentes y charlatanas no se les puede confiar, naturalmente, ningún secreto. Lo mejor sería no tener ningún secreto en el mundo, que se pudiera actuar abierta y libremente y dejar ver ante todos lo que tenemos en el corazón; lo mejor sería que sólo se pensara y se dijera lo que se puede pensar y decir en voz alta; pero como esto es imposible, sobre todo para hombres que ocupan puestos oficiales o que tienen que guardar secretos de otros, se ha de ser precavido a la hora de comunicar nuestras confidencias.

Hay personas a las que les resulta completamente imposible callarse una cosa. Se las ve yendo de un lado a otro angustiadas cuando traen alguna novedad, de modo que sufren hasta que pueden comunicarle su noticia a otro charlatán. A otras no es que les falte buena voluntad para callarse, pero sí la prudencia, de modo que traicionan la noticia con gestos, miradas u otras señales: o les falta la firmeza cuando se les sonsaca; o tienen una opinión demasiado buena de la honorabilidad y discreción de la persona a la que se confían. Ante estas personas se ha de callar.

A veces no puede perjudicar que con motivo de la primera ocasión en que un hombre haya cometido alguna indiscreción acerca de nuestra persona, le atemoricemos hasta tal punto que no vuelva a atreverse ni siquiera a pronunciar nuestro nombre a nuestras espaldas, ya sea para bien o para mal. Pero de los chismosos en sentido estricto, de los cuales casi siempre hay varios en cada ciudad, uno se puede servir cuando queremos difundir un bulo entre el público. Tan sólo no hay que olvidarse de pedirles el máximo secreto, ya que de otro modo a lo mejor no consideran que merezca la pena revelarlo.

A las personas curiosas e indiscretas se las puede tratar o en serio o en broma, según las circunstancias. En el primer caso, en cuanto advirtamos que se están inmiscuyendo en nuestros asuntos, que nos quieren escuchar y espiar, seguir nuestros pasos o conocer nuestros planes, nos dirigiremos a ellas ya sea oralmente, por escrito o de obra, con tal rigor y rechazo que se les quiten las ganas de atreverse a meterse en nuestras vidas. Pero si queremos divertirnos con ellas, podemos extenuar su curiosidad dejándolas que no tengan un respiro, distrayéndolas con mil puerilidades y alejándolas de aquellos asuntos que a nosotros nos importan y que a ellas les gustaría presenciar.

Las personas distraídas y olvidadizas no sirven para aquellos negocios que requieren puntualidad. A personas jóvenes a veces aún se les puede quitar esta mala costumbre y llevarlas a que se concentren. Aquellas que por la gran viveza de su temperamento olvidan todo fácilmente, y que nunca están donde deberían estar, se recuperan de esta flaqueza cuando se vuelven mayores, más prudentes y virtuosas. Hay otras que simulan estar distraídas porque creen que eso da distinción, y sobre esos necios hay que encogerse de hombros y cuidarse de confundir sus distracciones con cortesía. De ellos se puede decir lo mismo que de aquellos que se fingen enfermos para llamar la atención. Pero a aquél que realmente tenga poca memoria y no la pueda fortalecer ejercitándola, le aconsejo que anote por escrito todo lo que le parezca importante recordar y que lea varias veces esas notas ya sea al día o a la semana; pues desde luego no hay nada más enojoso que alguien nos prometa conseguirnos algo importante, que confiemos en su palabra y que después se olvide del asunto.

Por lo demás, a personas muy distraídas no se les debe echar mucho en cara que a veces falten contra nosotros de manera impremeditada por inatentas o poco corteses o por cualquier otro comportamiento que exija el trato amable.

22

Hay un tipo de persona a la que se puede llamar antojadiza (difícil). No son malvadas, tampoco son siempre pendencieras y hurañas, pero nunca no se las puede satisfacer del todo. Se han acostumbrado, por ejemplo, a un orden pedante cuyas reglas no tiene todo el mundo en la cabeza como ellas. Y así puede ocurrir fácilmente que movamos una silla en su habitación y la pongamos de una manera que a ella no le guste (sin embargo, cuando esto ocurre por un verdadero sentido del orden, no tengo objeción alguna), o cultivan ciertos prejuicios a los que hay que someterse si queremos encontrar aprecio a sus ojos, por ejemplo en lo atinente al traje o a la forma de hablar, en voz baja o alta, o de escribir, etc. Se puede afirmar que un hombre sensato tiene que estar por encima de estas pequeñeces, pero encontramos a hombres que piensan con gran sensatez y equidad sobre otros aspectos, pero no cuando se trata de esos; y lo más importante: es posible que nos interese mucho alcanzar el favor de estos hombres. Cuando sea este el caso, aconsejo, en cuestiones de poca importancia y fáciles, que nos mostremos complacientes. Con otros con los que no mantengamos ninguna relación, en tanto que sean hombres de bien, es mejor dejarlos a su aire y no olvidar que todos tenemos nuestras flaquezas que hay que soportar fraternalmente.

A quienes intentan distinguirse de los demás a través de su comportamiento respecto a cuestiones accesorias (no por convicción de que sea mejor así, sino porque lo prefieren así, a diferencia de los demás) se les llama originales o extravagantes. Les gusta que los demás se fijen en sus particularidades, y un hombre sensato habrá de ponderar en su comportamiento hacia ellas si sus extravagancias son inofensivas, o si son hombres que por alguna consideración merecen deferencia, para después proceder con ellos como nos dicte la razón y la tolerancia.

Por último, en lo que respecta a la gente que se deja dominar por sus humores, de modo que hoy puede ser el huésped bienvenido y mañana el fastidioso contertulio, aconsejo –presuponiendo que estos humores no tengan su origen en una enfermedad (pues en este caso merecen compasión)– no hacer como si nos diéramos cuenta de ese flujo y reflujo sino tratarlos siempre con precaución.

23

Personas tontas que son conscientes de su condición se dejan guiar por hombres sensatos y además, en virtud de un temperamento bondadoso, benevolente y gentil, se les induce fácilmente a hacer el bien y difícilmente a hacer el mal, y no se las debe despreciar. No todos los hombres pueden poseer mentes de inspiración sublime y al mundo le iría mal si fuera así. Entre los mortales tiene que haber más genios subalternos que dominantes para no vivir mutuamente en una disputa eterna. No cabe duda de que un grado elevado de virtud, que requiere fuerza, valor, constancia y una fina capacidad de discernimiento, es incompatible con una debilidad del entendimiento. Pero de esto no hablaremos aquí. Cuando se trata de la felicidad en general, y las personas con esta debilidad se dejan conducir para contribuir al bien, son más útiles al desempeñar su papel que los genios excéntricos con su excesiva actividad y su afán infatigable y caótico.

Pero la situación se vuelve insoportable cuando tenemos que relacionarnos con un alma de cántaro que se cree un semidios; o con un pisaverde vanidoso, caprichoso y desconfiado; o con un pavo orgulloso y mimado que tiene que gobernar países y pueblos y que no se puede gobernar ni a sí mismo. A lo largo de este libro, cuando haya ocasión para ello, diré algo de cómo tratar a este tipo de personas.

Es difícil corregir, incluso comenzando en la juventud, a cierto género de personas bondadosas pero débiles y torpes. No entienden el lenguaje irónico, y si es muy sutil se lo toman todo al pie de la letra. Un tono más serio tampoco encaja y se sienten ofendidas. Advertencias afectuosas y delicadas no ejercen efecto alguno.

Pero a menudo se comete una gran injusticia con estas personas considerándolas estúpidas, débiles, insensibles o ignorantes, pues no lo son. No todos tienen el talento de expresar sus ideas y sentimientos de una manera ventajosa. Se les ha de juzgar por sus acciones, pero esto también siempre tomando en cuenta su situación, y por las oportunidades que han tenido o no para distinguirse. Raramente se considera que el hombre ya posee de por sí un gran mérito por no hacer el mal y que la suma de este bien negativo a menudo contribuye más a la felicidad general que la vida longeva de un hombre activo, cuyas pasiones violentas están en continua lucha con sus nobles y grandes propósitos. Y la erudición, la cultura y el sentido común son cosas muy diferentes. Entre los hombres de una cierta educación predomina tanta convención que fácilmente confundimos los principios, que descansan en dichas convenciones, con los decretos inmutables de la pura sabiduría. Nos hemos acostumbrado a pensar según esos criterios o más bien a repetir palabras cuyo significado ambiguo nos costaría trabajo explicar a un salvaje en el estado de naturaleza; y así consideramos un idiota al que no sabe nada de todos estos desatinos aprendidos de memoria y que habla como le sale del alma. ¡Cuántas veces no habré oído frases acerca de obras de arte, frases de gente común y corriente sin apenas cultura, que le parecerían de mal gusto a un supuesto entendido, y cuántas veces no han vuelto a despertar en mí el sentido por la naturaleza verdadera y auténtica! Cuántas veces he esperado en el teatro el juicio sobrio del paraíso, la impresión que una escena le había causado al pueblo insobornable, al que llamamos plebe, o cuántas veces he esperado a ver si una interpretación emotiva producía un silencio general o movía a risa para confirmarme en mi creencia de la fidelidad con que el autor y el actor copiaban la naturaleza o si habían fracasado en su propósito.

En mí ejerce su influencia la ilusión, ya que he vivido desde mi juventud en un mundo lleno de engaños; aquellos, sin embargo, viven y existen en la verdad. Grande es el artista que, mediante el juego de su fantasía, mediante su representación imitativa de la naturaleza, también hace olvidar a los hombres poco cultivados que son engañados. Grande es además el hombre que no ha ahogado el sentido por la verdad desnuda en el mar de los prejuicios y convenciones. Pero cuán raras veces se encuentran juntos el arte y el sentido de la verdad, la cultura y la simplicidad. Así pues, no despreciemos a quien ha salvado a la mejor parte a costa de la peor, y no intentemos ilustrar a esas personas necias, sino que es mejor que aprendamos de ellas.

Hay que intentar influir en beneficio de personas bondadosas y débiles; cuando se pueda, hemos de intentar rodearlas de amigos nobles, que no abusen de ellas, sino que las guíen para actuar de la manera digna de un corazón benévolo. Hay personas que no pueden negar nada, al menos no de palabra; y así ocurre que para no ofender a nadie, o para que no se crea que es por falta de voluntad, prometen más de lo que pueden cumplir, u ofrecen o asumen más trabajo de lo que les correspondería en justicia. Otras son tan crédulas que confían en cualquiera, se sacrifican o se entregan a cualquiera, que toman por un amigo leal a quien les muestra una fachada sincera y caritativa. Otras son incapaces de solicitar algo para ellas, aunque se trate de una cosa a la que nadie tenga más derecho. No necesito decir cuánto se ha abusado de estas personas débiles, cómo se aprovechan de la bondad y de la obsequiosidad de las primeras y cómo la desvergüenza priva a las últimas de todo lo que puede, al no tener ellas el valor de reclamarlo para sí. ¡No abuses de la debilidad humana! No obtengas por astucia ninguna ventaja, ningún regalo, ni el empleo de fuerzas que no puedas solicitar según las reglas de la justicia más rigurosa, o que supongan una carga o un perjuicio para esa persona; intenta evitar también que otros lo hagan; ¡anima al débil mental! Ayúdale, habla por él cuando su timidez le impida ser su propio mentor.

Algunas personas tienen la flaqueza de dedicarse a ciertas aficiones. Puede ser cualquier noble pasión: caza, caballos, perros, gatos, danza, música, pintura, o la obsesión de coleccionar grabados, fósiles, mariposas, sellos, pipas, etc.; o también la dedicación al jardín, la educación de los niños, la construcción, el mecenazgo, los experimentos físicos; cualquiera que sea la afición, sus pensamientos siempre están girando en torno a ella; de lo que más les gusta hablar es de estos objetos de su preferencia; saben dirigir toda conversación hacia ellos. Olvidan que el hombre que tienen ante sí tal vez no entienda nada de ese asunto, pero tampoco requieren que hable de ello con mucho conocimiento de causa, tan sólo que tenga la paciencia de escucharles, que contemple con atención el objeto de su manía, que recomendarán como la mayor rareza, que lo admire y que parezca interesarse por ello. Pues bien, ¿quién será tan duro de corazón como para negar esta pequeña alegría a un hombre que por lo demás es honrado y sensato? En especial recomiendo que se muestre interés por las aficiones –me refiero, por supuesto, a las inocentes– de las personas importantes, cuyo favor buscamos; pues como observa Tristram Shandy, un latigazo que se da al caballito de madera se percibe más doloroso que el golpe dado a un haz de heno.

24

Es fácil y agradable conversar con gente alegre y animada. Ahora bien, estas personas tienen que estar inspiradas por un humor auténtico; la alegría debe provenir del corazón, no debe ser forzada, no tiene que consistir en guasa vanidosa ni en la búsqueda del chiste fácil. Quien puede reír de todo corazón, abandonarse a las ebulliciones de la jovialidad, no puede ser enteramente malo. La malicia y la perfidia provocan la distracción, la seriedad nos hace pensativos y cerrados: mais un homme qui rit, ne sera jamais

dangeroux[1]. De esto no se ha de deducir que toda persona que no tenga un carácter alegre tenga malas intenciones. La disposición de ánimo depende del temperamento, así como de la salud y de relaciones externas e internas. El buen humor auténtico, sin embargo, suele ser contagioso, y esta epidemia tiene algo tan benefactor, y poder ahuyentar con la risa todas las preocupaciones de este mundo supone tal alivio, que yo no puedo sino aconsejar urgentemente que alegremos nuestro ánimo y que dediquemos al menos un par de horas a la semana a una inocente jovialidad.

1. "Pero un hombre que ríe jamás será peligroso". N. del t.

Pero es difícil no caer en un tono satírico cuando nos encontramos en un estado de ánimo alegre y los chistes se suceden unos tras otros. ¿Qué nos ofrece más material para reírnos que las innumerables necedades de los hombres? Y estas necedades se presentan de la manera más viva ante nuestros ojos cuando nos imaginamos a los personajes en las que moran. Si nos reímos sobre esas necedades es inevitable reírnos también de los necios y a esta hilaridad pueden seguir consecuencias muy serias y enojosas. Si además nuestras burlas encuentran eco, nos veremos impulsados a aguzarlas aún más, mientras que otros, a los que tal vez les falte el material para una conversación animada, seducidos por nuestro ejemplo, dirijan su atención a los defectos de sus congéneres, y lo que de ello se puede originar es en parte suficientemente conocido, en parte ya lo he comentado en el capítulo primero. Considero, por lo tanto, un deber, mantenerse en guardia en el trato con personas de vena muy satírica. Y aquí no quiero inferir que se debería tener miedo de su lengua o de su pluma afilada, pues eso daría motivo a sospechar de nuestra actitud pusilánime, sino que no nos veamos seducidos a hablar mal con ellos, que no nos perjudiquemos a nosotros mismos ni perjudiquemos a los demás, y que el espíritu de

la tolerancia no nos abandone. Así pues, a las personas satíricas no se les ha de aplaudir en demasía, no se les ha de reforzar la costumbre de hacer sus bromas a costa de otras personas, y no te rías con ellas cuando se burlen o difamen.

Digo que no hay ningún motivo para temer a personas satíricas; pues si por lo demás son personas nobles, cuando se rían sobre las necedades ajenas, respetarán el carácter del hombre honrado; pero si son burlones maliciosos, se dañarán a sí mismos más que a los demás; y uno de estos no se atreverá tan fácilmente con un hombre digno, al menos no por segunda vez.

25

A los borrachos, lujuriosos y otras variedades de viciosos los hemos de evitar y eludir siempre que sea posible; pero si es imposible, no hace falta recordar que hemos de ser extremadamente cautos para no dejarnos seducir por su mal ejemplo. Esto, sin embargo, no siempre bastará. Es también un deber no desentendernos de sus excesos, por mucho que los recubran con un manto de simpatía, sino más bien, cuando pueda ocurrir con la prudencia debida, mostrarles nuestra insuperable aversión y abstenernos de participar con aprobación en conversaciones sucias e indecentes. Vemos cómo desempeñan en el gran mundo el papel más brillante los denominados agréables débauchés, y cómo en algunos círculos, sobre todo masculinos, la conversación acaba girando en torno a obscenidades y bromas equívocas, con lo cual se recalienta la fantasía de los jóvenes, llenos de imágenes deshonestas, y la corrupción no deja de extenderse. Ninguna persona honesta puede contribuir en lo más mínimo a esta depravación general de las costumbres, a esta opresión, tal vez incluso desprecio, de la castidad, la sobriedad, la moderación y el pudor. En realidad, en la

medida de sus posibilidades, tendrá que manifestar su disgusto, sin consideración a la persona; y si no puede mejorar a aquellas personas que están en camino del vicio mediante una advertencia amigable y desviando su atención a una actividad más digna, al menos podremos mostrarles que no hemos perdido nuestro sentido de la pureza y de la virtud y que en su presencia se ha de respetar la inocencia.

26

Los entusiastas, exaltados, románticos, geniales y extravagantes se merecen un capítulo aparte. Viven y existen en una atmósfera de fantasías, como el pez en su elemento, y son enemigos conjurados de la reflexión objetiva. Las lecturas de moda, las novelas, las obras de teatro, las sociedades secretas, la falta de conocimientos científicos fundamentados y el ocio fomentan este tono en la mayor parte de la juventud actual, pero también encontramos a estos soñadores entre gente con el pelo blanco. Aspiran continuamente a lo extraordinario y sobrenatural; desprecian lo bueno que está próximo para intentar alcanzar espejismos lejanos; descuidan lo necesario y útil para hacer planes sobre lo superfluo; ponen las manos en el regazo cuando sería su deber actuar, pero se entrometen en asuntos donde nadie les ha llamado; quieren reformar el mundo y descuidan sus obligaciones domésticas; encuentran lo importante demasiado pequeño, y sublime lo de peor gusto; no entienden lo más claro y predican lo incomprensible. En vano intentas exponerles los motivos que dicta el sentido común; te despreciarán como a un villano sin sentimientos y sin sentido de la grandeza, mostrarán compasión por tu sabiduría y preferirán unirse a otro par de locos de similar entusiasmo que compartan sus disparates. Así pues, si quieres convencer de algo a un entusiasta así, o que te tenga en consideración, tus conversaciones habrán de

ser acaloradas y fogosas y tendrás que hablar en favor del sentido común con el mismo entusiasmo con que él defiende la causa de sus excentricidades. Pero raras veces se consigue algo con este tipo de personas y es preferible dejar su cura al tiempo. Entretanto, la extravagancia, por desgracia, se contagia como la gripe. A quien tenga, por lo tanto, mucha imaginación y no esté muy seguro del dominio que pueda alcanzar su entendimiento sobre ella, le aconsejo, en el trato con entusiastas de todo género, que sea precavido. En estos tiempos en que la manía por las sociedades secretas, la mayoría de las cuales se basa en estas extravagancias, se ha vuelto tan general, e incluso se han encontrado los medios para integrar en sistemas toda índole de disparates religiosos, teosóficos, químicos, políticos y qué se yo, no me atrevo a decidir cuál de estos géneros sea el más peligroso, pero creo que aquellos que aspiran con planes en parte políticos, en parte fantásticos y en parte jesuíticos, a la reforma del mundo, son quijotismos de lo más dañinos; y creo esto con tanta más fuerza puesto que esta índole de sistemas extravagantes son los que pueden causar más confusión en el Estado, y suelen tener la fachada más deslumbrante, mientras que los demás son aburridos y ocupan de manera duradera sólo a mentes mediocres y no muy lúcidas. Así pues, en el trato con los apóstoles de estos sistemas nos acostumbraremos a escuchar estas expresiones tan queridas por las personas cabales como la felicidad del mundo, libertad, igualdad, derechos de la humanidad, cultura, ilustración universal, formación, espíritu cosmopolita y otras parecidas, como lo que son, cebos, o a lo sumo como palabras vacías con buenas intenciones, con las que esta gente juega como los escolares con sus figuras e imágenes retóricas, incluidas en sus áridos ejercicios.

A la gente excéntrica y genial hay que dejarla libre en tanto que no quede enteramente cualificada para que la encierren. La tierra es tan grande que tiene sitio para una buena cantidad de necios.

27

Digamos ahora unas palabras sobre los santurrones, beatos, hipócritas y supersticiosos.

Aquel cuyos sentimientos hacia la religión, cuyo entusiasmo por el amor de Dios, cuyo temor de Dios y veneración divina, así como apego a las costumbres rituales de la Iglesia, que profesa de todo corazón, proceden de una sinceridad seria, tiene todos los derechos a nuestro respeto. Si expresa la esencia de la religión, más de lo que nosotros consideramos por bueno, en meros sentimientos, sin el empleo de la guía que nos ha dado Dios, la razón; si, según nuestra opinión, se mezcla una fantasía apasionada en sus sentimientos religiosos; si mostrara un apego exagerado a ceremonias, costumbres y sistemas, merece, siendo por lo demás un hombre honrado y un cristiano practicante, nuestra tolerancia, deferencia y amor fraternal. Pero tanto más despreciable será un infame, un malvado hipócrita que tras la máscara de la santidad, de la bondad y de la religiosidad esconda al seductor voluptuoso, al calumniador astuto, al faccioso, al revoltoso, al vengativo o al perseguidor fanático. Pero no es difícil de distinguir los dos tipos de persona. El noble devoto es recto, abierto, tranquilo y jovial, no exageradamente cortés ni solícito, ni tampoco demasiado humilde, sino amable, simple y confiado en su comportamiento. Es indulgente, suave y tolerante; tampoco habla mucho sobre asuntos religiosos, a no ser con amigos de confianza. El hipócrita, en cambio, suele ser dulzón, lisonjero, un esclavo de las personas importantes, un adepto del partido mayoritario y está siempre en guardia; es amigo de los afortunados, nunca defiende a los caídos. No deja de hablar de honradez y de religión, da sus cuantiosas limosnas y cumple con sus deberes caritativos llamando la atención, se enfurece y despotrica sobre los impíos y viciosos, o disculpa errores ajenos de una manera que por ello parecen aumentar con creces. Cuida de no caer en las

manos de esta gente; huye de ellos; no les importunes ni les ofendas, si valoras en algo tu sosiego.

A las personas supersticiosas que creen en cuentos de viejas, en fantasmas y en otras cosas parecidas, no se las puede liberar de su manía con motivos sacados de la filosofía ni con explicaciones racionales, y aún menos con declamaciones, parodias y apasionamientos. El único medio es no contradecirlas directamente hasta que hayamos investigado con objetividad y a fondo los hechos para que se convenzan con sus propios ojos del engaño o de la falsedad de los motivos, aunque desde luego no es justo que se dispense de la prueba a quien afirme una aparición sobrenatural y que se le imponga a quien defiende los derechos de la razón.

28

Los antípodas de los santurrones, me refiero a los deístas, los librepensadores de baja condición y a los que se burlan de la religión, no son más tolerantes. Un hombre que tiene la desgracia de no poderse convencer de la verdad, la santidad y la necesidad de la religión cristiana, merece compasión, ya que le falta una dicha esencial y un fuerte consuelo en la vida y en la muerte; merece más que compasión, merece amor y respeto cuando cumple fielmente sus deberes de ser humano y de ciudadano en la medida de sus posibilidades y nadie le descamina de su creencia. Ahora bien, cuando alguien por mala voluntad o perversidad de la mente o del corazón desprecia la religión, o simple-mente finge despreciarla; intenta ganar prosélitos en todas partes, se burla con chistes sin gracia o con citas volterianas, repetidas como un papagayo, de las doctrinas en las que otras personas ponen su única esperanza, su felicidad terrenal y eterna; cuando persigue, desprecia e insulta a los demás por no pensar como él, o los tilda de hipócritas o de jesuitas

camuflados, semejante estúpido malicioso merece nuestro desprecio, y merece que se le muestre este desprecio, por muy noble que sea esa persona; y si se tiene por una pérdida de tiempo contradecir su cháchara con argumentos serios y bien fundados, al menos se le puede obligar a que cierre el blasfemo pico, siempre que sea posible.

29

Sería justo que un médico filósofo fuera el que escribiera un libro sobre cómo tratar a personas melancólicas, enajenadas o maníacas. Este hombre debería visitar a personas de esta índole en hospitales y fuera de ellos, observarlas en diferentes estaciones y según la fase lunar, y de todas estas investigaciones elaborar todo un sistema. A mí me falta tanto la experiencia como los conocimientos médicos, y aquí un tratamiento amplio de esta cuestión ocuparía demasiado, ya que he dedicado alguna página en otro lugar a mis observaciones sobre el trato con locos encerrados. Así que me limitaré a unas líneas.

El punto más importante en estos enfermos parece ser en principio que se busque los orígenes de su enfermedad, que se confirme cómo han podido surgir de un órgano físico, de estados de ánimo, de fuertes pasiones o de desgracias acontecidas. Para este propósito, se ha de prestar atención a aquello con que se ocupa su fantasía en el momento de la histeria o de la confusión mental y fuera de ella, y en torno a lo que su imaginación no deja de girar. Se mostraría entonces que para curar a estas personas desafortunadas la mayoría de las veces nos hemos de concentrar en un solo aspecto y necesitaremos destruir o modificar sólo una única manía dominante. Además, sería importante constatar qué cambios de tiempo, de estación o de fase lunar tienen influencia en su

enfermedad para emplear los momentos más favorables en el tratamiento. Por último, he observado que encerrarlos o tratarlos con dureza casi siempre empeora su enfermedad. Con esta oportunidad quiero mencionar con un elogio verdadero y sincero la institución del manicomio de Francfort que he tenido la oportunidad de visitar con frecuencia. Allí se permite a los dementes, cuando esto puede ocurrir sin peligro, al menos durante las estaciones en las que se sabe que su locura se atenúa, que paseen libremente, bajo observación inadvertida, por la casa y el jardín, y el vigilante procede con tal suavidad y amabilidad con ellos que muchos, tras unos años, abandonan la institución completamente curados, y un número aún mayor al menos permanece allí en un mero estado melancólico, dedicados a trabajos manuales, mientras que en otros hospitales, por el encierro y la dureza con que se los trata, tal vez lleguen a los peores grados de histeria y de furia.

Pero también se puede hacer que hombres débiles pierdan gradualmente la razón, por ejemplo cuando se alimenta una pasión poderosa que los consume, ya sea el amor, el orgullo o la vanidad, así como cuando se los irrita u ofende. Recuerdo haber visto a dos de estas desgraciadas criaturas. Uno de ellos llevaba un traje de bufón en la corte del príncipe de ***. En su juventud había sido una persona de mente despierta, de buenas disposiciones y llena de humor; en momentos tranquilos aún dejaba traslucir destellos de su pasado. Tendría que haber estudiado, pero no aprendió nada y se abandonó a una vida licenciosa. Cuando después regresó a su ciudad natal, se le trató como a un ocioso ignorante y él se dio cuenta que no era otra cosa. No obstante, tenía un orgullo desmesurado y no era del todo pobre. Evitado por su familia y por la gente de su clase social, comenzó a relacionarse con los oficiantes del príncipe. Sus ocurrencias graciosas llamaron incluso la atención de este señor de ánimo alegre. Pronto se familiarizó con él y con toda la corte, por lo cual al principio su vanidad se vio estimulada; pero todo acabó, como no podía ser de otra manera, en que se abusó de él y se le consideró como un bromista privilegiado. Esta, no obstante, era una suerte de existencia que podía complacerle,

mientras se mantuviera dentro de ciertos límites, mientras se le permitiera relacionarse al mismo nivel con personas importantes y, de vez en cuando, decirles cuatro verdades. Pero como éstas no quisieron rebajarse a tanto, y no siempre estaban dispuestas a aceptar su humor, que a veces entraba de lleno en la grosería, comenzó a experimentar humillaciones, a recibir golpes, sin que pudiera regresar a su casa, ya que sus parientes y conocidos de la ciudad le trataban con el máximo desprecio y había gastado su pequeño patrimonio. Y así se fue hundiendo cada vez más. Se volvió completamente dependiente de la corte, el príncipe mandó que le hicieran un abigarrado traje de bufón, y no había un pinche de cocina en el palacio que no se creyera con derecho a exigirle algún chiste o a darle un capirotazo en la nariz. Comenzó a embriagarse todos los días por desesperación, y si alguna vez estaba sobrio, le carcomía el alma pensar en su terrible situación, saber el papel innoble que desempeñaba, el esfuerzo de inventar nuevos chistes para que no le expulsaran para siempre; con el orgullo herido, su cuerpo se arruinaba por la vida disipada que llevaba. Se volvió realmente loco, y además furioso, de tal modo que estuvo encadenado medio año. Cuando yo le vi, era ya un hombre mayor, en un estado miserable, se le consideraba un loco y era más un objeto de repugnancia que de compasión; no obstante, aún tenía momentos de lucidez en los cuales delataba un ingenio y un humor inusuales; también, cuando quería mendigar algo de dinero, sabía halagar de una manera tan sutil, y hacía gala de un conocimiento de los hombres tan astuto, que lograba aprovecharse de las debilidades de la gente, y yo no sabía si lamentarme más de las personas que le habían hundido de esa manera o de sus desvaríos.

La otra persona de la que quería hablar fue el administrador de una finca de la nobleza, pero que después se jubiló. Como el propietario no sabía qué hacer con él, comenzaron a gastarle bromas, ya que era algo necio y al mismo tiempo orgulloso. Les dio por llamarle príncipe, le condecoraron, le enviaron cartas ficticias de potentados en las que se le revelaba que en realidad procedía de una gran familia de la nobleza, pero que se le había secuestrado en su

infancia; que el Gran Sultán era el propietario ilegal de sus tierras y que quería matarle por ello; que una princesa griega o hebrea estaba enamorada de él y otras cosas similares. Al parecer amigos graciosos se disfrazaron de embajadores para conversar con él. En suma, tras unos años se consiguió que el pobre desgraciado perdiera realmente la razón y que creyera en todos esos disparates.

Me abstengo de pronunciar cualquier juicio sobre estos dos casos; el lector sabrá llegar a sus propias conclusiones sin indicaciones por mi parte.

Fin de la parte primera.

PARTE SEGUNDA

INTRODUCCIÓN

La parte primera de este libro contiene observaciones sobre el trato con personas de la índole más diversa, sin considerar las relaciones especiales que puedan mantener entre ellas. Las múltiples conexiones naturales, domésticas y civiles, sin embargo, exigen una aplicación diferente de las reglas del trato social y nuevas pautas para casos particulares. Así pues, en esta parte segunda hablaré en primer lugar de aquello que hemos de observar en la sociedad humana si dirigimos nuestra atención a la diferencia de edad y de sexo, al parentesco, a los primeros vínculos de la vida doméstica, a la amistad, al amor, al agradecimiento, a la benevolencia y, a continuación, a las situaciones variadas en las que se pueden encontrar algunos hombres de todas las clases sociales. En la parte tercera nos encargaremos de desarrollar los deberes que nos imponen la clase social, las relaciones civiles, los acuerdos y el resto de relaciones.

CAPÍTULO PRIMERO

DEL TRATO ENTRE PERSONAS DE DISTINTA EDAD

1

El trato entre personas de la misma edad parece traer consigo muchas ventajas y conveniencias. Una mentalidad semejante y el intercambio de aquellas ideas que suscitan de inmediato el interés, unen especial-mente a los hombres. De cada edad son propias ciertas inclinaciones y pasiones. Conforme pasa el tiempo cambia el estado de ánimo; uno ya no sigue tanto el gusto imperante y la moda; el corazón no se enardece tanto, no se interesa en la misma medida por cosas nuevas; la fantasía y la viveza disminuyen; algunas ilusiones se han desvanecido; algunas cosas que nos eran queridas han desaparecido; los compañeros de nuestra feliz juventud están lejos o ya duermen en el seno materno; el joven escucha sin bostezar las historias de los amigos de nuestros años juveniles sólo por cortesía. Las mismas experiencias ofrecen muchos más temas de conversación que cuando lo que se ha experimentado es del todo ajeno a la otra persona. Todo esto no se puede refutar. No obstante, la diferencia de temperamentos, de educación, del modo de vida y de las experiencias desplazan a veces las fronteras hacia arriba y hacia abajo. Muchas personas son en cierto sentido niños eternos, otras son ancianas antes de tiempo. El joven de vida disipada que ha gozado de los placeres del mundo hasta la náusea, encontrará sin duda poco agrado en un círculo de jóvenes inocentes provincianos que aún tienen el sentido para las alegrías sencillas, y el anciano honrado que no se ha alejado, a lo sumo, más de cinco millas de su pueblo natal, está tan fuera de lugar entre un grupo de residentes experimentados y animados de la capital, de su misma edad, como un anciano capuchino en compañía de viejos académicos. En cambio, hay aficiones que estrechan lazos, como por ejemplo la pasión de la caza, del juego, de la maledicencia y la bebida, por las cuales se relacionan entrañablemente ancianos y jóvenes; esta excepción a la observación general anterior de que el

trato entre jóvenes de igual edad tiene muchas ventajas, no puede anular las reglas que ahora daré sobre el comportamiento mutuo entre las personas de edad diferente. Pero tengo que añadir una consideración más: no es bueno que se produzca una separación entre personas de edades diferentes, como por ejemplo en Berna, donde casi cada generación tiene sus propios círculos sociales adjudicados, de modo que quien tiene cuarenta años no puede tratar decentemente con un joven de veinticinco. Las desventajas de una ley como esta no son difíciles de predecir. El tono que adopta la juventud cuando se la deja a su propio aire no suele ser el más decente; así se impiden influencias que podrían ser buenas y la gente mayor aumenta su egoísmo y su falta de tolerancia, convirtiéndose en padres gruñones cuando sólo ven a este tipo de personas a su alrededor, que hacen causa común con ellos tan pronto como se habla con elogios de los viejos tiempos y de la decadencia de los presentes, cuyo tono nunca llegan a conocer.

2

Raras veces son los mayores tan considerados como para ponerse mentalmente en el lugar de los jóvenes, no con objeto de estropearles sus alegrías, sino más bien para intentar animarlos y favorecerlos con su enérgica participación. No son capaces de regresar mentalmente a sus años juveniles; los ancianos exigen de los jóvenes la misma reflexión tranquila, sobria y fría, que sopesen igualmente lo más útil y necesario con lo prescindible, que adopten el mismo sosiego que les ha procurado años de experiencia y de relajación de las fuerzas físicas. Los juegos de los jóvenes les parecen fútiles, sus bromas frívolas. Pero no cabe duda de que es asombrosamente difícil regresar con la mente a la situación en la que nos encontrábamos veinte o treinta años antes, e incluso con la mejor voluntad se originan algunos juicios injustos y cierta

precipitación en la educación de la juventud. ¡Oh, permanezcamos jóvenes todo lo que sea posible, y cuando el invierno cubra de nieve nuestras cabezas, la sangre circule más lenta por nuestras venas y el corazón no lata tan fuerte en el pecho, miremos a nuestros jóvenes hermanos con complacencia e interés, a quienes aún recogen flores primaverales cuando nosotros, bien abrigados, intentamos descansar ante la chime-nea de nuestra casa! ¡No denigremos con dichos superficiales los dulces frutos de la fantasía! Cuando miramos hacia atrás, hacia aquellos años dichosos cuando una única mirada amorosa de una bella joven, que ahora es una matrona vieja y arrugada, nos embelesaba hasta creernos en el cielo; cuando mientras bailábamos y sonaba la música vibraban todos nuestros nervios; cuando las bromas y los chistes ahuyentaban todo pensamiento sombrío; cuando dulces sueños, presentimientos y esperanzas alegraban nuestra existencia: ¡oh, intentemos alargar lo más posible este periodo en nuestros hijos y participar también lo que podamos en sus sentimientos de dicha! Con tierna veneración se apiñan así el niño y la niña, el joven y la joven, en torno al amable hombre mayor que los anima en su alegría inocente. Cuando yo era joven estaba rodeado de damas mayores tan encantadoras que si realmente hubiese tenido la opción, habría preferido pasar la vida a su lado que con más de una bella jovencita. Y cuando en la mesa, siendo joven, me tocaba a mi lado una belleza de poco seso, envidiaba con frecuencia al hombre a quien su rango le daba el derecho a sentarse junto a una mujer mayor alegre e inteligente.

3

Por muy bien que esté esa bondadosa afabilidad con la juventud, nos tiene que parecer ridículo que un anciano pierda hasta tal punto la dignidad y la decencia como para desempeñar en la sociedad el papel del dandi o del estudiante gracioso; o cuando una dama se

olvida de sus cuatro lustros, se viste como una jovencita, se maquilla, coquetea, hace girar sus viejos miembros en las danzas inglesas o quiere disputar las conquistas a otras generaciones. Tales escenas suscitan desprecio; personas de cierta edad no deben dar nunca ocasión a que la juventud se burle de ellas, a que olviden la veneración o la consideración que se les debe.

4

Pero no basta con que el trato de personas mayores no sea fatigoso o pesado al joven; también tiene que serle útil. Una mayor suma de experiencias le autoriza y le obliga a instruirle, a corregirle, a serle útil mediante su consejo y su ejemplo. Ahora bien, esto debe ocurrir sin pedantería, sin orgullo e insolencia, sin mostrar esa ridícula manía de elogiar todo lo antiguo, sin sacrificar todas las alegrías juveniles, sin exigir un constante homenaje y un servil agasajo, sin causar aburrimiento y sin ser importuno. Más bien tendremos que esperar a que nos visiten, y esto no fallará, ya que hay jóvenes de buenas cualidades que suelen considerar un honor la posibilidad de tratar con personas mayores sensatas; y la conversación con tales personas, que han visto y experimentado mucho, y saben contarlo, tiene un atractivo especial.

5

Hasta aquí hemos hablado del comportamiento de personas mayores con la gente joven. Ahora diremos algo sobre la conducta de los jóvenes en el trato con personas adultas y ancianas.

En nuestros tiempos tan ilustrados y libres de prejuicios, hay sentimientos que la naturaleza nos ha imprimido y que la razón no ha suprimido. A ellos pertenece la veneración a la edad avanzada. Nuestros jóvenes maduran antes, adquieren antes prudencia y sabiduría; mediante una lectura aplicada, en especial de las sustanciosas revistas, sustituyen lo que pudiera faltarles de experiencia y laboriosidad; esto los habilita para decidir sobre cosas para las cuales antes se creía que se necesitaba estudiar tenazmente varios años sólo para obtener algo de claridad al respecto. De aquí se origina también esa noble confianza e independencia que mentes débiles toman por desvergüenza, ese convencimiento de la propia valía con la cual en el día de hoy jovencitos imberbes miran con desprecio a los mayores, y acallan a gritos, ya sea oralmente o por escrito, a todo al que se topan en el camino. Lo máximo a lo que un hombre de edad avanzada puede aspirar es a una benévola indulgencia, a una crítica respetuosa, y a corrección por parte de sus hijos y nietos inmaduros, y a compasión por él, que ha tenido la desgracia de no haber nacido en estos tiempos, en los que la sabiduría cae del cielo sin esfuerzo, como si fuera el maná. Yo, que también he tenido el destino de venir al mundo en un año en el que la mayor parte de los polihistoriadores, de los que aquí hablo, aún afilaban sus colmillos de lobo o incluso aún eran embriones, no he podido llegar a ese grado de ilustración y, por lo tanto, tengo que pedir perdón si cometo la audacia de dar aquí algunas reglas que tienen cierto gusto a la vieja moda. ¡Pero vayamos al grano!

6

Hay muchas cosas en este mundo que sólo se pueden aprender mediante la experiencia; hay ciencias que exigen un estudio tan largo, una reflexión tan profunda de diversas facetas y tal objetividad que creo que incluso el genio más fogoso, la mente más

sutil, en la mayoría de los casos debería confiar algo en un hombre mayor que, aunque no muy dotado intelectualmente, tenga de su parte la edad y la experiencia, y prestarle atención. Y aunque no se tratara de disciplinas científicas, es innegable en términos generales que la suma de experiencias variadas que todo hombre que vive en el mundo reúne a lo largo de muchos años, le pone en situación de corregir ideas vacilantes, de evitar obsesiones idealistas, de no dejarse llevar por la fantasía, eludir los errores a los que lleva el nerviosismo y la sangre caliente, y considerar las cosas y a las personas que están a su alrededor desde un punto de vista correcto. Por último, me parece tan bonito y tan noble facilitar en lo posible la vida a quien ya no puede disfrutar por mucho tiempo de los tesoros y las alegrías de este mundo, en esa fase en la que suelen aumentar las preocupaciones y las inquietudes y disminuir los goces, que no tengo reparos en recordar a los jóvenes: ¡Levántate ante un anciano! ¡Honra la edad! ¡Busca el trato de personas mayores prudentes! ¡No desprecies el consejo de la razón más objetiva, la advertencia del que tiene experiencia! ¡Compórtate con el anciano como a ti te gustaría que se comportaran contigo cuando alcanzares esa edad! ¡Frecuéntale y no lo abandones cuando la juventud imprudente y alocada le rehúya!

Por lo demás, tampoco se puede negar que hay muchos viejos pisaverdes y necios, del mismo modo en que aquí y allá podemos encontrar a jóvenes sabios que ya han cosechado donde otros aún ni siquiera han afilado sus aperos.

7

Me gustaría decir ahora algunas palabras, aunque pocas, sobre el trato con los niños, pues extendernos mucho a este respecto sería escribir un libro de educación y no es éste mi propósito.

El trato con niños tiene para un hombre reflexivo un gran interés. Aquí encuentra abierto el libro de la naturaleza en una edición original. Ve el texto simple y puro que después podrá encontrar a menudo con esfuerzo entre la frondosidad de glosas, ornatos y orlas ajenos; se encuentran aún a la vista las disposiciones para la peculiaridad del carácter, que después, ¡por desgracia!, o se pierden del todo o se esconden tras la máscara de un estilo de vida refinado o tras consideraciones convencionales; sobre muchas cosas los niños, libres de espíritu sistemático, de pasión y erudición, juzgan mejor que los adultos; acusan con mayor rapidez algunas impresiones, les ha dado tiempo a desarrollar menos prejuicios; en suma, quien quiera estudiar a los seres humanos, no puede descuidar mezclarse entre los niños. Ahora bien, el trato con ellos exige una serie de reflexiones de las que se prescinde en la vida con personas mayores. El deber sagrado consiste en no enojarlos; evitar discursos y acciones imprudentes, que por nadie son tomados con tanta viveza como por los niños, tan atentos a todo lo nuevo y tan buenos observadores; darles siempre ejemplo en toda índole de virtudes: benevolencia, lealtad, sinceridad y decencia. En definitiva, contribuir en lo posible a su educación.

Que, frente a estas jóvenes criaturas, siempre predomine la verdad en tus palabras y en tu conducta. Rebájate (pero no de una manera que a ellos les parezca ridícula) al tono que les resulta comprensible en función de su edad. No te burles de los niños ni los zarandees, como suelen hacer algunos, eso tiene una mala influencia en el carácter.

Niños con un buen natural se sienten atraídos, debido a un sentido propio, por hombres nobles y afables, aun cuando éstos no se ocupen demasiado de ellos, mientras que rehúyen a otros que se les muestran extraordinariamente complacientes. Pureza, sencillez de corazón es la gran varita mágica por la cual se consigue esto, y es algo que desde luego no se puede aprender en la teoría.

Es natural que el corazón del padre y de la madre estén continuamente pendientes del niño; una regla de la prudencia es, por consiguiente, que si estamos interesados en el favor de los padres, no pasemos por alto a sus hijos queridos, sino que les dediquemos algo de nuestra atención. Pero está muy lejos de nuestro ánimo lisonjear vilmente a los niños maleducados de la gente importante, alimentando aún más si cabe el orgullo, el egoísmo y la vanidad de estas criaturas, ya harto pervertidas, contribuyendo a su empeoramiento moral, e infringir la ley fundamental de la naturaleza que ordena que sea el niño quien rinda respeto y acate al adulto y no viceversa.

Ante todo hay que guardarse, cuando los padres estén dando instrucciones a sus hijos en nuestra presencia, de ponernos del lado de los hijos. Pues así estos se ven fortalecidos en sus malas maneras y aquellos se ven estorbados en su plan educativo.

CAPÍTULO SEGUNDO

DEL TRATO ENTRE PADRES, HIJOS Y PARIENTES

1

El primer vínculo, y el más natural, entre los seres humanos, después de la unión entre el hombre y la mujer, es el que conecta a los padres con sus hijos. Aunque la propagación de la especie no tiene el propósito de ser un beneficio para la siguiente generación, hay pocos seres humanos que se dan del todo por satisfechos con que alguien se haya tomado la molestia de ponerlos en el mundo; y aun cuando en nuestros Estados los padres no educan, cuidan y alimentan a los hijos meramente por propia voluntad, es de mal gusto decir que los esfuerzos que esto conlleva no impone ninguna suerte de obligación, o que no es cierto que un impulso de benevolencia, simpatía y agradecimiento nos aproxima a aquellos que son de nuestra carne y de nuestra sangre, que nos han tenido en brazos, alimentado, que nos han velado y cuidado en la enfermedad y que lo han compartido todo con nosotros.

A este vínculo sigue de inmediato el existente entre las diferentes ramas de una familia. Los miembros de la misma familia, por una organización similar, por una educación parecida, así como por unos intereses comunes, sienten entre ellos lo que no sienten por extraños, y las personas les serán tanto más extrañas cuanto más se alejen de su círculo.

El patriotismo ya es un sentimiento compuesto, pero aún más cordial y cálido que el espíritu cosmopolita, para un hombre que no haya sido expulsado pronto de la sociedad civil, que no sea un aventurero que va vagando de país en país, sin sentido alguno de la propiedad o del deber cívico. Quien no ama a la madre cuyos pechos le han amamantado, quien no tiene un corazón que se enternezca a la vista de los campos en los que vivió sin cuitas y feliz los años inocentes de su juventud, ¿qué interés podrá tener en el bien común, ya que

la propiedad, la moralidad y todas las cosas que un hombre puede querer en este mundo se basan, de hecho, en la preservación de aquellos vínculos que nos unen a la familia y a la patria?

El hecho de que estos vínculos se vayan debilitando cada día que pasa sólo demuestra que nos vamos separando diariamente del orden excelente de la naturaleza y de sus leyes; y cuando un balarrasa a quien su patria ha expulsado como a un miembro inservible por no quererse someter a las leyes, insatisfecho con la coacción que le imponen la moralidad y la policía, afirma que es propio del filósofo disolver todos los vínculos estrechos y que no reconoce otro vínculo que el espíritu fraternal entre todos los habitantes de la tierra, eso sólo nos convence de que no hay frase, por estúpida que sea, que no encuentre asiento en un sistema filosófico como uno de sus pilares fundamentales. ¡Feliz siglo XVIII, en el que se hacen tantos descubrimientos, como por ejemplo que para aprender a leer no se necesite comenzar familiarizándose con las letras y las sílabas, y que para amar a todos los seres humanos, no se pueda amar a ninguno en particular! ¡Siglo de remedios universales, de filósofos, filántropos, alquimistas y cosmopolitas! ¿A dónde nos vas a llevar? Veo cómo se extiende la Ilustración por todas las clases sociales; veo al labrador ocioso, dejando a un lado el arado para impartirle una conferencia al príncipe sobre la igualdad de las clases sociales y sobre la obligación de repartir equitativamente en la comunidad las cargas de la vida; veo cómo todos intentan eliminar con razonamientos los prejuicios que les son incómodos, cómo las leyes y las instituciones civiles dan paso a la arbitrariedad, cómo los más astutos y los más pudientes reclaman el derecho del más fuerte como algo natural, y hacen valer su profesión de promover el bien en el mundo a costa de los más débiles; veo cómo dejan de respetarse las constituciones políticas, la propiedad y las directrices, cómo cada uno se gobierna a sí mismo e inventa un sistema para satisfacer sus propios instintos. ¡Oh envidiado siglo de oro! Formaremos una única familia, estrecharemos fraternalmente a los nobles y afables caníbales entre nuestros brazos, y terminaremos caminando por la vida, cuando esta

benevolencia se siga extendiendo, de la mano del ingenioso orangután. Caerán todas las cadenas; desaparecerán todos los prejuicios; no necesitaré pagar las deudas de mi padre; no será necesario que me dé por satisfecho con una sola mujer, y el cerrojo de la caja fuerte de mi vecino no será un obstáculo para ejercer mi derecho innato al oro que la madre tierra produce para todos nosotros.

Afortunadamente, aún no hemos llegado tan lejos, y como aún hay muchas personas, entre las que yo me cuento, que aman a sus parientes y que gozan de las alegrías domésticas y de los vínculos familiares, no será desatinado incluir aquí unas observaciones sobre el trato entre parientes.

2

Hay padres que, inmersos en un continuo torbellino de diversiones, apenas ven a sus hijos un par de horas al día, ocupados en sus placeres, y dejan a mercenarios la educación de sus hijos, o cuando estos ya han crecido, viven con ellos en una relación tan distante y fría como si no fueran suyos. No hace falta demostrar cuán antinatural e irresponsable es este comportamiento. Pero también hay otros padres que exigen de sus hijos una veneración tan servil y tantos sacrificios y consideraciones que, debido a la represión y a la enorme reserva que originan, se destruye toda confianza y ternura, de modo que a los niños, las horas que pasan con los padres les parecen terribles y aburridas. Hay otros que olvidan que los niños terminarán por convertirse en hombres; siguen tratando a sus hijos e hijas como a niños pequeños, sin permitirles que hagan uso de su libertad de elección y no confían de ningún modo en su propio juicio. Esto no debería ser así. El respeto no consiste en un distanciamiento solemne y severo, sino que puede coexistir perfectamente con una

confianza amigable. No se puede amar a una persona a la que ni siquiera nos atrevemos a mirar a la cara; y no nos confiamos a aquellos que siempre nos proclaman la ley con rigurosa seriedad. La coacción destruye toda comunicación noble y voluntaria. Qué puede ser, en cambio, más encantador que la imagen de un padre amado, en medio de sus hijos crecidos, que anhelan su trato sabio y afable, que no le ocultan ningún pensamiento privado, que es su más fiel consejero, su amigo más tolerante, que participa en sus inocentes alegrías juveniles, o que al menos no las estorba, y que vive con ellos como con su mejor amigo. ¡Este es un vínculo en el que se unen todos los sentimientos gratos al hombre, la voz de la naturaleza, la simpatía, el agradecimiento, la afinidad en el gusto, los mismos intereses y la misma costumbre en el trato! Ahora bien, esta confianza tampoco se tiene que exagerar, y yo conozco a padres y madres que se hacen despreciables participando en los excesos de sus hijos, o cuando éstos son incluso mejores que ellos, descuidando ocultar sus propios vicios, convirtiéndose en la burla o en el objeto de aversión de aquellos para quienes tendrían que ser un buen ejemplo.

3

No es raro en nuestros días ver a hijos que descuidan a sus padres o los tratan mal. Los jóvenes no encuentran a sus padres lo bastante sabios, divertidos, ilustrados. La joven se aburre con la madre y olvida cuántas horas aburridas pasó esta última junto a su cuna, cuidándola cuando tenía enfermedades peligrosas, o con los pequeños trabajos sucios, o cómo en los mejores años de su vida tuvo que renunciar a más de un placer para cuidar de la criatura que tal vez sin esos cuidados ya no estaría en el mundo. Los niños olvidan cuántas horas han amargado a los padres con su griterío, cuántas noches de insomnio han procurado a sus padres, que

hicieron acopio de todas sus energías con objeto de trabajar para la familia, privándose de comodidades y a veces humillándose ante un miserable para asegurar la manutención de los suyos. Los espíritus bondadosos nunca sofocarán tanto el sentido del agradecimiento como para necesitar mis amonestaciones, y yo no escribo para almas viles. Pero recuerdo que aun cuando los niños tienen motivos para avergonzarse de las flaquezas o incluso de los vicios de los padres, actuarán mejor y de manera más sabia si intentan ocultar sus errores en lo posible y, de cara al exterior, nunca pierdan de vista el respeto que en cierta consideración les deben. La bendición del cielo y el respeto de todos los hombres de buena voluntad es el precio seguro por la solicitud con que los hijos y las hijas cuidan a sus padres. Triste es la situación de un niño que, por las desavenencias de sus padres o por cualquier otra razón, se ve en la obligación de tomar partido a favor o en contra de uno de ellos. Padres razonables, sin embargo, evitarán siempre que sus hijos queden involucrados en esas desdichadas disputas, y niños de buen natural procederán con aquella precaución que imponen la rectitud y la prudencia.

4

Oigo a menudo quejarse de que entre personas extrañas se encuentra más protección, ayuda y afecto que entre los parientes más próximos; pero yo tengo esta queja en su mayor parte por injusta. Es cierto que entre parientes se encuentran personas desagradables, al igual que entre gente que no nos importa tanto; pero ocurre que los parientes sólo muestran respeto a su primo cuando éste es rico o afamado, mientras que se avergüenzan del pariente pobre, desconocido o perseguido. Pero yo pienso que a menudo se exige de los tíos y tías más de lo que se podría exigir en justicia. Nuestras constituciones políticas y el lujo que cada día se

incrementa más hacen realmente necesario que cuidemos de nuestra propia casa y del bienestar de nuestros hijos, y los señores primos que con frecuencia viven al día y sin preocupaciones en el mundo como gandules ignorantes y despilfarradores, con la confianza de poder recurrir a sus ricos y poderosos parientes, tienen exigencias tan insaciables que un hombre, para el que el deber y la conciencia sean algo serio, no puede satisfacer sin actuar injustamente contra otros. Para no exponerse a estas colisiones desagradables, aconsejo, sin despreciar la entrañable confianza que hace tan agradable el trato en los círculos familiares, alentar y despertar lo menos posible entre parientes las esperanzas de apoyo y protección, ayudar a los parientes cuando esto pueda suceder sin cometer una injusticia con personas mejores, y desde luego no fomentar o promover a los primos inútiles en detrimento de extraños más meritorios, cuando se tiene el poder en las manos de hacer felices a otros.

Además, al trato con parientes se puede aplicar aquello que diré más adelante sobre el trato entre cónyuges y amigos, a saber: que personas que se conocen desde hace largo tiempo y que se ven con frecuencia sin máscara y sin maquillaje, han de ser doblemente prudentes en el comportamiento mutuo para que no se cansen el uno del otro y para que, por pequeños errores, no se sea injusto con virtudes de mayor importancia.

Por último, desearía también que numerosas familias en ciudades provinciales no quisieran vivir constantemente sólo para sí, fragmentando la sociedad en partes pequeñas y aisladas y alejando a personas que no estén emparentadas con ellas, y en las que si por casualidad un extraño se introduce, es vendido y traicionado.

Aún un par de observaciones. La primera es que las primas mayores y las tías, sobre todo las solteras, gustan de regentar y de descargar sus humores histéricos y podágricos sobre sus sobrinos crecidos, y de tratarlos como si aún corretearan alrededor con el andador. Pienso que no lo deberían hacer. Por ello las tías y los tíos se han

convertido en un refrán y más de una herencia insignificante se paga harto cara cuando se han de escuchar tantos sermones aburridos e ineficaces; los parientes mayores, en cambio, serían cuidados con más cariño y alegría por los jóvenes cuando su comportamiento no fuese tan avinagrado hacia ellos. La segunda observación es que en algunas ciudades, sobre todo en las capitales, domina un tono extremadamente rígido entre las personas de una familia. Consideraciones cívicas, económicas y de otra índole las obligan a verse a menudo y, no obstante, riñen continuamente entre ellas y se odian, haciéndose así la vida muy difícil. Donde no hay ninguna simpatía en la mentalidad, donde no dominan la unidad y la amistad, es mejor no atormentarse, comportarse cortésmente y que cada uno elija a sus amigos guiándose por su corazón.

CAPÍTULO TERCERO

DEL TRATO ENTRE CÓNYUGES

1

Una elección buena y sabia a la hora de sellar el vínculo más importante en la vida humana es, ciertamente, el mejor medio para poderse asegurar en buena medida la alegría y la fortuna en el trato entre cónyuges. En cambio, cuando personas que no contribuyen precisamente a hacerse la vida más fácil y agradable, sino que antes bien albergan inclinaciones o deseos incompatibles u opuestos, así como intereses diferentes, se ven encadenadas entre sí para siempre, es un situación de lo más triste, una existencia llena de sacrificios amargos, un estado de la más cruel servidumbre, un continuo suspirar entre las cadenas de hierro de la necesidad, sin esperanza de remedio alguno salvo la aparición de la canina con su guadaña para poner fin al asunto.

No menos desgraciado es este vínculo cuando la insatisfacción y aversión de una sola de las partes amarga el matrimonio, o cuando lo han propiciado consideraciones políticas o económicas, coacción, desesperación, necesidad, agradecimiento, dépit amoureux, el azar, un capricho, o sólo el deseo físico sin amor, cuando una de las partes es la que siempre recibe y nunca da, cuando exige de continuo la satisfacción de sus necesidades, ayuda, consejo, atención, entretenimiento, placer y consuelo en el sufrimiento, pero sin ofrecer nada a cambio. Así pues, elige con cuidado a la compañera de tu vida si no quieres dejar tu futura felicidad doméstica en las manos del azar.

2

Si se piensa que por lo habitual también aquellos matrimonios basados en la propia elección se contraen a una edad y en unas circunstancias en las que la madura reflexión y la razón influyen menos en la decisión que la ciega pasión y los instintos, aunque en esa ceguera se sueñe mucho con la simpatía y el amor y se parlotee también mucho al respecto, uno casi debería asombrarse de que haya tantos matrimonios felices en el mundo. Pero la sabia providencia ha ordenado todo de una manera tan espléndida que incluso aquello que podría impedir esta felicidad, en realidad la fomenta. Si en los años juveniles somos menos aptos para una elección acertada, no obstante se es más flexible, más fácil de dirigir y de formar, así como más indulgente que en la edad adulta. Los picos de las esquinas –por muy afilados que estén– se ajustan con más facilidad con el roce y se acomodan mejor cuando la materia es aún blanda. No se toman las cosas tan en serio como después, cuando el destino y la experiencia nos han hecho más precavidos y han despertado en nosotros grandes exigencias; cuando la fría razón lo sopesa todo, cuando a la privación de un goce se le da una importancia desmesurada, ya que uno calcula cuántos años nos quedarán aún de vida y cuan avaro se ha de proceder con el tiempo y las alegrías. Si entre cónyuges jóvenes surgen con más facilidad desavenencias, se consigue con más facilidad una reconciliación. La ira y la aversión no arraigan tanto, y si el cuerpo colabora, la riña más sonada se verá solventada por un único abrazo conyugal. A esto se añade poco a poco la costumbre, la necesidad de vivir juntos, intereses comunes, negocios domésticos, que no nos dejan mucho tiempo para caprichos ociosos, los niños, el cuidado de su educación y manutención, todo lo cual, en vez de aumentar la carga del matrimonio, en los años en que colaboran la juventud, las fuerzas y la alegría, hace que sea un yugo muy agradable y nos suministra variedad y animación, que al compartirse con una esposa es doblemente agradable. ¡Pero no en la edad adulta! En ella ya se es más exigente, se quiere cosechar, gozar, no asumir nuevas cargas; queremos que se nos cuide; el carácter ha adquirido solidez y ya no se deja moldear; los deseos no claman tanto por ser satisfechos. Aquí se dan tan sólo unas excepciones, sólo entre hombres muy

nobles que con el incremento de la edad se vuelven más indulgentes y amables, y convencidos de la debilidad general de la naturaleza humana, exigen poco y dan mucho; pero esto es siempre una suerte de heroísmo, un sacrificio, y aquí estamos hablando de un fomento recíproco de la felicidad. En suma, yo aconsejaría que a esta edad se procediera con más lentitud a la hora de elegir a una mujer, si tal consejo no fuera superfluo. Esto es evidente. Pero quien a esta edad adulta se precipite, tendrá que pechar con las consecuencias que le traerán las necedades a las que le ha seducido una cabeza de jovencito sobre unos hombros de adulto.

3

No creo que una completa igualdad de temperamentos, de inclinaciones, de mentalidad, de capacidades y de gustos sea necesaria para lograr un matrimonio feliz, más bien es posible que de vez en cuando sea lo contrario (aunque no en un grado muy elevado, ni en los fundamentos principales, o en lo que respecta a una diferencia de edad considerable) lo que garantice una mayor dicha. En un vínculo basado en intereses comunes, y donde todos los infortunios de una de las partes recae al mismo tiempo sobre la otra, es a menudo muy beneficioso para evitar pasos precipitados y sus consecuencias nocivas que, por ejemplo, la mayor vivacidad y fogosidad del hombre se vea compensada por la benevolencia y algo de flema de la mujer, o a la inversa. Así, más de un hogar sucumbiría si ambos cónyuges gustaran del lujo, la suntuosidad, la exuberancia, cualquier afición desmesurada o demasiada inclinación hacia la beneficencia y la sociabilidad; y como los jóvenes lectores y lectoras de novelas suelen forjarse el ideal de su futuro compañero en virtud de su querido yo, no resulta tan malo que de vez en cuando un viejo padre gruñón o tutor ponga freno a uno de esos

planes matrimoniales. ¡Hasta aquí hemos hablado de la elección del cónyuge! Y es casi más de lo que corresponde al tema.

4

Es importante el cuidado que los cónyuges han de emplear cuando se ven, y se tienen que ver, a diario, y así tienen tanto el ocio como la oportunidad de darse a conocer sus humores y sus errores y, con el más pequeño de ellos, sufrir más de una pena; por lo tanto, es importante encontrar medios de no volverse fastidiosos el uno al otro, de no aburrirse mutuamente, o para no caer en un trato frío e indiferente, o no sentir aversión o incluso repugnancia. Aquí, en consecuencia, es necesaria la máxima precaución en el trato. El disimulo queda fuera de toda consideración, pero uno ha de esforzarse por vigilarse a sí mismo y por apartar en lo posible todo aquello que pueda causar una mala impresión. Así pues, no se debe perder nunca entre sí esa cortesía que puede coexistir perfectamente con la intimidad y que distingue al hombre de buena educación. Sin traicionarnos a nosotros mismos, cuidaremos que en conversaciones sobre los mismos temas no caigamos en el tedio, que no nos conozcamos hasta tal punto de memoria que cualquier conversación entre los cónyuges sea pesada y que se anhele la conversación con otras personas. Conozco a un hombre que posee un número de pequeñas anécdotas y ocurrencias de las que ya ha abusado tanto con su esposa, y con otras personas, que cada vez que las cuenta se percibe en la buena mujer su desagrado y hastío. Quien lea buenos libros, frecuente la sociedad y reflexione, encontrará sin duda nuevos y atractivos temas de conversación para cada día; pero esto no bastará si uno se sienta ocioso frente al otro durante todo el día, y no puede asombrar cuando encontramos a esos cónyuges que, para eludir un aburrimiento mortal, cuando no es posible conseguir otra compañía, se dedican a jugar durante

medio día a las cartas o gozan de una botella de vino entre los dos. Es muy beneficioso, por tanto, que el marido tenga determinadas obligaciones profesionales que al menos durante algunas horas le confinen en su despacho o le mantengan fuera de casa; estas pequeñas ausencias y viajes de negocios pueden dar a su presencia un nuevo atractivo. Le esperará anhelante la fiel esposa, que hasta entonces habrá cuidado del hogar. Le recibirá con cariño y alegría; pasarán las horas vespertinas con conversaciones agradables sobre el bienestar de la familia y nunca se aburrirá el uno del otro. Hay una manera modesta y sutil de dejarse ver poco y así conseguir que se anhele nuestra presencia; hay que estudiarla. En el aspecto externo hay que renunciar a todo lo que pueda causar aversión. No puede uno mostrarse a su esposo o a su esposa con ropa sucia o maloliente, ni permitirse en casa malos modales –esto en realidad se lo debe uno a sí mismo– y ante todo cuando se vive en el campo, no adoptar modales rústicos o plebeyos ni emplear expresiones groseras, así como tampoco descuidar la higiene del cuerpo. ¿Pues cómo es posible que una mujer que percibe en su marido más faltas e indecencias que en todos los demás hombres, prefiera verle y a amarle más que a otro? Lo repito, cuando el matrimonio se convierte en un estado de sacrificio, cuando sus deberes se convierten en una carga pesada, ¿cómo puede procurar verdadera felicidad?

5

Hay una regla principal para todas las clases sociales y para todas las relaciones que también se puede aplicar al matrimonio. Es la siguiente: cumple tus deberes con tal cuidado, tal puntualidad y lo más acorde a un plan establecido que superes en ello, en lo posible, a todos tus conocidos, así podrás tener derecho al máximo respeto, y en lo sucesivo dejarás en la sombra a todos aquellos que dan ocasionalmente una impresión favorable por cualidades aisladas. ¡Y

cumple todos esos deberes! Que un hombre no presuma de su abnegación, de su laboriosidad, de su buena economía doméstica, del respeto de hombres meritorios, mientras agarra una curda en secreto varias veces a la semana. Que la mujer no haga alarde de castidad, cuyo mérito es probable que sea fruto de la casualidad o de la frialdad de temperamento, mientras descuida a sus hijos. No, quien reclama respeto y cariño como un deber, también tendrá que saberse ganar el respeto y el cariño de los demás, y si quieres que tu mujer te honre y te quiera más que a cualquier otro hombre, no te fíes de lo que te prometió ante el altar –¿quién puede prometer algo así?–, sino en emplear todas tus fuerzas para ser mejor que los demás, y mejor en todos los sentidos; las virtudes y los vicios sólo se pueden clasificar en virtud de sus consecuencias; y todos ellos, por lo demás, son igual de importantes: un padre negligente es tan culpable como una esposa deshonesta. ¡Esta es la manera habitual en que actúan los seres humanos! Se encolerizan contra aquellos vicios hacia los que no tienen ninguna inclinación, y no piensan que el descuido de virtudes más importantes es un crimen tan grave como cometer una mala acción. Una señora anciana acosa con furiosa saña a una joven que por temperamento y por haber sido seducida, ha tenido un desliz; pero la vieja matrona no piensa que ella tiene alguna responsabilidad por haber dejado que sus hijos crecieran como brutos estúpidos, ¡pues, al fin y a la postre, no ha vulnerado la fidelidad matrimonial! Así pues, el cumplimiento cuidadoso de los deberes en todos los sentidos es el medio más seguro de mantener la ternura del cónyuge.

6

Pese a todo lo dicho no faltará que de vez en cuando alguna persona simpática cause una buena impresión en el cónyuge. No se ha de esperar que cuando el primer amor ciego se haya esfumado –y se

esfuma pronto– se permanezca tan parcial como para no advertir las facetas positivas de otros. A esto se añade que personas con las que tratamos poco siempre nos ofrecen sus aspectos más ventajosos y nos halagan más que aquellas con las que convivimos diariamente. Pero estas impresiones desaparecerán rápidamente si el cónyuge sigue cumpliendo fielmente sus deberes y si no deja traslucir ninguna envidia y ningunos celos exagerados, que, por lo demás, siempre tienen malas consecuencias. El amor y el respeto no se pueden forzar o adquirir con violencia; un corazón que se ha de guardar es, como el Mamón de un avaro, más una carga inútil que un verdadero tesoro sobre el que su propietario se alegre; la oposición incita; no hay vigilancia, por muy grande que sea, que no se pueda burlar, y está en la naturaleza del hombre que un objeto por el que tal vez no tengamos ningún interés, se desee con doble afán en tanto que su posesión vaya unida a dificultades.

Se han de despreciar aquellas pequeñas artes, que sólo se pueden dar entre enamorados pero no entre cónyuges, por las cuales, para encender aún más el amor de la otra parte, se intenta despertar intencionadamente en ella los celos. En un vínculo que se basa en el respeto mutuo, no se puede uno servir de medios indignos. Si mi esposa cree que puedo sacrificar el deber y la ternura que siento por ella a inclinaciones ajenas, eso disminuirá su respeto hacia mí, y si advierte, en cambio, que la quiero engañar, será en vano, y además traerá consigo a menudo consecuencias muy serias.

Digo que cuando el marido ocasione estas tribulaciones por corto tiempo a la esposa, o ésta al marido, esta lastimosa situación no durará si la parte paciente sigue siendo fiel a sus compromisos. En un análisis objetivo no podrá dejar de surgir el pensamiento: "Esa persona puede tener las cualidades más bellas o positivas, pero no es lo que es para mí mi marido o mi mujer, no comparte conmigo las preocupaciones de la vida, no ha soportado conmigo la desgracia ni disfrutado de la fortuna, no está a mi lado con toda su alma y con probada fidelidad, no es el padre o la madre de mis queridos hijos, no compartirá conmigo lo bueno y lo malo, no podrá reemplazar mi

pérdida en caso de que repudiara a mi cónyuge". Y el triunfo de reconocer esto, ya venga pronto o tarde, es dulce y hace olvidar todas las penas.

7

Ahora bien, la prudencia y la honestidad exigen que uno se arme contra las impresiones favorables que puedan ejercer otras personas en nosotros. En la juventud, cuando la fantasía es vívida, los deseos intensos, y el corazón no escucha al cerebro, aconsejaría que se eludieran esas situaciones peligrosas; un hombre joven que se da cuenta de que una mujer, con la que trata, tal vez anteriormente le había gustado más que su esposa, puede desatar en su interior una pasión irrefrenable, o al menos amargarle su felicidad doméstica, por lo tanto hará bien, si le falta la debida fortaleza de ánimo, en evitar en lo posible el trato con ella, para que no se convierta en una necesidad. Esta precaución es de lo más necesaria con mujeres coquetas que, sin tener siquiera planes para ofender el honor, se dedican a jugar con los sentimientos de un hombre honesto y persiguen el triunfo absurdo de procurarle alguna noche de insomnio, de que derrame alguna lágrima o de despertar envidia en otras mujeres. Hay muchas de esas damas vanidosas que se ven impulsadas, aunque no siempre por maldad, por un deseo irrefrenable de gustar o de brillar y que de esta manera destruyen la paz de más de un hogar y las buenas relaciones entre los cónyuges. En una edad más adulta aconsejo, en cambio, el remedio contrario. Un hombre de firmes principios, que da cuenta a su entendimiento de los sentimientos de su corazón y que busca una dicha duradera, se liberará con más facilidad de la buena opinión sobre las cualidades de una persona en comparación con las de su cónyuge, si ve a esa persona con la mayor frecuencia posible, de modo que perciba en ella más defectos que en su noble, juiciosa y fiel esposa.

Y vendrán también los momentos de tribulación anímica en que se anhele el apoyo de la esposa, cuando cargas pesadas oprimen el corazón y que ninguna persona extraña nos ayudará a soportar, o cuando alegrías nos eleven el ánimo que ningún extraño podría compartir así con nosotros, o cuando nos sumamos en una indecisión y perplejidad que no se puede revelar a un extraño con la misma sinceridad y seguridad que a quien comparte los mismos intereses con nosotros. ¡Y una mirada a unos hijos cuidadosamente educados por ambos cónyuges, a los frutos del primer amor juvenil, y el corazón regresará voluntariamente a los deberes más dulces!

8

Por lo demás, no puede haber nada de peor gusto, más pueril, gravoso, de un efecto tan contrario y que amargue tanto la vida que cuando los cónyuges mediante la bendición sacerdotal creen tener un derecho tan exclusivo sobre cada sentimiento mutuo como para creer que en este corazón no hay lugar, ni siquiera el más pequeño, para cualquier otra persona buena: el marido debe morir para sus amigos y sus amigas, no puede sentir ningún interés por ninguna criatura en el mundo, a no ser por la otra mitad, y se considera un crimen contra las obligaciones matrimoniales hablar a otras personas con ternura, interés o cariño. Estas exigencias son de tanto peor gusto tratándose de un matrimonio desigual, donde por una de las partes ya se han hecho sacrificios. Así pues, cuando una de las partes pretende animarse con el trato de personas afables para olvidar por un momento sus penas, para recuperar fuerzas o elevar su espíritu, y se arroja en los brazos de amigos fieles y cariñosos, la otra parte habrá de agradecérselo, y no ofender a la esposa o al esposo con un comportamiento excéntrico o con reproches, ni tampoco llevarle a la desesperación, lo que puede conducir a que se produzca de verdad el delito.

9

Ahora bien, la elección de estos amigos, así como la elección de placeres honestos y aficiones inocentes, se ha de dejar al gusto de cada uno. He mencionado más arriba que creo que la felicidad matrimonial no exige la igualdad de inclinaciones, de temperamentos o de gustos. Tener que imponérselos resultaría en una insoportable servidumbre. Ya es harto duro tener que prescindir de la alegría de compartir con nuestra esposa los nobles sentimientos, los pensamientos sublimes, las sutiles impresiones que recibimos de libros excelsos, de las bellas artes, etc., porque sus órganos atrofiados no son receptivos a estos aspectos. Pero tener que regirse en la elección de las relaciones y de sus amigos por las manías de mal gusto e insensibles de una mente extravagante y de un corazón frío, y tener que renunciar a todo goce benéfico de esa índole, eso es un tormento infernal, y no necesito añadir que el hombre es el que menos debe dejarse limitar, ya que por naturaleza y por la constitución civil está destinado a ser el cabeza de familia, y a menudo puede tener motivos para elegir en sus relaciones sociales a ésta o a aquella persona, ésta o aquélla ocupación, o a dar un paso u otro que puede llamar a alguien la atención. Facilita sin duda la vida entre personas vinculadas entre sí llevar en común las penas y las alegrías y que poco a poco se vayan armonizando los gustos y las inclinaciones al intentar desarrollar un sentido para aquello que le gusta al cónyuge, sobre todo cuando ello es realmente sublime y noble. Es testimonio realmente de una necedad incomprensible o de la más despreciable indolencia, cuando no de la voluntad más vil, que, tras numerosos años de unión con una persona sensata, sensible, bien formada y afable, se siga siendo tan ignorante, bruto y terco como se había sido antes. Cuando desaparece la primera embriaguez del amor, y a la parte sufriente se le abren los ojos sobre lo que el cónyuge podría ser para él, debería de ser o tendría

que ser, ¡entonces adiós tranquilidad, paz y fortuna! En cambio, la ternura y el respeto ocasionarán esa armonía en personas sensatas, a no ser que un egoísmo testarudo o una desigualdad escandalosa en la mentalidad provoquen la separación.

10

¿Pero cómo podremos protegernos contra desórdenes reales –pues hasta ahora sólo hemos hablado de descarríos sentimentales–, cómo podremos resistirnos cuando, por una parte, nos dejemos llevar por un fuerte temperamento, por un cuerpo excitable, por falta de dominio de las pasiones, por la seducción, por las malas artes propias de una cortesana, por la belleza atrayente y la oportunidad, y cuando, por otra parte, tal vez nos repulse el comportamiento huraño de la esposa, su mal humor, su necedad, su estado enfermizo, su fealdad, su falta de juventud o de carácter? Este libro no es un sistema perfecto de moral, así que dejo a todo hombre sensato que responda a esta pregunta y que juzgue por sí mismo cómo puede llegar al dominio de sus pasiones y cómo eludir tentaciones peligrosas, lo cual no es fácil en la juventud, como uno se puede imaginar. Pero bastará con lo dicho sobre este asunto, y es todo lo que se puede decir sin herir la sensibilidad moral del lector. No nos acostumbremos paulatinamente, y una tras otra, a la opulencia, la voluptuosidad, la molicie y la gula; cuida de que las necesidades y deseos físicos no te dominen; hay que ser, incluso en el matrimonio, recatado, honesto, delicado y coqueto en las muestras de afecto para alejar el hastío, la aversión y la lascivia fáunica. Un beso es un beso, y casi siempre será culpa de la mujer cuando un hombre, por lo demás no tan malo, tome ese beso de otra mujer, en menoscabo de sus deberes y de su decencia, en vez de recogerlo honesta y cómodamente en casa de los labios cálidos, puros y fieles de su esposa. Pero si la mayor dificultad y la

curiosidad supone tal estímulo para las personas, entonces inténtese dar a la confianza matrimonial ese estímulo de la novedad, por ejemplo poniendo pequeños impedimentos o mediante castidad, distancia, etc., para así incrementar el deseo. Con el paso del tiempo, sin embargo, este truco tampoco servirá, ya que los impulsos se vuelven más modestos y se dejan gobernar más fácilmente por la razón, o se tendrían que estimular a propósito.

11

En el matrimonio debe imperar una confianza y sinceridad mutua ilimitada. ¿No puede producirse entonces ningún caso en el que se pueda guardar un secreto frente al otro? Sí, claro que sí, ya que el hombre ha sido destinado por la naturaleza a ser el consejero de su mujer, el cabeza de la familia; ya que las consecuencias de un paso en falso de la esposa recaen sobre él; ya que el Estado sólo le hace responsable a él; puesto que la mujer en realidad no constituye una persona en la sociedad civil; puesto que el incumplimiento de sus deberes por parte de ella le afectan a él gravemente, y este incumplimiento ofende más directamente a la familia y le trae más desventajas y deshonra que las escapadas del hombre; ya que ella depende más de la fama que él; y por último, porque la discreción es más una virtud masculina que femenina. El hecho de que la mujer emprenda algo sin saberlo el marido y que lo silencie ante él, sólo será beneficioso en casos contadísimos. El marido, por el contrario, que está unido al Estado, y que tiene a menudo que guardar secretos que no le pertenecen y que con cuya difusión podría perjudicar a otros, él, que debe supervisar la economía doméstica y no puede someter el plan por el cual actúa a principios débiles, sino que tiene que seguir imperturbable, con constancia y firmeza, a su entendimiento y a su corazón y despreciar el juicio del pueblo, para él es imposible que siempre pueda contarlo y

comunicarlo todo. Ahora bien, un cambio de circunstancias puede trastornar este punto de vista; hay hombres a los que les iría muy mal si dieran un solo paso sin el consejo y la sabiduría de sus esposas; hay señores muy chismosos y damas muy discretas. Una mujer puede haber recibido en confianza secretos femeninos de una amiga. En todos estos casos y en otros similares la prudencia y la honestidad deberán regir el comportamiento de ambas partes. Pero sigue siendo una regla sagrada que cuando se desliza un verdadero recelo, que cuando se tiene que forzar la sinceridad, se disipa la felicidad del matrimonio. Nada puede ser más depravado y vil que cuando el marido piensa con grosería, abre en secreto las cartas de su mujer, revuelve en sus papeles o registra sus armarios y cajones. Además, sirviéndose de estos medios indignos siempre fracasa en su propósito. No hay nada más fácil que burlar la vigilancia de una persona cuando se trata de hechos demostrables y romper los vínculos más sutiles que han tendido la timidez de la delicadeza y de la confianza; un hombre que llama a su mujer adúltera se pone él mismo los cuernos; no hay nada más fácil que engañar a una persona a la que se conoce mucho, en la que se ha perdido toda la fe, y a quien se puede sorprender a menudo en una falta dada su falsa suspicacia, ya que la pasión le ciega y merece que le burlen por desconfiado. El engaño es casi siempre la segura consecuencia de ello, y de esta manera se puede acabar moralmente con la criatura más noble e inducirla a cometer un delito.

12

No aconsejo, por motivos que le resultarán obvios a toda persona sensata, que el matrimonio lo haga todo en común, sino que cada uno tenga su propia esfera de acción. Raras veces marchará bien la casa cuando la esposa tenga que redactar los informes ad serenissimum y él, en cambio, cuando haya amigos invitados, tenga

que asar el capón, preparar la salsa y, además, ayudar a la hija a vestirse. De aquí se ori-gina confusión y uno se pone en ridículo ante el servicio; se confía en el otro pero uno quiere injerirse en todo, saberlo todo, lo cual no lleva a ninguna parte.

13

En lo que respecta a la administración del dinero, no estoy de acuerdo con la práctica de personas distinguidas que asignan a sus esposas una suma determinada con la cual han de cubrir las necesidades domésticas. Aquí se produce una división de intereses. La mujer entra en la clase de los empleados, se la induce a la codicia, intenta ahorrar, encuentra que su marido es demasiado remilgado, hace muecas desagradables cuando invita a comer a un buen amigo; el hombre, si no es muy sutil, pensará siempre que come muy mal para el dinero que le cuesta, o, por el contrario, debido a un exagerado comedimiento, no se atreverá a repetir para no comprometer a su esposa. Así pues, dale a tu esposa (cuando un mayordomo o una gobernanta no lleven esos asuntos que, en realidad, corresponden a los deberes de la esposa) una suma de dinero, acomodada a tus circunstancias, para los gastos de la casa. Cuando se haya gastado que venga y te pida más; si ves que se ha gastado demasiado, dile que te muestre las facturas. Reflexiona con ella dónde se puede ahorrar. No hagas un secreto de tu situación patrimonial; destina asimismo una suma para sus placeres inocentes, para su maquillaje y sus actos benéficos, ¡y no le pidas por ello ninguna factura!

14

Una buena economía doméstica es una de las piezas más necesarias para la felicidad marital. Por lo tanto se ha de intentar ante todo, especialmente cuando en la vida de soltero se hubiese tenido una inclinación al despilfarro, desprenderse de esta costumbre en cuanto uno contrae matrimonio y dedicarse al ahorro. Una persona sola puede soportarlo todo fácilmente: la necesidad, la carencia, la humillación, el rechazo; pero a fin de cuentas, si está sano, tiene el mundo a sus pies; puede dejarlo todo y en un rincón perdido del mundo ganarse la vida con sus manos; pero cuando una mala economía doméstica precipita al marido y al padre en la pobreza, y mira a su alrededor a su familia, que le pide alimentos, ropa, educación y diversiones; cuando no sabe de dónde sacará el pan para mañana, ni la ropa para vestir a sus hijas, cuyos harapos actuales pronto serán imposibles de llevar; o cuando su honor, su prosperidad, el cuidado de sus hijos dependa de que aparezca con los suyos bien vestido y tal vez incluso con algo de esplendor y, no obstante, le falte por todas partes; cuando la cubertería de plata que se ha empeñado al usurero se tiene que tomar prestada por un día para poder obsequiar a los huéspedes, mientras abajo, en la puerta, espera un niño para llevársela una vez terminada la recepción; cuando los acreedores y abogados le presionan y los judíos ordeñan el fondo colgante y vacío de su bolsa, entonces el infortunado suele ser víctima del mal humor, de la enfermedad corporal y psíquica; la desesperación se apodera de él; intenta olvidarse de lo que le rodea; comete locuras; interiormente le carcome la mala conciencia, en la casa le persiguen los reproches amargos de su mujer; los lloros de sus hijos le despiertan asustado de terribles pesadillas; el desprecio con que le mira la noble y rica plebe nubla todo rayo de esperanza; el valor y el consuelo desaparecen; los amigos huyen; las risas burlonas de los enemigos y de los envidiosos estremecen sus nervios, y en esta triste situación desaparece cualquier resto de alegría doméstica; no hay nada que evite más el desgraciado que la visión de aquellos a los que ha arrastrado a la miseria, y su trato. Así pues, si uno de los cónyuges tiende al despilfarro, es aconsejable,

cuando aún se esté a tiempo, de tomar las precauciones debidas para evitar esa situación espantosa. ¡Que la parte que mejor sepa administrar el dinero asuma la caja! Es aconsejable hacerse un plan riguroso para equilibrar de nuevo el presupuesto y seguirlo puntualmente, reducir los gastos, pero también, cuando sea posible, dejar algo para algún entretenimiento, de modo que al pródigo las privaciones y carencias no le resulten insoportables.

15

¿Qué es mejor, que sea más rico el hombre o la mujer? Si ha de serlo uno de ellos, yo votaría por el primero. Bueno es que los dos tengan algo de patrimonio y puedan contribuir en común a las necesidades de la vida, para que uno no viva por completo a costa del otro. Ahora bien, si se produce la dependencia, que surge naturalmente en la parte más pobre, será más conforme a la naturaleza que sea el cabeza de familia el que contribuya en mayor medida al sostenimiento de la familia. Si el hombre se casa con una mujer rica, que al menos tome la decisión de no convertirse nunca en su esclavo. Por descuidar esta precaución, muy pocos de estos matrimonios son felices. Si mi mujer hubiese aportado un gran patrimonio, me afanaría doblemente por demostrarle que tengo pocas necesidades; gastaría menos para mi persona; le demostraría que lo poco que tengo lo podría adquirir con mi trabajo; contribuiría a la manutención; sería el único administrador de su patrimonio; mantendría una casa suntuosa, porque así conviene a gente rica, pero le mostraría que ese lujo no halaga mi vanidad; que estoy tan satisfecho con dos platos como con veinte; que no necesito ningún servicio; que mis piernas están sanas y que me pueden llevar tan lejos, aunque no tan rápido, como su carroza de oro; y además reclamaría, como corresponde al señor de la casa, plenos poderes para la inversión de su patrimonio.

16

¿Es necesario que el hombre sea más inteligente que la mujer? Esta es otra cuestión que no carece de importancia. La trataremos más a fondo. Los conceptos de inteligencia y de razón no se entienden, con sus relaciones y modificaciones, de una manera unívoca. La inteligencia de un hombre es de índole distinta a la que se puede requerir de una mujer; y cuando se confunde por completo la inteligencia con la experiencia del mundo o con la erudición, sería absurdo presuponer en un sexo tanto como en otro. Así pues, en una mujer reclamo un esprit de detail, una fineza, un disimulo inocente, prudencia, ingenio, tolerancia, aspectos que sin duda pertenecen a la inteligencia y que en ese grado no siempre son propios del carácter masculino. En cambio, del hombre espero que sea más previsor y sereno en los sucesos, más firme e imperturbable, menos sometido a prejuicios, más resistente y formado que la mujer. Pero la cuestión se habría de entender en un sentido general, a saber: cuando uno de los dos cónyuges fuera débil y tardo en comprender e ignorante de algunos conocimientos necesarios para la vida en este mundo, ¿sería mejor que el cónyuge más débil fuese el hombre o la mujer? Respondo sin dudarlo: nunca he visto un hogar feliz y sabiamente ordenado en el que la mujer tuviera el dominio decisivo único y absoluto. Incluso le irá mejor a una casa en la que un hombre con capacidades mediocres lleve la voz cantante, que a una en la que una mujer inteligente ejerza el mando exclusivo. Es posible, no obstante, que haya excepciones; pero yo no conozco ninguna. Es evidente que aquí no estamos hablando del sutil dominio ejercido sobre el corazón de un gentil marido, ¿quién no se lo querrá conceder a una mujer inteligente? ¿Qué hombre sensato no admitirá que a menudo necesita una suave rectificación? Pero aquel dominio exclusivo parece ser contrario a las determinaciones de la naturaleza. Una constitución física más débil;

una inclinación innata a tener alegrías menos duraderas; humores caprichosos que ofuscan a menudo el entendimiento en los instantes decisivos; una educación y, por último, una constitución política que descargan la responsabilidad del hogar en el hombre; todo esto incide en que la esposa busque protección y en que sobre el hombre recaiga el deber de protegerla. Ahora bien, no hay nada más ridículo que ver al más sabio y al más fuerte buscando protección en los tontos y en los débiles. Así pues, mujeres excelentemente dotadas actuarán decididamente contra su propio interés y se expondrán a desagradables expectativas cuando, por ansias de dominio, elijan hombres tontos. Las consecuencias ineludibles de esto será hastío, una economía doméstica confusa, y el desprecio de la gente por uno de los cónyuges, y eso significa, en realidad, algo negativo para los dos. Sin embargo, hombres que son tan inmaduros mental-mente que no puedan desempeñar apropiadamente el papel de padre de familia, y no sean capaces de tomar las decisiones en su casa, será mejor que sigan siendo solterones o que se compren alguna prebenda antes que ponerse en ridículo ante sus hijos, el servicio y los vecinos. Yo conocí a un príncipe debilucho cuya esposa le dominaba hasta tal punto que un día, cuando ella se había dispuesto a salir, el príncipe bajó subrepticiamente al patio del palacio y le preguntó en voz baja al cochero que allí esperaba si sabía si él, el príncipe, también iba a salir. Estos maridos se exponen a la burla general, y es recomendable no hacer negocios con alguien cuya voluntad, amistad y su modo de considerar algo dependan del humor, de los gestos o reprimendas de su mujer, que tenga que enseñar sus cartas primero a su soberana para su examen, y para los asuntos más secretos tenga que pedir primero instrucciones a la que lleva la sartén por el mango. Aun en la cortesía hacia su esposa el hombre no puede negar su dignidad. Despreciable es el hombre, incluso para las mujeres, que, antes de decidirse por algo, dice cada vez: “Antes lo trataré con mi mujer”; que siempre le lleva el abrigo, que no se atreve a acudir a ninguna sociedad donde ella no esté, o que tenga que despedir a sus sirvientes más fieles sólo porque la señora no puede resistir sus fisonomías.

17

En esta vida hay que soportar muchos infortunios. Incluso el que pare-ce más feliz, tiene que superar penas y sufrimientos de algún tipo, verdaderos e imaginados, inmerecidos y merecidos, ¡da igual!, en cualquier caso, penas y sufrimientos. Pocas mujeres tienen la fuerza suficiente para soportar con firmeza la desgracia, de dar un buen consejo en la necesidad, y ayudar a su marido a soportar la carga que no hay más remedio que soportar. La mayoría empeora el mal con quejas inoportunas, con su cháchara sobre lo que podría ser si no estuvieran como están, o mediante reproches maliciosos o a veces muy injustos. Si es posible, por lo tanto, ocultar pequeñas incomodidades (con grandes desgracias es prácticamente imposible) a tu esposa, es mejor que dejes las preocupaciones encerradas en tu corazón. Además, a un ánimo bondadoso no le aliviará que haga sufrir con él a personas a las que ama; y si con ello no se alivia la carga, sino que más bien se empeora, ¿quién no preferirá callar y hacer frente solo a la tormenta? Ahora bien, si la providencia te envía un accidente, una enfermedad, dolores, etc. que no se puedan silenciar; si por cualquier razón te persigue un destino contrario o personas malignas, ¡moviliza toda tu firmeza! ¡haz acopio de valor!, y endulza a la compañera de tu vida el amargor del cáliz que ha de beber contigo. Controla tus estados de ánimo para que la inocente no tenga que sufrir, además, por tu causa. Enciérrate en tu habitación cuando las preocupaciones te pesen demasiado. Allí puedes encontrar alivio en las lágrimas o en la oración. Fortalece tu corazón con la filosofía, mediante la confianza en Dios, mediante la esperanza y sabias resoluciones. Y luego sal de nuevo con la frente alta y consuela a los más débiles. ¡No hay miseria en el mundo que dure eternamente, no hay dolor tan grande que no cese en algún instante! Cierto heroísmo en la lucha contra la desgracia trae alegrías consigo que hacen olvidar el infortunio más duro, y el

pensamiento de consolar y animar a otros, eleva maravillosamente el corazón, nos llena de una jovialidad indescriptible. Lo digo por experiencia.

18

Hemos convenido en que no es necesaria una completa igualdad en la mentalidad y en los temperamentos para un matrimonio feliz; pero siempre es triste la situación cuando la desigualdad es harto llamativa, cuando la esposa no se interesa nada por lo que al marido le parece importante e interesante. Siempre es triste cuando para gozar de alegrías inocentes o para compartir el sufrimiento, elevados sentimientos, perspectivas lejanas, proyectos, en suma, todo lo que pueda ocupar la mente y el corazón, haya que buscarlo en otras personas extrañas. Es triste cuando una criatura flemática apaga con su actitud cualquier chispa de ingenio que nos brinda la dulce fantasía, nos despierta bruscamente de cualquier ilusión, responde a nuestras conversaciones más animadas con trivialidades, y pisotea nuestros más bellos plantíos. ¿Pero qué se puede hacer en esa situación? Ante todo se necesita la medicina de Job. No seguir moralizando cuando no se puede obtener ninguna mejora, por no decir cuando ni siquiera se nos entiende; evitar la ocasión de causar escenas por las cuales acabemos enojados u ofendidos o insultados públicamente por la necedad de la mujer. Así se puede ser feliz al menos de una manera pasiva.

19

¿Pero qué hacer cuando el destino o nuestra propia torpeza nos ha encadenado eternamente a una criatura que, afectada por grandes defectos morales o incluso por vicios, es indigna del amor y del respeto de personas decentes; cuando nuestra esposa nos amarga la vida con un temperamento huraño y hostil, con la envidia, la avaricia o celos irracionales, o cuando se hace despreciable con un corazón falso y pérfido, o vive inmersa en la lascivia y la lujuria? No necesito recordar aquí que más de un hombre honesto se ha metido involuntariamente en este laberinto cuando el amor le ha jugado una mala pasada en la juventud, ya que el enemigo maligno, Asmodeo, siempre lleva la máscara más bella en el noviazgo. Me callo, en cambio, en cuanto al hecho de que muy a menudo el hombre es culpable, por su comportamiento deficiente o imprudente, cuando vicios y malas costumbres, cuyo germen se encontraba en el corazón de la mujer, salen a la luz. Por último, me llevaría demasiado lejos querer aportar reglas de esta índole para el comportamiento en cada situación desgraciada en particular. Así que me limitaré a sugerir algunas de alcance general. En esas situaciones hay que tomar en consideración tres aspectos: en primer lugar, aquellos que contribuyen a fomentar nuestra propia tranquilidad; después, los relativos a los niños y a otros familiares que conviven con nosotros; y, por último, en lo que respecta al público. En lo que concierne a nosotros mismos, aconsejo, cuando no hay ninguna esperanza de lograr una mejora moral, no parar en quejas, reproches y disputas, sino elegir en silencio aquellos antídotos fuertes que nos aconsejen la razón, la honradez y el sentido del honor. ¡Esboza tu plan con madurez y sangre fría! Reflexiona sobre si es posible una separación, o cómo puedes comenzar a hacer soportable tu situación cuando ésta ni siquiera se puede mejorar sensiblemente. Y no dejes que te aparte de esta resolución, ni siquiera mediante una mejora aparente o caricias. Pero no te humilles tanto como para que el acaloramiento te lleve a un comportamiento rudo o grosero, pues en este caso ya has perdido la mitad de la razón que te asistía. Cumple tus deberes con tanta más fidelidad cuantas más veces incumpla tu mujer los suyos, así tu conciencia estará tranquila y con una conciencia tranquila se puede soportar todo, hasta lo más enojoso. ¡Evita

cualquier escándalo por consideración a tus hijos, a la familia y al público! ¡Que tu desgracia no se haga notoria! Cuando existe disensión entre los cónyuges, los niños siempre reciben un mal ejemplo. Así pues, si no se puede ocultar esta disensión, es preferible que te separes de tus hijos y los pongas en buenas manos. Cuando la disensión en el matrimonio es conocida, el servicio nunca mostrará inclinación al orden, a la fidelidad y a la rectitud. Se originan partidos y facciones sin fin. ¡Evita, por lo tanto, cualquier disputa ante el servicio! Cuando se da una disensión pública entre los cónyuges, la parte inocente perderá, al mismo tiempo que la culpable, el respeto de los conciudadanos. No confíes, en consecuencia, tu desgracia privada a gente extraña.

20

Amigos serviciales, mujeres mayores, tíos y tías suelen injerirse en estos asuntos. No permitas que nadie, quienquiera que sea, a quien no se lo hayas pedido expresamente, se meta en tus asuntos domésticos. Rechaza esas intromisiones con toda la resolución viril. Almas buenas se llevan bien sin necesidad de intermediarios y con almas malas no consigue nada ni el mejor pacificador. Reza para que el cielo te guarde de esas viejas brujas de suegras que todo lo saben, que quieren hacerlo todo y que quieren dirigirlo todo por más que sean más brutas que un arado; su cometido consiste en promover la discordia y conchabarse con cocineras y amas de llaves para, por amor cristiano, espiar las acciones de su prójimo. Si para tu desgracia te hubieses casado, además de con tu esposa, con ese macaco, con ese instrumento satánico, aprovecha la primera oportunidad que tengas en que quiera injerirse en tus asuntos de padre de familia, para prohibirle sus servicios afables y piadosos, de tal manera que no regrese a ti tan fácilmente. Pero también hay suegras buenas y nobles, que aman a sus yernos como si fueran sus

propios hijos, que asisten a sus hijas casadas con fiel consejo y a las que se les debe tanta más veneración y respeto como que a ellas hay que agradecerles la formación de tu amada esposa.

Las diferencias entre los cónyuges se han de tratar a solas y cuando se llegue a una situación extrema, ante la autoridad: las instancias intermedias no sirven de nada y conciliadores y protectores extraños no hacen más que empeorar la situación. El hombre ha de ser el señor en su casa, ¡así lo quieren la naturaleza y la razón! Con un señor no se riñe; tiene jueces sobre él pero no junto a él. De ningún modo puede dejar que se le prive de su dominio y aun en el caso de que la mujer, más inteligente, oponga el poder secreto que tiene sobre su corazón a su poder notorio, la apariencia externa del dominio no debe nunca caer.

21

No hay nada que perturbe tanto la felicidad entre esposos como romper la fidelidad conyugal. En virtud de la moralidad y de nuestros principios religiosos y políticos, la violación de los deberes maritales es tan innoble por una parte como por la otra; ahora bien, respecto a las consecuencias, la infidelidad de la mujer es más punible que la de un hombre. Esta desgarra los vínculos familiares, hace que los bastardos hereden los privilegios de hijos legítimos, destruye los derechos sagrados de la propiedad y contradice las leyes de la naturaleza, por las cuales la poligamia siempre sería menos antinatural que la poliandria. Ni siquiera hay una expresión habitual, en alguna lengua, para designar la última. El hombre es el cabeza de familia, el mal comportamiento de su esposa también le cubre de oprobio a él, por ser quien gobierna la casa, ¡y no al revés! Ahora bien, sin tener en cuenta las consecuencias y la responsabilidad, me parece que aquella parte que considera infiel a la otra, obra de la

manera más imprudente si quiere mantener a raya a la otra parte con reproches o con arrebatos de furia. Tratándose de un asunto del corazón, ha de saber que sólo se atrae a un corazón con ternura y amor, y que se le repele con la actitud contraria; si sólo se exige ser el único propietario de su cuerpo, será una criatura de la naturaleza más vil. Los cónyuges que no están unidos por un vínculo más noble, encuentran miles de posibilidades de engañarse mutuamente, y tampoco perderán mucho. En tanto que con la infidelidad no se ofenda la ternura y el respeto, los cuernos, según la opinión de los franceses, significan muy poco cuando se sabe, y cuando no se sabe, no significan nada. El medio más seguro para inducir, aun al marido más fiel, a que emprenda escapadas, es insultarle, por la mera sospecha, con reproches y celos. Pero si tu desgracia fuera cierta e imposible esconder tu vergüenza, no queda otro remedio que la separación judicial o mediante un acuerdo amistoso, aunque la deshonra no se borrará por ello. En el resto de los casos la separación es un asunto sumamente cuestionable. Personas que han vivido juntas muchos años no pueden dar fácilmente ese paso sin perder ambos el respeto de la sociedad. Cónyuges con niños no pueden separarse nunca sin causar serias desventajas en la educación y en la felicidad de los hijos. Así que si es posible, con un comportamiento prudente y sabio, mantenerse juntos, es mejor soportarse y tolerarse, evitando así el escándalo público.

22

Estas reglas sólo son aplicables a personas pertenecientes a la clase media. Las personas de la alta nobleza o muy ricas raras veces tienen sentido para la felicidad doméstica, no sienten ninguna necesidad aní-mica, en su mayor parte mantienen relaciones distantes con su cónyuge, por lo que no necesitan otras reglas que las que prescribe la buena educación. Y como además suelen tener

una moral propia, encontrarán poco en este capítulo que sea útil para ellas.

CAPÍTULO CUARTO

DEL TRATO CON Y ENTRE ENAMORADOS

1

Con enamorados no se puede tratar de una manera racional; son tan poco aptos para la vida social como otros embriagados; salvo su ídolo, el mundo entero está muerto para ellos. Se puede salir fácilmente airoso de la situación, no obstante, cuando se tiene suficiente paciencia para escucharlos, sin bostezar, cuando hablan del objeto de sus amores; cuando, por el contrario, se muestra algo de interés, sin enojarse por sus necedades y humores; y, en el caso de que el amor se haya de mantener en secreto, sin dar la apariencia de que se observa o de que nos hemos dado cuenta, por más que ya conozca el secreto toda la ciudad (como suele ocurrir); y por último sin despertar sus celos.

Y así ya no tendría nada más que decir sobre este asunto, si no fuera por dos observaciones. Si queréis buscar a un amigo que os sirva con su sabio consejo, con buen ánimo, con laboriosidad y persistencia, ¡nunca elijáis a un enamorado! Pero si lo que queréis es encontrar un alma compasiva y sensible, que se lamente o llore con vosotros, que preste dinero sin seguridad alguna, que suscriba algo, que dé una limosna generosa, que dote a una joven pobre, que ayude a calmar a un padre ofendido, o que haga travesuras o gaste jugarretas con vosotros, o que elogie vuestros versos, vuestras canciones y sonatas, entonces dirigiros, según las circunstancias, al enamorado desgraciado o al afortunado.

2

Sería perder el tiempo dar reglas a los enamorados para su trato mutuo, pues como estas personas raras veces suelen estar en su sano juicio, sería tan absurdo reclamar que se sometan a determinadas prescripciones, como pretender del lunático que fantasee en verso, o que alguien con un cólico grite armoniosamente. Pero se podría decir algo que sería ventajoso observar en el caso de que esas personas prestasen oídos a la razón.

3

El primer amor produce terribles revoluciones en toda la mentalidad y la naturaleza del hombre. Quien nunca ha amado no puede hacerse una idea de la felicidad proporcionada por el trato entre enamorados; quien ha comerciado demasiado con su corazón, pierde el sentido para ello. Hace tiempo intenté plasmarlo y como no se me ocurre ahora algo mejor, copiaré ese pasaje[1].

1 Die Verirrungen des Philosophen, oder Geschichte Ludwigs von Seelberg, parte I, p. 108.

"Ocurre algo muy extraño con las primeras declaraciones de amor. A quien ya haya jugado a menudo con su corazón, ya haya exhalado sus tiernos suspiros ante más de una belleza, no le resultará difícil enamorarse, cuando tenga ganas para ello, y manifestar sus sentimientos en la ocasión apropiada; la coqueta también sabe ya qué tiene que contestar en esas situaciones; no cree de inmediato en el asunto, cree que el señor quiere aprovecharse de ella, que

desempeña el papel de héroe de novela o, cuando se vuelve insistente, cree que ha de empezar a convencerse poco a poco: primero viene la petición de que tenga consideración con su debilidad, que no la obligue a realizar una confesión, con lo cual ella se sonroja, y a continuación el amante embelesado abraza al hermoso ángel y se derrite de placer; pero la dama protesta solemnemente por haberse tomado esa libertad, se remite a su honor y honestidad, a lo sumo le acerca la mejilla, imparte sus favores en parcelas diminutas para poder aproximarse a la meta sólo un centímetro al día, para que la novela dure tanto más, y cuando ya no haya modo alguno de ganar más tiempo, tendrá que producirse una disputa, interrumpir el desarrollo de la historia y retrasar la hora para el momento del amor. Ahora bien, con todas estas bufonadas convencionales esa gente en realidad no siente nada, se ríen cuando están solos de este teatro, pueden calcular previamente cuánto avanzarán en el asunto mañana o pasado mañana y acaban hartándose del juego.

Algo muy diferente ocurre, sin embargo, con una pareja inocente, que, entusiasmada por primera vez por el fuego benéfico del amor, se declara abiertamente sus dulces y cándidos sentimientos, y nunca logra hacer el acopio de valor necesario para decir con palabras lo que la mirada y los gestos ya han dicho y respondido a menudo con harta claridad. El joven mira con ternura a su amada; ella se sonroja; su mirada se vuelve inquieta, nerviosa cuando él habla demasiado y de manera amistosa con otra joven; la mirada de él se torna iracunda, quisiera mirarla con indiferencia cuando ella le dice algo a otro en confianza al oído; se siente el reproche, se da una satisfacción instantánea, interrumpe de repente y casi descortés la conversación que ha despertado el enojo; el reconciliado agradece con su sonrisa más tierna y con su buen humor; se concierta una cita para el día siguiente con los ojos, se disculpan, se advierten sobre posibles observadores, se reconocen mutuamente derechos, sin que aún se haya dicho nada de lo que el uno siente por el otro. Pero por ambas partes se busca la oportunidad para ello; dicha oportunidad llega una y otra vez y se deja pasar sin aprovecharla, a

lo sumo se toman de la mano en silencio y ni siquiera esto sin algún hábil pretexto. No se dicen ni una sola palabra, están malhumorados, dudan del amor del otro y ni siquiera se lo han declarado a menudo, la historia, sin embargo, ya la conoce toda la ciudad y el asunto es objeto de las peores difamaciones. Una vez que la confesión que había estado tanto tiempo palpitando en el pecho, ha logrado salir por fin de los labios balbuceantes y temerosos, y se ha respondido a las palabras entrecortadas y medio ahogadas con una entrañable presión de manos, el uno vive por completo para el otro, se preocupa poco del resto del mundo, ni oye ni ve nada a su alrededor, no necesita ninguna otra compañía mientras su amada le sonría afablemente; encuentra soportables todas las penas de la vida siempre que esté al lado de su amada, no cree que pueda haber pobreza, opresión y miseria en un mundo tan bello, vive en paz con todas las criaturas, desprecia la comodidad, la comida suculenta, el sueño. ¡Oh, vosotros que habéis experimentado esos tiempos placenteros, hablad! ¿Acaso se puede soñar un sueño más dulce? ¿Hay entre todas las alegrías fantásticas de la vida una que fuera tan inocente, tan natural, tan inofensiva?, ¿una que exalte tanto, que haga tan feliz, alegre y pacífico? ¡Ay, que este estado bienaventurado no pueda durar eternamente, que se nos despierte tan bruscamente de este idílico ensueño!”

4

En el matrimonio, los celos son un mal terrible que nos priva del sosiego y de la paz, y cada disputa puede tener malas consecuencias; en el amor, en cambio, los celos ofrecen más variedad; no hay nada más dulce que el instante de la reconciliación tras pequeños desacuerdos, y esas escenas contribuyen incluso a fortalecer el vínculo; pero tiembla ante los celos de una coqueta, ante la venganza de una mujer cuyo amor has despreciado, o por la

de aquella por la que tu corazón ya no siente nada cuando –ya sea por placer, petulancia, por vanidad o por capricho– te siga deseando. Te perseguirá con gesto furioso, y no te ayudará ninguna deferencia por tu parte, ni condescendencia, ni tu silencio sobre las relaciones mantenidas, ni tampoco ningún testimonio público de veneración, en especial cuando no te tema.

5

Los misóginos claman que el bello sexo nunca ama con una entrega tan fiel como los hombres; vanidad, petulancia, ganas de aventuras y necesidades físicas es únicamente lo que las atrae de nosotros, y que sólo se puede confiar en la fidelidad femenina mientras se puedan satisfacer esas pasiones e impulsos, según tiempo y oportunidad; otros, en cambio, enseñan lo contrario y describen con los colores más encantadores la constancia, la ternura, el fuego del corazón femenino henchido de amor. Aquellos atribuyen al sexo mucha más sensualidad e irritabilidad que sentimientos nobles; y dicen que no es más que una apariencia falsa cuando las mujeres quieren hacer creer a sus maridos que ellas tienen un temperamento muy frío; estos, en cambio, afirman que el amor más puro y sagrado, sin deseo, más aún, en cierta manera sin pasión, esta llama divina, sólo puede morar en su plenitud en las almas femeninas. Que decida el que posea un mayor conocimiento del corazón femenino cuál de los dos partidos tiene razón –aunque yo durante cuatro años he sido un observador de lo más atento de las mujeres–, digo que lo decidan aquellos a quienes esos mayores conocimientos y esa experiencia del mundo más amplia les den derecho a juzgar y a escribir con más frialdad, objetividad, inteligencia y perspicacia que yo. Yo no me atrevo. Además, son dos cuestiones distintas. Una: ¿de qué fuente suele surgir primero el amor femenino?, y la otra: ¿qué cualidades tiene después este amor, una vez que ha tomado

posesión del alma? Sólo me atrevo a afirmar, sin agraviar demasiado a ninguno de los sexos, que nosotros, los hombres, difícilmente podemos superar a las mujeres en fidelidad y entrega en el amor. La historia de todos los tiempos está llena de ejemplos de la fidelidad, de la superación de todas las dificultades y del desprecio de todos los peligros con que una mujer se ata a su amado. No conozco mayor fortuna en el mundo que ser amado con tanto cariño y tanta fidelidad. Personas imprudentes se encuentran tanto entre los hombres como entre las mujeres; el deseo de cambio es inherente a todo el género humano; nuevas impresiones de una mayor afabilidad, verdadera o imaginada, pueden desbancar las sensaciones más vivas; pero casi me atrevería a decir que los casos de infidelidad serían más frecuentes entre los hombres que entre las mujeres, sólo que se conocen menos o causan menos escándalo; no sería tan fácil encadenarnos de por vida, y tal vez no sería difícil indicar los motivos, si este fuera el lugar apropiado para ello.

6

El amor fiel y auténtico goza en el silencio del placer alegre, no se jacta nunca con las muestras de cariño, sino que ni siquiera se admite a sí mismo cuán feliz es. Los momentos más felices en el amor se dan cuando aún no se ha descubierto ese amor con palabras y, no obstante, se entiende cada gesto y cada mirada. Las alegrías más placenteras son aquellas que se comunican y reciben sin dar cuenta a la razón de ello. La sutileza del sentimiento a menudo no soporta explicarse sobre cosas que pierden por completo su valor, que no se pueden dar ni aceptar decentemente sin ofender la sensibilidad, en cuanto se dice algo sobre ellas. Se niega tácitamente lo que no se puede negar, cuando se pide o cuando es evidente que se ha de dar con intención.

7

En los años en los que la cabeza gusta de plegarse a los caprichos del corazón, más de uno se forja la desgracia de su vida mediante promesas de matrimonio precipitadas. En el delirio del amor el joven olvida cuán importante es ese paso, cómo, de todas las obligaciones que se pueden contraer, ésta es la más grave, la más peligrosa y, ¡por desgracia!, la más indisoluble. Se une eternamente a una criatura que sus ojos, cegados por la pasión, se representan de una manera muy diferente a cómo se la mostrará después la sobria razón, y entonces se habrá preparado un infierno en la tierra; o se olvida que con semejante unión aumentan las necesidades, las preocupaciones y los afanes, y que al lado de una mujer profundamente amada, tendrá que luchar con la carencia y las aflicciones y sentir doblemente todos los golpes del destino; o romperá su palabra cuando se le abran los ojos antes de la bendición sacerdotal, y luego le acompañarán los remordimientos de conciencia. ¿Pero de qué sirve el consejo y las advertencias en el momento de embriaguez? Por lo demás, me remito a lo que diré en las secciones 15 y 16 del siguiente capítulo.

8

Si el amor y la confianza te han unido a una criatura, y vuestra unión se ha roto, ya sea por el destino, por infidelidad o imprudencia de alguna de las partes, o cesa por cualquier otra circunstancia, no actúes nunca innoblemente después de la ruptura. ¡No te dejes llevar por la vil venganza! No hagas mal uso de cartas o de la

confianza. El hombre que es capaz de maldecir a una joven, de dañar a una mujer que una vez reinó en su corazón, merece el odio y el desprecio. Hay hombres, por lo demás no muy afables, que deben el favor de mujeres buenas y juiciosas únicamente a su modestia, a su discreción y a la precaución aquilatada en asuntos amorosos.

CAPÍTULO QUINTO

SOBRE EL TRATO CON LAS MUJERES

1

Quiero declarar solemnemente en el mismo inicio de este capítulo –aunque en realidad no haría falta, ya que lo aconseja el sentido común, y me atrevo a decir que mis escritos no dan ocasión a que se me tenga por un difamador del sexo femenino; pero añado esto con miras a los más débiles– que lo que aquí quisiera decir en general en desventaja del carácter femenino, se dice a despecho de la veneración que me merece no sólo cada una de las mujeres honradas en particular, sino el sexo tomado en su conjunto, y esto en varios aspectos, pero no en lo atinente a los defectos. Silenciar éstos para resaltar aquellos es la obra del adulador mercenario, y yo no soy uno de ellos, no puedo serlo. La mayoría de los escritores, sin embargo, que dicen algo sobre las mujeres, parecen haber convertido en su negocio descubrir sólo sus flaquezas, esto me lo propongo aún menos. Cuando escribo sobre el trato con las personas, también he de tomar en consideración las flaquezas que se han de evitar para progresar en ese trato. Cada sexo, cada clase, cada edad, cada carácter en particular posee esas flaquezas. Está en mi propósito hablar de ellas en la medida en que las conozca, y se encontrará que, por la otra parte, no me he callado ni las virtudes, que hacen agradable el trato con hombres y mujeres, ancianos y jóvenes, fuertes y débiles, nobles y plebeyos, ni que tampoco he elogiado a ninguna clase en particular a costa o en beneficio de otra. Y con esto basta como prefacio a este capítulo.

2

No hay nada más beneficioso para darle una última mano a la educación del joven que su trato con mujeres virtuosas y honestas. Así se imprimirán en el carácter tintas más suaves, se moderará más la brusca dureza mediante rasgos más finos y sutiles. En suma, quien nunca ha tratado con mujeres de buena educación, no sólo se ha perdido un gran placer, sino que además no llegará muy lejos en la vida social, y al hombre que piensa y habla con desprecio de todo el género femenino, no quiero tenerlo por amigo. He pasado las horas más felices en compañía de mujeres encantadoras, y si hay algo bueno en mí, si después de tantos desengaños por parte de las personas y del destino, de la amargura, el enojo y la hostilidad, no he perdido la bondad, el amor y la tolerancia de mi alma, se lo debo a las influencias beneficiosas que ha ejercido este trato en mi carácter.

3

Las mujeres tienen un sentido propio para distinguir de entre los hombres a aquellos que simpatizan con ellas, que las comprenden o que pueden armonizar con su tono. Se comete una gran injusticia cuando se las culpa de que sólo la belleza física les produce una impresión tan viva; con frecuencia ocurre lo contrario. Conozco a jóvenes con figura de Antínoo que no tienen suerte alguna con el bello sexo y, por el contrario, hombres con rostros harto feos que, no obstante, despiertan en ellas interés y agrado. El motivo no es que prefieran a los más ingeniosos o graciosos, ni tampoco la mayor o menor lisonja o agasajo; pero hay una manera de tratar a las mujeres que sólo se puede aprender de ellas mismas; y quien no lo entienda, ya puede estar dotado de todas las cualidades internas y externas que no les agradará. Encontramos a hombres que abusan mucho de su talento de gustar a las mujeres, a quienes se les confían hijas adultas, las cuales tienen libre acceso durante todo el

día a las damas, a las que se les permiten las bromas más desvergonzadas, pero a las que a menudo se les da la oportunidad de lamentar demasiado tarde lo que se les había tolerado. El abuso, entretanto, no impide el empleo permitido de aquel talento. Creo que esto es aproximadamente lo que les puede gustar a las mujeres de nosotros: una pequeña capa de ternura femenina que desde luego no puede pasar a una debilidad afeminada; favores que no pueden ser muy grandes ni muy llamativos como para atraer la atención o para causar un gesto recíproco aún mayor, pero tampoco tan discreto como para que ni siquiera se perciba o se pase por alto; pequeñas y gentiles atenciones por las que apenas es necesario mostrarse agradecido, que por lo tanto no otorgan ningún derecho y parecen carecer de toda pretensión y, no obstante, son entendidas y se tienen en cuenta; una suerte de lenguaje de la mirada, que diferenciándose mucho del flirteo, es captado por los corazones sensibles sin que sea necesario traducirlo en palabras; lo innecesario de explicar ciertos sentimientos íntimos; un trato libre y sincero que no ha de degenerar en una confianza insolente y vulgar; de vez en cuando una melancolía suave que no cause aburrimiento; cierto impulso romántico que no caiga ni en lo dulzón ni en lo extravagante; modestia sin timidez; valor, impavidez y vivacidad sin una naturaleza tempestuosa; agilidad física, habilidad, carácter despierto, talentos agradables.

4

La necesidad de protección y la convicción de que el hombre tiene que ser una persona que sea capaz de dar esa protección, es algo que la naturaleza también ha implantado en aquellas mujeres que poseen la fortaleza y la resolución suficientes para protegerse a sí mismas. De ahí que damas algo débiles muestren una suerte de aversión hacia hombres muy endebles o enfermizos. Pueden sentir

una compasión profunda por personas que sufren, por ejemplo heridos, enfermos, etc., pero la inseguridad constante que impide el empleo libre de las fuerzas hará que hasta las mujeres más honestas te retiren su afecto.

5

Se ha reprochado a menudo a las damas que se interesen primordialmente por personas libertinas. Si esto es cierto, no puedo encontrar en ello nada indecente. Ellas son, por la conciencia de su propia debilidad, más tolerantes que nosotros, y eso honra a sus corazones; nosotros, los hombres, criticamos a menudo por envidia a esos afortunados criminales de nuestro sexo, pero cuando vemos a un Lovelace[1] o a un Karl Moor[2] en los papeles o en la escena, sentimos una secreta satisfacción. El motivo de todo esto se encuentra en un sentimiento oscuro que nos dice que a extravíos de esa índole les son inherentes una cierta prestancia, una actividad y una fuerza que siempre despierta el interés. Por lo demás, al parecer se ha advertido que la mayoría de las mujeres sólo son especialmente tolerantes con hombres atractivos y mujeres feas.

1. Robert Lovelace, personaje de la novela Clarissa, de Samuel Richardson. N. del t.

2. Protagonista del drama Los bandidos, de Schiller. N. del t.

6

He de recordar aún que las mujeres aman en los hombres la limpieza y una vestimenta bien escogida y no extravagante, y que con un solo vistazo advierten pequeños errores y descuidos en el traje.

7

No elogies a varias mujeres a la vez, en el mismo lugar, de igual manera, cuando estés interesado en obtener la inclinación o la preferencia de una sola; nos perdonan pequeñas deslealtades, incluso a veces se pueden ganar puntos con ellas así; pero en el momento en que se les habla de sentimientos, se ha de sentir lo que se dice, y sólo sentirlo por ellas. En cuanto advierten que tú desembuchas a cualquiera tus tiernas sandeces, se acabó; a ellas les gusta serlo todo para nosotros.

8

Dos mujeres que tienen exigencias y pretensiones de la misma índole, ya sea en el ámbito de la belleza o del saber, o en cualquier otro, no armonizan bien en una sociedad. No obstante, a veces se tendrán que soportar; pero si se añade una tercera, entonces el Maligno tendrá su diversión.

Así pues, cuida de no elogiar mucho a una dama, en presencia de otra que tiene unas pretensiones similares, por las mismas

cualidades, en especial cuando se trata de una rival. A todas las personas que tienen un sentido de su propio valor y el deseo de brillar, en especial a las mujeres, les es propio el querer que se las admire con exclusividad, ya sea por su belleza, por su gusto, por el lujo, el talento, el saber o por cualquier otra razón. Tampoco hables de las semejanzas que encuentras entre la mujer con la que conversas y sus hijos, o cualquier otra persona. Las mujeres tienen a veces sus manías extrañas; no se sabe siempre cómo se imaginan que es su aspecto, o qué aspecto les gustaría tener. Unas fingen simplicidad, inocencia, ingenuidad, otras pretenden ser elegantes, nobles y dignas, tanto en la actitud como en el gesto; a una le gustaría que se dijera que su rostro delata una gran dulzura; a otra le gustaría ofrecer un aspecto viril, inteligente, decidido, ingenioso, grave; una quisiera arrojarnos al suelo con sus miradas, otra que sus miradas derritieran todos los corazones como mantequilla; una prefiere tener un aspecto sano y fresco, otra uno enfermizo y doliente. Estas son pequeñas flaquezas inofensivas por las cuales nos tenemos que orientar.

9

A la mayoría de las mujeres les gusta que se las entretenga continuamente; valoran más al acompañante agradable que al hombre digno y de mérito de cuyos labios mana la sabiduría cuando habla, pero que preferiría callar a decir palabras vacías. Ningún otro tema parece serles más entretenido que su propio elogio, cuando no se reviste con mucha rudeza, pero ni siquiera en este caso se lo suelen tomar a mal. ¡Elógiese alguna vez la belleza de una vieja matrona! ¡Tómese una vez a la madre por la hija en casa! No nos arrancarán los ojos por ello. Pero el asunto de la edad de la mujer es peliagudo, lo mejor es ni siquiera hacer mención de él. Cuando, además, se domina el arte de darles la oportunidad de brillar, ya no

se necesita seguir conversando y así es seguro que no les causaremos desagrado. ¿No ocurre así acaso, más o menos, con la mayoría de las personas? ¡Claro que sí! Pero con las mujeres ocurre más a menudo, ya que sin cometer ningún pecado se le puede atribuir a su sexo un poco más de vanidad que al nuestro.

10

Un gran motor en el carácter femenino es la curiosidad. Aquí también se intenta influir en el trato con ellas en el momento oportuno y saber despertar esta necesidad según las circunstancias y satisfacerla. Ya es harto extraño hasta qué punto pueden llegar en ellas la indiscreción y la curiosidad. Incluso las almas más compasivas sienten a veces un impulso irrefrenable de contemplar escenas horripilantes, ejecuciones, operaciones, heridas y otras cosas parecidas; o escuchar terribles historias de crímenes; en fin, escenas que ni siquiera el hombre más endurecido puede contemplar sin aversión. Por esta causa ellas prefieren con mucho aquellas novelas y obras de teatro en las que se acumulan aventuras sin cuento, acontecimientos inesperados y se encadena horror tras horror. De ahí que las peores entre ellas gusten de descubrir secretos ajenos y espíen los comportamientos de los vecinos, cuando a ello no se añade también como motivo la malicia, la envidia y la alegría por el mal ajeno. Chesterfield dice: "Si quieres engatusar a las mujeres, ¡confiésales un secreto! Eso sí, solo uno pequeño. ¿Pero por qué no grandes secretos? ¿Acaso no hay mujeres que puedan guardarlos mejor que sus maridos? Depende del asunto sobre el que recaiga el secreto."

11

Asimismo, hasta las mujeres más nobles tienen humores más variados y son menos equilibradas en todo momento que los hombres. De esto tienen la culpa unos nervios más irritables, que producen más fácilmente toda índole de efusiones emocionales, y una constitución más débil, expuesta a algunos sentimientos desagradables que nosotros no conocemos. Así que no os asombréis, amigos míos, cuando no creáis descubrir cada día el mismo grado de interés y de amor en los ojos de aquellas damas cuyo afecto os importa. Soportad estos humores pasajeros y evitad en esos instantes el enojo, o la insistencia, o la pretensión de influir en ella a destiempo con vuestro humor o vuestro consuelo, sino pensad más bien en qué es lo que le gustaría escuchar en cada estado de ánimo, y esperad tranquilamente el momento en que ellas sientan el valor de vuestra benevolencia y consideración para enmendar la injusticia.

12

Las mujeres encuentran un cierto placer en gastar pequeñas bromas, les gusta a veces incluso poner a personas muy queridas en situaciones incómodas. El motivo de esto se encuentra también en sus humores y no en la malicia de su ánimo. Si nos comportamos de una manera racional y paciente en esas ocasiones, y no tempestuosa, y tampoco hacemos que por propia culpa la pequeña disputa crezca hasta convertirse en una ruptura seria, poco después compensarán las ofensas que pudieran habernos causado mediante un doble afecto, y con ello se obtiene incluso un derecho más a su simpatía.

13

En tales luchas y disputas con mujeres, se les ha dejar siempre el triunfo del momento, pero nunca avergonzarlas perceptiblemente, pues eso es algo que su vanidad raras veces perdona.

14

Se ha repetido tantas veces que la venganza de una mujer vil es terrible, cruel, duradera y difícil de apaciguar, que casi no encuentro que sea necesario repetirlo aquí. Realmente es difícil de creer qué medios son capaces de encontrar esas furias para martirizar y perseguir a un hombre honorable por el que se han creído ofendidas; cuán inextinguible es su odio; a qué medios miserables pueden recurrir. El autor de este libro ha tenido por desgracia una experiencia de esta índole. Un solo paso irreflexivo en su juventud por el que la ambición y la vanidad de una mujer se sintió ofendida –aunque fue ella, y no él, la primera en dar el pisotón–, fue el culpable de que con posterioridad, allá donde mi destino me obligaba a buscar protección o fortuna, me encontrara con resistencia y con impedimentos casi insuperables; los calumniadores secretos, ganados por los caminos más insospechados, me precedían con malignas difamaciones para impedir cualquier paso, para frustrar cualquier plan, por inocente que fuera, que trazara para mi prosperidad o para el bien de mi familia. No me servía de nada el comportamiento más prudente e irreprochable, ni tampoco la declaración pública en la que reconocía mi culpa. La mujer vengativa no cesaba de perseguirme hasta que por fin renuncié voluntariamente a todo aquello para lo que se necesita la ayuda de otros y me limité a una vida doméstica, de la que ella no me podía

privar. Y esto lo hizo una mujer que tenía en su poder la posibilidad de hacer feliz a muchas personas y que por naturaleza estaba dotada de raras cualidades físicas y mentales.

Por lo demás, parece como que las más débiles sean siempre más crueles en su venganza que las fuertes, ya que la sensación de esa debilidad incrementa la percepción de la presión sufrida y crea la ansiedad de buscar la oportunidad de ejercer el poder al menos una vez.

15

Un tratado filosófico del catedrático Meiners[1] sobre la cuestión de si está en nuestro poder enamorarnos o no, me hace dudar de poder decir algo nuevo sobre los medios que se han de emplear para no perder la libertad de nuestro corazón en el trato con mujeres galantes. El amor es, ciertamente, un dulce infortunio que se apodera de nosotros cuando menos nos damos cuenta, contra el cual, por lo común, comenzamos a tomar medidas cuando ya es demasiado tarde. Puesto que a menudo trae consigo amargos sufrimientos y la destrucción de todo sosiego y de toda paz; puesto que un amor sin esperanza es una de las enfermedades más terribles, y circunstancias externas a veces constituyen impedimentos insuperables a las relaciones más nobles y tiernas, merece la pena, sobre todo para aquel al que la naturaleza ha dotado de un temperamento vivaz y de una intensa fantasía, acostumbrarse a un cierto dominio del entendimiento sobre los sentimientos y la sensualidad, y allá donde uno se sienta demasiado débil, saber esquivar la ocasión. Grande es la confusión que se apodera de un corazón sensible cuando es amado y no puede responder a ese amor; terrible es el tormento de amar y ser rechazado; desesperada la situación cuya ternura y entrega fiel e

ilimitada es recompensada con engaño e infidelidad. Quien conozca remedios seguros contra esto, habrá encontrado la piedra de la sabiduría. Yo reconozco mi flaqueza… no conozco ningún remedio salvo la huida antes de que se produzca.

1. Christoph Meiners (1747-1810), catedrático de filosofía en Gotinga. N. del t.

16

Entre nosotros, los hombres, viven tipos malvados para los cuales la virtud, la honestidad y la tranquilidad de sus congéneres son tan poco sagradas que cuando no seducen para el vicio a jóvenes inocentes e inexperimentadas, las engañan con falsas promesas o con un futuro matrimonio, así logran crearse una agradable existencia provisional, pero después abandonan a las pobres criaturas, a las que han privado de la posibilidad de obtener su manutención, para buscarse nuevas relaciones. La depravación de tal comportamiento es evidente para todo aquel que aún albergue la menor chispa del sentimiento del honor en su seno, y yo no escribo para aquel que no conoce este sentimiento. No obstante, hay otro comportamiento masculino, por sus consecuencias no menos dañino, aunque en lo atinente a la intención no tan punible, contra mujeres sentimentales, sobre el cual quisiera decir algunas palabras como advertencia. Entre nosotros hay algunos que creen que no hay ningún interés en el trato con jovencitas a no ser el de decirles piropos, halagarlas, o dejar traslucir en las palabras o en los gestos una suerte de calidez y efusión. Esto no sólo alienta la tendencia de ese sexo, ya de por sí grande, hacia la vanidad, sino que, precisamente porque a esta vanidad –el convencimiento del poder

de sus encantos–, le gusta tomar toda palabra melosa por expresiones de íntimo sentimiento, a esas pobres niñas se les mete en la cabeza que pretenden seriamente contraer matrimonio con ellas. El dandi no lo advierte, o cuando lo advierte, es demasiado imprudente como para reflexionar sobre las consecuencias; confía en no haber dicho nada concreto sobre propuestas matrimoniales y cuando más tarde o más temprano deja de lisonjear a la belleza, la joven queda tan desgraciada como si se la hubiese engañado intencionadamente. La pobre, sintiéndose abandonada, se marchita cuando la esperanza truncada y la confianza traicionada roen su corazón, mientras que el dulce galán revolotea, despreocupado, en torno a otras sin ni siquiera ser consciente del daño que ha causado.

Otra forma no menos frecuente de perder a jovencitas es o despertando su curiosidad o estimulando su sensualidad mediante palabras imprudentes y bromas lujuriosas, o recalentando su fantasía con conceptos novelescos, con lo cual se desvía su atención de aquellos asuntos de los que se deberían ocupar por mor de su edad, matando en ellas el gusto por una vida sencilla y doméstica, o logrando que una jovencita del campo se muestre insatisfecha con su situación con descripciones atractivas de las alegrías de la gran ciudad. Como no sólo escribo para enseñar cómo se ha de ser agradable en el trato, sino también útil, es para mí un deber advertir sobre esto, y créeme, joven, padres cuidadosos te bendecirán, te verán con alegría al lado de su hija, más aún, te darán a su única hija por esposa con toda confianza si sigues mi consejo y te ganas la fama de un joven sensato y concienzudo.

17

En justicia debería decir algo aquí también sobre el trato con coquetas vulgares y cortesanas, pero esto me llevaría demasiado

lejos y difícilmente vería mi esfuerzo coronado por el éxito. Las trampas que se han de eludir son innumerables. Creo que lo mejor sería huir de estas mujeres como de la peste; pero una vez que se ha tenido la desgracia de caer en sus garras, se tendrá escasa ocasión para reflexionar fríamente y leer, antes de visitar a una de esas criaturas, un capítulo de mi libro. Además, el rey Salomón ya lo dijo todo mejor. No obstante, dedicaremos a este asunto unas líneas. Esas despreciables criaturas son indescriptiblemente sutiles en su arte del disimulo, en su forma desvergonzada de mentir, en el fingir sentimientos para satisfacer ya sea su codicia, su vanidad, su venganza o cualquiera que sea su pasión. Es infinitamente difícil averiguar si una cortesana realmente se interesa por ti. Si la has puesto a prueba numerosas veces sobre su desinterés, y siempre ha demostrado ser como tú deseabas, sigue siendo poco. Es posible que desprecie tu plata pero sólo para obtener todo tu oro; o su temperamento se inclina menos al dinero que a la voluptuosidad. Si la has sometido a varias tentaciones en las que tenía la oportunidad y el acicate de serte infiel en secreto, y la has encontrado honesta; si se te ha mostrado tierna y cuidadosa y respetuosa de tu fama y de tu honor; si no te aparta de otras conexiones naturales y nobles; si te sacrifica su juventud, belleza, ganancias, brillo y vanidad, ¡pues bien, entonces sólo cabe decir que la mezcla de disposiciones y temperamentos es variadísima! Así, una cortesana puede poseer buenas cualidades; pero no te confíes, ¡no te confíes! Una mujer que no respeta en nada la primera y más sagrada de las virtudes, la castidad y la moralidad, ¿cómo puede sentir verdadera veneración por deberes más delicados? Pero estoy muy lejos de querer incluir a todas las criaturas desafortunadas y seducidas en la categoría de las despreciables cortesanas. El amor verdadero puede también llevar a la virtud a un corazón extraviado; se ha repetido ya a menudo que quien mejor conoce el peligro está más seguro de la seducción que el que nunca ha sido seducido; pero en esta clase de faltas la mejora duradera y segura siempre es una cuestión harto incierta, y no hay una situación más humillante e inquietante que cuando uno ve cómo una persona a la que queremos es despreciada por otros, o cuando hay que avergonzarse ante el mundo de la relación que nos une a

ella. El amor, el amor puro, es, por lo demás, lo que mejor asegura contra el libertinaje, y el trato con mujeres gentiles y honestas refina el sentido del joven para la virtud y la inocencia, protege su corazón exigente contra las artes estudiadas e impúdicas de las cortesanas. Por lo demás, es muy duro que nosotros, los hombres, nos permitamos fácilmente toda índole de libertinaje, pero que no queramos perdonar a las mujeres, a las que desde jóvenes se las ha incitado a pecar, ni un solo paso en falso, aunque para la constitución civil esta mayor severidad contra el sexo más débil es muy eficaz.

¿Es realmente verdad lo que se oye tan a menudo en la vida normal de que se puede seducir a todas las mujeres? ¡Oh, sí! Al igual que todo juez es de algún modo sobornable, y todo mortal, cuando cooperan todas las circunstancias internas y externas, es capaz de cometer un crimen. ¿Y no quiere decir esto que a fin de cuentas todos nosotros somos humanos? Si reflexionamos sobre la poderosa influencia que ejercen en los finos sentidos de las mujeres la mayor sugestión, la seducción, el halago, la vanidad, la curiosidad, el temperamento; cómo la más pequeña mancha de esta faceta se advierte fácilmente, ya que no están en ninguna relación civil y no pueden hacer olvidar sus extravíos mediante otras virtudes superiores, ¿quién no querría entonces callar y tolerar? Pero ocupémonos ahora de una clase de mujeres más noble: la mujer sabia.

18

He de reconocer que siempre me recorre una suerte de escalofrío cuando frente a mí o a mi lado, en sociedad, se sienta una dama con grandes pretensiones de erudición afectada o incluso de sabiduría. ¡Si las mujeres se dieran cuenta de que las que más interés

despiertan son las que se mantienen dentro de los límites de la naturaleza y se distinguen de entre el grupo de sus hermanas por el fiel cumplimiento de sus deberes! ¿De qué les sirve competir con los hombres en materias en las que no están a su altura, faltándoles a menudo incluso los conceptos fundamentales, insuflados al joven desde su misma infancia? Hay damas que aúnan, además de todas las virtudes domésticas y sociales, la más noble sencillez de carácter y el atractivo de su belleza femenina, y que, por añadidura, avergüenzan a eruditos especializados con sus profundos conocimientos, sus raros talentos, su cultura refinada, su penetración filosófica, y su exactitud en los juicios y en la expresión. Si me atreviera aquí a mencionar públicamente unos nombres, podría demostrar que no necesitaría mucho tiempo para encontrar originales que se adaptaran a este modelo. ¡Pero, no obstante, qué escaso es el número de esas mujeres! ¿Y no es un deber desanimar a los genios femeninos mediocres para que no se jueguen su propia felicidad y la de otros por querer aspirar a unas alturas que alcanzan tan pocos?

No censuro que una mujer intente refinar su estilo de escribir y su conversación mediante algo de estudio y mediante una lectura selecta, que se esfuerce por tener algunos conocimientos científicos; pero no ha de hacer ningún oficio de la literatura; no tiene por qué revolotear por todos los ámbitos del saber. Realmente suscita, cuando no aversión, sí compasión, escuchar cómo esas pobres criaturas cometen la osadía de opinar sobre los temas más importantes, que han estado expuestos a través de los siglos al examen de la investigación más esforzada de grandes hombres, y de los que éstos incluso afirman con modestia que no los ven claros; y se observa cómo una mujer vanidosa se atreve a pronunciar, durante el té o en la cena, las expresiones más decididas y sentencias inapelables, sin tener apenas una noción del asunto del que se está hablando. Pero el grupo de los pisaverdes y de los admiradores se extasían, no obstante, con los finos conocimientos de las damas eruditas y así las refuerzan en sus desafortunadas pretensiones. Esas mujeres comienzan entonces a considerar los cuidados más

importantes de la economía doméstica, la educación de sus hijos y el respeto a congéneres no tan estudiosos, como si fueran pequeñeces; se creen autorizadas a sacudirse el yugo del dominio masculino, desprecian a todas las demás mujeres, se crean enemigos a sí mismas y a sus maridos, sueñan incesantemente con mundos imaginarios; su fantasía vive en impúdica relación con la sana razón; en casa todo funciona al revés; la comida llega fría o quemada a la mesa; se acumulan deudas y más deudas; el pobre marido ha de ir por ahí con los calcetines llenos de tomates; cuando suspira por un poco de felicidad doméstica, la mujer sabihonda conversa con él ininterrumpidamente sobre las noticias del periódico o le persigue con un almanaque de las musas en el cual se han publicado sus versos anodinos, y le reprocha con desdén cuán poco reconoce el tesoro que, para su desgracia, posee, llamándole ignorante e insensible.

Espero que no se encuentre exagerada esta imagen. Entre las cuarenta o cincuenta damas que hoy se cuentan en Alemania como escritoras –sin contar la legión de aquellas que no han publicado ningún disparate–, tal vez sean apenas media docena las que, como genios privilegiados de índole superior, tienen la verdadera vocación de dedicarse a las ciencias, y éstas son mujeres cariñosas y gentiles que no descuidan sus otros deberes, y que sufren con tal viveza las ridiculeces de sus hermanastras que estoy seguro de que no se sentirán aludidas ni ofendidas por mi descripción. ¿Y no es también verdad que entre la gran cantidad de escritores masculinos sólo unos pocos se distinguen por su calidad? ¡Desde luego!, pero sólo con la diferencia de que la ambición y el deseo de fama y de ganancias los puede descaminar; las mujeres, en cambio, no pueden encontrar tan fácilmente una disculpa cuando con talentos y conocimientos mediocres o menos que mediocres, inician una carrera que no les ha asignado ni la naturaleza ni la constitución civil.

En lo que respecta, por lo tanto, al trato con esas mujeres con pretensiones literarias, es evidente que cuando esas pretensiones

sean justas, su trato será instructivo y entretenido, y en lo que concierne a la otra clase, no puedo aconsejar sino paciencia, y no osar oponer motivos a sus sentencias inapelables, o intentar reformar su gusto, si uno no quiere rebajarse a incrementar el número de sus halagadores.

19

El sexo femenino posee, en un grado muy superior al nuestro, el talento de ocultar sus verdaderos sentimientos y estados de ánimo. Aun mujeres con facultades intelectuales poco sutiles poseen a veces una habilidad especial en el arte del disimulo. Hay casos en que este arte las protege contra las asechanzas masculinas. El seductor ha ganado el juego cuando se da cuenta de que el corazón femenino, o su sensualidad, hacen causa común con él contra sus principios. Así pues, no se les ha de reprochar que a veces aparenten lo que no son. ¡Pero también hay que tenerlo en cuenta en el trato con ellas! No se vaya a creer siempre que son indiferentes al que tratan con abierta frialdad, ni que se interesan especialmente por el hombre al que tratan abiertamente en confianza o a quien aparentan privilegiar. A menudo hacen esto para ocultar su juego, cuando no por mero capricho o diversión. Para descifrar sus intenciones se necesita un estudio profundo del corazón femenino, un prolongado trato a lo largo de los años con las más refinadas entre ellas, en suma, más de lo que estas páginas pueden ofrecer.

20

Callaré acerca de la prudencia en el trato con coquetas ya mayores; con aquellas que se imaginan que las pretensiones a ser admiradas, halagadas y veneradas por su belleza son tanto más seguras, como los derechos legítimos de los juristas, por una posesión de treinta años, y que sólo celebran un cumpleaños cada lustro, y que si estuvieran a cargo de una censura de libros, lo primero que harían sería prohibir el calendario. Callo sobre las mojigatas, las severas, reservadas y santurronas con las que a veces, por lo que oigo, se puede tratar a solas de una manera muy distinta a la que tiene lugar en sociedad, y de las cuales personas imprudentes afirman que los hombres osados y discretos es con esta clase de mujeres con las que hacen más fácilmente su fortuna. Callo sobre las denominadas tías o comadres que asumen como su deber cristiano sacar de vez en cuando a la luz del sol la fama de sus vecinos y conocidos, y con las cuales no hay que malquistarse. No digo nada sobre todas estas mujeres para no disgustar contra mí a las buenas damas, ya que no tengo parte alguna en estas maledicencias.

21

Permítaseme aún unas palabras sobre las alegrías que trae consigo el trato con mujeres sensatas y gentiles. He dicho anteriormente que debo a ese trato las horas más felices de mi vida, y en verdad que digo esto desde el fondo de mi corazón. Su ternura, su talento para adivinar y comprender pensamientos, para captar ideas, para comprender gestos; su fino sentido para los pequeños y dulces placeres de la vida; su humor encantador e ingenuo; sus juicios a menudo tan inteligentes y tan libres de opiniones eruditas, sistemáticas o preconcebidas; sus afables estados de ánimo inimitables, interesantes en sus mismos flujos y reflujos; su paciencia en largos sufrimientos, aunque en un primer momento, cuando les afecta el mal, con sus quejas empeoren la situación para

su compañero; su manera suave y cariñosa de consolar, de cuidar y esperar, de tolerar; la dulzura que predomina en su naturaleza; la pequeña e inofensiva locuacidad con la cual animan las reuniones, todo esto lo conozco yo, lo aprecio y lo venero. Y con lo que he tenido que decir en desventaja de algunas de ellas, ¿quién me imputará maledicencia o intenciones odiosas?

CAPÍTULO SEXTO

SOBRE EL TRATO ENTRE AMIGOS

1

Puesto que el comportamiento frente a nuestros amigos depende de la elección de los mismos, primero anticiparé una serie de observaciones sobre este tema. Ninguna relación amistosa suele ser más duradera que aquella que se sella en los primeros años juveniles. En esos años se es menos receloso, menos maniático en las minucias; el corazón es más franco, está más dispuesto a comunicarse, a trabar relaciones; los caracteres se adaptan mejor; se cede por ambas partes y se adaptan los estados de ánimo; se experimentan cosas juntos, se recuerdan los años en común, felices y sin cuitas, y se avanza al mismo paso en la cultura y en la experiencia. A esto se suma la costumbre y la necesidad; si uno es arrebatado del círculo íntimo por las garras de la muerte, los supervivientes se sentirán tanto más unidos entre sí. En la edad adulta todo esto es diferente. Desilusionados numerosas veces por personas y por el destino, nos volvemos más cerrados, no confiamos tan fácilmente en los demás; el corazón está bajo la tutela de la razón que sopesa cuidadosamente e intenta aconsejarse a sí misma antes que fiarse de otros. Se es más exigente, más meticuloso en la elección de nuevos conocidos, y no se desea tanto hacer nuevas amistades, y uno tampoco queda tan impresionado por personalidades brillantes y originales; se poseen conceptos más auténticos de la perfección, de las uniones duraderas, de la utilidad y las desventajas de una entrega completa; el carácter es más firme; los principios se remiten a sistemas a los cuales raras veces se adaptan las ideas y teorías de personas extrañas; en consecuencia, se vuelve más difícil lograr una armonía duradera, y por último estamos involucrados en varios negocios y conexiones, de modo que apenas tenemos ocio, y aún menos las ganas de iniciar otras actividades. Así pues, no se han de descuidar las amistades juveniles; y por más que el destino, los viajes y otras circunstancias

nos lleven lejos por el mundo y nos separen de nuestros compañeros de antaño, inténtese mantener aquellos vínculos y raras veces nos arrepentiremos.

2

Es un principio reconocido casi universalmente que para la perfección de la amistad se requiere la igualdad de clase y de edad. "El amor", se dice, "es ciego"; une, por un instinto inexplicable, corazones entre sí que para el observador objetivo no parecen creados el uno para el otro, y como el amor se rige por el sentimiento y no por la razón, en él pierden su vigencia todas las consideraciones de la distancia generadas por las circunstancias externas. La amistad, en cambio, se basa en la armonía en los principios y en las inclinaciones; ahora bien, cada edad, así como cada clase, posee su propia circunstancia, según la diferencia de educación y de experiencias, por lo cual entre personas de edades distintas y de una extracción social diferente no se produce una armonía perfecta, como exigiría el vínculo de la amistad.

Estas observaciones contienen mucho de verdad, pero yo he comprobado la existencia de amistades estrechas y duraderas entre personas que no eran ni de la misma edad ni pertenecían a la misma clase, y si recordamos lo que dije al principio del capítulo primero de esta parte, esto encuentra fácil explicación. Hay ancianos jóvenes y jóvenes viejos; una buena educación, moderación en los deseos, libertad de pensamiento e independencia de la situación, elevan al mendigo a un hombre de clase elevada, así como costumbres despreciables, apetitos innobles y pensamientos viles rebajan incluso a un príncipe al nivel de la plebe. Pero no cabe duda de que para que una amistad sea duradera y estrecha, se necesita compartir principios y sentimientos, y que difícilmente se puede dar cuando

existe una gran diferencia en las capacidades y en los conocimientos. ¿Acaso no desaparece una de las mayores felicidades en esos vínculos, el intercambio de ideas y opiniones, la comunicación de sentimientos hermanados, la rectificación de oscuros presentimientos y la corrección en casos importantes, cuando nuestro amigo no se puede poner en nuestra situación, cuando nuestros sentimientos le son completamente ajenos? Hay personas a las que sólo se las puede admirar, a las que siempre tenemos que mirar con respeto, y a esas personas se las venera, pero no se las ama, o al menos se desespera de que nos correspondan con su amor. En la amistad ambas partes tienen que poder dar y recibir lo mismo. La preponderancia excesiva de una de las partes, todo lo que suspenda la igualdad, perturba la amistad.

3

¿Por qué los ricos tienen tan poco sentido para la amistad? Sienten menos la necesidad anímica. Su actividad se concentra más o menos en satisfacer sus pasiones, en correr tras alegrías embriagadoras y que aturden los sentidos; en gozar siempre, en ser elogiados, halagados, honrados. De las personas en su misma situación los separa la envidia, la rivalidad y otra pasiones; sólo buscan a los que están por encima cuando los necesitan para favorecer sus intenciones egoístas o ambiciosas; a los de clases inferiores y a los pobres los mantienen a una distancia tan grande, que de ellos no pueden aceptar ni la verdad ni pueden soportar el pensamiento de ponerse a su altura. Entre los mejores de ellos también surge pronto, más tarde o más temprano, la noción de que están hechos de mejor pasta y eso mata la amistad.

4

Entre aquellas personas que comparten contigo clase social, patrimonio, edad y capacidades, cuenta con una amistad duradera entre quienes no se dejan dominar por pasiones innobles, intensas o necias, o entre aquellos que no son como una veleta, llevados de un lado a otro por sus manías y obsesiones. Quien se entrega incesantemente a diversiones y placeres embriagadores; quien lo sacrifica todo a los deseos desenfrenados, a la voluptuosidad, a la bebida, al maldito juego; cuyos ídolos son el falso honor, el oro o su propio yo; quien se muestra vacilante en sus principios y opiniones; o tiene un carácter que, como la plastilina, se deja modelar en cualquier forma, ese es posible que sea un buen conversador en sociedad, pero nunca será un amigo fiel y constante. Cuando llegue el momento del sacrificio, de la constancia y de la firmeza, te dejará en la estacada; te quedarás solo y te creerás engañado, aunque tú eres el que se habrá engañado a sí mismo por haber elegido las amistades con imprudencia. En este mundo se repite con frecuencia el fenómeno de que nuestra fantasía nos pinte a las personas como nosotros las quisiéramos, y después nos ofuscamos al comprobar que la naturaleza no ha creado al original según el cuadro.

5

Se suele decir que el medio más seguro para tener amigos es no necesitar ningún amigo; pero todo hombre con sentimientos necesita amigos. ¿Y es acaso tan difícil encontrar amigos leales en este mundo? Yo pienso que no tan difícil como se suele creer. Nuestros señoritos romanticones sólo se forjan conceptos exaltados de la amistad. Desde luego, si exigimos a nuestros amigos una

entrega completa e incondicional, negación de todos sus propios intereses, apoyo ciego, admiración incluso de nuestros errores, aceptación de nuestras necedades, cooperación en nuestros desvaríos pasionales, en pocas palabras, si les exigimos más de lo que puede reclamar la justicia y la equidad de hombres de carne y hueso y libre voluntad, no encontraremos entre mil uno solo que se arroje así a nuestros brazos. Pero si buscamos a personas sensatas, cuyos principios fundamentales y sentimientos coin-cidan con los nuestros, sin contar diferencias insignificantes; personas que compartan nuestras aficiones; que nos quieran sin quedar bajo nuestro embrujo; que aprecien lo que tenemos de bueno sin por ello ser ciegos a nuestras flaquezas; que no nos abandonen en la desgracia y se mantengan fieles y constantes en cuestiones honradas, y que nos consuelen, nos animen y nos ayuden a soportar nuestras cuitas, y que sacrifiquen todo lo que se puede sacrificar sin ofender su honor y la justicia ni tampoco los de los suyos, que no nos oculten la verdad, que nos llamen la atención sobre nuestras faltas sin por ello ofendernos, que nos prefieran al resto de las personas siempre que pueda ocurrir sin iniquidad, en definitiva, si buscamos en serio a estos amigos, no cabe duda de que los encontraremos. ¿Encontraremos muchos? No, a tanto no llego, pero sí un par para cada hombre cabal, ¿y qué más se necesita en este mundo?

6

Si has encontrado a un amigo fiel como el descrito, ¡no lo dejes escapar! Hónrale, aun en el caso de que la fortuna te eleve de repente por encima de él, aun en el caso de que tu amigo no brille, de que tu amistad con él no parezca justificada a juicio del pueblo. No te avergüences de tu amigo más pobre y menos apreciado; no envidies al amigo que es preferido a ti; júntate a él sin por ello

resultarle fastidioso. No exijas más de él de lo que tú podrías rendir; tampoco le exijas mucho cuando no comparta tu misma viveza de temperamento, tus mismas capacidades, tu mismo grado de sensibilidad. Toma con calor y celo el partido de tu amigo, pero no a costa de la justicia y de la honradez. Por él no debes ser ciego a las virtudes de otros, ni, cuando tengas el poder en tus manos de hacer la fortuna de un hombre digno y capaz, le pospongas en beneficio de un amigo menos apto. No debes defender su precipitación, ni elevar sus pasiones a virtudes, ni fortalecer anticipadamente el partido de tu amigo ofensor, en pequeñas disputas con otras personas, cuando no tiene razón; no te precipites con él en su ruina cuando ya no se le pueda ayudar, ni tampoco enfurezcas más a sus enemigos con una defensa absurda, provocando así tu misma caída y la de los tuyos. Pero has de salvar su honra cuando sea inocente y se le calumnie injustamente, también cuando todos le abandonen y le ignoren, siempre que esperes que ello le pueda aportar alguna ventaja. Has de honrarle públicamente y no avergonzarte nunca de tu amistad con él cuando el destino o personas maliciosas le hayan arrojado al suelo inmerecidamente. No te reirás con los bromistas que se burlan de él a sus espaldas. Le avisarás con prudencia y cautela de los peligros que amenazan a su honor, pero sólo cuando esto pueda servir para evitar el mal o para rectificar alguna imprevisión, no cuando por ello lo único que obtenga sea una hora intranquila.

7

Amigos que no nos abandonan en la necesidad son raros: ¡sé tú uno de ellos! ¡Ayuda, salva siempre que puedas! Sacrifícate, pero no olvides lo que exige la prudencia y la justicia de ti y de otros. Ahora bien, no te sulfures, no te quejes cuando otros no hagan lo mismo por ti. No siempre se dejan llevar por la mala voluntad. He dicho

anteriormente que personas débiles y sometidas a las pasiones son amigos inseguros; pero cuán pocos hay que sean firmes e imperturbables en su carácter, que estén libres de bajas pasiones y de segundas intenciones, que en su relación contigo tengan consideración a tu buena fama y que cuando tu amistad no les honre, quieran cargar sobre ellos la vergüenza ante el mundo de tener amistad contigo; cuán pocos hay que, cuando se trata de una difamación, no sacrifiquen el débil al poderoso. Date por satisfecho cuando estas personas, tan pronto como se cierna una tormenta sobre tu cabeza, retrocedan sólo un pequeño paso o transformen su amor y veneración en una suerte de protección o papel de consejero. Atribuye la culpa al temperamento temeroso de la mayoría de la gente, a su dependencia de las circunstancias externas, a la necesidad, en estos días, de hacer su fortuna a través del favor ajeno y prosperar en estos tiempos tan onerosos. Cuán pocas personas quedarían con las que pudieras caminar en este mundo de la mano, en la fortuna y la desgracia, si quisieras ser tan riguroso. A veces se da la situación de que nuestros amigos (cuando por grandes o pequeñas imprudencias hemos sido los culpables de nuestro destino) se quedan debiendo la justificación de mostrar públicamente que no han estado involucrados en nuestras necedades. A menudo nuestra situación contraria les conduce a la actitud que siempre habrían tenido que ostentar, es decir, dejan de halagarnos como lo hacían antes por temor a perder nuestra amistad.

En algunas situaciones deslumbrantes de mi vida he visto a un grupo de personas asediándome, arrojándome incienso sin cesar, respondiendo a cada una de mis ocurrencias con ruidosa admiración; en dicho grupo me componían versos lisonjeros, proclamaban mis palabras como oráculos y mi fama con toque de trompetas. Conocía lo suficiente al género humano como para no tomarlo en serio, como para estar convencido de que si una vez me encontraba en una situación menos ventajosa, y no me necesitaran, me tratarían de una manera muy diferente. No me equivoqué, pero no por ello eran esas personas canallas o hipócritas. A muchos de ellos, es cierto, los

conocí como tales; se permitieron las peores vilezas contra mí; no me extrañó; los desprecié; pero algunos simplemente se habían dejado arrastrar por la corriente. La voz de mis enemigos los despertó; se quedaron desconcertados, me miraron con ojos inquisitivos y vieron mis errores; me reprocharon esas faltas con sus palabras o con algo de frialdad en su comportamiento, tal vez con algo de brusquedad, me dieron la oportunidad así de fijarme en ellas, de perfeccionarme, y en verdad que estos fueron amigos más útiles y auténticos que otros que no cesaron de fortalecerme en mi vanidad e infatuación.

8

No hay un principio que me parezca más burdo e impropio de un corazón sensible que el que afirma que es un consuelo tener compañeros en la desgracia. ¿No es suficiente con sufrir uno mismo y al mismo tiempo estar convencido de que en el mundo aún hay muchas buenas personas honradas, como lo somos nosotros, que tienen que soportar tanta o más miseria? ¿Hemos de incrementar a propósito la suma de estos desgraciados obligando a otros a compartir con nosotros nuestra carga, que por ello no se tornará más ligera? Pues no se puede decir que es un alivio distraerse con el dolor de otro. Sólo para algunas ancianas, pero no para un hombre sensato, puede ser un beneficio esa charlatanería. He hablado en el capítulo primero de la primera parte de si es bueno quejarse ante otros de nuestras adversidades. En aquel entonces di como respuesta a esta pregunta lo que enseña la prudencia y la cautela; en el trato con amigos, en cambio, que es de lo que estamos hablando aquí, la sutileza prescribe que ocultemos en lo posible nuestra situación desagradable a los amigos que se interesan y conmueven por nuestro bienestar. Digo en lo posible, pues pueden darse casos en que la necesidad de desahogarse que tiene el

corazón oprimido sea grande, o las peticiones cariñosas del amigo, que lee las preocupaciones en nuestra frente, sean tan insistentes que callar por más tiempo sea una tortura para nosotros o una ofensa para nuestros amigos. En el resto de los casos es mejor respetar la tranquilidad de nuestro amigo, como la nuestra propia. Es evidente que aquí no tratamos de aquellas ocasiones en que su consejo o su ayuda nos pueden salvar. ¿Qué sería de la amistad si se callara entonces?

9

Si un amigo se desahoga contigo contándote sus problemas, sus dolores, escúchale con interés. No te pares en trivialidades morales, con observaciones sobre cómo podría haber sido de otro modo, o qué tendría que haber evitado, o lamentando que la situación no haya sido diferente. ¡Ayuda siempre que puedas! Consuela y emplea todo lo que pueda causarle alivio; pero no lo ablandes en cuerpo y alma con quejas y lamentos femeninos. Despierta más bien en él su valor viril, para que se eleve sobre los vanos sufrimientos de este mundo. No le halagues con falsas esperanzas, con la posibilidad de un ciego azar, sino ayúdale a emprender caminos que sean dignos de un hombre sabio.

10

En el trato con los amigos se ha de desterrar todo disimulo. Ha de caer toda falsa vergüenza, se ha de prescindir en la vida común de toda compulsión, de la conveniencia, de la exagerada deferencia y el

recelo. Entre amigos íntimos ha de predominar la confianza y la sinceridad. Hay que tener en cuenta aquí que el descubrimiento de intimidades, cuya comunicación no produce ninguna utilidad, al revés, por el más pequeño descuido en preservarlas, puede traer desventajas, es charlatanería infantil; que pocas personas son capaces de guardar inquebrantablemente un secreto bajo cualquier circunstancia, aun cuando estas personas posean todas las demás cualidades que son necesarias para la amistad; que secretos ajenos no son de nuestra propiedad y, por último, que también podemos tener secretos propios que no se pueden confiar a ninguna persona en la tierra sin perjuicio, peligro o desventaja.

11

Cualquier índole de adulación dañina ha de quedar suprimida en el trato entre amigos auténticos, pero no cierta afabilidad que endulza la vida, o flexibilidad y tolerancia en asuntos inocentes. Hay personas cuyo afecto se pierde instantáneamente en cuanto se cesa de arrojarles incienso, en cuanto se deja de compartir la misma opinión, el mismo gusto. En su presencia no se puede hacer justicia a otras personas. Hay asuntos que ni siquiera se pueden tocar sin enojarlas. Si han cometido una tontería; si tienen un prejuicio a favor o en contra de algo; si la fantasía o la pasión las ha descaminado; si tienen costumbres indecentes o dañinas; si se encuentra en su manera de vivir y de administrar un motivo para poner reparos, y uno se atreve a decir algo al respecto, entonces escupen fuego por todos lados. Otros no se sentirán tanto ofendidos por ello como humillados. Se han acostumbrado tanto a estar entre algodones que no quieren escuchar la voz de la verdad. Sólo se puede hablar con ellos de aquellas cuestiones que fomentan el adormecimiento de sus almas podridas. “Te lo ruego”, dicen, “dejemos de hablar de ello. Son asuntos que no me gusta recordar.

No lo puedo evitar. Sé muy bien que no tengo razón, que tal vez debería actuar de otra manera; pero eso me costaría mucha energía; mi salud, mi tranquilidad, mis nervios no soportarían que reflexionara seriamente sobre eso". ¡Pues sí! Cualquier hombre con un carácter firme, que ama y busca seriamente el bien, tiene que tener el valor de reflexionar con madurez sobre cualquier asunto. Todas esas almas blandas no sirven para la amistad. Hay que tener el valor para decir la verdad y para oír la verdad, también cuando esa verdad es dura y estremece nuestro interior. El privilegio de un amigo de no ocultarle la verdad al otro no justifica, en cambio, hacerlo con arrogancia, grosería, impertinencia o precipitación, ni a fatigarle o amargarle con largos sermones ni a angustiarle cuando por su temperamento o las circunstancias no se espere ningún beneficio de ello.

12

He dicho anteriormente que todo lo que anula la igualdad entre los amigos es dañino; así pues, como la relación entre un benefactor y aquel que recibe el acto benéfico es la menos compatible con la igualdad, parece adecuado a la delicadeza de los sentimientos impedir que mediante un gran número de actos benéficos por una de las partes, el amigo quede en una posición sumisa. Esos favores son contrarios a la libertad y a la elección sin reserva, principios en los que se basa la amistad. Introducen algo en esta unión que no pertenece a ella, a saber, el agradecimiento que no es voluntario, sino un deber. Raras veces se tiene el valor de hablar tan abiertamente con el benefactor como con el amigo. A eso se añade que, cuando pido un favor a un amigo, no le gustará negármelo por delicadeza, lo que tal vez haría si fuera una persona extraña. Sé muy bien que a un corazón orgulloso y noble le cuesta más aceptar actos benéficos que hacerlos, incluso en el caso de que cuando los hace le

suponga un sacrificio; pero siempre recae sobre una parte la carga de la obligación, ¿y no ocurre entre amigos que la carga sea llevada por las dos partes? Aunque sólo fuera por el hecho de que el acto benéfico nos hace parciales a favor de nuestro benefactor, y la parcialidad es soborno, sólo por esto desearía ver que esa situación quedara excluida de la amistad tanto como fuera posible. Así pues, se ha de ser extremadamente cauto a la hora de aceptar y pedir favores a los amigos. En aquellos casos en que puedan surgir esos escrúpulos, es preferible recurrir a la ayuda de extraños, en especial en asuntos de dinero. No se debe abusar mediante recomendaciones, para negocios ajenos, de la obsequiosidad de los amigos poderosos. Hay medios de llamar la atención del hombre noble, al que le gusta hacer el bien, sobre aspectos que sean dignos de su ayuda. Un oficial le pidió a Mylord Marshal Keith[1] que le recomendara al rey de Prusia. No le respondió nada, pero le dio, cuando partía para Postdam, un pequeño saco de guisantes que el oficial debía de entregarle al rey sin una carta. Federico comprendió que su amigo no le habría dado a ningún hombre de baja laya semejante encargo y tomó al oficial a su servicio. Hay almas sutiles que tienen un lenguaje secreto, incomprensible para los demás. Pero hay casos en que hemos de dirigirnos sin timidez a los amigos, a saber, cuando los favores que necesitamos de ellos son del tipo que se puede hacer sin molestias, y que nos lo pueden negar sin que por ello nos sintamos ofendidos o nos veamos en una situación incómoda; cuando estemos en condiciones de devolver el mismo favor en circunstancias parecidas; cuando nadie esté mejor convencido que él de la situación y de la seguridad en que puede cumplir nuestro ruego, o cuando toda nuestra suerte dependa del silencio en un asunto concreto; cuando no podamos confiar en otro sin peligro y perjuicios, cuando no podamos esperar ayuda de ningún otro, y cuando tengamos la certeza de que nuestro amigo no tiene nada que perder y no puede quedar expuesto a ninguna incomodidad. En todos estos casos y otros parecidos pecaríamos contra la confianza que le debemos si le calláramos nuestro apuro.

1. George Elphinestone Keith (1746-1832), almirante británico. N. del t.

13

Algunos aspectos que he comentado sobre la relación entre cónyuges se pueden aplicar a la existente entre amigos, por ejemplo que se ha de cuidar de no resultar oneroso al amigo, o de no causar impresiones negativas por un trato demasiado confiado. Para este propósito se puede recurrir a los mismos medios que propuse en aquella ocasión. No hay que verse en exceso, de modo que la compañía de nuestro amigo deje de ser un acto benéfico y comience a convertirse en algo cotidiano, conociendo los pequeños defectos del amigo, que tienen en mayor medida todos los hombres y que no son tan llamativos cuando no se vive juntos, pero que a la larga, en algunos estados de ánimo y humores, pueden tener un efecto nocivo. Esta precaución es aún más necesaria en la amistad que en el matrimonio, ya que éste se basa en otras consideraciones y en el pensamiento de que se está unido para toda la vida, en la alegría y el sufrimiento, para ser un cuerpo y un alma, mientras que este pensamiento y otros aspectos del vínculo amoroso faltan en la amistad, por lo cual la continuidad de esta depende de su protección. Es cierto que aquellas impresiones desagradables en personas nobles y sensatas no son duraderas, y que sólo se necesita un periodo intermedio de algunos días para que se nos vuelvan a abrir los ojos sobre el valor y las cualidades de nuestro amigo, en comparación a otros seres mediocres con los cuales hemos vivido entretanto; pero no cabe duda de que es mejor no llegar a albergar esos sentimientos, y es algo que se puede cambiar. Así pues, hay que desterrar del trato con los amigos esa confianza plebeya, esa falta de cortesía y ese descuido en el aspecto externo sobre los que he hablado en el capítulo tercero de esta parte, sobre todo en su

sección cuarta; por último, no impongas al amigo ningún tipo de coacción, no le exijas que se adapte a nuestros estados de ánimo y gustos, ni que evite el trato de aquellas personas que nos resultan antipáticas.

Es igual de importante no hacer que personas queridas se conviertan hasta tal punto en una necesidad para nosotros que uno crea no poder vivir sin ellas. En este mundo no somos dueños de nuestro destino. Hay que acostumbrarse a soportar separaciones por muerte, alejamiento y otras circunstancias, y si alguien tiene una propiedad, hay que hacerse a la idea de que la podría perder. Un hombre sabio no funda toda su vida en la existencia de otro ser.

14

Ahora bien, sigue siendo, aun en la lejanía, un amigo fiel de tus amigos. De otro modo parecerá que te has unido a ellos por provecho propio o para entretenerte. No seas descuidado en la correspondencia con ellos, como algunas personas lo son. ¡Cuán fácil es escribir una nota! ¿Quién está tan ocupado como para no disponer al día de al menos un cuarto de hora? ¡Cuán agradable pueden ser unas líneas afectuosas o consoladoras para un amigo, y cuán bienhechoras para nosotros mismos! No admito la disculpa de que a veces durante un largo tiempo no se tienen ganas de llevar al papel los pensamientos. Las cartas dirigidas a las personas que queremos no son ejercicios de retórica; sino que dan la bienvenida a cualquier palabra que refleje lo que sucede en nuestra alma, y de esta manera nos resultará más soportable la separación de personas queridas.

15

A veces vemos a personas que son tan celosas en la amistad como en el amor. Esto es más testimonio de un carácter envidioso que cariñoso. Nos tenemos que alegrar de que haya gente que sepa apreciar el valor de lo que nos es querido; nos tenemos que alegrar de que nuestro amigo, aparte de nosotros, encuentre otras almas afines con las que pueda comunicarse y en cuya compañía pueda gozar. No por ello se volverá ciego a nuestras cualidades ni desagradecido. ¿Y seríamos más apreciados cerrándole los ojos sobre las cualidades excelentes de otros?

16

Todo lo que pertenece a tu amigo, su patrimonio, su felicidad, su salud, su fama, el honor de su mujer, la inocencia y educación de sus hijos, todo esto ha de ser sagrado para ti, objeto de tu cuidado y respeto. También tu pasión más intensa, tu deseo más desproporcionado han de honrar esta inviolabilidad.

17

Los talentos, las disposiciones, la manera de expresar los sentimientos, son diferentes en cada persona. No siempre es el más sensible o delicado el que más parlotea de sus sentimientos y emociones, ni es siempre el amigo más fiel y constante el que nos

abraza con más pasión. Todo lo que es exagerado ni sirve ni dura; un respeto tranquilo y silencioso es más valioso que la veneración, la devoción o la exaltación. Así pues, no se ha de requerir de todos el mismo grado en los testimonios externos de amistad, sino que juzga a tus amigos por su afecto constante y por su fiel adhesión, que nos muestran de hecho sin exceso y sin halagos. Por desgracia, nuestra vanidad suele clasificar el valor de las personas según el grado de homenaje que nos rinden, y la mayoría de la gente intenta reunir a su alrededor a aquellos amigos en cuya compañía aparecen a una luz doblemente ventajosa, y para los cuales sus palabras son oráculos.

18

¡No intentes ganar angustiosamente amigos! No emprendas una cacería de todo hombre bueno que te caiga simpático. Cualquier tipo de insistencia, por muy buenas que sean las intenciones, en estos casos suele despertar sospechas, y quien avanza en el sendero indicado por la honradez y la prudencia, y posee en su pecho un corazón bondadoso y comunicativo, no pasará desapercibido y le terminarán encontrando; o él mismo encontrará involuntariamente a un par de nobles amigos que le ofrecerán fraternalmente su mano.

19

Hay personas, sin embargo, que no tienen ningún amigo de confianza, sino sólo conocidos, ya sea porque les falta el sentido para esta necesidad anímica, o porque no confían en ningún ser

vivo, o porque son de temperamento frío, insoportable, cerrado, vanidoso o pendenciero. Otros son amigos de todo el mundo, arrojan su corazón a los pies de cualquiera y, por esa razón, no se agacha nadie a recogerlo. ¡No pertenezcamos a ninguna de estas dos clases!

20

Entre los amigos más íntimos también pueden originarse errores, producirse malentendidos. Si se deja pasar el tiempo y se permite que se inmiscuya gente con la pretensión de mediar, ocurre no raras veces que de ello surja una enemistad duradera, más aún, una hostilidad que será tanto más intensa cuanto más afectuoso e íntimo hubiese sido el vínculo, y cuánto más engañados nos creamos. Es, ciertamente, un triste espectáculo ver a las almas más nobles enojadas de esta mane-ra. Por ello aconsejo urgentemente, no demorarse al menor signo de insatisfacción sobre cualquier comportamiento del amigo, y sin inter-vención de un tercero, clarificar la situación lo antes posible. Con esta medida suele arreglarse pronto el motivo de discordia, presuponiendo que no impere mala voluntad, como se ha de presuponer entre amigos bienintencionados.

21

¿Pero qué hacer cuando nos engaña un amigo, cuando transcurrido un tiempo nos damos cuenta de que nuestro corazón se ha equivocado y nos ha relacionado con una persona que no es digna

de nosotros? ¡Lectores míos! No puedo repetir lo suficiente que nosotros somos culpables, en la mayor parte, cuando al tratar más íntimamente a las personas encontramos que son diferentes a como habíamos pensado en un principio. Sentimientos partidistas; simpatía; semejanza en el gusto, en las aficiones; halagos sutiles; el impulso anímico en instantes en que cualquiera que muestra algo de interés en nuestro destino nos parece un benefactor: estas impresiones y otras parecidas nos animan a forjarnos esos ideales de las personas a las que ofrecemos nuestros corazones y que después es imposible que puedan hacerse realidad. Nos las imaginamos angelicales, y después, en cuanto hemos percibido en ellos flaquezas humanas, somos más intolerantes contra estos nuestros preferidos que contra extraños, al hacer de ello una cuestión de honor para nuestra prudencia. No exageréis vuestras esperanzas, no tengáis una opinión demasiado elevada de vuestros amigos, así un paso en falso, que puedan cometer en un momento de tentación, no os extrañará ni enojará. ¡Sed indulgentes! Es posible que los necesitéis en otras circunstancias. No juzguéis para que no seáis juzgados. ¿Qué derecho tienes a juzgar la moralidad de tu amigo? ¿Qué te debe aparte de lealtad, afecto y la disposición a ayudarte? ¿Quién te ha nombrado juez de sus costumbres? ¡Intenta buscar un hombre perfecto en esta tierra! Podrás cumplir cien años y seguir buscándolo en vano.

Pero ante todo hay que guardarse de dar credibilidad a cada chisme con que hombres malignos y débiles nos embuten los oídos en perjuicio de nuestros amigos. Gente que hoy compartirían con un hombre, al que han elevado al cielo, el último bocado y mañana, cuando una vieja les cuenta un cuento enojoso sobre él, lo degradan y consideran el estafador más despreciable; gente que puede considerar capaz a un amigo aquilatado de muchos años, por indicación de la vil e indigna plebe, del acto más infame, poniéndose probablemente de parte de los calumniadores, gente así de miserable y pobre de espíritu sólo mere-ce desprecio, y la pérdida de su amistad es una verdadera suerte. La apariencia suele engañar, se pueden tener motivos, pueden producirse contingencias que nos

impidan explicar ciertos pasos aparentemente ambiguos; pero que un hombre noble y acreditado no ha cometido ninguna acción mala, no necesita de más prueba que la de que un hombre noble nunca comete una mala acción.

22

Ahora bien, ¿qué ocurre si nuestro amigo realmente ha empeorado tanto moralmente, o nuestro crédulo corazón se siente engañado hasta tal punto en su confianza como para estar convencido de que ha abusado de nuestra amistad y nos ha recompensado con una actitud desagradecida? Pues bien, entonces deja de ser nuestro amigo; y pienso que mantiene ni más ni menos que el mismo derecho a nuestra tolerancia que cualquier otra persona que nos sea extraña. Considero una falsa sensiblería, a la que contribuye en la mayor medida la vanidad de no querer aceptar nuestras equivocaciones, la de creer que siempre se ha de hablar de semejante traidor con el mayor miramiento, por haber sido amigo nuestro. Lo único que nos puede impulsar a ser indulgentes con él es el pensamiento de que el corazón humano es un órgano débil, y que fácilmente se llega demasiado lejos en el enojo cuando en nuestro juicio se mezcla una suerte de venganza. Por otra parte, la circunstancia de que el hombre nos ha engañado, no agranda en nada su mala acción y no nos autoriza a lanzarnos contra él con más enojo que contra cualquier otro bribón que engaña a otras personas y a la virtud en general.

CAPÍTULO SÉPTIMO

SOBRE EL TRATO ENTRE SEÑORES Y SIRVIENTES

1

Es harto triste que la mayor parte del género humano, por debilidad, pobreza, violencia u otras circunstancias, se vea obligado a estar a disposición de la minoría, y que a menudo una buena persona tenga que obedecer las órdenes de otra que es peor. Qué puede ser, por lo tanto, más justo que aquellos a los que el destino ha puesto el poder en sus manos, no desaprovechen la ocasión para hacer más soportable el yugo a sus congéneres y facilitarles en lo posible su vida.

2

Pero también es verdad que la mayoría de los hombres han nacido para ser esclavos y que sentimientos y caracteres realmente grandes, en cambio, sólo parecen ser el patrimonio de un número insignificante. El motivo de esta verdad se ha de buscar menos en las disposiciones naturales que en la educación de otros y en la nuestra, así como en nuestra época, corrompida por el lujo y el despotismo. A través de ellos se genera una cantidad enorme de necesidades que nos hacen depender de otros. La eterna ambición de ganancias y placer genera pasiones bajas, nos obliga a mendigar y a arrastrarnos para conseguir lo que consideramos necesario para nuestra existencia, mientras que la moderación y la frugalidad son las fuentes de toda virtud y libertad.

3

Si es cierto que la mayoría de las personas permanece ajena a cualquier sentimiento sutil, e incapaz de albergar pensamientos elevados y sublimes, no lo es menos que muchos son sensibles a un buen trato y que no son ciegos a los verdaderos valores. Así pues, no cuentes ni con el afecto y el respeto, ni con la obediencia voluntaria de aquellos que están sometidos a ti cuando ellos sientan que son mejores moral-mente, que son más sabios, más capaces que tú; cuando sepan que tú los necesitas más de lo que ellos te necesitan a ti; cuando los maltratas, cuando los recompensas poco por servicios importantes, cuando prefieres entre ellos a los lisonjeros antes que a los servidores sinceros, honrados y fieles; tampoco cuando se avergüencen de pertenecer a un hombre al que todo el mundo odia o desprecia; cuando exiges de ellos más de lo que tú rendirías en su lugar; cuando no te preocupas de su bienestar moral, económico y físico; cuando les das una paga tan escasa que llegan a desesperarse, o no tienen otro remedio que engañarte, o al menos no pueden gozar de una sola hora alegre; cuando no tomas en consideración su estado físico, los repudias en cuanto se vuelven viejos y débiles; cuando les permites poco descanso y poco sueño; cuando, mientras tú te das la gran vida, los dejas esperándote a la intemperie hasta la medianoche, tal vez en pleno temporal, y muertos de aburrimiento; cuando tu orgullo ridículo se torna en objeto de sus burlas, o tu ira los cubre de insultos; cuando pese a toda su atención no logran recibir de ti una sola palabra amable. Mostrad rectitud, honestidad, verdadera filantropía, dignidad y consecuencia en las acciones, este es el medio más seguro para obtener el respeto general, y en especial para asegurarnos la veneración y el afecto de aquellos que dependen de nosotros, que nos ven a menudo sin maquillaje alguno, en nuestros más variados estados de ánimo, y con los cuales apenas podemos fingir por mucho tiempo. Es un viejo dicho pero muy acertado: "a tal señor, tal criado". Es evidente que eso sólo es válido de criados que

han servido lo suficiente en una casa como para adoptar el tono dominante en ella; pero en estos ese dicho es casi infalible. Un ayuda de cámara, que sea un soplagaitas, suele servir a un fanfarrón; señores modestos suelen tener una servidumbre cortés; en casas silenciosas y ordenadas se encuentra gente honesta y trabajadora; criados pendencieros y licenciosos suelen tener su domicilio donde son frecuentes las disputas y las costumbres libertinas entre los señores. Así pues, un buen ejemplo (no se necesitan advertencias prolijas) es el medio más seguro para poseer una servidumbre útil.

4

Así como aconsejo un trato amable y afectuoso con los criados, no puedo sino desaconsejar encarecidamente que uno se descubra completamente ante ellos y que se les haga confidentes en asuntos personales, que se les dé una paga desmesurada acostumbrándolos a una vida relajada cuando no se les da una ocupación apropiada, que se deje todo a su propia discreción, se les haga los dueños ilimitados de la caja y de las provisiones despertando en ellos la tentación de hurtar; cuando se renuncia voluntariamente a todo poder sobre ellos y a todo prestigio y uno se rebaja a intercambiar bromas con exagerada confianza. Entre cien personas de esa índole apenas se encontrará una que lo resista y no abuse de esa indulgencia. Tampoco es ese un medio para hacerse querer. Un comportamiento benevolente, serio, modesto, siempre el mismo, ajeno a una solemnidad rígida y arrogante; una paga correcta, decente, no excesiva, adecuada a la importancia de sus servicios; rigurosa puntualidad a la hora de llamarles al orden y recordarles aquello a lo que se han obligado; afecto y amabilidad cuando desean de nosotros la concesión de una petición decente y modesta, o la de un placer inocente; sabia reflexión en la distribución del trabajo, de

modo que no se les abrume con labores inútiles, con asuntos que sólo tengan como objeto nuestro placer vanidoso, y no tolerar que estén ociosos, sino que también trabajen para ellos, mantengan un vestuario limpio y apropiado y adquieran nuevas aptitudes; atención y sacrificio de nuestros propios intereses cuando se tiene la oportunidad de conseguirles un destino mejor, o de ascenderlos; cuidado paternal sobre su salud, sobre su honrado provecho y su comportamiento moral. Estos son los medios más seguros para ser bien servido y con lealtad y para recibir el afecto de aquellos que nos sirven. Aquí añado el consejo de no mantener muchos criados, pero los pocos que se tenga y que se necesite, ocuparlos útilmente, pagarles bien y tratarlos razonablemente. Cuantos más criados tengamos, peor seremos servidos.

5

Nuestra elegante forma de vida ha privado a una de las primeras y más bellas relaciones, la existente entre el señor de la casa y sus habitantes, de todo el atractivo y la dignidad. Los derechos patriarcales y sus alegrías han desaparecido en gran parte; la servidumbre no se ve como formando parte de la familia, sino como mercenarios que suprimimos a nuestro gusto, así como ellos también nos pueden abandonar en cuanto crean encontrar en otra parte más libertad, más comodidad o una paga mejor, y aparte de las horas que tienen que dedicar a nuestro servicio, no tenemos ningún derecho a recurrir a ellos, no vivimos entre ellos, sólo se les ve cuando se toca la campanilla y salen de sus agujeros habitualmente sucios e insalubres. Esta relación impersonal contraída por un periodo incierto tiende, por tanto, una frontera entre los intereses de ambas partes; el señor intenta conseguir al mercenario lo más barato posible; por vanidad o por dispendio tendría que invertir más en él; no le preocupa lo que pueda ser del

sirviente con la edad y éste, que lo sabe, con esas perspectivas tan inciertas intenta apoderarse de todo lo que puede, para al menos tener algo ahorrado. Es fácil de ver la influencia que puede tener todo esto en la moralidad, la formación y la confianza. Es verdad que no todos los señores tratan de una manera tan antinatural y fría a su servidumbre; ¿pero dónde se encuentran personas en los tiempos actuales que, como padres y maestros de aquellos que les sirven, tengan la alegría de sentarse entre ellos e instruirlos mediante conversaciones sabias y amistosas, de trabajar en su formación moral e intelectual y preocuparse por su futuro? Es cierto que sólo una minoría entre las personas que se dedican a servir, están tan bien educadas como para reconocer el valor de esa condescendencia y aprovecharla apropiadamente. ¿Pero qué nos impide educar nosotros mismos a la servidumbre, aceptarlos como niños, mantenerlos con nosotros durante toda la vida, como miembros de nuestra familia, y mejorar su suerte en proporción a sus méritos y a nuestro patrimonio? Conozco por experiencia todas las desventajas de estas medidas; durante varios años seguí este plan; fracasó a menudo; nuestro trabajo no merece la pena, no se reconoce; los niños, una vez crecidos, comienzan a pensar por sí mismos y escapan a nuestra disciplina paternal. Pero ocurre también con frecuencia que nosotros mismos somos los culpables por un tratamiento erróneo y no siempre se comportan de manera desagradecida. A veces les damos una educación muy diferente, de acuerdo con su situación, y precisamente por ello les causamos insatisfacción con su estado, en vez de fundar su felicidad, o los seguimos tratando, cuando ya son adultos, como si fueran niños. La naturaleza ha inculcado en todas las criaturas el deseo de libertad; creen liberarse de un yugo cuando se van de nuestra casa, creen no necesitarnos más, poder gobernarse y aconsejarse a sí mismos. Pero es muy frecuente que estas personas se arrepientan posteriormente de habernos abandonado, una vez que han comprendido la diferencia existente entre un señor y un padre de familia y han obtenido conceptos auténticos y reales de la verdadera libertad. Lo desconocido siempre parece mejor que lo habitual por muy bueno que sea. Por lo demás, en este mundo nunca se debe contar con el

éxito y el agradecimiento, sino hacer el bien simplemente por amor al bien. Pero no deja de merecer la pena el esfuerzo por más que creamos que ha sido tiempo perdido, los efectos de una buena educación a menudo se muestran más tarde. Es también un placer plantar para otros, ya que cultivar frutos que uno mismo goza es un mérito ordinario.

6

Un padre de familia tiene el derecho a obligar a su servidumbre a cumplir sus deberes; pero no debe dejarse llevar por la cólera, ni tratar a criados adultos con groseros insultos o maltratarlos de obra. Un hombre noble sólo puede aplicar la fuerza contra la fuerza; nunca maltratará a quien no se puede defender.

Aún es más duro retirar a los pobres criados parte de su escasa paga, a causa de un pequeño descuido, por ejemplo por haber roto algo. Por lo demás, con esta oportunidad tengo que dar un consejo que, por muy insignificante que pueda parecer, no es de despreciar. Inténtese despertar entre los criados la suficiente confianza como para que, en cuanto se rompa o se pierda algo en la casa por su culpa, nos lo confiesen de inmediato, y así se pueda reemplazar el objeto sin inconvenientes y no disminuya nuestro inventario doméstico. Cuando de una docena de tazas, platos, vasos u otras piezas, desaparece una, no se aplicará tanto cuidado con las restantes y pronto habrán desaparecido todas, por lo que habrá que desembolsar una suma considerable.

7

A los sirvientes ajenos hay que tratarlos con gran cortesía y respeto, pues en lo que concierne a nosotros son hombres libres, o nosotros tampoco podríamos llamarnos libres al servir a príncipes. A esto se añade que algunos sirvientes tienen mucha influencia en sus señores, cuyo favor nos importa, de modo que la voz de las clases bajas a menudo puede ser muy decisiva para nuestra fama; y, por último, se ha de advertir que esta clase se lo toma más en serio, se da más fácilmente por ofendida, no cree que se la trate apropiadamente, en comparación con personas a las que los principios de una educación esmerada sitúan por encima de esas menudencias algo mezquinas.

8

Este no deja de ser el lugar apropiado para añadir la advertencia de evitar el chismorreo y la confianza en el trato con peluqueros, barberos y sombrereras. Esta gente –aunque hay excepciones– tiene la tendencia a llevar observaciones suyas de una casa a otra, a urdir intrigas, enredos y a chismorrear y a ofrecer sus servicios para los asuntos más indecentes. Lo mejor es mantener con ellos un trato serio y reservado.

9

La servidumbre no acostumbra considerar como un hurto pequeños fraudes en comestibles, café, azúcar, etc. Por muy injusto que sea

esto, no es menor el deber de los señores de evitar en lo posible que sus criados se hagan culpables de semejantes deslealtades. Dos aspectos son aquí los más efectivos: primero, un buen ejemplo de moderación y dominio del apetito, y en segundo lugar, de vez en cuando, la voluntaria administración de aquellos bocados que pudieran estimular los antojos.

10

Y ahora diré algo sobre el comportamiento del sirviente respecto a su señor; pero trataré de este tema, en su mayor parte, cuando hable del trato con aristócratas, magnates y príncipes. Aquí me limitaré a lo siguiente: quien sirve, cumple fielmente los deberes a los que se ha obligado; es preferible que en ello haga demasiado a muy poco; ve la ventaja de su señor como la suya propia; actúa de una manera tan abierta y conduce sus asuntos con tal orden que en ningún momento le puede resultar difícil dar cuenta de su actividad; nunca abusa de la confianza ni de la familiaridad de su señor; nunca ocultará sus errores de la persona que le da de comer; nunca se dejará llevar, ni en broma ni por enojo, a rebasar los límites del respeto que debe al señor que le ha señalado el destino; se comportará siempre con tal dignidad que a sus superiores jamás se les ocurrirá tratarle con desprecio, o exigirle servicios innobles, sino que éstos reconocerán su valor como ser humano, y, si es capaz de buenos sentimientos, pese a la distancia que la constitución civil ha establecido entre ellos, le mostrarán su estima. No se dejará influir por deslumbrantes circunstancias externas para cambiar su estado, sino que será consciente de que toda situación tiene sus incomodidades que no son perceptibles en la distancia. Si con este comportamiento honrado y prudente tiene, sin embargo, la desgracia de servir a un señor desagradecido, duro e injusto, sopórtelo pacientemente cuando no ayuden otras medidas más

benignas, sin chismorreos y sin murmuraciones, mientras no tenga la posibilidad de salir de esa situación. En cuanto la tenga, que persiga otras expectativas callando después sobre lo que le ha acontecido y renunciando a toda venganza, a difamaciones y maledicencias. No obstante, pueden darse situaciones en que su honor ofendido exija una justificación pública o judicial contra el opresor, en cuyo caso habrá de comparecer sin subterfugios, con firmeza y resolución, confiado en la bondad de su causa, en Dios y en la justicia humana, y no se dejará intimidar ni por temor a los hombres, ni por la pobreza ni por intrigas ajenas para salvar su honor, aunque el malvado más fuerte le robe todo lo demás.

CAPÍTULO OCTAVO

COMPORTAMIENTO CON LOS CASEROS, LOS VECINOS Y OTROS QUE VIVEN CON NOSOTROS EN LA MISMA CASA

1

Si partimos en el orden de las primeras relaciones y más naturales y siempre avanzamos de las simples a las más complicadas, pensamos, según las relaciones consideradas hasta ahora, en primer lugar en la relación existente entre vecinos e inquilinos de la misma casa.

Nuestra filosofía más moderna se salta, ciertamente, estas relaciones estrechas, pero yo no soy tan ilustrado como para hacerlo y, por lo tanto, escribo también por convicción la frase: después de a las personas de tu familia debes en primer lugar consejo y ayuda a tus vecinos. Es una situación muy placentera, tanto en la ciudad como en el campo, tener vecinos afables y honrados con los que se pueda mantener una relación confiada y afable. En la vida humana se pueden producir casos en que una pequeña ayuda se convierta en un acto benéfico para nosotros; cuando descansamos de trabajos serios, cuando nos oprimen las preocupaciones es posible que anhelemos la presencia de una buena persona a la que no necesitemos buscar muy lejos; así pues, no descuidemos a nuestros vecinos cuando sean de un carácter sociable y benevolente. Yo he disfrutado del beneficio de tal trato durante tres años de soledad en la proximidad de Fráncfort del Meno y recordaré siempre con agradecimiento y alegría las horas amenas que pasé en la vecindad de una cariñosa familia. Fue el trato y las conversaciones animadas con aquella gente noble lo que me alentó a reconciliarme con los hombres y lo que me ayudó a olvidar más de un infortunio. En las grandes ciudades se suele creer que no pertenece al buen tono ni siquiera saber quién vive con nosotros en la misma casa. Encuentro eso de muy mal gusto y no sé qué podría impulsarme a recorrer media milla si puedo hallar el entretenimiento o escapar del aburrimiento en mi misma casa, o recorrer toda la ciudad para que

me haga un favor un amigo, si junto a mí vive una persona que me lo podría hacer igualmente, si he obtenido su amistad y su confianza. Me avergonzaría si los cocheros o los niños de la calle me conocieran mejor que mis vecinos.

2

Pero habrá que guardarse de importunar a aquellos que viven con nosotros bajo un mismo techo y no pueden evitarnos, y en especial no espiar sus acciones, ni injerirnos en sus asuntos domésticos, ni seguir sus pasos, que a nosotros no nos incumben, y tampoco difundir algunas cosas desfavorables que advirtamos en ellos. Como es ante todo la servidumbre la que suele inclinarse a este comportamiento, habrá que intentar evitarlo y desterrar de ellos el espíritu del chismorreo.

3

Hay pequeñas deferencias que se debe a personas con las que se vive en la misma casa, o que son nuestros vecinos; deferencias que en sí parecen pequeñas pero que sirven para mantener la paz, para causar buena impresión y que, por este motivo, no se deben descuidar. Entre ellas se encuentra evitar dar portazos o hacer ruido innecesario en la casa, no observar las ventanas del vecino ni arrojar nada en el jardín o en el patio ajeno, y otras cosas similares.

4

Algunas personas piensan con tal desconsideración como para creer que casas, jardines o muebles alquilados no necesitan cuidarse o respetarse, y que su desgaste o destrozo está incluido en la suma del alquiler. Sin necesidad de mencionar que este no suele ser el caso, yo pienso que una persona con educación no puede encontrar ningún placer en estropear algo intencionadamente que no sea suyo, con lo cual entristece a otro y se hace odioso. Uno se crea pronto buena fama cuando paga puntualmente, cuando es limpio y ordenado, y esto puede influir en que se le prefiera, aunque sea a un alquiler inferior, a otros más ricos y nobles. Desde que he sido cabeza de familia nunca he tenido la más pequeña disputa con mis caseros y vecinos y puedo decir que en su mayoría se separaron de nosotros con lágrimas en los ojos.

Ahora bien, el casero ha de ser asimismo atento con sus inquilinos, proceder con justicia y no reñir sobre cualquier insignificancia, que también se habría producido si él mismo hubiese habitado esa casa.

5

Cuando entre personas que viven juntas en la misma casa o que tienen que vivir a diario juntas, se originan enojos o malentendidos, se hará bien en acelerar las explicaciones, pues no hay nada más desagradable que vivir bajo un mismo techo con personas por las que se siente aversión.

CAPÍTULO NOVENO

SOBRE LA RELACIÓN ENTRE EL ANFITRIÓN Y EL HUÉSPED

1

En tiempos antiguos se daba mucha importancia a la hospitalidad. Pero esta idea de la hospitalidad se suele ejercer, y considerar sagrada, en países y provincias poco pobladas o donde predominan costumbres sencillas, con poca riqueza, lujo y corrupción, así como en las zonas rurales. En nuestras espléndidas ciudades, en cambio, donde el tono de una forma de vida refinada comienza a eliminar cualquier vestigio de probidad, las leyes de la hospitalidad pertenecen sólo a las reglas de cortesía que cada uno reconoce y sigue, o no, más o menos según su situación y su conveniencia. También es perdonable, dado el creciente lujo y los múltiples abusos de la bondad humana que se producen en nuestros tiempos, que se sea muy precavido a la hora de mostrar esas deferencias, y que se conferencie con el propio bolsillo antes de abrirle casa, cocina y bodega a cualquier holgazán o gorrón. Quien hace demasiado aquí por necia vanidad, se engaña a sí mismo y engaña a otros. Se engaña a sí mismo al dilapidar un patrimonio que podría invertir mejor, y engaña a otros al satisfacer su necesidad de fanfarronear bajo el pretexto de la hospitalidad. No hablo aquí de la hospitalidad de la gente importante o rica; aburrimiento, vanidad y magnificencia contribuyen a organizarla, y tanto el que da como el que toma saben a qué cuenta apuntarlo y cómo se han de comportar. Pero de la hospitalidad entre personas de las clases medias quiero decir algo más y dar algunas reglas generales que se pueden aplicar a este tema.

2

Otórguese lo que corresponda a la hospitalidad en una medida apropiada, con buena actitud, con corazón leal y con un semblante alegre. Inténtese mostrar, al hospedar a un amigo o a un forastero, menos esplendor que orden y buena voluntad; con viajeros extranjeros se puede cumplir muy bien con una acogida hospitalaria. A ellos no les interesa tanto una comida exquisita y gratuita como tener acceso a buenas casas y así obtener la oportunidad de instruirse sobre asuntos que pertenezcan al propósito de su viaje. De ahí que la hospitalidad con forasteros sea muy recomendable. No hay que dar muestras de confusión cuando inesperadamente nos sorprende una visita. No hay nada más desagradable y penoso que cuando advertimos que el hombre que nos hospeda se enfada, que da a disgusto y sólo por cortesía, o que se toma más molestias de lo que exigen las circunstancias; cuando él susurra incesantemente al oído de sus criados o de su mujer, o los riñe cuando se ha puesto mal un plato o se ha olvidado algo; cuando va de un lado a otro de la casa dando órdenes y ni siquiera participa en las alegrías del trato social; cuando a él le agrada dar, pero su mujer, en cambio, cuenta cada bocado que nos llevamos a la boca; cuando hay tan poco en la bandeja que el que sirve no tiene nada que servir; cuando el anfitrión y la anfitriona nos instigan bruscamente a comer y a beber, o dan de una manera que parece decirnos: "¡Ya está hecho, llenaros ahora la barriga, hartaros, así tendréis para mucho tiempo y no necesitaréis volver!"; por último, cuando tenemos que ser testigos de disputas familiares y del desorden que predomina en la casa; en suma, hay una manera de demostrar hospitalidad que da a lo poco que se ofrece un valor mayor que el que tiene un gran banquete. Aquí contribuye en mucho la conversación. Hay que entender, por lo tanto, el arte de hablar con nuestros huéspedes de aquellas cuestiones que les gusta oír, conducir en círculos más grandes esas conversaciones en las que participan todos con placer y donde se pueden mostrar en su faceta más ventajosa. Se ha de alentar al simple y alegrar al triste. Todo huésped ha de tener la oportunidad de hablar de algo de lo que le guste hablar. La prudencia mundana y el conocimiento humano han de servir aquí de guías en los casos especiales. Hay que ser todo ojo y todo oídos sin que parezca que

nos esforzamos, o sin dar la impresión de que nos lo tomamos como un deber, sólo para mostrar que se sabe vivir, pero sin que salga del corazón. No se reúne a gente o se sienta en una misma mesa a personas que sean extrañas entre sí, o que estén enemistadas, no se entiendan, no armonicen o se aburran. Ahora bien, todas estas atenciones se tienen que poner en práctica de modo que el huésped se vea por ellas más beneficiado que forzado. Si los anfitriones han invitado por error a la persona equivocada o al huésped en un día inexacto, el invitado no debe notar que ha venido inesperadamente para nosotros, al menos habrá que mostrarle que su presencia no nos ha desconcertado, que nos es bienvenido.

Algunas personas se divierten más y entretienen mejor a los demás cuando se reúnen en grandes círculos; otras, para brillar, o para encontrarse en su sitio, han de ser invitadas solas del todo o a una pequeña comida familiar; todo esto se ha de tener en cuenta. Cualquiera que esté en tu casa, por más o menos tiempo, y aunque fuera tu peor enemigo, ha de gozar, por igual, de tu protección, respecto a toda índole de ofensas y persecuciones por parte de otros. Bajo nuestro techo todos se tienen que sentir tan libres como bajo el suyo propio; déjese que vayan a su aire, no se los siga por todos los rincones cuando tal vez quieran estar solos y no esperes de ellos que, por la comida que disfrutan, nos tengan que entretener y así pagar su cuenta. Por último, no se disminuya la deferencia ni el agasajo cuando el amigo reside largo tiempo en nuestra casa, sino muéstresele desde los primeros días ni más ni menos de lo que puede esperar en lo sucesivo.

3

Ahora bien, el huésped también tiene que guardar ciertas consideraciones con la persona que le hospeda. Un viejo refrán dice:

"Un pescado y un huésped no se pueden mantener más de tres días en la casa". Esta regla admite excepciones; pero tiene de verdad que nadie debe importunar y que se debe reflexionar sobre cuánto tiempo puede resultar agradable nuestra presencia en una casa sin convertirnos en una carga. No siempre se está tan bien dispuesto, ni los asuntos domésticos tan bien organizados como para querer a huéspedes en la casa o para alojarlos por largo tiempo. Así pues, en casas de personas que no llevan un gran tren de vida, no se puede aparecer inesperadamente, o invitarse a sí mismo. A la persona que nos ofrece su hospitalidad, como recompensa de su bondad la habremos de molestar lo menos posible. Si el dueño de la casa tiene que hablar con su gente o resolver algunas cuestiones domésticas, nos retiraremos hasta que haya terminado. Iremos tranquila y silenciosamente por nuestra cuenta, nos regiremos por las costumbres de la casa, adoptaremos el tono de la familia como si fuéramos miembros de ella, reclamaremos pocos agasajos, seremos moderados, no nos injeriremos en asuntos domésticos, no amargaremos el ambiente con nuestros caprichos, y cuando, en nuestra opinión, se haya producido alguna deficiencia en el hospedaje, no seremos desagradecidos o nos burlaremos a espaldas del dueño.

4

Hay también personas que dan un valor tan grande a la hospitalidad que nos brindan, que por ello quieren ser elogiadas, halagadas y visitadas con frecuencia y qué sé yo qué cosas más. Pero esto no es justo. Un hombre moderado no reclama más que comer lo suficiente y eso lo puede hacer con facilidad a poco precio. El más o menos no es tan importante, y yo estimo tanto mi compañía y mi tiempo perdido como ellos sus patés y asados.

CAPÍTULO DÉCIMO

SOBRE EL COMPORTAMIENTO CON PERSONAS EN SITUACIONES ESPECIALES

1

El agradecimiento es una de las virtudes más sagradas; ¡honra a quien te ha hecho un favor! Agradéceselo no sólo con palabras que le muestren la sinceridad de tu reconocimiento, sino busca cualquier oportunidad en la que puedas servirle y serle útil. Pero si para ello te falta el motivo, muéstrale al menos tu agradecimiento con un comportamiento de lo más afable. No ajustes rigurosamente ese comportamiento según el tamaño del favor recibido, sino según el grado de buena voluntad que te ha mostrado tu benefactor. No dejes de estarle agradecido cuando ya no le necesites o cuando algún infortunio lo haya derribado de la altura en que se encontraba, o le haya arrebatado su brillo externo.

2

No te degrades nunca a una vil lisonja ya sea para obtener favores o para hacerte esclavo de un hombre malo a cambio de su protección. Cuando el deber y la honradez así lo reclamen, tus labios nunca deben callar ante la injusticia y ningún tipo de soborno puede silenciar la voz de la verdad. Pagarás lo suficiente el favor concedido si cumples los deberes de un buen amigo e, incluso a riesgo de perder la protección o de pasar por desagradecido, le dices al benefactor lo que le resulte necesario y provechoso oír. Tampoco permitas que alguien se atribuya el mérito de apreciarte, de haberte elogiado a otros o defendido. Si fueras digno de ello, cumple un deber que no se debe negar ni a los enemigos; en caso contrario, no

ha actuado como debe actuar un hombre justo y sensato en consideración a sus amigos.

3

Es una situación desagradable cuando conocemos a alguien, a quien le debemos favores, en su faceta negativa. Esto se puede evitar, ciertamente, si se sigue el consejo que ya he dado, a saber: aceptar los menos favores posibles. Pero no siempre se puede evitar, y si realmente después nos quedamos desconcertados al saber que estamos obligados a una mala persona, recomiendo tratarla al menos con tanta consideración como lo permita la honradez y el amor a la verdad, y callar sobre ella; pero sólo cuando el mismo silencio no sea un crimen, pues en este caso ha de cesar cualquier otra consideración. Así como hay una diferencia entre las personas que realizan actos benéficos, también hay diferencias entre esos mismos actos. Hay favores insignificantes que se pueden aceptar sin temor incluso de las personas más malvadas. Será su culpa si les dan más importancia de la que tienen. En otros casos importantes, en cambio, aconsejo no aceptarlos, sobre todo cuando no se sabe cuándo será posible resarcir el bien que se nos ha hecho.

4

La manera en que se realizan actos benéficos es a menudo más importante que la misma acción. Mediante ella se puede elevar el precio de toda dádiva, así como, por otra parte, quitarle todo el mérito. Pocas personas entienden este arte; pero es importante

estudiar el arte de hacer el bien de una manera noble, de respetar los sentimientos de las personas a las que se les hace ese bien; de no imponer una carga pesada; de no reprochar los actos benéficos realizados, ni de una manera sutil ni grosera; de evitar el agradecimiento avergonzado; de no conseguir el agradecimiento a fuerza de ruegos y, no obstante, tampoco privar al corazón agradecido de la oportunidad de cumplir con su deber. El que da en el momento oportuno con alegría y espontáneamente, da por partida doble. ¡Da de buen grado! Es un bendito placer, es un acto benéfico para uno mismo poder contribuir a la alegría de otros. Así pues, da de buen grado, pero no malgastes tus favores. Sé atento, solícito, pero nunca quieras imponer tus servicios. Nunca cuentes con que se van a reconocer o recompensar. Emplea doble consideración en el trato con aquellos de los que has sido bienhechor, por temor a que sospechen que querías hacerte pagar tus molestias o mostrarles tu poder, o permitirte libertades con ellos que tendrán que callar por agradecimiento. A menudo es mejor no aceptar ningún favor recíproco de la persona a quien hemos ayudado; en otras ocasiones, en cambio, es más noble darle la oportunidad de que nos pague con pequeños servicios, que se le pueden aceptar con gratitud, en respuesta a los grandes que se les han prestado, para que no parezca que sobre ellos pesa una gran carga deudora. ¡No rechaces en la misma puerta a los que vienen a pedirte algo! Si alguien se dirige a ti para pedirte consejo, ayuda o un favor, escúchale amablemente, con atención e interés. Déjale hablar, que te presente su ruego sin interrumpirle. Y si no puedes ayudarle, explícale directa y sinceramente, sin expresiones ofensivas, los motivos de por qué no puedes hacerlo. Evita cualquier falso pretexto, cualquier consuelo vacío. No instes a la gente a aceptar regalos u otros favores cuando preveas que ni su ambición ni su vanidad les permitirá aceptarlo sin retribución o sin dar otro regalo a cambio. En lo demás, me remito a lo ya dicho en la parte I, 12.

No hay acto benéfico más grande que el de la enseñanza y la formación. Cualquiera que haya contribuido alguna vez a hacernos mejores, más sabios o más felices, puede estar seguro de nuestro eterno agradecimiento. Por más que no nos haya procurado todo lo que hoy, en edad madura, con el progreso de la cultura, se exige de un maestro y preceptor, no por ello debemos desmerecer lo poco que hayamos recibido de él.

Por supuesto que merecen ser tratados con el mayor respeto aquellas personas que se dedican honestamente a la importante tarea educativa. Es realmente un trabajo muy difícil formar a seres humanos, un trabajo que nunca se puede pagar con dinero. El maestro rural más insignificante, cuando cumple fielmente sus deberes, es una persona más importante y más útil en el Estado que el ministro de Finanzas, y puesto que su sueldo se suele fijar con harta parquedad, ¿qué puede ser más justo que al menos endulzar la vida de este hombre y hacer soportable su yugo con algún testimonio honorífico? Se tendrían que avergonzar las personas que tratan al educador de sus hijos como si fueran una suerte de criados. Tendrían que considerar (en caso de no poder sentir cuán innoble es en sí mismo este comportamiento) qué influencia nociva tiene esto en la formación de la juventud. Me duele en el alma cuando veo en alguna casa noble al preceptor sentado a la mesa de su graciosa excelencia, humillado y mudo, sin atreverse a participar en la conversación, ni a equipararse al resto de los presentes, cuando incluso se da prioridad en rango a los niños sometidos a él, a forasteros y a sirvientes, siendo él, cuando cumple plenamente su cometido, el benefactor más importante de la familia. Es cierto que entre hombres de esta profesión se encuentra de vez en cuando a alguno que desempeña un papel tan pobre fuera de su estudio, que no se le puede tratar mejor; pero esto no refuta lo que he dicho acerca del respeto que se debe a esta profesión. ¡Ay de los padres que confían sus hijos a mercenarios sin educación alguna!

Pero si has encontrado a un noble amigo que se haga cargo de la educación de tu hijo, no basta con que lo acojas amistosamente y lo trates con decoro y agradecimiento; también tienes que darle vía libre para que imponga su plan educativo sin objeciones; y desde el mismo momento en que has puesto a tu hijo en sus manos, le has transferido tus derechos paternales, aunque esto pertenece más a una obra sobre educación, y este no es el lugar indicado para explayarnos sobre este asunto. Así pues, no diré nada sobre el comportamiento del maestro y preceptor en el trato con sus pupilos, y me apresuro a seguir.

6

Tengo poco que decir sobre el trato entre deudores y acreedores. Se ha de ser humano, justo y cortés con los primeros. No vayamos a creer que alguien que nos debe dinero, por ello se ha convertido en nuestro esclavo, que tiene que soportar de nuestra parte todo tipo de humillaciones, que no nos puede negar nada, ni tampoco que el vil Mammon puede autorizar a un hombre a elevar su cabeza por encima de la de los demás. A los acreedores hay que pagarles puntualmente y cumplir la palabra dada fielmente. No se ha de confundir al hombre honrado que tiene que vivir de intereses justos con el judío usurero; así se tendrá siempre crédito y si uno se halla en dificultades, se encontrará a hombres justos que nos ayuden a salir de ellas sin su perjuicio.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

SOBRE EL COMPORTAMIENTO CON GENTE EN SITUACIONES ESPECIALES

1

En primer lugar, trataremos sobre el comportamiento hacia nuestros enemigos. No ofendamos a nadie intencionadamente; seamos benevolentes, solícitos, sensatos, precavidos, sinceros y sin subterfugios en todas nuestras acciones; no nos permitamos ningún paso en desventaja de otro; no destrocemos la felicidad de nadie; no se calumnie a nadie; es preferible no mencionar lo que se sabe de malo de otros congéneres cuando no se está obligado por profesión, salvo cuando el bienestar de otros así lo exija; así… ¿dejaremos de tener enemigos? No diría tanto. Pero al menos, cuando pese a todo nos persiga la envidia y la maldad, tendremos la satisfacción de no haber dado ningún motivo a un comportamiento hostil.

No siempre está dentro de nuestras posibilidades ser amado, pero siempre depende de nosotros no ser despreciados. El aplauso y el elogio general son cosas muy prescindibles; ni siquiera los canallas pueden negar el respeto al honrado y al sabio, y de buenos amigos sólo se necesitan tres en el mundo para ser feliz.

Si se quiere vivir sin miedo en el trato con personas, no nos puede intranquilizar que no todas nos tengan por buenos y sabios. Ahora bien, cuantas más cualidades excepcionales y nobles tenga una persona, más segura tendrá que estar de soportar la envidia de personas viles y débiles; y aquellas que se atienen a la voz general de todo tipo de plebe, son en su mayoría las personas más mediocres, gente sin carácter, hipócritas o miserables aduladores. No es realmente difícil ganarse a estas personas, incluso a aquellas que están prevenidas contra nosotros, y eso únicamente mediante una conversación a solas, una vez que se haya estudiado su punto débil y se encare correctamente; pero este es un arte mezquino, indigno de un hombre honesto, ¿y qué me importa a mí a fin de cuentas que

personas que desconocen el fondo de mi corazón, más aún, que ni siquiera me han visto, estén prevenidas contra mí por el chismorreo de alguna vieja?, ¿o no?

No te quejes nunca de persecuciones y enemigos si no tienes ganas de incrementar el número de estos últimos; por todas partes pulula siempre un número de criaturas viles y temerosas que no tienen el valor de declararse públicamente contra un hombre digno, pero que en un instante pueden atreverse a atacarle en cuanto le vean indefenso, retraído o abatido; y estas personas, por muy insignificantes que te parezcan, pueden crearte miles de preocupaciones con sus críticas. El hombre firme tiene que protegerse a sí mismo; muéstrate confiado, ¡así mantendrás a raya a un ejército de bribones! Por lo demás, hay demasiada lucha en el mundo. Cualquier hombre bueno ya tiene suficiente lidiando con sus propios asuntos, de modo que no sirve de nada buscarse aliados, ya que éstos huirán a la primera oportunidad en que se ponga en juego su propia seguridad. Al hombre que finge como si ni siquiera advirtiera que le persiguen, que de vez en cuando dice: "Gracias a Dios, a mí me va bien, tengo amigos", es considerado un aliado poderoso a quien se debería respetar; en cambio, se cae sobre el abandonado, como el príncipe vecino cae sobre una pequeña ciudad imperial.

No te vuelvas violento o grosero con tus enemigos, ni en conversación ni por escrito, y cuando interviene de su parte, como suele ocurrir, mala voluntad y apasionamiento, no des ningún tipo de explicación. Como mejor se castiga a la mala gente es con desprecio, y el modo más fácil de refutar chismorreos es no hacerles caso.

Cuando nos veamos difamados, acusados o ignorados sin culpa por nuestra parte, mostremos dignidad y orgullo en nuestro comportamiento, y el tiempo lo aclarará todo.

No todos los malvados son insensibles a un tratamiento noble, magnánimo, constante y sincero. Así pues, lúchese con estas armas contra los enemigos siempre que se pueda. No deben temer la venganza, sino el hecho de ser desacreditados a los ojos del público si siguieran persiguiendo a un hombre a quien nadie niega su respeto.

Pero si no quieren rendir las armas y tu silencio ante sus ataques les hace más audaces, entonces enséñales con toda tu fuerza lo que podrías si quisieras. Pero no emplees ningún subterfugio. No te unas nunca a otros hombres malos; no hagas causa común con un bribón para combatir a otros, sino enfréntate a ellos con valor, resolución y públicamente. Es increíble lo que puede lograr una sola persona con buena conciencia y con un noble fuego en su interior contra hordas de gente indigna.

¡Sé obstinado contra enemigos poderosos que vayan venciendo! Respeta al que has vencido, al infortunado, y silencia toda la injusticia que cometió en su día contra ti en cuanto ya no esté en condiciones de perjudicarte, o cuando tenga en su contra la voz del público. Pero el malvado hará todo lo posible para que no se llegue a eso. La sensación de su propia injusticia se convertirá en un nuevo crimen para aquel al que ha ofendido a propósito. Al final, sin embargo, todo termina por salir a la luz, así que disfruta con modestia las alegrías del triunfo.

No dejes que te ofrezcan dos veces la mano para reconciliarse. Olvida entonces todas las ofensas, por más que temas que el hombre a la primera oportunidad renovará su hostilidad. Permanece alerta, pero no muestres recelo. Es mejor ser ofendido por segunda vez sin culpa nuestra, que ofender o enojar una sola vez, o quitarle todo el valor, al hombre que ha tomado en serio su reconciliación contigo. Pero también se debe saber perdonar sin que se nos pida expresamente.

Con frecuencia se tiene la mejor oportunidad de conocer el temperamento de un hombre cuando nos ofende. Adviértase si intenta rectificar su falta mediante ruegos o disculpas, y cómo. Si es enseguida o trascurrido el tiempo. Si es en público o a solas; y por qué no enseguida y ante todo el mundo. Si es por tozudez, vanidad o necedad. Si no da un paso y nos deja ir, arrojando improperios y declarando su hostilidad al ofendido. Si esto sucede por capricho o por perfidia. Si intenta disimular su error, si se vale de subterfugios, si intenta invertir la perspectiva para mantener la razón. Ya en los años de infancia se puede deducir el carácter futuro a partir de estos rasgos.

Si has ofendido a alguien, intenta rectificar tu injusticia lo antes posible; no de una manera servil, sino sincera. Es imposible dar aquí reglas para todos los casos posibles; sólo he de observar que hay personas que con cualquier pequeño desprecio que se les muestre, se tornan tan insolentes y tan dispuestas a cometer injusticias contra nosotros, que cuando han sido objeto de una ofensa insignificante, a menudo sólo existente en su imaginación, es preferible no llevar muy lejos el resarcimiento, sino intentar, mediante un comportamiento precavido posterior, que se olvide la extralimitación.

Cuanto más noble sea el hombre perseguido por enemigos, tanto más importante será que se aproveche de la mayor parte de estas reglas. Un ministro es derrocado a menudo por gente pequeña, muy pequeña, cuya influencia él desprecia, cuando en el primer ataque deja traslucir miedo y falta de confianza en sí mismo.

Por lo demás, no deja de tener razón quien afirma que nuestros enemigos, sin quererlo, son a menudo nuestros mayores benefactores. Ellos nos llaman la atención sobre nuestros errores, que quedan ocultos a nuestros ojos por nuestra propia vanidad, por la indulgencia de nuestros amigos y por la vil deferencia de los lisonjeros. Sus difamaciones nos espolean para ganarnos con más diligencia la ovación de los mejores; y cuando acechan cada uno de

nuestros pasos, nos enseñan a estar alerta y a no descuidarnos ni un momento.

Ninguna enemistad suele ser más intensa que la que se produce por la desavenencia entre amigos. Nuestra vanidad entra en juego, nos avergonzamos de haber sido el juguete de un malvado; hacemos todo lo posible por arrojar sobre él la peor luz posible, para así poder justificar ante el mundo nuestra separación de él. Es un triste espectáculo contemplar en esa situación cómo hombres nobles, cuando están furiosos, se intentan degradar mutuamente, para justificarse a sí mismos. No obstante, sobre el comportamiento hacia amigos con los que hemos roto las relaciones ya he hablado en el capítulo sexto de esta parte.

2

Con frecuencia nos encontramos en la situación desconcertante de tener que tratar con gente enemistada entre sí, donde fácilmente podemos malquistarnos con una de las partes al llevarnos bien con la otra, o enemistarnos con ambas, cuando nos injerimos imprudentemente, o sin haber sido llamados, en sus asuntos; recomiendo, por tanto, las siguientes precauciones:

Evítese en lo posible la desagradable situación de tratar a la vez con las dos partes que viven enemistadas.

Si esto no se puede evitar, por ejemplo sin romper de repente una relación que ha durado ya largo tiempo, al menos téngase todo el cuidado posible en no verse involucrado en las disputas existentes. Es mejor pedir que en las conversaciones no se toque ese tema. Esta regla es de lo más conveniente cuando personas, que anteriormente habían tenido una amistad estrecha, de repente se

han vuelto hostiles. Muéstrate compasivo cuando una de las partes se queje contigo de la otra. Es posible que en el primer momento de acaloramiento haya dicho una palabra de más y después vuelva a estar de acuerdo con la contraparte; o es posible que se convierta en una enemistad duradera, por lo cual cuando tenga la sangre fría tomará a mal que te hayas decantado por el bien o por el mal.

Si esto no se puede cambiar, en principio hay que abstenerse de toda hipocresía. Esto quiere decir que no se debe hablar mal de una parte cuando se está con la otra ni censurarla cuando ésta lo desee, sino que si tenemos que declararnos, lo hagamos como corresponde a un hombre justo y honrado.

Aún más ignominioso que esa duplicidad es el comportamiento de algunas personas que, para pescar en aguas turbias, o para convertirse así en una persona importante, o por alegría por el mal ajeno o espíritu intrigante, echan leña al fuego para mantener la disputa. Si además no se conoce bien a las partes enemistadas; cuando no son amigos nuestros de confianza; cuando no se sabe con seguridad que se está ante personas nobles, gobernadas por la razón, que tal vez se hayan separado por algún malentendido o por algún error que fácilmente se pueda solventar con la ayuda de un tercero, sino que nos enfrentamos a la mala voluntad, al egoísmo y a un carácter antisocial, o al apasionamiento, y si no se puede esperar una pronta reconciliación, es mejor no inmiscuirse para lograr un entendimiento. Uno se malquista fácilmente con una de las partes y no raras veces con las dos.

Si al final no se puede evitar declararse a favor o en contra de una de las partes, no tomemos partido, como suele hacer gente de vil mentalidad, por el más fuerte en detrimento del más débil, ni nos inclinemos en la dirección que sopla el viento, con la intención de acabar siempre del lado del vencedor, dejando así en la estacada a la parte sometida a las intrigas de la otra, sino que hemos de decidirnos sin consideración a la persona, a la amistad, la adulación y el parentesco, con una actitud viril e imperturbable, según las

reglas de la justicia, en favor de aquel sobre el que estamos convencidos de que tiene la razón, y nos mantendremos leales a él y firmes, ocurra lo que ocurra.

3

Ocupémonos ahora de los enfermos y los sufrientes. Quien alguna vez haya experimentado qué consuelo proporciona en el lecho de enfermo y en los dolores un cuidado atento y bondadoso, encontrará útil que diga unas palabras al respecto. El tratamiento y la atención tendrán que regirse, ciertamente, por el tipo de enfermedad con la que lucha el enfermo, por lo que no puedo proponer ningún consejo adecuado a toda ocasión; no obstante, aquí se encontrará todo lo que se puede decir en general sobre este asunto.

Hay enfermedades en las cuales la distracción, el ánimo y una agradable conversación contribuyen en mucho a la curación, y en cambio hay otras en las que la tranquilidad y la atención silenciosa son lo único con lo que se puede aliviar al enfermo. Así pues, se ha de diferenciar y observar qué tipo de tratamiento es el más conveniente.

Reconozco que en enfermedades graves siempre me ha parecido más agradable la atención de cuidadores pagados que la insistencia cariñosa y atenta de amigos queridos. Aquellos tienen experiencia práctica y prestan sus servicios con paciencia incansable, profesionalidad y rigurosa puntualidad, no se preocupan por nuestros humores y no sufren con nuestros dolores; nuestros amigos o personas queridas, en cambio, se nos vuelven fastidiosos a menudo por su exceso de celo, en especial cuando nuestros nervios están irritados; si no saben proceder con bastante cuidado, despiertan nuestra impaciencia con preguntas y hacen que suframos

el doble por el exceso de compasión que leemos en sus ojos. A esto se añade que la idea de molestarlos demasiado y el temor a ofenderlos si estamos insatisfechos con algo, nos imponen un penosa coacción. Si, por lo tanto, queremos cuidar a nuestro amigo, imitemos a los enfermeros experimentados para ser lo menos fatigosos para el paciente, y hacerlo todo de una manera tan mecánica como él parezca quererlo; uno no se enfada cuando un enfermo se pone a veces de mal humor o se vuelve pendenciero. No sentimos cómo se encuentra y la influencia que ejerce su máquina estropeada en su espíritu. No obstante, una persona que cuida de sí misma y es disciplinada puede dominar su humor incluso en enfermedades graves, de modo que no moleste inútilmente a las personas que se dedican a su cuidado.

No se empeore el sufrimiento de un enfermo excesivamente sensible o de carácter débil con lamentos y expresiones angustiosas.

No se debe hablar de cosas que le resultarían desagradables incluso estando sano, tampoco de problemas domésticos, ni de la muerte, ni de placeres en los que no pueda intervenir.

Uno no se debe burlar de los enfermos imaginarios, ni tratará de convencerlos de que no tienen nada, pues eso tiene el efecto contrario; pero tampoco se les tiene que reforzar su manía, sino, cuando no ayuden razonamientos sensatos, simplemente no mostremos interés alguno, respondamos a sus quejas con nuestro silencio y cuando el asiento del mal esté en el ánimo, hay que intentar que piensen en otra cosa con sabias distracciones.

Hay también otras personas que intentan llamar la atención fingiéndose enfermas. ¡Esta es una flaqueza irresponsable! La fragilidad mental y física tal vez pueda despertar cierta reacción favorable en pisaverdes afeminados y debiluchos, pero no en personas sensatas, y sólo en una época de general enervamiento se puede tener la ocurrencia de que es ventajoso exhibir ojos lánguidos, vahídos y miembros débiles. Inténtese que esa gente

recapacite sobre su propia estupidez, que se convenzan de que es mejor suscitar admiración que compasión, y que nada da una impresión más favorable que la visión de un ser sano en cuerpo y alma, en la plenitud de sus fuerzas, que está aquí en honor de la misma creación.

Por último, cuando se trate de indisposiciones en las que el espíritu puede tanto sobre el cuerpo, en las que los sufrimientos anímicos incrementan el mal e impiden la mejora, se debe hacer acopio de todas las fuerzas, poner en movimiento toda nuestra energía física para insuflar ánimos en el enfermo, darle valor, consuelo y esperanza.

4

Aún con más respeto que a estos pacientes se debe tratar a aquellas personas sobre las que recae la mano pesada del destino, me refiero a los infortunados, los pobres, los discriminados, los retrasados, los dementes. Digamos algunas palabras sobre ellos.

Ayuda al pobre cuando Dios te ha dado los medios para aliviar su necesidad. No rechaces de tu puerta al indigente en tanto que puedas darle una pequeña limosna que no vaya en detrimento de los tuyos. Ya sea poco o mucho, dalo de buena voluntad y de buenas maneras. No tengas mucho en cuenta si el infortunado al que puedes ayudar es culpable o no de su desgracia. ¿Quién en el mundo sería del todo inocente de los males que le afligen si se investiga a fondo? Si no quieres o no puedes dar nada, o muy poco, no utilices pretextos vacíos. No hagas que tus criados le digan que regrese en otro momento aludiendo a cualquier subterfugio o que lo consuelen. Y recurre mucho menos para justificar tu dureza de corazón a groserías o sermones ofensivos, sino habla con el hombre

y dile brevemente y con amabilidad por qué no le puedes dar nada o no quieres. Haz desde el primer momento lo que consideres razonable y bueno y no esperes a que mediante repetidos ruegos ablande tu corazón. Tampoco des como un despilfarrador, sino que deja que tus actos benéficos se guíen por lo que es justo, tanto para ti como para los demás, y no derroches entre vagabundos, mendigos y vagos lo que le debes a la ancianidad desvalida, a la enfermedad, o al accidentado. Y donde pueda servir de alivio, acompaña tu donación con palabras de consuelo, un consejo y una mirada afable y compasiva. Trata con mucha delicadeza a personas que se encuentran en difíciles situaciones domésticas. Suelen ser muy susceptibles, creen fácilmente que son despreciadas, que se las rechaza por su pobreza. El miserable dinero tiene, por desgracia, demasiada influencia en la plebe de todas las clases sociales. Distínguete de esa gente. Honra en público a los pobres con mérito. Intenta al menos alegrarles por un momento si no puedes ayudarles de otra manera. En general, todos los infortunados son desconfiados y creen que todo el mundo está contra ellos. Intenta convencerlos de lo contrario. Esfuérzate por ganar su confianza. No apartes tu mirada del sufrimiento. No huyas de donde mora la pobreza y la miseria. Nos hemos de familiarizar con la aflicción en este mundo para poder sentir compasión por los males del hermano infortunado; dirige tu mirada, benefactor filantrópico, allí donde el pobre suspira oculto y no se atreve a salir y pedir ayuda; allí donde acontecimientos adversos derriban al hombre trabajador, al hombre que ha visto mejores días; allí donde una familia numerosa honrada, pese a su esfuerzo diario, no logra ganar lo suficiente para protegerse del hambre, del frío y de la enfermedad; allí donde en duros lechos, durante noches en vela llenas de suspiros, corren lágrimas sobre manos entrelazadas. Aquí puedes emplear tu dinero, la abundancia que el creador te ha confiado, y obtener unos intereses que ningún banco del mundo te puede asegurar.

El que no tiene dinero, tampoco tiene valor. Esa persona estará en un continuo temor de ser discriminada en todas partes, creerá tener que soportar toda humillación, y así dará la impresión más

desventajosa. ¡Ay, anima a una persona tan deprimida! Hónrala cuando lo merezca y alienta a tus amigos a hacer lo mismo.

Hay algunos a quienes los sufrimientos producidos por la pobreza y la carencia, les provocan enfermedades mentales que roen su vitalidad. Respeta a estos infortunados, cuídalos, intenta animarlos, consolarlos, darles esperanzas, derramar bálsamo en sus heridas, y si no puedes aliviar su carga, al menos ayúdalos a llevarla y derrama lágrimas fraternales con ellos. Pero que tu tratamiento se ajuste a criterios racionales. Hay momentos de dolor en los que no sirve ningún principio filosófico y la compasión es el mejor remedio. Hay penas cuyo alivio se puede dejar tranquilamente al tiempo; hay personas que sufren, a las que se puede aliviar simplemente hablando de su desgracia; hay dolores que sólo alivia la soledad; hay otras situaciones en que es conveniente una persuasión firme y viril, despertar el ánimo o recurrir al orgullo; es más, hay situaciones en las que se tiene que emplear la violencia para sacar al humillado de su desesperación. Pero la prudencia es la que nos tiene que aconsejar en cada caso cuál es el medio más conveniente.

Los infortunados gustan de juntarse. Pero en vez de consolarse mutuamente, se limitan a lloriquear entre sí y se hunden cada vez más en la melancolía y la desesperanza. De ahí que advierta y aconseje a las personas en apuros, cuando no existan ni motivos racionales ni distracciones que mejoren su situación, que escojan el trato con un amigo sensato y no sensiblero, y en compañía de esta persona dirijan los pensamientos a otros objetos que no incrementen sus penas.

Hay personas que, cuando tienen motivos para estar afligidas, se vuelven no tanto tristes como gruñonas, pendencieras y hasta maliciosas, de modo que hacen sufrir por ello a los demás inocentes cuando no todo sucede según sus intenciones. Un corazón noble se vuelve más tierno con el dolor, e incluso el misántropo al que el destino le ha amargado la vida, si por lo demás es un buen hombre, es posible que se torne más sombrío y cerrado, según su

temperamento, tal vez incluso impaciente e inclinado a enojarse, pero nunca descargará intencionadamente sobre un tercero toda la carga de su aflicción, y esto tanto menos cuanto peor sea su sufrimiento.

La mayoría de las personas sólo siente compasión por la aflicción silenciosa, y siente fastidio ante las quejas; tal vez porque éstas parecen querer obligar a compartirlas.

A los oprimidos, los discriminados y los perseguidos se les debe acoger, en la medida en que lo permita la prudencia, y así no les perjudiquemos más de lo que podamos servirles de provecho. Esto no sólo es un deber cuando se trata de la ayuda activa y del rescate de un hombre honrado, sino que se tiene que tomar como una ley en el trato social, donde con tanta frecuencia se pasa por alto el mérito, donde los soplagaitas miran por encima del hombro, donde el rango y el esplendor oscurecen los valores interiores, y el charlatán y el petulante silencian al sabio; y según esta ley en estos círculos se ha de sacar de su rincón al buen hombre que se encuentra allí mudo y desconcertado, sin que nadie le hable, más aún, tratado con desprecio, humillado, ridiculizado, y ponerle de buen humor con una conversación afable y honrosa. Désele tan sólo la oportunidad a una persona así de participar de manera decente en la conversación, y uno se asombrará de ver cómo puede cambiar. A menudo me he enojado interiormente por la manera en que los oficiales superiores tratan a los jóvenes que, no obstante, ya han superado el primer grado para ser lo que ellos son; lo mismo ocurre con los mayordomos de las grandes casas, las damas de compañía de tontitas de la nobleza, los auditores en algunos organismos, las pobres provincianas en los círculos de la escuálida señora cosmopolita, los candidatos a la mesa de gordos consejeros consistoriales, los jóvenes aprendices comerciales en las empresas de sus patrones; y donde mi comportamiento puede tener algún peso, siempre tengo en mucha honra liberar a esos mártires de la arrogancia de su penosa situación personal, interceder por ellos y hablar con ellos cuando se los trata así.

Con frecuencia he tenido la oportunidad de hacer una observación extraña que quisiera comentar aquí. Es la siguiente: la envidia y la rivalidad persiguen al afortunado; y la malicia y las intrigas raras veces cesan hasta que han aplastado todo lo que destaca; pero una vez que se ha derribado a una persona, todos, incluso el que la ha perseguido, tienen a mucha honra ponerse de su parte; pero adviértase bien, cuando ya no quede ninguna esperanza de que se vuelva a levantar. Casi se podría decir que no se es del todo infortunado mientras uno tenga enemigos.

Entre todos los desventurados los más dignos de lástima son los dementes o los perdidos. Por estos entiendo a aquellos que tal vez por un mal paso se han visto enredados en una cadena de represalias que han sofocado su sentido de la virtud, o que le han proporcionado la destreza de actuar mal, o que han perdido la confianza en Dios, en los hombres, en sí mismos, así como los ánimos para volver a buscar el mejor camino, o que al menos están a punto de caer tan bajo. Son, como digo, los más dignos de lástima, pues les falta el único consuelo que nos puede alentar en los peores momentos, la conciencia de no ser culpables de nuestro destino. Pues bien, estos infelices no sólo necesitan nuestra compasión, sino también nuestra indulgencia fraternal, nuestra corrección y, si aún estamos a tiempo, nuestra asistencia. Si siempre fuéramos lo bastante sabios, pacientes y objetivos como para reflexionar con qué facilidad se extravía un corazón humano débil; cuán irresistibles parecen algunas seducciones cuando se dan fuertes pasiones, tenemos la sangre ardiente o se da la oportunidad adecuada; cuán deslumbrantes, atractivos y encantadores son los aspectos externos de algunos vicios; cómo éstos incluso a veces saben cubrirse con el manto de la filosofía para, mediante argumentaciones sofistas, silenciar la voz interior de las mejores convicciones, con objeto de atraer a la víctima del sutil engaño, paulatina e inadvertidamente, al laberinto más terrible; si se pensara en cómo el desaliento o la desesperación por un destino hostil puede convertir a una persona de las mejores cualidades en un malvado o un criminal; cómo mediante una desconfianza injusta e ignominiosa

se le puede descaminar para convertirse en la persona que es ahora; si uno se arrepintiera humildemente y confe-sara que sólo la coincidencia de factores internos y externos, por los cuales aquellos cayeron, bastaría para hacer de nosotros lo que ellos son, ¡oh!, en ese caso no juzgaríamos con tanta severidad, no haríamos alarde tan confiado de nuestras virtudes, que con frecuencia no son más que el juego del temperamento, la obra del azar, ayudaríamos al caído, y ofreceríamos la mano al que ha dado un paso en falso. ¿Pero acaso no es esto predicar en el desierto? No obstante, mi corazón me impulsa a decir algo sobre este asunto. ¡No hay nada que mejore menos que fríos sermones morales! Hay pocas personas, incluso entre las viciosas, que no sepan decir una buena cantidad de espléndidas frases hechas sobre los deberes que incumplen; la desgracia quiere, sin embargo, que la voz de la pasión hable con mucha más elocuencia que la voz de la razón. Así pues, si quieres dar más peso a esta que a aquella, tendrás que dominar el arte de recubrir tu doctrina moral con un ropaje encantador; no sólo tendrás que poner de tu parte la cabeza, sino también el corazón y los sentidos de aquel al que quieres mostrarle el buen camino; tus palabras habrán de ser cálidas y en virtud de las circunstancias ricas en imágenes, estremecedoras o arrebatadoras; pero el hombre que tengas delante de ti tendrá que amarte y apreciarte, tendrá que sentirse atraído por ti, tendrá que estar lleno de entusiasmo por el bien y lo bello y desde la lejanía vislumbrar el honor, la alegría y el goce en el camino por el que tienes la intención de conducirlo. Tu trato y tu consejo tienen que convertirse en una necesidad para él. Ahora bien, esto no lo lograrás si apareces ante él como un orgulloso y severo predicador de la ley; cuando le aburres con tu fría moral; cuando le fatigas con comentarios sobre lo ocurrido, que ya no se puede cambiar, y le cuentas cómo podría haber resultado de otro modo si no hubiera sucedido lo sucedido, si te hubiera hecho caso. Nada es más conveniente para inducir a un comportamiento infame que el desprecio público y la muestra de una continua desconfianza en la mejora de un hombre. Si realmente te tomas en serio la posibilidad de llevar a un extraviado por el buen camino, trátalo con tolerancia y muéstrale al menos hacia fuera que en él se han

depositado las mayores esperanzas, que de sus buenas cualidades y excelentes propósitos se espera mucho, y dale a entender que, en cuanto vuelva a caminar con pie firme en el buen camino, estará más seguro ante nuevas tentaciones que aquel que no conoce los peligros. Muéstresele, cuando realmente comience a mejorar, aun cuando esta mejora fuese al principio forzada o fingida, cómo aumenta cada día nuestro respeto hacia él. Si tiene entendederas se dará cuenta de si eres el hombre al que en lo sucesivo puede engañar. No se le reprochen nunca, ni siquiera de la manera más disimulada, sus errores pasados, sino demuéstresele que sólo se tienen ojos para su conducta actual. Pero no es tan fácil liberarse de vicios que ya se han convertido para nosotros en una segunda piel; por lo tanto, no nos puede extrañar una recaída, y aunque en esa ocasión se ha de doblar la contundencia de nuestras palabras y los medios aplicados para su mejora, no tenemos que desanimarnos, ni tampoco desanimar al arrepentido. Creamos por fin, por el honor de la humanidad y para despertar nuestra fe, que nadie en el mundo puede caer tan bajo, estar tan corrompido como para que no se le pueda ayudar mediante una aplicación honesta y ferviente de los mejores medios. Y vosotros que vivís en el gran mundo y estáis tan dispuestos a expulsar para siempre de vuestra compañía a un hombre o a una mujer, que por medio de una acción ambigua o mala se haya humillado o puesto en ridículo, y a burlaros de ellos o a llenarlos de oprobios, tened en cuenta que a vuestro alrededor pululan cientos que o hacen lo mismo en secreto o al menos lo harían si lo permitieran las circunstancias; pensad que sois responsables de la desesperación que se apodera de aquellas personas, de que vayan cayendo en la escala social; y al cerrárseles las puertas de las mejores casas, tendrán que elegir unas relaciones en las que se volverán más y más indignas, para al final perderse por completo sin posibilidad de salvación, sucumbiendo por vuestra culpa.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

SOBRE EL COMPORTAMIENTO EN DISTINTAS OCASIONES DE LA VIDA

1

En más de una oportunidad he recomendado presencia y frialdad de ánimo como requisitos principales para todos los asuntos y negocios en la vida humana; pero en ninguna otra parte nos son más necesarias estas cualidades que en circunstancias en las cuales nosotros (u otros), nos encontramos en un inminente peligro mortal. Aquí la salvación, en momentos críticos, puede depender a veces de una rápida decisión. Así pues, no te entretengas con parloteos donde es necesario actuar. Reprime tus sentimientos demasiado tiernos y no lloriquees cuando deberías de intervenir. Ten presencia de ánimo cuando hay peligro de fuego o de inundación, donde a menudo se puede perder todo si se pierde la cabeza, y cuando aquellos a los que podemos salvar, a veces se ven obligados a depender de nosotros. Esta presencia de ánimo también es extremadamente importante cuando ladrones y asesinos nos atacan inesperadamente. Los ladrones y los bandidos suelen ser o temerosos o, cuando la desesperación los confunde, no lo suficientemente atentos y, por lo tanto, no están preparados para una resistencia seria y en condiciones. Un hombre resuelto y con sangre fría es en esta situación más fuerte que diez de esos miserables atacantes. No obstante, se tiene que pensar bien si puede traer beneficios o perjuicios defenderse con armas de fuego; si no es más conveniente hacer ruido o entregarnos a nuestra suerte, doblegarnos a la fuerza superior y con la entrega de la bolsa salvar nuestras vidas. Es imposible dar aquí reglas generales; pero para estar preparado ante todas estas contingencias, aconsejo que nos imaginemos con sangre fría en situaciones parecidas y establezcamos así una serie de medidas útiles. Mantengo además que es una parte importante de la educación, no sólo llamar la atención de nuestros hijos mediante preguntas acerca de cómo se comportarían en esas circunstancias inesperadas, sino también, a

veces, exponerlos a situaciones algo apuradas para ponerlos a prueba y acostumbrarlos a tener presencia de ánimo.

2

Una vez manifesté mi deseo de que alguien, en vez de incrementar el número enorme de descripciones de viajes largos y cortos por todos los rincones de Alemania, imprimiera un libro en el que diera reglas de cómo nos tendríamos que comportar, en general, para viajar con más comodidad, de modo más económico y con más provecho; que dijera, asimismo, en qué provincias se puede viajar mejor a caballo o en coche, etc.; y que reuniera observaciones, como las que se encuentran, por ejemplo, en las descripciones de viaje de Nicolai. A mi parecer un libro así no sería superfluo. Una obra sobre el modo de comportarse con las personas sólo puede incluir una mínima parte de esas reglas, pero tampoco puedo pasar por alto este tema, pues viajar forma parte de las relaciones humanas. Así pues, haré las siguientes observaciones sobre el comportamiento en los viajes y con los viajeros.

Es prudente informarse, antes de salir de viaje, en libros y por noticias orales sobre los caminos que se van a tomar, de aquello que se ha de observar o evitar durante el camino, en los lugares que se quieran visitar, y también de los precios y de los inevitables gastos que nos esperan, para que así ni nos engañen, ni nos veamos en apuros o nos perdamos aquello que merezca la pena verse.

El hombre con conocimientos, con algún talento, de fama irreprochable y de buenas costumbres, no necesita llevar esa cantidad de cartas de recomendación que suele llevar la mayoría de viajeros de baja condición. Sabrá darse a conocer en todas partes sin forzar a nadie. A menudo ocurre que en una ciudad se entabla

conocimiento, a través de cartas de recomendación, con dos personas enemistadas entre sí. Es, por lo tanto, prudente, en un lugar desconocido, antes de habernos informado de esas circunstancias, no hablar de nuestras conexiones en las casas a las que se tiene acceso, pero mencionar de vez en cuando que, al ser forasteros, no queremos inmiscuirnos en esos asuntos.

Nos podemos equivocar fácilmente en nuestros cálculos de los gastos de viaje; por consiguiente, no sólo aconsejo contar con un tercio de gastos por encima del presupuesto fijado, sino además tomar la precaución de que en los lugares principales por los que vamos a pasar haya hombres de negocios seguros, o se pueda disponer de medios por los cuales, en caso de que surgieran circunstancias imprevistas, pudiéramos salir del apuro.

En Alemania se tienen más motivos de precaución que en otros países, a causa de los distintos tipos monetarios, para cambiar dinero, y es algo muy habitual que hosteleros bribones engañen al forastero, o que le den moneda que no necesitará en la próxima posta.

En algunas regiones, en especial del Imperio, es más ventajoso, e igual de rápido (sobre todo cuando se hacen viajes de pocos días antes de llegar a una ciudad) que nos lleven cocheros de alquiler; en otras se viaja mejor con caballos de posta. En el primer caso no es bueno tener un coche propio, al menos se saca poca ventaja de ello. Pero también hay parajes en los que se viaja más cómodo y rápido a caballo, y otros donde como se llega mejor a la meta es caminando.

Gente de cierta categoría suelen rodar día y noche sin detenerse en el camino. Esto puede ser todo lo bueno que se quiera, si uno desea ahorrarse los elevados precios de los alojamientos, cuando se tiene mucha prisa por alcanzar el lugar de destino, o cuando se está familiarizado con las regiones por las que se pasa, de modo que ya no se puede observar nada que merezca la pena. Por lo demás, aconsejo hacer preferiblemente viajes cortos antes que largos, en

los cuales, hasta llegar a las ciudades principales, sólo se conoce al administrador de correos y a los postillones.

Mezclémonos, asimismo, si nos tomamos en serio la oportunidad de ampliar nuestros conocimientos de la región y de sus habitantes, con personas de todas las clases sociales. La gente de buen tono es muy parecida en todos los países y capitales de Europa, pero el pueblo propiamente dicho, o aún más la clase media, lleva el cuño de las costumbres del país. En virtud de ella se ha de juzgar el grado de cultura y de ilustración.

No en todas las provincias alemanas son igual de buenos los caminos y las estafetas. Esto se ha de tener en cuenta y tomar las medidas necesarias, sobre todo cuando nos importa llegar lo antes posible.

Para viajar se necesita paciencia, valor, buen humor, olvido de todas las preocupaciones domésticas, y no dejarse deprimir por circunstancias adversas, dificultades, mal tiempo, mala comida y otras cosas parecidas. Esto se ha de recomendar doblemente cuando se lleva a un compañero consigo; pues no hay nada más aburrido y fastidioso que viajar con un hombre y estar encerrado con él en una caja, que se mantiene mudo y que está continuamente de mal humor, que por la mínima incomodidad se enfurece, que se queja de cosas que no se pueden cambiar y que en cada hostería exige tanta comodidad, tranquilidad y bienestar como los que tiene en su casa.

Viajar hace sociable; se conoce a personas y nos familiarizamos con ellas, personas a las que difícilmente elegiríamos como acompañantes; esto no tiene más consecuencias, y no necesito recordar que hemos de guardarnos mucho de familiarizarnos excesivamente con extraños a los que encontramos de viaje, para no caer en las manos de aventureros y de pícaros.

Quien viaja mucho, o recibe con frecuencia visitas de viajeros, y no posee muy buena memoria, a menudo se mete en un apuro cuando se dirige a él un viejo conocido de cuyo nombre o circunstancia no logra acordarse, y que puede reaccionar con arrogancia al ver que le tratan como a un extraño. De esta situación penosa se puede salir con algo de habilidad sin que el otro se dé cuenta.

No aconsejo a nadie que se cambie de nombre cuando viaje; en cuanto menos se lo espere ello le puede causar un disgusto, y raras veces es necesario y útil mantener ese incógnito.

Hay personas a las que les gusta jactarse en los viajes, gastar mucho dinero, o brillar, así como vestir con lujo. Esto obedece a una vanidad estúpida que en las posadas se puede pagar cara, sin que por gastar más dinero se obtenga más de lo que obtiene el viajero común y corriente. Nadie se vuelve a acordar del viajero de tanto postín una vez que ha partido y ya no se puede sacar más de él. Se actúa prudentemente cuando se es sensato y correcto en la apariencia externa, ni muy suntuoso ni muy humilde, ni muy rico ni muy pobre, ya que, en los dos casos extremos se nos puede confundir o por un ignorante pisaverde que emprende su primera excursión, y al que por lo tanto se puede engañar a voluntad, o por un hombre de elevadísima alcurnia, del que se puede sacar algo, o por un aventurero al que hay que evitar y que tendrá que darse por satisfecho con un hospedaje peor.

Hay que vestirse con comodidad, un traje incómodo no sólo nos quita bienestar, sino que nos hace impacientes y nos cansa.

En el viaje tampoco se ha de ahorrar donde no se debe. Por ejemplo, es conveniente darles a los postillones buenas propinas, aunque no exageradas. Se van pasando la voz unos a otros en las estaciones y se avanza más deprisa y se obtienen otras ventajas.

Cuando por causa de salud o simplemente para entretenerse o animarse se viaja a un balneario, no llevemos con nosotros las

preocupaciones domésticas u otras. Esforcémonos por dejar en casa, al menos por ese periodo, todo lo que pueda provocar mal humor o inquietudes. Interrúmpase la correspondencia seria, evítese el trabajo que requiera esfuerzo y proveámonos del dinero suficiente para que no necesitemos renunciar a ningún placer inocente. Quien sea prudente, evitará el juego, que en realidad debería estar prohibido para siempre en todas las ciudades con baños termales y que sólo puede ser una ocupación favorita para las personas más insignificantes. En los baños cada uno tendría que cooperar para expulsar del círculo social toda coacción, pero no la moralidad y la afabilidad. Aquí, especialmente donde el círculo de huéspedes es pequeño, no rigen una serie de consideraciones y reglas a las que nos sometemos en la vida civil; tiene que predominar la tolerancia y la concordia, y se debe evitar todo espíritu de partido. Se vive sólo para el goce y el placer inocente. Tras este periodo cada uno vuelve a desempeñar el papel que el Estado le haya confiado.

Administradores de posta, cocheros y postillones alemanes tienen la fama de ser extremadamente groseros. Pero todo depende de cómo se los trate. Un comportamiento serio acompañado de cierta dignidad y, cuando sea conveniente, una palabra amable, raras veces dejarán de tener un buen efecto en esa gente.

Cuando se rompa algo en el coche, en las ciudades habrá mecánicos de sobra, aunque suelen entenderse bien con los postillones y exagerar los daños para sacarnos tanto más dinero. Por lo tanto, aconsejo en esas ocasiones examinar nosotros mismos los daños, o a través de fieles criados, antes de dar la orden para efectuar la reparación.

Los hospederos tienen sobornados a la mayor parte de los postillones (o un hospedero se conchaba con otro de la ciudad próxima) para recomendar al huésped ciertas posadas, que ni siempre son las mejores ni las más baratas. Es, por lo tanto, razonable, no hacer caso de ello e informarse de personas de

confianza, para saber así dónde nos van a tratar mejor y con menos gastos.

En los viajes, cuando hace frío, no hay nada más confortador que beber de vez en cuando un poco de vinagre de vino.

Los criados que llevemos con nosotros en el viaje tendrán que tener cuidado de que los postillones que regresen con los caballos, no se lleven, como suele ocurrir, manijas, clavos u otras pequeñeces pertenecientes al coche. Éstos también suelen entenderse con los vigilantes de la carretera para pasar de largo las aduanas, bajo el pretexto de no querer detenernos, pero para después presentarnos una factura por la cual tenemos que pagar el doble de lo que se había acordado, y de lo que se tendría que haber pagado si hubiésemos cumplido cada vez con el peaje.

Es una costumbre de los postillones conducir deprisa por las ciudades, una costumbre que tiene su utilidad y contra la cual no hay que incentivar. Si en el coche hay algo frágil, es mejor que se rompa del todo allí donde se pueda disponer fácilmente de ayuda y no a mitad de camino. Pero si el vehículo soporta la prueba del matraqueo sobre el empedrado, es muy posible que alcancemos sin averías nuestra meta.

Es una regla de la prudencia especificar rigurosamente con los mecánicos lo que se va a reparar antes de que pongan manos a la obra, o de comprar cosas que sirvan a la comodidad en otros lugares.

El medio más seguro para que un hospedero tenga mucha clientela y, por lo tanto, gane mucho dinero es: ser cortés, barato, servicial y no ser curioso. Pero como no siempre es éste el caso, el forastero que no tiene ganas de pagar el doble es el que mejor viaja cuando se arma de paciencia y disputa lo menos posible.

Si nos alojamos por primera vez en una posada, puede ser ventajoso si se le dan esperanzas al hospedero de que se va a regresar a

menudo; en estos casos suele mostrarse más benigno en la factura para recomendarse.

Cuando el hospedero nos presenta una factura excesiva, y no se pliega a una reducción considerable de la misma, no se le ha de exigir que nos presente una cuenta detallada por escrito consignando cada gasto, sino que merecería la pena presentar una denuncia en la policía. Si se pone a escribir, exigirá aún más de lo que había exigido al principio, ¿y quién va a ponerse a discutir con ese holgazán sobre los precios de los productos alimenticios? En las posadas donde se sirve vino, si se pide cerveza, el posadero siempre asegurará que la cerveza es mala. Aquí el mejor consejo será pedir enseguida vino y (si tenemos la intención de beber cerveza) pedirla a continuación.

En la mayoría de las malas posadas, las chimeneas humean y no se engrasan para que el huésped pida que se retire leña y, no obstante, se la cobrarán; las camas son demasiado cortas, las almohadas tienen cobertores azules para que no se note la suciedad. Contra la primera incomodidad no hay solución posible, salvo el de no encender la chimenea. Las otras se pueden soslayar si la cama y la ropa de cama que hemos traído se ponen en el suelo o sobre paja.

Los hospederos nos preguntan sibilinamente qué queremos de comer. Esto es una treta en la que no necesitamos caer, pues si pedimos un pollo o un crep u otra cosa parecida, tendremos que pagar este plato y además el menú del día. Lo mejor es responder que no se quiere nada en especial y que comeremos lo que esté ya preparado. Aconsejo también –salvo en posadas tan grandes como la de Fráncfort del Meno, con mi honrado mesonero Dyck, Fritsch y otras casas parecidas–, no pedir vinos extranjeros, sino vino de mesa. A fin de cuentas todo proviene del mismo barril, con la única diferencia de que, lo que se nos vende como un vino viejo o extranjero, es un veneno más costoso del que se nos sirve en la mesa de la posada. Y comer en una mesa así es para el viajero que

viaja solo más barato y entretenido que sentarse en su habitación en compañía de su propia persona.

Algunos administradores de posta, que al mismo tiempo son posaderos, emplean el truco siguiente para obtener ventajas económicas: cuando se cambian caballos y mientras se pide una pequeña comida, su preparación dura demasiado. Entretanto se da de comer a los caballos y se los engancha. Pero apenas nos han servido la comida cuando el postillón ya anuncia la partida con su cuerno. Por lo tanto, apenas nos queda tiempo para comer y tenemos que pagar una comida completa. Aconsejo, por lo tanto, cuando no se tiene mucha prisa, no dejarse engañar y comer con toda la tranquilidad del mundo.

Cuando administradores de estafetas, en países donde no hay un buen servicio de posta, nos quieren imponer más caballos de lo necesario, ya sea bajo el pretexto de los malos caminos, de la fría estación o de que nuestro coche es demasiado pesado, raras veces conseguiremos algo con peticiones o insistiendo en nuestro derecho a seguir el camino tal y como hemos llegado. Esa gente sabe de sobra que un forastero está más interesado en no detenerse que en perder el tiempo con un proceso ante la instancia superior de correos. Ahora bien, como enganchar el tiro de varios caballos tiene consecuencias para las estaciones siguientes, los maestros de postas, cuando son muy amables, suelen solicitarnos que aceptemos un vale por escrito en el que consta que no tendrá consecuencias para el resto del viaje. ¡No aceptéis este acuerdo! Ese papel no sirve para nada; en la próxima posta, aun cuando veamos a un par de caballos ociosos, nos engancharán el mismo número, y se nos volverá a ofrecer otro vale con los mismos efectos que el primero. El medio más seguro en estos casos consiste en ofrecer una buena propina al conductor y ganarse, de paso, de esta manera, al postillón que viajará con nosotros, o pagar un caballo o dos más sin que los enganchen.

Cuando queremos desplazarnos en barco por un río, o queremos transportar enseres de esta manera, no confiar de ningún modo en las promesas del patrón acerca de la duración del viaje. La mayoría se detiene en el camino para recoger más carga o para hacer contrabando cuando han cargado mercancías; sólo sería útil un contrato más detallado.

Quien viaje a caballo, ya sea con o sin mozo de caballerías, no puede confiar en la gente de las posadas para que cuiden y alimenten a sus animales, sino que tendrá que ocuparse él mismo o mandar a su criado que los alojen en un buen establo, limpio y saludable, separados de otros caballos, y que sean debidamente cuidados y alimentados.

No se debe emprender un viaje largo en jamelgos de alquiler cuando no se tiene la certeza de que los caballos están sanos y son buenos; tendrán que haber descansado un par de días antes de partir y salir frescos; pues, por más que el propietario suela rogar con gran seriedad que no se espolee con fuerza al caballo, la verdad es que a menudo sólo se logra que esos bucéfalos se muevan con espuelas, fustazos y maldiciones.

Si no temiera ser prolijo, aún daría aquí algunas reglas útiles, por ejemplo, que se ha de dar un trato especialmente bueno a los caballos ajenos, que cuando se quiere emprender un viaje largo, se ha de entrar lentamente en el establo y salir lentamente de él; que no es bueno cabalgar en las ciudades sobre canales cubiertos con tablas, etc. ¡Y que no se diga que todo el mundo lo sabe! Mucha gente aprende a montar a caballo y a domarlos, pero nadie aprende en la práctica a cabalgar en el camino. Pero ya veo a los señores criticones arrugar la nariz de que algo así se trate en un libro sobre cómo tratar con las personas, pero si pensamos que en este libro proporcionamos reglas para llevar una vida feliz, tranquila y útil en el mundo y entre los hombres, se asombrará quien oiga que un reseñista alemán ha dicho que he caído en el error de tantos escritores alemanes, que quieren abarcar todo lo posible en sus

obras y que, en consecuencia, escriben con un estilo poco entretenido.

El viajar a pie es, sin duda, la manera más agradable de viajar. Se goza de las bellezas de la naturaleza; nos podemos mezclar, sin ser reconocidos, entre gente de toda índole y condición; podemos observar lo que de otro modo no experimentaríamos; uno es libre; podemos escoger el mejor tiempo y el camino más bonito; podemos detenernos o regresar cuándo y dónde queramos; fortalecemos el cuerpo; tendremos apetito, dormiremos bien; y cuando el cansancio y el hambre nos impulsen a buscar alojamiento, nos daremos por satisfechos con cualquier comida y cualquier lecho. De esta manera he recorrido buena parte de Alemania, y también he conocido a fondo, entre otros parajes, el Paraíso de Alemania, el bello Palatinado. Aquí maduró mi decisión de residir en este lugar durante un periodo, que se convirtió en cuatro años, en los cuales pasé horas felices en la comarca más espléndida, al lado de hombres nobles y amigos queridos e inolvidables, a quienes aquí aprovecho para mostrarles mi agradecimiento y respeto; pero también me di cuenta de que esta forma de viajar en Alemania va unida a incomodidades y dificultades. Por ejemplo, podemos llevar poca ropa, así como pocos libros. Esto se puede soslayar en cierta medida enviando por correo lo que necesitemos y que no pueda llevar consigo un mensajero, a los lugares principales por los cuales se quiera pasar. Una segunda incomodidad consiste en que esta manera inhabitual de viajar para un hombre de elevada posición, llama demasiado la atención, y los posaderos no saben cómo nos tienen que tratar. Si se va mejor vestido que los caminantes habituales, se nos tomará por personas sospechosas, por aventureros o por tacaños; se nos observará, nos interrogarán, en suma, el posadero dudará a la hora de encajarnos en la tarifa que fija para sus clientes. Si, en cambio, vamos mal vestidos, se nos alojará, como a un artesano itinerante, en áticos y se nos dará camas sucias, o tendremos que contar una y otra vez quiénes somos y por qué no hemos aparecido en coche o a caballo. En los viajes a pie la compañía de un amigo animado es muy agradable.

No se confíe en los campesinos cuando nos muestran un camino que se supone es un atajo. Estas personas, al igual que están llenas de prejuicios y se apegan a sus viejas costumbres, siempre recorren los caminos que de padre a hijo se han considerado los más cortos, sin haber empleado ni la reflexión ni el sentido de las proporciones para confirmar o corregir los errores de sus mayores.

Si se planea recorrer largas etapas a pie, por la mañana temprano bastará con tomar un vaso de agua. Una vez que se haya caminado unas horas y nos sintamos cansados, es saludable tomarse un café y pan para recuperar fuerzas. De vez en cuando un vaso de vino tampoco puede hacer daño; el licor, por el contrario, cansa y da sueño.

Si se quiere descansar, evitemos echarnos debajo de un árbol muy próximo a la carretera. En esos lugares descansan habitualmente los vagabundos y los dejan llenos de parásitos.

Si el camino atraviesa un bosque desconocido y se piensa regresar en uno o dos días, déjense ramitas en el suelo para después volver a encontrar el camino; no se vaya nunca sin escopeta, o llévese al menos un bastón.

Sobre el comportamiento con otros viajeros ya hemos dicho algo en el capítulo noveno de esta parte. Aquí añadiré la siguiente observación: en estos tiempos hay motivos para ser precavido con las personas que viajan, no sólo para no ser molestado por aventureros o gentuza, sino para no dar la oportunidad a los denominados doctos viajeros para enriquecer sus colecciones de anécdotas con nuestras conversaciones confidenciales, y para que luego, en agradecimiento a nuestra amabilidad y compañía, las den a la estampa. Por otra parte, sin embargo, se ha de ser justo y tratar noblemente a aquellos forasteros que no nos importunen y no inducirlos, por ejemplo, a la charlatanería, para después, basándonos en algunos de estos rasgos inciertos, hacernos una idea de su personalidad y comunicarla al mundo.

3

Paso ahora a ocuparme del trato con borrachos. El vino alegra el corazón humano, y si este medicamento no se toma como un medio necesario sin el cual no podemos ponernos de buen humor, sino como un tonificante para, en momentos de tristeza, sacar el buen humor, que nunca ha de abandonar el ánimo de un hombre honrado, de debajo de los escombros de las preocupaciones domésticas, no tengo nada que objetar en contra, más bien reconozco que he experimentado el efecto benéfico de este espléndido medicamento. Pero no hay un espectáculo más repulsivo para el hombre sensato que una persona que ha perdido los sentidos y la razón por culpa de la bebida. Aun sin ser éste el caso, ya es de por sí desagradable cuando se es el único sereno en una reunión en la que los participantes han bebido una copa de más; y cuando uno ha dedicado el día a negocios serios, y por la noche se da con un círculo de compañeros así de animados, es casi inevitable (a no ser que por naturaleza se tenga un carácter bromista) beber también algo para ponerse a tono.

Ahora bien, los efectos del vino en los ánimos de las personas son muy distintos en virtud de sus temperamentos naturales. Unos, cuando están ebrios se muestran muy divertidos, otros sentimentales, otros benevolentes y comunicativos, otros melancólicos, otros soñolientos, cerrados; otros, en cambio, locuaces, y otros pendencieros. Evítese en lo posible a este último tipo de borrachos. Pero si no se puede evitar, con un comportamiento prudente, cortés y deferente, y sobre todo no contradiciéndolos, se logrará salir bien del apuro. Es evidente que no se debe confiar en lo que promete una persona en estado de embriaguez; que tendremos que tener doble cuidado para no cometer un disparate estando ebrios, cuando sabemos que tenemos

mal vino; que es innoble aprovecharse de ese estado de debilidad en una persona para sacarle secretos o conseguir promesas; y, finalmente, que no se debe negociar nada serio con gente que le ha estado dando a la botella.

4

Ahora diré algo sobre los consejos. Si alguien te pide consejo o sugerencias, piensa bien si es un deber que le digas sinceramente tu opinión, o no, así como si su petición es en serio o no. Si te pregunta cuando ya ha tomado la decisión de lo que va a hacer; si te solicita tu crítica y tus sugerencias sólo para verse elogiado y halagado, no te entrometas en sus asuntos. Hay que conocer a la gente si no queremos esforzarnos en vano o cosechar su ingratitud. No se necesita ser un adulador, ni tampoco apoyar intenciones necias o injustas, siempre podemos encontrar un camino fácil para rechazar la petición. Donde hay que tener más precaución es a la hora de dar consejos en asuntos matrimoniales.

En lo que a ti respecta, no pidas tampoco consejo ni juicios ajenos cuando ya te has decidido, sólo porque a tu oído le gusta escuchar la ovación y el elogio.

5

En los funerales, en los bautismos y en otras situaciones parecidas, evita las escenas dramáticas y todas las composturas rígidas, solemnes, así como las frases ostentosas. Esas formalidades y

afectaciones no dejan ninguna impresión duradera, son para ambas partes fatigosas y para muchos extremadamente aburridas.

6

He advertido (especialmente en mujeres) que cuando se baila a menudo no se hace una buena figura. Cuando la sangre hierve, la razón no es del todo dueña de los sentidos; en esas ocasiones se revelan toda índole de deslices temperamentales. Así pues, se ha de tener mucho cuidado. En el baile nos sumimos en una suerte de embriaguez en la que es difícil controlar nuestros sentimientos. ¡Ay de aquel que no tiene nada que ocultar! Aquí paso por alto las reglas de la decencia en el baile. Quien tenga educación, no las necesita y las conoce, por ejemplo, que debe prestar atención a los movimientos; que, en el baile inglés, no debe comenzar a bailar con más descuido una vez que ha bajado la mitad de la fila; que no se debe empujar a nadie, ni asaltar con torpeza a mujeres de elevada condición, ni tampoco apretarlas o tratarlas con brusquedad; que es de buen tono, al dar la mano, dejar la mano del más noble sobre la nuestra, y otras cosas parecidas. Nada de esto merecería que malgastáramos nuestras palabras, si en el mundo actual, algunos, ya sea observando o descuidando esos detalles, no se hubiesen labrado su fortuna o su desgracia.

Fin de la parte segunda

PARTE TERCERA

INTRODUCCIÓN

Después de lo dicho en la introducción a la parte segunda de este libro sobre el orden de los temas observado en ella, mi plan me lleva ahora a desarrollar las reglas para el trato con personas de diferentes clases y condiciones en la vida civil, comenzando, como es justo, por los grandes de la tierra.

CAPÍTULO PRIMERO

SOBRE EL TRATO CON LOS GRANDES DE LA TIERRA, CON PRÍNCIPES, ARISTÓCRATAS Y RICOS

1

Seríamos injustos si quisiéramos afirmar que todos los príncipes, todas las personas muy nobles y muy ricas tienen en común los mismos defectos, por los cuales muchos de ellos son insociables, fríos, incapaces de verdaderos vínculos de amistad y difíciles de tratar; pero realmente no cometemos ningún pecado si se dice que esto es así en la mayoría de los casos. Se descuida por completo su educación, se los estropea desde su juventud con la adulación, y se los mima volviéndolos caprichosos. Como su situación los exime de sufrir determinadas carencias o necesidades; como raras veces se encuentran en apuros, no aprenden cuánto se depende de otras personas, cuán difícil es soportar solo los infortunios de la vida, cuán agradable es encontrar otras almas afines o compasivas, y cuán importante es respetar a los demás para que en alguna ocasión se pueda encontrar refugio en ellos. No se conocen a sí mismos, ya que no se deja, por temor o esperanza, que sientan los efectos adversos que son consecuencia de sus errores o defectos. Se creen seres mejores, favorecidos por la naturaleza para gobernar; mientras que las clases bajas tienen como destino rendir homenaje a su egoísmo y a su vanidad, a soportar sus caprichos y a elogiar sus fantasías. Por lo tanto, hemos de basar nuestro comportamiento en el trato con los grandes y los ricos en el presupuesto de que la mayoría de ellos se acomoda a esa imagen. Ahora bien, tanto más benéfica es la sensación cuando encontramos a uno entre ellos que con un cierto noble orgullo, con más sutileza, magnanimidad y más cultura –ventajas que, ciertamente, se pueden adquirir con una noble educación adecuada–, aúnan todas las virtudes privadas. Y lo repito, los hay, incluso entre los príncipes, pero son escasos y no siempre nos los da a conocer la fama. No aconsejo confiar mucho a este respecto en las proclamaciones de los periodistas. He constatado con frecuencia, causándome gran pesadumbre, cómo el dios terrenal

admirado como benefactor del género humano y promotor de todo lo noble, grande y bello, y preferido del pueblo, de cerca era pequeño y miserable. Los mejores príncipes suelen ser aquellos de los que menos se habla, ya sea mal o bien.

2

El trato con los grandes y los ricos tiene que ser muy diferente según se los necesite o no, si se depende de ellos o no, o si se es libre. En el primer caso, no siempre hemos de seguir los dictados de nuestro corazón, habremos de callar sobre algunas circunstancias, soportar otras, no se podrá decir abiertamente la verdad, aunque un hombre firme y honrado nunca hará degenerar esta actitud diplomática en vil adulación. Hay pequeñas circunstancias, no obstante, que, al igual que ocurre con las mezclas sutiles de caracteres, alteran las relaciones, por lo cual resumiré en lo sucesivo todas las reglas para el trato con los grandes y dejaré al lector que las ordene y elija como más convenga a su situación.

3

Un principio general para todos los casos es el siguiente: no importunes a los nobles y ricos si no quieres que te desprecien. No los abrumes con peticiones para ti y para otros si no quieres que se harten de ti y te eviten. Más bien deja que ellos te busquen, déjate ver raramente; pero todo esto sin que adviertan tus intenciones, hazlo sin que parezca forzado.

4

No intentes dar la impresión de que perteneces a su clase o que al menos vives con ellos en estrecha confidencia. No te vanaglories de su amistad, de su correspondencia, de su confianza, ni de su poder. Si tal conexión es un hecho afortunado –y ya se conocen mis principios fundamentales al respecto–, disfrútese en silencio de una fortuna tan incómoda. Hay personas que pretenden desempeñar un papel en el mundo más grande, o de gozar de un prestigio mayor al que en realidad pueden aspirar. No paran en gastos para llevar la vida lujosa de los nobles y ricos en sus casas, o penetran en sus círculos donde hacen una figura miserable corriendo detrás de ellos, y no sacan ningún goce al descuidar un trato social más instructivo y agradable, alejando de sí a buenos amigos y a hombres sabios. Las personas más tacañas no ahorran a veces en gastos cuando pueden encontrar la oportunidad de tener acceso a grandes casas, y prefieren incluso pasar hambre durante meses con objeto de agasajar a un príncipe, que ni siquiera se dará cuenta de ese sacrificio, y que tampoco se mostrará agradecido, más bien se aburrirá con ellos, y que en catorce días ya se habrá olvidado del nombre del necio anfitrión. Otros no dejan escapar la ocasión de imitar puntualmente y apropiarse de las costumbres estúpidas y depravadas de los grandes, su arrogante desprecio, su ocio ocupado, sus diversiones, su dárselas de importante, su vacía condescendencia, sus conversaciones sin alma, su hipocresía, su fanfarronería, su frialdad, su copia de lo extranjero, su desprecio de la lengua materna, su ortografía incorrecta, hasta sus gestos ridículos, sus costumbres y defectos, su balbuceo, sus cuchicheos, sus encogimientos de hombros, su grosería hacia los inferiores, sus achaques, su gota, su mala economía doméstica, sus estúpidos caprichos, y algunas más de estas espléndidas virtudes. Para ellos la mejor prueba de la bondad de una cosa es que cualquier persona de

elevada posición actúe así y no de otra manera, como si eso pudiera santificar una estupidez. ¡Actúa de manera independiente! No niegues tus principios, tu clase, tu nacimiento, tu educación, así ninguna clase podrá negarte su respeto.

5

No hay que fiarse mucho de los semblantes amables de la mayoría de los grandes, no hay que sentirse en la cumbre de la felicidad cuando su graciosa señoría nos sonría, nos estreche la mano o nos abrace. Es posible que nos necesite en ese momento, y nos trate con desprecio o, al menos con frialdad, en cuanto pase ese momento. Tal vez no sienta nada con su amabilidad, cambie de gesto como otros cambian de ropa, o se encuentre en la hora de la digestión inclinado a una benevolencia inactiva, o quiera humillar a otro de sus esclavos. Con esa gente siempre hay que permanecer dentro de nuestros límites, no familiarizarnos con ella y no descuidar nunca la cortesía y el respeto externo que se debe a su clase, por mucho que se rebaje. Más tarde o más temprano se les ocurrirá volver a levantar su cabeza, o se olvidarán de nosotros cuando otro adulador les atraiga; y entonces nos expondremos a desagradables humillaciones que se podrían haber evitado con una sabia precaución.

6

No traspases nunca en tu amabilidad hacia los grandes de la tierra, en cuyas manos está tu bienestar social, los límites del honor. Es una

gran tentación para un joven pobre o ambicioso, que quiere elevarse al servicio de un príncipe débil, adular a su ministro más intrigante, al ayudante de cámara que maneja los hilos, o a una amante tiránica; pero esto raras veces acaba bien. Esos favoritos suelen caer más tarde o más temprano y arrastran consigo a la perdición a sus propias criaturas; y aunque no fuera así, las mayores ventajas que se podrían obtener, se pagarían demasiado caras cuando para ello se tuviese que sacrificar el respeto de hombres sabios e íntegros; y así ocurrirá con toda seguridad. El camino recto, en cambio, conduce infaliblemente, cuando no a una dicha espléndida, sí a una duradera.

7

No dejemos tampoco que los dioses terrenales abusen de nosotros para sus sucios negocios, sé precavido en todos los servicios que les prestes. Hacen fácilmente de todo favor un deber y luego consideran que hemos incumplido nuestro deber cuando en otra ocasión no nos mostramos cooperativos, y renuncian a nosotros. Se olvidan fácilmente de lo que se ha hecho por ellos. El *** de ***, que por lo demás posee muy buenas cualidades, me pidió que le escribiera un par de artículos en francés y alemán, que con cierta ocasión quería leer públicamente para influir en los ánimos. “Me falta tiempo, amigo mío”, me dijo, “si no me tomaría yo la molestia; además, usted está más acostumbrado que yo a esos trabajos”. Empleé algunas horas de esfuerzo y cuando le llevé el trabajo, me abrazó, me lo agradeció a solas con las más tiernas expresiones y juró, exagerando a todas luces, que mi trabajo era una obra maestra de elocuencia. En suma, se comportó como si le hubiera prestado el servicio más importante; pero me pidió que guardara silencio sobre el asunto, lo que yo hice. Trascurridos un par de años, le visité por la mañana en ***. Me contó muchas cosas en su propio elogio, yo le escuché con humildad. “Y todo esto”, continuó, “lo he logrado con un par de

memorias que, sin vanagloriarme, no me han salido nada mal. Las tiene que leer. Lléveselas a casa". Me entregó mi propia mercancía intelectual, aunque escrita de su puño y letra, y me la guardé, pero en casa añadí mis propios conceptos y le devolví los papeles. Él se avergonzó algo y después bromeamos sobre ello, ¡pero así son con frecuencia los mejores de nuestra sociedad!

Ante todo hay que tener mucho cuidado y no dejar que nos arrastren a un negocio peligroso. Esto suelen hacerlo con agrado y luego o nos echan la culpa a nosotros cuando no sale bien, o nos dejan en la estacada para que pechemos con las consecuencias. También de esto último he tenido experiencias en mi imprudente juventud, por lo cual le daré poco espacio en este libro ya que me he propuesto no incluir ninguna anécdota que arroje una luz negativa sobre algún personaje. En suma, no dejemos que nos cuenten sus secretos. Respetan al hombre que conoce sus intimidades sólo mientras lo necesitan; no obstante, le temen e intentarán librarse de él en cuanto puedan, por más que se les muestre con la mayor claridad que somos incapaces de abusar de su poder y de su confianza.

8

En general, no se puede confiar en el agradecimiento de la mayoría de los nobles y ricos, ni en sus promesas. Así pues, no les sacrifiques nada. No lo valorarían, creen que todas las demás personas les deben ese tributo, por la protección, por una mirada magnánima, por una existencia tranquila, o que a través de ello se quiere alcanzar alguna ventaja. En consecuencia, tampoco les regales nada. Eso significa arrojar una gota del bálsamo más exquisito en un cubo de agua turbia. Yo poseía un valioso cuadro antiguo, un pintor de fama lo valoró en cien doblones de oro. La mitad de esta suma, que

fácilmente hubiera recibido a cambio, me habría resultado de lo más útil entonces, por mi situación doméstica delicada; mi temperamento bondadoso, sin embargo, o más bien mi estulticia, me llevó a regalarle el cuadro a su Alteza Serenísima ***, quien lo aceptó. No pensé obtener nada a cambio, pero en parte con ello quería testimoniar mi afecto a ese príncipe, en parte esperaba estar en condiciones para pedirle algo que me debía porque hacía tiempo me lo había prometido; así creía yo que se acordaría de la palabra dada siempre que mirara el cuadro; pero me engañé. Me abrazó cuando fui a visitarle y me enseñó el lugar de honor que había asignado a mi regalo; ahora bien, su promesa no la cumplió, y cuando trascurrido un año me encontraba en su gabinete con un embajador al que le estaba enseñando sus tesoros artísticos, le dijo a este forastero en mi presencia, señalando el costoso cuadro: "Verdaderamente es una pieza bellísima y me salió bastante barata". Así pues, se había olvidado de que había sido yo quien le había puesto un precio bastante barato, y lamenté la esperanza esfumada y la suma perdida, con la cual mi familia podría haber vivido por un tiempo considerable.

Tampoco aconsejo prestar grandes sumas de dinero o tomarlas prestadas de ellos. En el primer caso, no sólo consideran a sus acreedores como usureros y como personas para las que ha de ser un honor poner su patrimonio a disposición de Su Alteza, sino también, cuando se retrasan en el pago de su deuda, como ocurre con mucha frecuencia (ya que viven suntuosamente y suelen ser más descuidados en sus asuntos domésticos de lo que deberían), se tienen extremadas dificultades y cuesta un gran esfuerzo conseguir que se nos haga justicia y, encima, nos hacemos enemigos de un partido poderoso. En el otro caso, en cambio, cuando tomamos prestado de ellos, nos convertimos mil veces en su esclavo.

No contribuyas nada a depravar aún más a sus hijos o a empeorarlos moralmente. ¡No los adules! No alimentes su orgullo, su suntuosidad, su vanidad, su inclinación a placeres fútiles y voluptuosos. No refuerces a los grandes en los principios de privilegios innatos, de derechos señoriales, de unción y otros disparates similares. ¡No finjas! No niegues la verdad, ni siquiera cuando sea dolorosa. Sé franco, pero sin ser grosero, y sin perderte a ti mismo. Ponte de parte de la inocencia ignorada, de la nobleza difamada, del hombre honrado calumniado por disputas cortesanas, pero con precaución, sin enfurecer aún más a sus enemigos, y en la medida en que lo permita tu situación. Apoya y fomenta, cuando lo permita la prudencia, los deseos, la buena fama y las peticiones justas de aquellos que son demasiado tímidos, demasiado pobres, demasiado modestos, o que están demasiado oprimidos o pertenecen a una clase muy inferior, para aproximarse a los palacios. Es increíble el efecto que pueden causar las palabras de un hombre sensato y apreciado en general en esas personas, tanto en lo bueno como en lo malo; cómo les gusta interpretarlo todo en ventaja de su arrogancia y cuánto se puede influir en ellos aun cuando las consecuencias no sean visibles.

10

Hay que guardarse de hablar con ellos de planes y proyectos de los cuales no tengamos la certeza de que se pueden ejecutar, ya sea por temor a que nos malinterpreten (en especial, cuando tal vez sólo nos han entendido a medias y ellos se ponen a la obra de inmediato por su cuenta), en parte para que no recaiga la culpa en nosotros cuando el éxito no se corresponda con las esperanzas. Recuerdo (para dar un pequeño ejemplo) que una vez cierto príncipe habló

conmigo de un tejado plano que había encargado poner en su invernadero y que había hecho retirar al haber resultado demasiado pesado. Se me ocurrió entonces que había oído de un ingeniero militar francés que se podía construir un tejado italiano barato, ligero y duradero con una serie de capas de papel de azúcar de color azul, impregnado entre medias y arriba con brea y gravilla. Esto se lo conté al príncipe incidentalmente, sin ni siquiera hacerme responsable de que funcionara. Tiempo después me enteré de que había hecho el intento –¿quién sabe cómo?–, que había fracasado y que había dado a entender con claridad que yo era un hombre de cuyos proyectos uno no se podía fiar.

No se puede ser lo suficientemente precavido cuando se habla con ellos. Evitemos en su presencia cualquier juicio en desventaja de otras personas, de cualquier burla. Les gusta oír esas cosas, pero las consecuencias son a menudo nefastas. Para empezar, nos rebajamos nosotros y rebajamos a otros ante sus ojos, pues ellos se ríen, pero odian al difamador y al espía de errores ajenos, con la secreta conciencia de sus propios y múltiples defectos (por más que los intenten ocultar), y como desprecian al resto de los hombres, este desprecio aumenta aún más cuando les descubren las flaquezas ajenas. Asimismo, abusan ocasionalmente de nuestros nombres y contándoles a otros nuestra ocurrencia, nos azuzan a unos contra otros. Por último, a veces no se sabe si la fortuna temporal de esas personas, de las que se forjan conceptos negativos, está en sus manos; y uno se asombra cuán a menudo una única palabra arrojada sin mala intención, arraiga con fuerza y tras un largo periodo de tiempo aún puede tener las consecuencias más nocivas y desgraciadas. El bien resbala por sus corazones fríos, el mal, en cambio, se aferra a ellos y no se suprime tan fácilmente. Podría mencionar los ejemplos más curiosos de esto si no temiera fatigar con ello la paciencia del lector. Pero en lo que se ha de ser más precavido, es en las conversaciones sobre otras personas de clase elevada. Aunque los dioses terrenales raras veces se quieren entre ellos, sino que más bien están separados por toda índole de pasiones, no les gusta que se nombre en su presencia a los

privilegiados favoritos del cielo sin veneración. Por lo demás, los aristócratas y los ricos quieren que se les entretenga y se les ponga de buen humor; hazlo de una manera inocente cuando te interese su favor. Pero no te humilles a la condición de un bromista a sueldo, que ha de contar chistes a una señal suya y del que no quieren oír ni una sola palabra razonable.

11

En los corazones de la mayoría de los grandes mora el recelo. En sus mentes domina la idea de que el resto de los hombres se ha confabulado contra su clase. De ahí que no les guste que se originen estrechas amistades entre aquellos que están sometidos a ellos. Quien no necesite preocuparse de príncipes y aristócratas, puede pasar por alto todo esto, tener amistad con quien quiera, y ningún hombre honrado descuidará, por deferencia a algún protector y mecenas, a un amigo verdadero, ni rechazará la mano que le ofrece un hombre digno. Pero quien quiera buscar su fortuna en las cortes, hará bien si es precavido en la elección del círculo social que más va a frecuentar. Aquí predominan siempre los partidos y las intrigas, a las cuales un corazón benevolente y compasivo fácilmente se verá arrastrado; y si uno de esos partidos vence sobre otro, ocurre a menudo que el más inocente, al ser un mero confidente de lo ocurrido, acaba ayudando a pagar la cuenta. En un lugar donde, realmente –contra mi naturaleza pecaminosa– me comporté con extremada precaución, me llevé un disgusto indescriptible porque se supuso que yo había conocido cierto asunto, o al menos advertido, al conocer a las personas implicadas en él. Y, no obstante, se podía deducir fácilmente que yo no había desempeñado papel alguno en ese asunto, más aún, que ni siquiera había tenido noticia de él hasta que se produjo, por lo tanto que no se habría podido impedir ni por indicaciones mías ni por mi consejo. En cualquier caso, deberían

haber considerado mi discreción como un mérito, por no haber traicionado a mis amigos. Se tendría que haber pensado que yo era una persona sin compromisos y no obligada a cumplir servicio alguno, y que, en consecuencia, no tenía ningún deber de actuar como un fiscal o denunciante, y entrometerme en ese negocio. Pero no se es tan justo y yo aconsejo no tomar partido en una corte por ninguna de las facciones, sino ir por nuestro camino y no preocuparnos de nada que no nos afecte directamente, ser cortés con todos, pero confidencial únicamente a solas y con los más seguros.

12

Los llamados grandes, en especial los ministros astutos, tienen un raro talento para sonsacar a los demás sus secretos, y como muchos de ellos no se toman muy en serio la fidelidad y la confidencia, abusan después, cuando les puede aprovechar o pueden dañar con ello a sus enemigos, de la confianza de personas bondadosas. Así pues, con esta gente aconsejo reserva absoluta.

No hables sin necesidad a los grandes de la tierra de tus circunstancias domésticas, de cosas que sólo te atañen a ti y a tu familia. No te quejes ante ellos de tus infortunios. No les confíes las preocupaciones de tu corazón. No se interesan mucho por ello, no tienen ningún sentido para el sentimiento de la amistad; les aburre; tus secretos no son para ellos lo bastante importantes como para mantenerlos fielmente; siempre creen que se les quiere mendigar y desprecian al hombre que no es feliz, que no es libre. Desde su juventud creen que todos planean saquear su bolsa, aprovecharse de sus actos benéficos. La gente nos mira de una manera diferente desde el mismo momento en que parece que buscamos algo, que necesitamos algo. Se nos hace justicia, más aún, se muestran

encantados con nuestros talentos, con nuestros conocimientos, con nuestra bondad, con las espléndidas virtudes de nuestro carácter, pero sólo en tanto que con todas estas cualidades sólo aspiremos a merecer un tratamiento cortés y afable, sólo en tanto que como forasteros, como personas indiferentes, no impidamos el paso a nadie o le queramos ensombrecer; ahora bien, comenzarán a observarnos con mayor atención, con más severidad y menos talante equitativo cuando queramos hacer valer nuestras cualidades en el Estado y queramos obtener los lícitos privilegios que se reparten los necios aristócratas y sus criaturas. Los aristócratas y los ricos cuando mejor tratan a los demás es cuando se dan cuenta de que no se les necesita; cuando se les muestra esto de una manera sutil, sin vanagloriarse de ello; cuando a ellos nuestra ayuda, nuestra opinión, les resulta imprescindible; cuando no dejamos de lado, con este motivo, ni la modestia ni el homenaje externo; cuando nuestro ingenio, nuestra mayor sabiduría, nuestra firmeza y sinceridad, les inspiran respeto sin que por ello nos teman; cuando dejamos que ellos nos pidan, nos busquen, sin que les impongamos nuestro apoyo; a una persona semejante la tratan con gran cuidado.

13

Pero guárdate mucho de dar a entender claramente a un grande, ya sea a solas o en presencia de otros, a un grande con pretensiones de poseer intelecto, ingenio, elevadas virtudes, erudición, sentido artístico, o lo que sea, que le superas, que le ignoras o lo dejas en la sombra. Puede que lo sienta en silencio, pero ha de creer que lo siente él solo. Esta precaución es sobre todo necesaria frente a superiores que son menos competentes en su trabajo que tú. Les gustaría preguntarte tus mejores ideas, como si te examinaran, para apropiárselas, y para, dada la oportunidad, venderte a ti tu propia mercancía; ¡pero ay de ti si los criticas!, o si haces como si te

hubieses dado cuenta de ello, o si adoptas el tono inquisitivo. ¡Qué difícil te harán la vida! Cuánto te exigirán, de lo que ellos son incapaces de hacer, para encontrar la oportunidad de acusarte de un error.

14

Pero hay favores pequeños e inocentes que se pueden hacer a los grandes de esta tierra sin por ello tener cargo de conciencia ni caer en vil adulación. A estos niños mimados de la fortuna se los ha acostumbrado desde jóvenes a que los demás se amolden a sus fantasías, a que se acepten sus gustos como hilo conductor, a encontrar interesantes sus aficiones y a evitar todo lo que sea contrario a sus prejuicios o caprichos infantiles. Incluso los mejores de entre ellos no se ven del todo libres de tales manías y engreimientos. Y si se puede influir de manera positiva en un príncipe por lo demás honrado y noble, acomodándose a él, o si nuestra felicidad o la de nuestra familia está en sus manos, ¿quién no cederá y se regirá por un príncipe así? Algunos hijos de príncipes, por ejemplo, hablan muy rápido y con poca claridad y no les gusta cuando se les vuelve a preguntar, sino que quieren que se les entienda de inmediato. Sería preferible, ciertamente, que se les quitara esta mala costumbre en la infancia, pero no ocurre así; o les gustan los caballos, los perros, los soldados de plomo, el teatro, cabezas de pipa, cuadros, violines, o componen música, construyen, plantan, fundan academias o museos, etc. ¿Acaso no es algo inocente consentir de vez en cuando y mostrar nuestra competencia? Tan sólo que no deberemos dar muestras de que sabemos más en sus ámbitos preferidos, que queremos superarlos en ellos, lo cual puede ocurrir fácilmente, pues a menudo de lo que menos saben es de aquellos asuntos en los que más se ocupan (se podría escribir un largo capítulo sobre el trato precavido con

compositores aristócratas e ignorantes mecenas). En lo concerniente a ciertos trajes, maneras, el tono de la voz, en lo que se refiere al estilo, a la letra y a cosas parecidas, también suelen tener opiniones propias que se deben de tolerar si no queremos desagradarlos. Por lo demás, es evidente que esta afabilidad habrá de cesar en cuanto tenga una mala influencia en el carácter, cuando por ella se fortalezca el egoísmo, cuando aleje de ocupaciones serias, cuando haga injusto contra otros o contra méritos verdaderos, o cuando las aficiones sean de tal índole que el corazón se embrutezca, se endurezca o se vuelva cruel.

Entre las aficiones en su mayoría nocivas de grandes señores, sobre todo de los reinantes, se encuentra la de viajar al extranjero. Me resistiría a reforzar esta inclinación en un príncipe. Suelen dar tumbos por todas las regiones del mundo antes de conocer su propio país, en el cual hay mil cosas más dignas de atención que el carnaval de Venecia o las carreras de caballos en Inglaterra; a cambio del trabajo ímprobo de sus súbditos compran farsas extranjeras, traen enfermedades del cuerpo y del alma, vienen a su pobre corte con grandes exigencias, con tendencia al despilfarro, la voluptuosidad, el lujo, o con mal humor, ocio, aventureros, etc.

15

Los príncipes, los aristócratas y los ricos suelen a veces rebajarse hasta tal punto como para pedir consejo a personas de clases inferiores, o para que emitan un juicio sobre sus escritos, planes, opiniones, etc. Aquí recomiendo precaución y recordar el mal resultado que le dieron al pobre Gil Blas de Santillana sus consejos y advertencias en la casa del cardenal, por más que éste le hubiese insistido perentoriamente a que le contara qué decía la gente de sus sermones. Casi como todo el resto de las personas, los grandes de la

tierra en su mayoría sólo nos presentan a nuestro juicio esas cosas para que las elogiemos, y no piden consejo hasta que ya se han decidido por lo que quieren hacer.

16

Es posible que no sea muy peligroso infringir estas reglas de prudencia en el trato con personas que, aunque no estén libres de los errores de una educación aristocrática, sean sensatas, benevolentes o de buen natural; pero habremos de ser doblemente precavidos en su cumplimiento cuando tengamos tratos con aristócratas pisaverdes o con personas que sean a un mismo tiempo orgullosas, ignorantes, necias, recelosas, frías, vengativas, y realmente me apiado de toda alma cristiana que tenga que depender de estos grandes y pequeños tiranos.

17

Si por casualidad tienes la espléndida desgracia de ser el favorito de uno de estos débiles dioses terrenales, hazte a la idea de que esta alegría es posible que no sea muy duradera, de que un adulador es probable que te expulse de tu puesto, así que muéstrale también a tu sultán que no sólo vives de sus miradas, y al pueblo lo poco que haces para disfrutar de ese privilegio, así como lo poco importante que es ese esplendor insignificante y casual para tu existencia moral. Cuando después caigas en desgracia, al menos no te rehuirán los mejores como si fueras un apestado, y el déspota desagradecido se dará cuenta de que aún hay gente que puede prescindir de él. No

confíes en la amistad, firmeza y dependencia de los grandes. Te respetarán sólo en tanto que te necesiten, son veleidosos, prefieren creer en lo malo que en lo bueno, y siempre le dan la razón al último. En la mayoría de ellos la política y la precaución condicionan la amistad. No te harán fácilmente señales útiles por miedo a que los puedas comprometer. En grandes apuros te dejarán en la estacada, incluso si han sido ellos los que te han puesto en esa situación.

No obstante, aprovecha el periodo de su favor para animarlos a la justicia, la lealtad, la verdad y el amor a los hombres. No les des la razón cuando quieran olvidarse de que todo lo que ellos son y todo lo que tienen, sólo lo son y tienen por convenio del pueblo; que se les puede retirar esos privilegios si abusan de ellos; que nuestros bienes y nuestra existencia no son de su propiedad, sino que todo lo que ellos poseen es propiedad nuestra, ya que a cambio satisfacemos todas sus necesidades y además les damos rango, honor y seguridad, y pagamos sus violines y sus pipas; por último, que en estos tiempos de la Ilustración apenas quedará un hombre que crea que una sola persona, quizá la más débil de la nación, tiene un derecho heredado a explotar a cientos de miles de personas más sabias y mejores; que, no obstante, podrán dormir tranquilos sin vigilantes ni guardias si el pueblo agradecido, del cual son fieles servidores, los ama y ruega al cielo que les dé su bendición. Es evidente que estas verdades necesitan algún adorno si queremos que suenen armoniosamente a los oídos delicados de los grandes.

Si quieres mantener su favor, logra que el grande vanidoso nunca se dé cuenta de que disfrutas de tu influencia sobre él, ni de que te gusta imponer tu opinión a la suya; muéstrale que es realmente el respeto y el amor que le tienes a su persona y el deseo de serle útil lo que guía tus pasos, y no el interés egoísta o la vanidad infantil. Pero tampoco seas tan necio como para rechazar justas ventajas o recompensas por tus servicios, o para sacrificar tu patrimonio para después, tal vez, cuando se canse de ti, dejarte sin nada.

Lleva cuenta estricta y puntual de todos los negocios que te encargue el príncipe para que así puedas demostrar en todo momento tu honradez contra calumniadores y acusadores.

No emprendas ningún negocio por tu propia cuenta y que no pertenezca a tus competencias.

Evita hacerles más desagradables los negocios con una exposición seca o aburrida.

Si eres el favorito del príncipe no te faltarán envidiosos ni espías; tendrás que ser doblemente precavido en tu comportamiento moral. Mientras no llamemos la atención en el mundo, nos harán justicia, pero en cuanto se desempeñe un papel importante (por modesto que se sea), se despierta la envidia y la rivalidad.

En las cortes siempre hay personas que están interesadas en saber cuán grande es tu influencia en la mente y en el corazón del príncipe. Para que esas personas no puedan ver nunca tus cartas, y así no puedan saber cuál es tu punto débil para poner al príncipe en tu contra, evita toda oportunidad de hablar con él, en presencia de otros, de negocios u otros asuntos en los que tal vez no compartáis la misma opinión.

Sé cauto, muy cauto, a la hora de recomendar a otras personas al servicio del príncipe.

No te fíes nunca del apego de tus, por decirlo así, criaturas, es decir, de aquellas personas que te deben su fortuna.

No prometas un prólogo si no estás seguro del éxito.

Favorece las peticiones de las criaturas de tus supuestos enemigos en causas justas.

18

Cuando tu protector, cuando un grande, al que has tributado respeto y sumisión en el periodo de su mayor fortuna, ya fuera por necesidad, cortesía, política o buena voluntad, se precipita desde su altura; si pierde su condición, su patrimonio, su influencia o su esplendor, no te pongas de parte de los miserables que dan la espalda al infortunado porque ya no les puede ayudar. Si merece tu respeto, muéstrale entonces con ahínco que tu corazón no depende de la voz de la plebe; pero si es indigno de tu afecto, al menos respétalo al haber sido abandonado por todos y tener que callar ante los maltratos. Tampoco te vengues, en consecuencia, de aquel que te ha perseguido u oprimido mientras tenía poder; es preferible que le arrojes a la cabeza un par de verdades para que se conciencie y mejore en lo posible con magnanimidad.

19

No recojas donativos para los pobres en casas de aristócratas y otras personas del gran mundo. En su mayoría dan algo por jactancia y te tratarán como si fuera una limosna para ti. Ayuda tú mismo siempre que puedas. No des instrucciones para la ayuda ajena. Pero tampoco censures de inmediato al rico cuando te niegue un acto benéfico para un necesitado que otro menos rico te ha concedido. Piensa siempre que sus mayores necesidades (da igual si son verdaderas o imaginadas) y las mayores pretensiones de otros a su beneficencia, le ponen en la situación de uno que tiene menos, y que si siempre se quiere ser liberal con todos, no se puede ser benefactor de unos pocos.

20

Pero lo vuelvo a repetir. Si aquí he dicho muchas cosas en desventaja del carácter de la mayoría de los grandes y de los ricos, estoy muy lejos de querer extender esto indistintamente a todas las personas de las clases superiores. Siempre me ha sido repugnante ver cómo un gran número de nuestros nuevos escritores hacen un negocio de sus tiradas contra las clases elevadas. Muchos de ellos están tan poco familiarizados con estas clases que delatan la mayor impertinencia cuando osan enjuiciar las costumbres y la mentalidad de las mismas. Desde sus áticos miran con desprecio y envidia los palacios de los afortunados; cuando sentados ante su comida insípida y su jarra de agua les llegan los aromas de las cocinas y de las bodegas de aquellos que viven en la abundancia, eso irrita sus nervios y les exalta la bilis; les enoja que sus circunstancias no les permitan, como a aquellos, satisfacer sus pasiones; condenan al hombre en el carruaje dorado, al que no pueden alcanzar a pie, insultan al mecenas duro de corazón que no parece estar tan convencido de sus grandes méritos como lo están ellos, y maldicen al destino que ha repartido de manera tan desigual los bienes de la tierra. Todo eso lo tienen que pagar los pobres príncipes, ministros, aristócratas y ricos, que ellos describen como tiranos, malvados, necios y crueles opresores de todo aquello que es noble y bueno. Un celo tan fanático no se apoderará nunca de mi cerebro. Yo mismo, criado en gran abundancia y con grandes esperanzas, conozco muy bien las ventajas y las desventajas de una educación cara y selecta. Mi destino posterior, sin embargo, mi residencia en las cortes y el trato con personas de toda condición, todo esto me ha enseñado cuán necesario es decirles desapasionadamente a aquellos que no han terminado de formarse a través de experiencias adversas, y que tan raras veces oyen una verdad pura y objetiva, lo que les resulta tan necesario oír. Muchos de ellos poseen verdaderamente un buen

natural; aun los débiles poseen alguna virtud cuyos efectos para el mundo pueden ser mucho más benéficos que los arrebatos y paroxismos de mortales más pobres e impotentes. Desde su más tierna juventud han tenido la oportunidad y el tiempo libre para formar su intelecto y para obtener distintos talentos, para conocer el mundo y a los hombres; tienen la posibilidad de hacer mucho bien, de saborear las alegrías de la beneficencia. Su carácter no se ve afligido o alterado por la desgracia o la carencia, por la necesidad de doblegarse y amoldarse. Y si, por un lado, la adulación los puede corromper fácilmente, por otro la idea de que todas sus acciones nobles se conocerán y que sus extravíos probablemente se contarán en la posteridad, les sirve de acicate para ser magnánimos y excelentes. Muchos de ellos aprovechan también estos estímulos, y es una suerte vivir junto a un príncipe, y tener influencia en él, que conoce la dignidad de su posición y se muestra a la altura de ella. Yo conozco a algunos de ellos que tampoco se toman a mal cuando se les muestran los escollos en los que tantos otros han naufragado.

21

Para concluir aún me gustaría añadir unas palabras sobre el trato de los grandes y de los ricos entre sí. En su mayoría suelen corromperse unos a otros. Los más pequeños se afanan por imitar a los más grandes, es más, incluso intentan superarlos en su lujo y en una majestad mal entendida; y así perpetúan sus necedades, las cuales son imitadas a su vez, con todas sus fuerzas, por magnates más pequeños hasta llegar a los más bajos que sólo tienen a un limpiabotas con librea. Ejemplos graciosos de esto se ven en las pequeñas cortes alemanas; cómo se acechan mutuamente, se controlan, se envidian, intentan sacar ventaja; cómo en un baile organizado por el señor en N*** para festejar su cumpleaños se emplean en la iluminación siete libras de velas de sebo, y después,

el príncipe de B*** añade unos fuegos artificiales de ocho libras de pólvora; cómo cuando uno mantiene a un mariscal mayor de palacio por trescientos florines de sueldo y doce fanegas de avena, el otro al jefe de su corte le cuelga una ancha banda sobre su hambriento estómago. Un conde mantiene una jauría de perros de caza como no se la puede permitir ningún potentado en toda Europa, el conde vecino mantiene una jauría de músicos cortesanos que por lo menos hacen el mismo ruido. El tercero, desesperado por no poder aventajar a sus vecinos, prefiere pulverizar en París el fruto del trabajo de sus súbditos despojados, prefiere desempeñar allí un papel miserable antes que en su corte el de un buen y fiel padre de la patria. ¡Y así sucesivamente en descenso! Se comienza sólo dando un concierto o algo parecido en una ciudad, que se celebra, alternativamente, en una sociedad cerrada, y al cual se añade una cena. El primero en cuya casa se reúne el círculo, ofrecerá unas botellas de vino y algo de comida fría; el segundo añadirá un ponche; y antes de que haya trascurrido medio año el acto social se habrá convertido en una comilona costosísima. Esto no debería producirse tampoco entre aristócratas y ricos sensatos. Deberían dar ejemplo, a los inferiores, de orden, sencillez, evitar una etiqueta demasiado rigurosa, así como mostrar moderación en la comida, en el vestido, el lujo, el servicio, los enseres domésticos y otras cosas pare-cidas. Deberían destruir el prejuicio de que los grandes son incapaces de una amistad duradera, en suma, no deberían olvidar que los ojos de muchos están fijos en ellos.

22

No te burles de lo que hay pequeño en las cortes pequeñas. Eso siempre será mejor que cuando un príncipe dispone de cuatro millas cuadradas de jardines, sirvientes, caballos, ministros, cortesanos en cantidades y acumula deudas y más deudas. Todas las cosas son

pequeñas sólo en proporción y estarán bien siempre que tengan una utilidad y no estén llenas de pretensiones de mal gusto. Treinta hombres que cuidan alternativamente del orden en la ciudad, valen más que treinta mil dispensados de realizar cualquier labor y que viven a costa del trabajo de los pobres e industriosos súbditos.

CAPÍTULO SEGUNDO

SOBRE EL TRATO CON PERSONAS HUMILDES

1

En el capítulo séptimo de la parte segunda de esta obra he hablado sobre el comportamiento del señor con los sirvientes y de los deberes que tiene la persona distinguida para hacer la vida más fácil y cómoda a aquellos a los que el destino ha colocado en una situación de some-timiento. Así pues, me remito en principio a esos pasajes y añado aquí sólo unas reglas para el trato con esas personas que, aunque no estén a nuestro servicio, se sitúan muy por debajo de nosotros por nacimiento, patrimonio u otras circunstancias.

2

Hay que ser afable y cortés con aquellas personas a las que la suerte no ha proporcionado tantas ventajas y oportunidades como a nosotros, y honrar el verdadero mérito de las personas aunque sean de baja condición. No se haga como la mayoría de los aristócratas y ricos que se muestran afables y campechanos con gente de baja condición cuando la necesitan, pero que la ignoran o la tratan con orgullo desde el mismo momento en que pueden prescindir de ella. No se descuide, por el mero hecho de estar presente un personaje ilustre, al hombre al que se trata a solas con amistad y confianza, ni nos avergoncemos de honrar públicamente al hombre que merece respeto, por más que no tenga rango, ni dinero, ni título. Pero tampoco se exhiba a las clases bajas por egoísmo o vanidad, para lograr que el pueblo se ponga de nuestra parte, para ser elogiado como un señor campechano y amistoso y que se nos aprecie por

encima de los demás. No se escoja preferentemente el trato con personas de poca educación para ser más venerado en esas clases, más halagado, y no creas que se es popular y natural cuando se imitan las costumbres de la plebe. No se sea afable con un humilde sólo para humillar a alguien de un rango superior, ni se sea condescendiente por orgullo, para parecer más honrado, sino siempre con una intención pura y sincera, porque nobleza siempre obliga, y por sentido de justicia, la cual, por encima de todas las relaciones casuales, sólo aprecia en el hombre el valor que tiene como ser humano.

3

Pero que esta cortesía sea natural y no exagerada. En cuanto el humilde siente que es imposible corresponder al honor que le tributamos, lo considerará o como una insensatez, como una burla o como mera falsedad; recelará que se esconde algo detrás, que queremos abusar de él. Asimismo, hay un tipo de condescendencia que es realmente ofensiva, en la cual la parte ofendida siente vivamente que se le da una limosna caritativa de cortesía, o que se acompaña de un gesto de protección que nos pone en ridículo ante personas humildes conscientes de su valía. Por último, hay un modo de cortesía de mal gusto, cuando se habla con gente de baja condición en un lenguaje que no entienden, que no es habitual entre las personas de esa clase, por ejemplo cuando se habla sin ton ni son a personas, que no están acostumbradas a estos fuertes condimentos, de obediencia, gracia, honor, embeleso, etc. Este es el error común de los cortesanos. Confunden su jerga con el único lenguaje universal y con ello, pese a su buena voluntad, suelen hacerse despreciables o incluso sospechosos. El gran arte del trato social está, como dije al principio de este libro, en estudiar el tono de cada sociedad y en adoptarlo cuando sea oportuno.

4

No obstante, evitemos toda confianza ilimitada hacia las personas que no hayan recibido una buena educación. Abusarán fácilmente de nuestra benevolencia, siempre exigirán más y se tornarán impertinentes. Se debe dar a cada uno tanto como sea capaz de asimilar.

5

Cuando tus circunstancias sean espléndidas, no hagas pagar al humilde porque éste te ignorara mientras la fortuna no te sonreía, cuando haya halagado a tus poderosos enemigos; o si gira con el sol como los girasoles. Piensa que esas personas se encuentran a veces en la necesidad, si quieren vivir con los suyos y comer, de doblegarse y amoldarse, que muy pocos entre ellos han sido educados para tener sentido para ciertos sentimientos y sacrificios nobles, y que todos los hombres, en mayor o menor medida, actúan guiados por el egoísmo, tan sólo que los más pulidos saben ocultarlo mejor.

6

No engañes a los humildes que te han pedido protección, ayuda o una recomendación, con falsas esperanzas, promesas vacías y consuelos vanos, como suele ser el comportamiento de la mayoría de los privilegiados, para liberarse de los clientes o para ganar la fama de campechanos. Otros, por debilidad o falta de firmeza, abruman a todo peticionario con palabras melosas y promesas, para, en el mismo momento en que les dan la espalda, no pensar más en su petición. El pobre hombre se va a casa lleno de esperanza, cree haber puesto su asunto en las mejores manos, descuida el resto de opciones para lograr su propósito y después se siente doblemente desgraciado al comprobar cómo le han engañado.

7

¡Ayuda a quien lo necesite! Protege y ayuda a aquellos que te lo pidan en la medida en que lo permita la justicia. Pero evita ser tan débil como para no poder negar nada. De ello surgen dos consecuencias negativas: en primer lugar, que gente de inferior mentalidad abuse de tu debilidad y te imponga una carga de obligaciones, trabajos y preocupaciones demasiado pesada para tu corazón, tus fuerzas o para tu cartera, por lo cual te veas obligado a actuar injustamente contra otros que son menos importunos. Y, en segundo lugar: quien promete demasiado, se verá obligado a veces, contra su voluntad, a romper la palabra dada. Un hombre firme también tiene que tener el valor de poder dar una respuesta negativa, y si esto lo puede hacer de una manera noble y no ofensiva, y por lo demás se le conoce por actuar justamente y por su inclinación a ayudar, no por ello se hará enemigos. Pero no se puede contentar a todos; no obstante, si se actúa con consecuencia y sabiamente, los mejores, al menos, no desconocerán nuestras intenciones. La debilidad no es bondad, y negar lo que no se puede conceder sensatamente, no implica ser duro de corazón.

8

No exijas un grado desmesurado de cultura e ilustración a gente de baja condición. Tampoco contribuyas a desbordar sus capacidades intelectuales ni quieras enriquecerlos con conocimientos que les hagan odiar su estado y amarguen el sabor de aquellos trabajos inherentes a su clase y a sus necesidades. En nuestros tiempos se hace un uso impropio de la palabra Ilustración, y no significa ni ennoblecimiento del intelecto ni inclinación del mismo a lo caprichoso, especulativo o fantástico. La mejor ilustración del entendimiento es aquella que nos enseña a estar satisfechos con nuestra situación y a actuar, en la medida en que lo permitan nuestras circunstancias, de una manera útil y racional. Todo lo demás es estulticia y lleva a la perdición.

9

Trata a tus inferiores con afecto sin por ello perder tu autoridad. Nunca acaba bien cuando los subalternos se hacen imprescindibles a los superiores, y el jefe de un departamento se hace despreciable cuando no quiere o no puede trabajar y ha de confiar en los subordinados; como en esa situación no conserva la suficiente autoridad ni el valor para recordarle su deber a un secretario negligente o recalcitrante, deberá aguantar todo lo que se le ocurra a éste y darlo por bueno. Hay personas, en cambio, que cuentan demasiado con los efectos producidos por un gesto solemne y notarial, que incluso conservan en la vida normal, me refiero a una cierta gravedad rígida, a fórmulas gerenciales góticas, a grandes

pelucas, capas y otros signos distintivos de la autoridad. Se recomienda decencia y dignidad en todas las circunstancias de la vida; con mero lujo y pompa ya no se engaña al pueblo, sobre todo en estos tiempos ilustrados, y se obtendrá mejor y con más seguridad la veneración y la obediencia mediante los valores internos del superior cuando éste, fuera de los negocios, trate a los inferiores con confianza y desenvoltura. Quien quiera convencerse de ello, sólo tiene que fijarse en los ejércitos franceses.

CAPÍTULO TERCERO

SOBRE EL TRATO CON CORTESANOS

1

Resumo aquí las observaciones acerca del trato con cortesanos y con aquellas personas en general que viven en el denominado gran mundo y que han adoptado su tono. Por desgracia, este tono, como lo he descrito en los príncipes y aristócratas en el capítulo primero de la parte primera, es imitado por todas las clases que pretenden en alguna medida llevar una forma de vida elegante. Alejamiento de la naturaleza; indiferencia hacia los vínculos más originarios y encantadores de la humanidad; burla de la sencillez, de la inocencia, de la pureza y de los sentimientos más sagrados; superficialidad; suprimir o limar cualquier propiedad característica; falta de conocimientos sólidos, útiles y verdaderos, en cuyo lugar aparecen la desvergüenza, la parodia, la impertinencia, la charlatanería, la inconsecuencia, la dependencia de la necedad ajena; indiferencia contra todo lo que sea noble y grande; desmesura, exceso, impudicia, afeminamiento, afectación, veleidad, imprudencia; arrogancia; lujo de oropel como máscara de la mendicidad; mala economía doméstica; manía por conseguir rango y títulos; prejuicios de toda índole; dependencia de la mirada de los déspotas y potentados; sumisión servil para lograr algo; adulación para conseguir ayuda, pero abandono de la persona más digna por no poder ayudar; sacrificio hasta de lo más sagrado para conseguir su propósito; false-dad, infidelidad, fingimiento, perjurio, intrigas, alegría por el mal ajeno, difamación, maneras y costumbres ridículas: estas son las cosas tan espléndidas que aprenden nuestros maridos y mujeres, nuestros hijos e hijas, de los encantadores criados de palacio; estos son los estudios con que se educa la gente elegante. Allá donde predomina este tono, no sólo se pasa por alto el verdadero mérito sino que se pisotea y se aniquila todo lo posible, o cabezas vacías lo oscurecen, se burlan de él o lo destierran. No hay triunfo mayor para un cortesano adulador que humillar a un

hombre digno cuyo poder él siente en secreto, destapar una falta suya a una regla convencional de este modo de vida elegante, o en la manera en que lo hace notar, o al hablar con él en un lenguaje o sobre objetos de los que no entiende nada, confundirlo y hacer que cause la impresión más desfavorable. No hay triunfo mayor para una mujer remilgada que dejar en ridículo a una mujer honesta y digna, con grandes virtudes, en una sociedad de gente de mundo. Todo esto se puede esperar cuando nos mezclamos con personas de esta clase. No hemos de perder la calma si nos ocurre algo parecido, más bien nos debería tener sin cuidado. De otro modo no podríamos gozar ni de un instante de paz, estaríamos continuamente soliviantados por miles de pasiones, en especial por la ambición y la vanidad. No obstante, hay tres posibilidades de evitar todas estas molestias: despreocupándonos del gran mundo; siguiendo nuestro camino sin dejarnos influir por todas estas necedades o, por último, estudiando el tono que prima en ellas y aullar con los lobos en la medida en que esto puede ocurrir sin traicionar nuestro carácter.

2

Quien, en virtud de su situación, no esté condenado inevitablemente a vivir en una corte o en el gran mundo, que se aleje de estos escenarios de espléndida miseria, de este tumulto que aturde el espíritu y el corazón, que disgusta y aniquila. Llevar una vida en un retiro doméstico, con unos amigos nobles, sensatos y alegres, dedicada a nuestra vocación, a nuestros deberes, a las ciencias y a otras alegrías inocentes, y luego, de vez en cuando, participar con sobriedad en reuniones variadas con objeto de recopilar para la fantasía, que no quiere irse con las manos vacías, imágenes nuevas y borrar los pequeños y desagradables sentimientos de la monotonía: esta es una vida digna de un hombre sabio. Y en verdad que evadirse del gran mundo, a menudo está más en nuestro poder

de lo que solemos creer. Temor a los hombres, miserable deferencia hacia personas mediocres, vanidad, debilidad, manía de imitar, esto es todo lo que impulsa a un hombre, por lo demás de buen natural, a despilfarrar sus mejores horas donde en el fondo no es su casa, donde le asaltan con frecuencia la náusea y el aburrimiento y toda índole de pasiones innobles juegan con él. Ahora bien, para escapar de todo esto, no sólo se ha de ser independiente en nuestra situación, sino también actuar según firmes principios y tener el valor de no hacer caso a los rumores de la gente, digan lo que digan.

3

Si se tiene que vivir o uno quiere vivir en el gran mundo, y no se está seguro de poder adoptar el tono del mismo, es preferible seguir siendo fiel a la manera de ser que nos ha dado la naturaleza y la educación. Nada puede ser de peor gusto que cuando se copian a medias esas costumbres, cuando el honrado campesino, el ciudadano modesto, el hombre alemán recto y a carta cabal quiere desempeñar el papel del pisaverde francés, del cortesano, del hombre de Estado; cuando personas que no dominan una lengua extranjera buscan cualquier oportunidad para hablar en dicha lengua, o, si vivieron durante su juventud en cortes, no se dan cuenta de que el lenguaje galante de los tiempos de Luis XIV ya no se emplea, y que una indumentaria de gomoso del siglo anterior, en el año 1796 sólo hace su efecto en el teatro cómico. Esas personas se ponen voluntariamente en ridículo; en cambio, con una actitud, con una indumentaria y un comportamiento sensatos, naturales y sin afectación, por más que nada de esto lleve el sello elegante cortesano, pueden ganarse el respeto de la frívola chusma, y aun cuando no lleven una vida agradable, al menos sí llevarán una vida tranquila y menos humillante. Sé, por lo tanto, en tu forma de vestir

y en tus maneras, un hombre cabal. Sé serio, modesto, cortés, tranquilo, sincero. No hables demasiado y de cosas de las que no sabes, ni tampoco en un idioma que no conoces bien, en tanto que la persona con la que hablas entienda tu lengua materna. Compórtate con dignidad y rectitud, sin ser grosero, sin tosquedad, así no se burlarán de ti. Cierto es que tampoco serás uno de los preferidos y tu rostro no se pondrá de moda. Pero no te preocupes por esto. No te muestres desconcertado o temeroso cuando en una gran reunión nadie hable contigo. No te pierdes nada, puedes pensar para ti en todas las cosas buenas que quieras o hacer alguna observación útil, así nadie te despreciará, más bien tal vez te teman sin odiarte, y esto a veces no es tan malo.

Personas que en su juventud han desempeñado un papel considerable en cortes y en grandes ciudades, que han brillado en ellas, pero que se han retirado, que han preferido llevar una vida más simple, olvidan fácilmente que, para seguir siendo en ellas un rostro de moda, no se puede perder nunca, ni descuidar, el hilo de la conversación predominante, ni tampoco los progresos, por mínimos que sean, de la cultura –si se puede llamar a eso cultura–; pero esto es, debido a la indescriptible mutabilidad del gusto y de la fantasía, imposible, ya que uno no está nunca con toda la flota en el gran océano. Ocurre entonces que nos ponemos de mal humor cuando vemos que se nos ignora, que personas más jóvenes, a menudo de lo más insignificantes, son ahora los corifeos, y que éstos y sus admiradores nos miran por encima del hombro y nos prestan algo de atención por una cortesía indulgente. ¡Oh, es increíble como algo así estremece la tranquilidad de ánimo incluso del hombre más sensato (pues ni siquiera personas sensatas se ven libres de etiqueta)!, y cómo puede causar que uno se muestre desagradable, y si se ha pretendido lograr algo, se pierda el fruto de un largo viaje, sin contar con los grandes gastos originados, mientras que nuestro ingenio y nuestro humor manan ininterrumpidamente y de manera encantadora cuando nos vemos honrados, amados y tratados con atención. Quien haya pasado muchos años en cortes grandes y pequeñas, no podrá desconcertarse de esa manera. Habrá alcanzado

la habilidad de adaptarse con rapidez, de entender qué lenguaje es el más indicado; la buena gente, en cambio, que no ha tenido la oportunidad de alcanzar este grado de refinamiento, debe tomarse a pecho lo que se ha dicho al inicio de esta sección.

4

Pero quien, por último, viva mucho o continuamente en el gran mundo, hará bien en estudiar el tono dominante y adoptar las costumbres que rigen en él. Lo primero no es tan difícil, y lo segundo puede ocurrir sin una influencia perjudicial en nuestro carácter. Así pues, no te distingas por una ropa o por maneras anticuadas. Pero tampoco te olvides de tomar en consideración tu edad, tu clase y tu patrimonio, y no copies las ridiculeces de algunos necios, ni las modas pasajeras del instante. Familiarízate con el lenguaje de los cortesanos, con su manera de comportarse entre ellos y con las convenciones en el trato social; pero no niegues la dignidad, el carácter y la verdad.

5

Es imposible dar reglas generales de cómo se debería proceder en la imitación de las costumbres cortesanas. Un hombre honrado y sensato como lo hará mejor será orientándose según su situación, temperamento y según su conciencia. No obstante, podemos decir lo siguiente. Tenemos, en primer lugar, aquellas majaderías inocentes que no se tiene ganas de imitar y que, por esa misma causa, no siempre es necesario combatirlas, y aquellas costumbres

indiferentes, que no tienen mayor influencia en el carácter, que a veces se pueden, o incluso se tienen que aceptar por un periodo breve. Estas no se tienen que tomar a mal en cuanto puedan servir para efectuar una buena acción.

Hay modas también en la literatura y en el arte, en el gusto, en ciertos entretenimientos y espectáculos que cosechan ovaciones de la sociedad galante para alguna cantante, algún músico, escritor, predicador, pintor, visionario, sastre o peluquero, a menudo contra todo mérito y dignidad, y es tiempo perdido quererse resistir a estos gustos de moda. Lo mejor es limitarse a esperar tranquilamente a que una nueva tontería sustituya a la anterior. Hay modas en el empleo de medicamentos y tratamientos, a las que los privilegiados creen tener que someterse, ya sea una lavativa diaria, cierto balneario o que se envenenen lentamente con las píldoras o los polvos de algún charlatán. ¡Ríete en silencio de todo eso! Date una lavativa de vez en cuando y participa en todo aquello que no suponga un riesgo o un disparate. Al menos familiarízate con esas modas para no dar impresión de ignorante en las conversaciones. Hallarás mala acogida si censuras a una ninfa teatral según tu propia sensibilidad, cuyos bramidos precisamente en ese momento se tienen en el mundo elegante por una voz divina, o cuando llamas deplorable a un libro cuyo autor es reconocido como un genio. Hallarás una mala acogida si entretienes a una dama con temas religiosos, en el periodo en el que, según dicta la moda, se ha de hacer gala de principios escépticos. Pues también esto tiene sus leyes, determinadas asimismo por la moda. Los jóvenes comienzan a ser adultos a los veinticinco años de edad, a no bailar, a sumarse a los círculos de ancianos, a poner en sociedad un semblante solemne, filosófico o negociante. Ahora bien, en cuanto se aproximan a los cuarenta, se vuelven otra vez jóvenes, brincan de un lado a otro, o juegan a las prendas con jovencitas, todo esto se ha de observar y de ello deducir las reglas.

6

Por lo demás, reconozco –pero que esto se quede entre nosotros– que el tono general que se ha introducido furtivamente entre los más jóvenes en las cortes y en el mundo elegante, no me gusta tanto como el que predominaba hace veinte años. Muchos de ellos me parecen extremadamente toscos y groseros; me da la sensación como si quisieran ofender intencionadamente la modestia, la cortesía y la ternura, como si permanecieran mudos y poco atentos con las mujeres y los forasteros, como que descuidaran sus cuerpos, como si brincaran sin gracia al bailar, caminaran torcidos y cheposos, sin haber aprendido a fondo ningún arte y ninguna ciencia, pese a todo el esfuerzo que aplican los modernos pedagogos, y pese a los excelentes ejemplos que dan a la juventud en cortesía, modestia y minuciosidad. Hay, ciertamente, una compulsión y una rigidez en el trato, que predominaban en tiempos anteriores en Alemania, y que es una suerte que comencemos a abandonar; pero un noble decoro no es rigidez, una cortesía y atención obsequiosa no es remilgo, gracia no es compulsión, y talento verdadero y auténtica habilidad no son pedantería. Y contémplese ahora a esos hombrecillos de papel, cómo en sus frentes se dibuja prematuramente el aburrimiento y el hastío, cómo son incapaces de alegrarse de todo corazón, cómo en los mejores años de la vida ya sienten náuseas con las inocentes alegrías de la juventud. Pero tengo esperanza de que esto mejore pronto y, sin orgullo por nuestra ciudad natal, puedo decir que aquí podemos exhibir a una juventud bien educada y encantadora en todas las clases sociales.

7

Si quieres vivir con comodidad en el gran mundo, no desprecies sólo por convención todo lo que tiene valor. Tampoco desprecies del todo los títulos, las condecoraciones, el brillo, el ornato y otras cosas pare-cidas. Pero no le des ningún valor intrínseco. No te afanes angustiosamente por conseguirlos. Hay casos en que un documento, insignificante en sí mismo, puede traerte a ti y a los tuyos cuando no ventajas importantes, sí al menos comodidades. En tu habitación, en secreto, puedes reírte de todas esas tonterías, pero no lo hagas en público. En pocas palabras, no te distingas mucho entre los hombres de mundo con los que tienes que vivir. No es sólo una regla de la prudencia, sino que es también un deber adoptar las costumbres de la clase que se elige, pero se ha de ser enteramente lo que se es aunque no en detrimento de la peculiaridad del carácter. Por lo demás, no esperes en ese escenario que se aprecie en ti al hombre noble, sabio y hábil, sino sólo que se te encuentre formal, que se diga de ti: Par dieu! il a de l´esprit, comme nous autres!

8

Y si quieres hacerte merecedor de este vano elogio, ni siquiera tienes que dejar entrever que eres de mejor pasta que esa gran banda de ociosos descerebrados. El hombre prudente y sensato, por más que se acomode puntualmente a las costumbres de la llamada fina sociedad, no podrá evitar la envidia, la calumnia y las continuas burlas y habladurías que aquí predominan; pues para gustar a cabezas de chorlito, se ha de ser también un cabeza de chorlito. Aconsejo, por tanto, no darnos por enterados, pero ante todo no mostrar ningún hastío o inquietud, pues de lo contrario nunca encontraremos paz. Así pues, uno ha de seguir su propio camino, su propio sistema y se ha de dejar que los necios parloteen hasta cansarse. Aquí están fuera de lugar todas las explicaciones y

disculpas, y cuando hayas logrado refutar una calumnia, ya tendrán otra preparada.

9

En el gran mundo no se puede perder de vista el principio mencionado más arriba, a saber: que cada uno vale tanto como él mismo se hace valer. Mostrémonos, por consiguiente, libres, confiados y seguros de nuestra causa. Ni siquiera se ha de dejar que la gente sospeche que sería posible postergarnos, avergonzarse de nuestro trato, aburrirse en nuestra compañía. Los cortesanos suelen determinar el grado de su cortesía y atención hacia nosotros por el respeto aparente de que gozamos en los círculos nobles. Así pues, nos hemos de hacer valer, debemos adoptar cierta dignidad y naturalidad que sólo se adquiere con entrenamiento y que se diferencia mucho de la desvergüenza, la impertinencia y la fanfarronería, y que consiste especialmente en un comportamiento tranquilo, desapasionado, decoroso e indiferente, que parece ser espontáneo y sin exigencias, y que nunca se logrará cuando nuestra vanidad busque brillar por doquier, y cuando en el fondo de nuestro corazón nuestro propio aplauso no valga más que la admiración con que nos honran cabezas huecas.

10

Calíbrese puntualmente nuestro comportamiento hacia los cortesanos según el suyo hacia nosotros y no se dé un paso más. Este género de personas se toma el brazo cuando se le da la mano.

Respóndase al orgullo con orgullo, a la frialdad con frialdad, a la amabilidad con amabilidad, y no se dé ni más ni menos de lo que se recibe; esta precaución nos será de gran utilidad. La gente fina es como una caña movida por el viento. Como tiene tan poca conciencia de su dignidad interna, toda su existencia se basa en su fama exterior. Se unirá a ti en cuanto vea que te sonríe la fortuna; pero si no logras poner de tu parte, con vil adulación, a los viejos de los dos sexos, no pasará mucho tiempo antes de que una lengua viperina divulgue algo nocivo contra ti. Una vez que se haya puesto en circulación ese rumor, acecharán los esclavos para ver qué efecto tiene en el público, y si arraiga, levantarán su cabeza unas pulgadas por encima de la tuya. Si eso te inquieta, te atemoriza y los tratas como a personas cuya amistad quisieras mantener, ellos se volverán cada vez más arrogantes y ayudarán a que se siga divulgando ese miserable chismorreo, el cual, por muy insignificante que te parezca al principio, acabará trayéndote un fastidio considerable. Pero si al primero que te trata con frialdad le respondes con una mirada de desprecio, retrocederá, temerá por su propia fama y de sus labios no saldrá ni una sola palabra en tu perjuicio. Al final se plegará al hombre del que cree necesitar secreta protección, al verle tan firme y tan indiferente ante la voz beatífica de la remilgada plebe. Más aún, devuélvele el doble de lo que él te ofrezca. No te dejes seducir con palabritas afables hasta que se dé por vencido. Yo, que ya no tengo ninguna intención de brillar en el gran mundo, he dejado de seguir un sistema fijo, me guío por mi estado de ánimo y mi humor. Acostumbrado a efusiones emotivas auténticas, llenas de calor para todo lo que se llame amistad y afecto, menos preocupado de que me honren que de que me amen, me inquieta –y no me avergüenzo de confesarlo–, me enoja todo comportamiento frío de gente que me parece poseer buenas cualidades. En otro momento trataré el asunto desde su faceta cómica y me alegro de oír que el público ocioso se ocupa de mi insignificancia, al encontrarse con un hombre que sólo sirve voluntariamente en el gran mundo y que no aspira a ningún ascenso. Entretanto, lo que yo hago por temperamento no por ello está bien hecho. Lo mejor es, ciertamente, al menos no mostrar ninguna inquietud ante rumores de toda índole, no hablar

con nadie sobre el asunto, y no caer en la tentación de dar explicaciones. En ocho días se habrá olvidado el infundio, aunque el asunto se vuelva más enojoso por cualquier otro motivo.

11

Sé cortés y pulcro en tu aspecto externo. En las cortes y en el trato social de las grandes ciudades tendremos que ver, soportar y tratar afablemente a personas a las que no apreciamos; en ese tumulto, por lo demás, tampoco se buscan amigos, sino personas con las que conversar. Haz sentir tu influencia únicamente cuando sea útil, o al menos cuando fortalezca nuestro prestigio, o cuando sirva para que te tema aquella persona a la que sólo puedes mantener a raya con miedo. Adopta una suerte de dignidad, de noble orgullo y de soberanía contra el cortesano adulador para que en él ni siquiera pueda brotar la idea de burlarse de ti o de engañarte. Estas almas serviles tiemblan ante el poder del hombre sensato y consecuente; sólo que esto no debe de degenerar ni en soberbia ni en un orgullo absurdo. Dile a esa gente de vez en cuando la verdad, sin acaloramiento ni grosería. Cuando lo permitan las circunstancias y la prudencia, aplasta sus juicios superficiales y torcidos con motivos y con sangre fría. Tápales la boca cuando ofendan al honrado. Opón valor, fuerza y dinamismo a sus caminos tortuosos. No bromees con ellos en confianza. No dejes que hable por ti el humor del momento, por temor de decir algo que pueda ser mal interpretado o tergiversado.

12

No hables nunca en el gran mundo el cálido lenguaje del corazón. Allí es un dialecto extranjero. No hables de las dulces, puras y simples alegrías domésticas. Para esos profanos son auténticos misterios. Ten controlado tu rostro para no delatar nada que se pueda interpretar como asombro, alegría, aversión o hastío. Los cortesanos saben leer mejor los gestos que textos impresos; ese es casi su único estudio. No confíes tus asuntos a nadie. Sé precavido, no sólo en el hablar sino incluso en el oír, de otro modo abusarán fácilmente de tu nombre.

13

He dicho anteriormente que nuestro comportamiento en el gran mundo se tiene que modificar según cada situación especial y que lo que para uno es importante observar, para otro tal vez sea de escasa trascendencia. Quien no sólo quiera vivir en este mundo y ser respetado, sino también influir, elevarse, gobernar, tendrá que estudiar este asunto más a fondo. En este caso puede ser de gran importancia o pertenecer al partido gobernante o (lo que la mayoría de las veces es lo más seguro, cuando ya se es un hombre de alguna importancia) no pertenecer a ninguno, para que así nos soliciten todos, y, si se da la oportunidad, convertirnos en el líder imperceptible de un partido propio. La política nos enseñará entonces cuándo será improbable que alcancemos una ventaja; cuándo no sólo no hay que ayudar sino, incluso, perjudicar; cuándo habremos de dejar que nuestros amigos perseguidos luchen solos y no declararnos públicamente sus partidarios. Es posible que al principio sea necesario empequeñecerse para no llamar la atención, para que no perturben nuestros planes, para que nos favorezcan como una persona insignificante (ya que éstas suelen tener más votos de su parte que una de mejor condición). Ahora bien, en todas las empresas que se dirijan en el gran mundo no hay nada más

recomendable que sangre fría, es decir, presencia de ánimo; no precipitarse nunca; no dejar que el entendimiento se vea dominado por el corazón, el temperamento por la fantasía; precaución; discreción; vigilancia; supresión de paroxismos emocionales y dominio de sí mismo. Con sangre fría y las cualidades inherentes a ella se ve a personas con las dotes más mediocres dominar a otras fogosas y mucho más vivaces. Pero este arte tan difícil –si realmente se puede aprender, si no es exclusivamente un don de la naturaleza– se adquiere tras muchos años de trabajo y experiencia.

14

El cumplimiento de todas estas reglas sobre el trato en el gran mundo es especialmente importante para un diplomático. No hablo aquí de esos hombres insignificantes a los que, por tener algo de patrimonio, y quererlo consumir de esta manera, y satisfaciendo así su vanidad, se los envía a cortes extranjeras donde no se tiene ningún negocio importante y de los que no se exige nada salvo llevar una vida suntuosa a su costa y en honor de su príncipe. Tampoco hablo aquí de los jóvenes sobrinos a los que el ministro coloca durante unos años como cónsules, para después, por los servicios esenciales que ha prestado al Estado el prudente secretario de la embajada, puedan ser ascendidos rápidamente y preferidos a hombres con más méritos. Por último, tampoco hablo de los informantes privilegiados que son mantenidos por algunas cortes en el extranjero, bajo el título de ministros, y que desempeñan un papel tan pobre que no merecería la pena dar algunas reglas por las que pudieran comportarse, en realidad tendríamos más motivos para fijar reglas de precaución en el trato con ellos. No hablo de ninguno de estos, sino de aquellos enviados que se mandan a otras cortes para negociar asuntos importantes, donde tienen que afirmar la dignidad de su soberano o de su nación, defender derechos, obtener

ventajas, imponer planes, convencer a príncipes o a gabinetes de ministros. Estos hombres necesitan más que ningún otro todas las cualidades que distinguen a un hombre de mundo perfectamente educado: decencia, dignidad, facilidad y vivacidad en el trato, presencia de ánimo, habilidad en los negocios, la máxima precaución, discreción y vigilancia, deferencia, constancia, perspicacia, conocimientos científicos, conocimiento de lenguas, elocuencia, gusto. Y cuando la honradez y la sinceridad coronan todas estas cualidades, ¿qué puede ser más instructivo para un joven que se quiere formar como hombre de Estado que trabajar bajo la dirección de tal enviado en el ámbito de la diplomacia?

15

Y ahora, para concluir este capítulo, diré algo sobre la utilidad que nos proporciona el trato con personas en el gran mundo. Es considerable. Las reglas que nos remiten a las costumbres permitidas de la fina sociedad no son, ciertamente, principios morales, sino sólo de la convención; pero precisamente esta convención se basa en el intento de convertir para nosotros y para los demás una situación forzada, cuya incomodidad no se puede eliminar del todo, en un estado lo más soportable posible, sin por ello recurrir a esos medios que ponen en juego nuestro valor interno. Este valor interno, que, como un tesoro bajo tierra, siempre, aun oculto, sigue siendo oro, cuando se saca a la luz y se pone en circulación con el sello de la convención, cuando es reconocido en general, reconocido por aquellos que saben reconocer el oro puro y por aquellos que sólo atienden a su marca, puede alimentar a viudas y a huérfanos, puede lograr que monarcas y ricos actúen en beneficio del mundo. Así pues, yo desearía que no se procediera con tanta saña contra el verdadero tono elegante y mundano. Nos enseña a no hacer caso omiso de las pequeñas deferencias que

hacen la vida fácil y dulce. Despierta nuestra atención sobre el modo en que funciona el corazón humano, agudiza nuestra capacidad de observación, nos acostumbra, sin ofender y sin ser ofendidos, a poder vivir con personas de toda índole. El viejo cortesano, auténtico y al mismo tiempo honrado, merece, ciertamente, veneración, y no se necesita huir a un desierto ni enterrarse en un estudio para poder aspirar al título de un filósofo. Más aún, sin algunos conocimientos del gran mundo poco nos ayudará toda nuestra erudición de gabinete, toda nuestra sabiduría libresca. Así pues, aconsejo a todo hombre joven que tenga una noble ambición, sed de mundo y de conocer al ser humano, de ser útil y activo, que al menos durante un tiempo pise el gran escenario, aunque sólo sea para recoger información que pueda ocuparle en el futuro, y le ponga en la situación de dar sabias lecciones a sus hijos o nietos, que tal vez estén destinados a buscar su fortuna en cortes o en grandes ciudades.

CAPÍTULO CUARTO

SOBRE EL TRATO CON ECLESIÁSTICOS

1

Como ahora quiero ocuparme del trato con personas de otras clases y condiciones, comienzo dedicando con justicia un capítulo propio a la clase eclesiástica. Instructivo y benefactor es el trato con alguien que se dedica con toda su alma a su vocación sagrada, cuyo entendimiento y voluntad se han visto purificados por la suave influencia de la entrañable religión de Jesús; que aspira con celo a la verdad y a la virtud; y que confirma con su propio ejemplo el poder de la palabra; que es benefactor y consejero de su hermano y de su amigo, que es popular, cálido y entrañable en su expresión; que se distingue como un digno sucesor de los apóstoles por su modestia, sencillez de costumbres, moderación y altruismo; que es tolerante con otras confesiones emparentadas, que es paternalmente indulgente con extraviados, que no es el enemigo de la alegría inocente y que en su círculo doméstico es un padre de familia bueno, cariñoso y sabio. Pero no todos los servidores de la Iglesia se acomodan a este perfil. Personas sin educación ni moral, surgidas de la plebe más baja, sin sentido común y sin otros conocimientos que los demostrados en un examen rutinario, penetran en esta clase, tratan de apoderarse de ricas canonjías y privilegios, y para lograrlo se permiten todo tipo de vilezas y manejos. Una vez que han logrado su propósito es cuando adoptan el espíritu de clerizonte: avaros, codiciosos, voluptuosos, comilones, aduladores de grandes y ricos, arrogantes y orgullosos con los humildes, llenos de envidia hacia los suyos, y son en gran parte los culpables de que surja el desprecio por la religión más sagrada. Tratan a esta religión como una ciencia seca, y ejercen su cargo como un oficio lucrativo. En las zonas rurales se embrutecen, se dan al ocio y a la molicie y se quejan del mucho trabajo cuando sólo pronuncian un sermón a la semana desde el púlpito aburriendo a los oyentes con sus sofismas dogmáticos y mezquinos. Echan continuamente el anzuelo para

pescar herencias, legados, regalos, como el demonio para capturar sus almas. Su ambición es inconmensurable; su orgullo intelectual, su despotismo, su espíritu tiránico y jerárquico no conoce límites. Emplean su fervor religioso como pretexto para sus pasiones. Ortodoxia es el santo y seña, fe ciega y la gloria a Dios su grito de guerra; cuando un ciudadano tranquilo e inocente, que distingue entre religión y teología, no adula a los curas o no se sacrifica por ellos, lo perseguirán hasta la muerte. Su venganza es terrible, insaciable, su hostilidad irreconciliable –lo digo por experiencia– contra aquel que no se ha querido someter a su cetro de hierro o que no quiere silenciar sus maldades. Su vanidad es más grande que la de una mujer. Se introducen subrepticiamente en las casas y en las familias, por pura indiscreción, por curiosidad infantil, para meterse en asuntos en los que nadie les llama, para maquinar enredos, sembrar cizaña y pescar en aguas turbias. Nadie domina mejor que ellos el arte de lograr astutamente un propósito superando todas las dificultades, sin dar la sensación de estar involucrados en ello. Si no lo logran de una manera, lo intentan a la inversa, y le dan todas las vueltas que sean necesarias, sin descansar hasta haber satisfecho sus ansias de dominio, haber cumplido su venganza o calmado su codicia.

Sus sermones, sus conversaciones y gestos son anatemas, condenaciones y amenazas contra otras confesiones emparentadas y contra todo aquel que tiene la desgracia de no poder creer lo que ellos mismos a menudo no creen, sino que sólo enseñan porque con ello ganan dinero. Acechan los errores de sus congéneres, los proclaman amplificándolos, o donde no pueden hacerlo públicamente, actúan en secreto o se ponen la máscara de la humildad, de la hipocresía, del fervor religioso y de las buenas costumbres para, con voz suave, quejas y gemidos, poner de su parte a los débiles y así hacer sospechosos entre el pueblo a los más sabios. ¡Sí, tales monstruos hay entre los servidores de la Iglesia, y no sólo con hábitos de monje y capas jesuíticas, no, sino que más de un cura protestante sería un segundo Hildebrand[1] si no se le cortaran las alas!

1. El Papa Gregorio VII. N. del t.

2

Pero como aquí y allá, entre los menos maliciosos, más aún, entre los eclesiásticos honrados, encontramos a algunos que tienen rasgos de estos defectos, por ejemplo de orgullo, de intolerancia, de dogmatismo, de falso esprit de corps, de ambición o de espíritu vengativo, no podrá perjudicar si observamos determinadas precauciones muy pertinentes en el trato con todas las personas de esta clase, sin diferencia.

Evitemos, por consiguiente, darles cualquier oportunidad para la calumnia. Y así como un hombre sensato renuncia a hablar de asuntos religiosos en sociedad, se ha de tener cuidado de no pronunciar una palabra, en presencia de un clérigo, que se pueda malinterpretar o que se pueda considerar una opinión despectiva hacia cualquier sistema eclesiástico o costumbre religiosa. Asístase también a la iglesia, incluso cuando el servicio divino y el sermón no estimulen nuestra devoción, por dar ejemplo, y para no dar ocasión a reprocharnos indiferencia religiosa.

Nunca se ponga en ridículo a un eclesiástico en sociedad, por más que haya podido dar motivo a ello. Téngase precaución al hablar con ellos. Por una parte, a estos señores les gusta convertir su propia causa en la causa de Dios; por otra, esta clase venerable merece respeto, un respeto que no se debe perder por el hecho de que en ella haya miembros indignos. De lo contrario fomentaríamos, contra nuestra voluntad, el desprecio por la religión que, desgraciadamente, se está propagando tanto.

Testimóniese, en cambio, a los eclesiásticos la veneración que justamente pueden exigir y no se ofenda a ninguno de ellos, ni en lo más mínimo, y no nos hagamos culpables del menor pecado de omisión, por muy fácil que sea de perdonar, ni de falta de cortesía hacia ellos.

No recortemos los impuestos y contribuciones que les corresponden, ni nos hagamos culpables de morosidad, pero tampoco des demasiado con mucha frecuencia, pues gustan de anotarlo todo y hacen de la liberalidad una ley, un derecho, que incluso tratan que herede nuestro descendiente.

Séase hospitalario con aquellos que saben degustar una buena copa o una buena comida.

Hay que guardarse, antes de conocer bien a la persona, de confiar a un eclesiástico nuestros asuntos domésticos y otras cosas de importancia, y mantenlo apartado si quiere entrometerse en ellos sin permiso.

Impídase que se dé mucha confianza entre las mujeres y las hijas con ciertos confesores y consejeros eclesiásticos.

3

En prelaturas y monasterios se ha de adoptar el tono de los señores padres si se quiere ser bienvenido. Un apetito sano, una sed proporcional y el talento de vaciar con gusto y con la frecuencia debida una copita de vino; un humor jovial; un ingenio que no sea muy fino, sino algo material; a veces un juego de palabras; un acertijo en latín, una alusión a una sutileza escolástica; cierto conocimiento de leyendas y de padres de la Iglesia; ovación y

carcajadas cuando el padre bromista –puesto que raras veces suele estar vacante este puesto– cuenta un chiste; mucho respeto a los venerables señores prelados, guardianes o priores; admiración por los objetos de gran valor, por las reliquias, edificios, etc.; no conversar sobre la Ilustración o sobre literatura, pero tanto más de política, guerra y paz; noticias de periódicos; satisfacción de la curiosidad cuando se pregunta por circunstancias familiares y anécdotas; donde se toca música mostrar que se tienen conocimientos en este arte; precaución cuando se trata de otras órdenes, en especial de los jesuitas; sobre rango, prestigio, lujo, títulos sólo lo necesario; llevar algún regalo: estos son aproximadamente los medios para ser bien acogidos y para ganarse su respeto.

Con los canónigos basta con llevar apetito y sed, un humor algo travieso y faunesco y silencio sobre asuntos eruditos. En conventos de monjas católicos o en recogimientos protestantes se puede llegar también bastante lejos con un buen tipo, con confianza decente e ingenua, con una buena porción de cuentos, novedades y bromas.

No hablaré del trato de los religiosos entre sí; sobre esto ya se ha dicho mucho, acertado y útil, en las cartas sobre el monacato, en las cartas del noviciado y en muchos otros escritos.

CAPÍTULO QUINTO

SOBRE EL TRATO CON ACADÉMICOS Y ARTISTAS

1

Si el título de un académico no fuera en el día de hoy tan común como el de un gentleman en Inglaterra; si bajo el nombre de un académico aún pudiéramos imaginarnos a una persona que ha formado su intelecto mediante conocimientos realmente útiles, y que hubiese aplicado estos conocimientos para ennoblecer su corazón, en suma, a un hombre al que las ciencias y las artes hubiesen hecho una persona más sabia y mejor para el bien de sus conciudadanos, entonces no necesitaría escribir aquí sobre el trato con esa gente. ¿Acaso se necesitan reglas para cómo se debe tratar con sabios y nobles? Permanecer a su lado para atender a sus enseñanzas; fijar en ellos nuestra mirada para orientarnos por sus acciones y ejemplos; escuchar de ellos la verdad y seguir esa verdad: esto es una suerte cuyo goce no se necesita aprender según reglas. Pero como en el día de hoy cualquier miserable poetilla, compilador, periodista, cazador de anécdotas, traductor, saqueador de bienes literarios ajenos y cualquier otro que abusa de la incomprensible indulgencia de nuestro público para imprimir volúmenes enteros de disparates, estupideces y para repetir cosas que se han dicho mejor, se llama un sabio; como las ciencias no se aprecian según el grado de su utilidad para el mundo, sino según el gusto mutable y voluble de la plebe lectora; cuando se llama a las extravagancias especulativas sabiduría y se confunde la fantasía febril con ímpetu y entusiasmo; cuando se le llama poeta a un jovencito que inserta sus desatinos en versos alternativamente cortos y largos en un almanaque de las musas; cuando se llama músico a la persona que con sus dedos saca de las cuerdas una confusión de falsos tonos sin armonía ni expresión, y compositor a quien reparte puntos negros a determinados intervalos, y bailarín a quien da brincos sobre unas tablas, entonces no cabe duda de que hay que decir unas palabras de cómo nos hemos de comportar con esta gente, si no queremos

que se nos considere personas sin gusto y sin conocimiento de causa y queramos dar a cada uno lo suyo.

2

No juzgues el carácter moral del sabio por el contenido de sus escritos. En el papel el hombre ofrece un aspecto muy distinto al que ofrece en persona. Tampoco hay que tomárselo tan mal. En el escritorio, donde se puede escoger el estado de ánimo más tranquilo, cuando ninguna pasión tempestuosa nos hace perder la serenidad, se pueden dar espléndidas reglas morales que después, en el mundo real, donde nos empujan de un lado a otro la irritación, la sorpresa y la seducción, los tres enemigos intelectuales de mala fama, no son tan fáciles de cumplir. Así pues, al hombre que predica la virtud no se le ha de tomar siempre por un modelo de virtud, sino pensar que sigue siendo un ser humano, y al menos agradecerle que avise de peligros aun cuando no sea lo suficientemente fuerte para evitar esos errores, y sería injusto considerarle por ello un hipócrita (aunque sería igualmente injusto, sin disponer de una prueba, afirmar que hace lo contrario de lo que predica, o que sus palabras se deberían interpretar de una manera diferente a como suenan). Por otra parte, los principios que el autor pone en los labios de sus personajes no se deben tomar como propios del mismo autor, ni tampoco considerar a un hombre como un malvado o un fauno o un misántropo por la exuberante fantasía o por la fogosidad con que describe, de manera espléndida, a un personaje maligno, o una escena voluptuosa, o se burla con amargura de estupideces. Es posible que hiciera mejor omitiéndolo pero no por ello es una mala persona y así como con un estómago hambriento se pueden describir banquetes divinos, del mismo modo conozco a poetas que cantan al vino y al amor carnal y, no obstante, son las personas más moderadas y castas; conozco a escritores que han representado con

la máxima verosimilitud infamias horribles y, no obstante, en sus acciones muestran honradez y afabilidad; conozco, por último, a satíricos de gran benevolencia y filantropía.

Otra suerte de injusticia que se comete contra escritores y artistas es esperar siempre de ellos que digan sentencias profundas, que no prediquen otra cosa que sabiduría y erudición. El hombre que habla con más esplendor de un arte no tiene que ser siempre el que posea los conocimientos más fundados de él. No es ni siquiera agradable y suena a pedantería si conversamos continuamente de nuestras propias ocupaciones favoritas. Uno se reúne en sociedad para entretenerse y para escuchar a otros y no a nosotros mismos. No todos tienen la suficiente presencia de ánimo como para, en pleno tumulto y cuando se les sorprende con preguntas e ingenio, hablar con dignidad y acierto de temas que tal vez en su casa, en su habitación solitaria, comprenda con la mayor claridad. Y también hay reuniones sociales en las que la gente tiene un estado de ánimo muy diferente al nuestro y ven las cosas desde una perspectiva tan diferente, que es imposible captarlas en un primer instante, responder algo conveniente a lo que nos están diciendo. Un sabio, como todo mortal, también tiene sus humores, no siempre está para conversaciones científicas o similares que exijan reflexión; o las personas que ve a su alrededor no le caen bien, no le parecen dignas de un esfuerzo de su entendimiento e ingenio.

Cuando hace cuatro años estaba el Abbé Raynal en la región renana, fui invitado con él a una casa noble. Allí se había reunido un grupo de damas y caballeros curiosos junto con algunos ingenios para admirarle y para ser admirados por él. No pareció estar dispuesto a ninguna de las dos cosas y confieso que el tono de su conversación no me gustó nada. Los allí reunidos estaban enojados e irritados con el hombre por haber traicionado sus esperanzas, y esto llegó tan lejos como para que todos afirmaran que ese no era el Abbé Raynal, o que era imposible que el Abbé Raynal hubiese escrito cosas tan bellas.

Es un rasgo harto repugnante de nuestra época que guste tanto recoger anécdotas enojosas de buenos escritores y, en general, de personas que han obtenido fama para privarles de un grado del respeto público cuando sus escritos ganan para ellos admiradores, cuando sus talentos han atraído la atención de personas sensatas, más aún, hay ciertas pequeñas ciudades abderitas en las que realmente se finge tratar con desprecio al hombre que ha logrado dar a conocer su nombre fuera, esto es, fuera del círculo de los tíos y tías. Que a alguien así no se le permita que prospere en la patria o incluso que se le deje en la indigencia, me parece que está dentro del orden de las cosas humanas; pero hacer recaer la sospecha sobre su carácter moral por envidia y encima tratarlo con harta grosería, pese a seguir silenciosamente su camino con humildad y sin pretensión alguna, eso es demasiado duro y ocurre con relativa frecuencia, sobre todo en ciudades de poca importancia.

Pero si un sabio o un artista disfruta hablando mucho sobre sus temas preferidos, tampoco lo tomes a mal. La desafortunada polihistoria, el afán por brincar de una rama a otra de la ciencia y del arte, avergonzarse de que pueda haber algo bajo el sol sobre lo que no podamos razonar, no es precisamente aquello que más honra a nuestra época, y si ya resulta aburrido ver cómo una persona dirige todas las conversaciones a sus ámbitos preferidos, es más que aburrido, es indignante, cuando un charlatán emite juicios preconcebidos sobre cosas que están completamente fuera de su competencia, cuando el sacerdote habla de política, el jurista de teatro, el médico de pintura, la coqueta de temas filosóficos, el hombre delicado de táctica. Permite que el hombre que ha aprendido algo hable con pasión de su ciencia, más aún, dale oportunidad de hacerlo. Realmente se es útil en el mundo cuando se conoce a fondo, y con sentido común, una disciplina, y a mí me repugnan esos diccionarios enciclopédicos ambulantes, me repugnan esos jovencitos omniscientes y despectivos con los que a veces tenemos la desgracia de encontrarnos en sociedad, y que machacan con sus fallos inapelables a investigadores modestos y dubitativos y

que, especialmente cuando los encontramos entretenidos por damas eruditas y galantes, se vuelven insoportables.

3

Si los sabios tienen menos prejuicios que otras personas, no obstante se apegan con tanta más fuerza a aquellos que les son propios. Por lo tanto se los ha de tratar con mucha precaución. Nada se ofende con más facilidad que la vanidad de un sabio; se ha de evitar incluso toda ambigüedad en los elogios que se les dedique.

La mayoría de los escritores nos perdonarán más fácilmente que critiquemos su carácter moral que su fama en el mundo intelectual. ¡Se ha de ser por tanto muy precavido a la hora de juzgar sus productos! Aun cuando nos pregunten nuestra opinión sobre ellos, esto siempre se ha de interpretar como si nos pidieran un elogio. Exceptuando el caso en que la amistad nos obligue a una completa sinceridad, aconsejo, en esas ocasiones, cuando no se puede elogiar sin incurrir en una vile-za, al menos decir algo que la vanidad ofendida no pueda interpretar como una crítica.

Los señores reaccionan casi con más indignación cuando no se sabe nada de su autoría, cuando no se ha leído nada de ellos, o cuando se les trata en la vida normal, por causa de un libro que han escrito, como a cualquier otra persona que es útil de otra manera; por último, su indignación es completa cuando se expresan principios que no se acomodan a su sistema, o que se oponen a aquellos para cuya afirmación han gastado pliegos y pliegos rebosantes de letras. Ten cuidado con todo esto si no quieres ofender a un escritor. Distingue, además, a qué tipo de persona tienes ante ti: grande, pequeña o mediocre. A todas les gusta oler el incienso pero no a todas se las ha de sahumar de manera grosera. Una prefiere que le

digas directamente a la cara que es un gran hombre; otra se queda satisfecha cuando sólo permites, sin contradecirla, que ella lo diga de sí misma; la tercera no reclama nada de ti salvo la paciencia de Job cuando te lee sus miserables productos; a la cuarta le lisonjea una pequeña alusión positiva de uno de los pasajes de sus escritos; a la quinta le complace un extraordinario respeto en público, aunque esto no ocurra expresamente con mención de su autoría; y, para finalizar, una sexta –permítaseme ocupar mi puesto a su lado– se da por satisfecha cuando los pocos entendidos le hacen justicia creyendo que al menos a ella lo que le importa es la verdad y la virtud, que no ha escrito nada de lo que necesite avergonzarse su corazón, y que, aun cuando sus escritos no sean obras maestras, tampoco se pueden emplear como papel de envolver.

4

Es divertido ver cómo dos escritores se elogian entre sí ya sea oralmente o por escrito, cómo se escriben mutuamente reseñas favorables, se embalsaman en vida y se aseguran una espléndida eternidad. También puedo ser un espectador tranquilo cuando se reúnen un par de personas a las que les gusta admirarse mutuamente o que han oído muchas cosas buenas unas de otras. Cómo giran y se revuelven para escamotear alternativamente sus partes débiles. Al separarse, siempre resulta que una encuentra excelente a la otra cuando ésta le ha dado la oportunidad de desplegar sus talentos, o cuando ambos necios se han descubierto en similares disparates animados por los mismos sentimientos.

Pero no tan divertido es el denigrante espectáculo que se observa a veces entre sabios que, ya sea por su diferencia de opiniones o de sistemas, se pelean ante el respetable público como mendigos o, cuando viviendo en el mismo lugar y aspirando a la fama en la

misma disciplina, se persiguen mutuamente, se odian, no se reconocen nada, intentan empequeñecer al rival y desprestigiarlo ante el público. ¡Menuda vileza! ¿Acaso la fuente de la verdad no es lo bastante abundante para calmar la sed de miles, y puede la envidia y el fanatismo plebeyo denigrar a intelectos consagrados a la sabiduría? Pero sobre esto ya se han dicho muchas cosas y prefiero correr un tupido velo sobre estas prostituciones eruditas que, ¡por desgracia!, no son raras en nuestros tiempos.

5

Hay personas que intentan darse importancia ufanándose de sus cone-xiones, de su parentesco, amistad o correspondencia con sabios. Esto es una necedad que se ha de evitar. Un hombre puede tener muchos méritos como escritor sin que una relación con su persona nos proporcione ningún honor. No se es a un mismo tiempo sabio y bueno cuando sabios o nobles nos tratan con amabilidad y benevolencia. Tampoco puedo soportar las continuas citas y alusiones a otros autores, como en general el jactarse y adornarse con plumas ajenas. Lo pensado por nosotros, aunque mediocre, y lo sentido con convicción, es más valioso que lo más excelente que imitamos.

6

Entre las personas a las que hoy se llama sabias, si queremos ser equitativos, hay que reconocer un puesto destacado a los periodistas y a los coleccionistas de anécdotas. Pero para tratar con esta gente

se necesita una especial precaución. Habitualmente, con sus pocas reservas de conocimientos propios, a sueldo de cualquier partido dirigido por un líder ambicioso, ya sea de oportunistas, ortodoxos, fanáticos, enemigos de la razón, místicos, etc., recorren el país recogiendo bulos que, según la oportunidad, llaman documentos, o persiguen con la espada de la difamación a todo aquel que no quiere jurar por su bandera, o tapan la boca a todo aquel que se atreve a dudar de su infalibilidad. Una única palabra que no encaje en su sistema y que capten en algún lugar, les proporciona la ocasión para calumniar o censurar indignamente, para perseguir a las mejores personas, a las más despreocupadas y desprevenidas. Tened cuidado al hablar cuando alguien así os visite afablemente y piense publicar luego una opinión acerca de ti, de lo que ha visto y oído en tu casa. El hombre que practica este oficio en Alemania con la máxima influencia, y contra el cual se aplican en vano toda índole de medidas jurídicas o robustas, este hombre se llama –lo he de mencionar aquí públicamente– Anónimo, y es un hombre de lo más peculiar. Como sabe metamorfosearse de tantas maneras, al igual que Cartouche[1], de modo que ninguna orden de arresto se acomoda a él, aconsejo identificar en principio como ese señor Anónimo a toda persona que abuse de las palabras de moda, como por ejemplo, "peligrosa y nociva Ilustración", "publicidad", "libertad de pensamiento", "tolerancia", "peligro para la única fe santificante", "ciencias superiores", "magnetismo" o parecidas, tan típicas de ese bribón abyecto, malicioso y que va por ahí rugiendo como un león para buscar a alguien a quien devorar: leo rugiens, mugiens, quaerens, quem devoret.[2]

1. Louis Dominique Cartouche (1693-1721), famoso bandido francés. N. del t.

2. Pe 5, 8: –Vivid con sobriedad y estad alerta. El diablo, vuestro enemigo, ronda como león rugiente buscando a quien devorar–. N. del t.

7

Con músicos, cierto género de poetas, compositores, bailarines, actores, pintores y escultores el caso se ha de tratar de una manera muy diferente. Estas son –se entiende que siempre exceptúo en cada clase a los mejores– personas inofensivas, pero tanto más vanidosas y a menudo muy inseguras e impertinentes. Lejos de sentir que las bellas artes, aunque no se las puede negar el influjo en el corazón y en las costumbres, al final sólo tienen como propósito el placer, por lo que se han de posponer, en cuanto a su valor para la felicidad del mundo, respecto a las ciencias superiores, más importantes y serias; lejos de sentir que para ganarse verdaderamente el título de un gran hombre se ha de entender más y lograr más que complacer a la vista o lisonjear al oído, recalentar la fantasía o alborotar los corazones, consideran su arte como el único digno del esfuerzo de una persona sensata, y no nos puede extrañar que un bailarín, mejor pagado que un ministro, lamente que éste no haya aprendido nada mejor. Entre ellos no hay tantos artistas filósofos, como lo fue Georg Benda[1], ni virtuosos modestos, como el noble Fraenzl[2] en Mannheim y su entrañable hijo, el pintor sensato dotado de todas las virtudes privadas, como el difunto Tischbein[3], el actor, cuya cabeza, corazón y costumbres merecen gran respeto, como el inimitable Schröder[4]. Aconsejo, por lo tanto, buscar un trato de confianza con esta clase humana sólo después de haber realizado una rigurosa selección. Cantores amant humores. A los cantores, los poetas y similares les gusta vivir bien y no nos puede extrañar. Hay un tipo de entusiasmo al cual se puede elevar el alma con el modo de vivir más simple y moderado y que, para confesar la verdad, es el único cuyos frutos pueden pretender la inmortalidad. El mayor ímpetu del genio hacia la fuente pura y sagrada de la que surge es, ciertamente, de una índole muy diferente a la tensión nerviosa, al recalentamiento de la fantasía y a

la irritación de los sentidos. Y se nota claramente en obras como el Mesías de Klopstock o el Don Carlos de Schiller, que su fuego no se ha extraído de la botella de champán. ¡Pero qué pocos artistas se inflaman con ese noble ardor! Su maquinaria debilitada por la ejecución desordenada y por desgraciadas circunstancias, sobre las cuales no tienen la fuerza suficiente para elevarse con ayuda de la filosofía, su maquinaria, os digo, exige, para no aplastar del todo al intelecto, tónicos poderosos o incluso embriagantes. Esto los impulsa en principio a una vida dedicada a las alegrías sensuales. A esto se añade que aquel que ya ha convertido las bellas artes en su única profesión, raras veces encuentra gusto en asuntos serios, más aún, estos le parecen harto secos, y como no se puede estar cantando todo el día, o tocando el violín o la flauta o emborronando cuartillas, quedan muchas horas del día por rellenar, las cuales se sacrifican a la buena vida. Así pues, estos señores piensan poco en una sabia distribución y aplicación del tiempo, en la búsqueda de un trato social instructivo y sensato, y aprecian más al hombre que les proporciona placeres sensuales y que además les adula, que al sabio que les conduce por el camino de la verdad y del orden. A aquel lo importunan y de éste, huyen. En el gusto frívolo tan extendido en nuestra época, con el descuido de las ciencias sólidas, creo que éstas son unas palabras oportunas, por más que debido a ello se me quiera considerar un pedante. Cualquier cabeza de poco calado, que tenga un corazón blando y que ame el ocio y una vida desordenada, se dedica hoy a las bellas artes, cree tener vocación de artista, escribe versos, obras de teatro, toca un instrumento, compone, pinta, y así al final el gusto tiene que degenerar y el arte volverse despreciable. Por este motivo vemos pulular enjambres enteros de estos artistas, que ni siquiera conocen los fundamentos de su arte; músicos que no saben en qué clave tocan, que no saben ejecutar nada que antes no hayan aprendido de memoria con sus violines o flautas; sin espíritu filosófico, sin sentido común, sin estudio, sin un verdadero sentido de la naturaleza, pero en cambio armados con tanta más confianza en sí mismos y tanta más impertinencia; inflamados de envidia mutua; envidiosos de un aficionado, que se dedica a su estudio principal como cosa de menor importancia y

que, sin embargo, sabe más que ellos, que no han aprendido nada. Pero si uno de ellos tiene partidarios debido a la moda, goza de la protección de los supuestos entendidos, y nadie se atreve a decir en voz alta que es un ignorante, a no ser que se quiera pasar por inculto y poner en nuestra contra a todos los diletantes. ¿Y a quién no le repugna esa plebe de diletantes creídos y vulgares, con sus juicios absurdos y su estúpida charlatanería? Si quieres ganarte el afecto de esa caterva de brutos, tendrás que tener la paciencia de escuchar sus disparates o cometer la vileza de elogiarlos y aprobar sus sentencias. Ahora bien, si lo que quieres es ganarte su respeto, ¡no seas modesto sino tan desvergonzado como ellos! ¡Decide con audacia! ¡Preséntate con confianza ante los hombres más importantes! ¡Llama la atención! Haz como si fueras muy delicado en tus gustos, como si fuera difícil obtener la aprobación de tus ojos y oídos exigentes. Habla de la fama de la que gozan tus conocimientos. Desprecia todo lo que está por encima de ti. Sacude la cabeza con gesto de importancia cuando no sepas decir algo conveniente. Trata a los principiantes con arrogancia. Adula a los diletantes y mecenas nobles, ricos y poderosos. Fomenta el gusto por las pequeñeces e insignificancias, por los simpáticos rondós, por los minuetos de cervecería en medio de piezas serias, por el colorido abigarrado, por los epigramas, por la pompa y la fraseología vacía, por las obras de teatro llenas de horrores, enredos y exageraciones. Así podrás hacer tu pequeña aportación a la general corrupción del gusto. ¡Pero si sientes fuerza en tu interior, y no tienes motivo para eludir a los hombres, resístete a esta monstruosidad! Levanta tu voz contra esta miseria, pero con motivos, y quítales a los Midas de nuestra época las grandes pelucas y los gorros de bufón para que se les vean las orejas de burro y nadie se deje embaucar por sus gestos de autoridad. Triste es mientras tanto que también el artista de verdad tenga que emprender en nuestros días una parte del camino señalado si no quiere dejar el campo libre a los charlatanes; y tendrá que sacrificar a menudo la naturaleza, la modestia, la sencillez y la dignidad a la moda y al prejuicio, se tendrá que revestir de un falso brillo, se verá obligado a humillarse haciéndose pasar por un soplagaitas y un chistoso para gustar y ganarse el pan. Es

frecuente que también les vaya mal a los artistas, en especial a los músicos, cuando dan con una sociedad que les quiere admirar, que les pide que toquen y que ni les presta atención ni tiene conocimiento alguno de arte. No pueden negarse a tocar, si no quieren que les consideren unos caprichosos y, no obstante, sentirán como si estuvieran arrojando perlas a los cerdos. Se sentarán al piano, tocarán el adagio más dulce y en plena pieza, en los pasajes más emotivos, los oyentes bramarán: "¡Oh, qué bonito! ¡Excelente!", y se perderán el pasaje. Hay que abstenerse de semejantes torpezas.

1. Compositor alemán y maestro de capilla (1721-1799). N. del t.

2. Ignaz Fraenzel (1736-1811), director de orquesta en Mannheim. N. del t.

3. Johann Heinrich Tischbein el Viejo (1722-1789), pintor alemán; su sobrino, Johann Heinrich Wilhelm, asimismo pintor, fue el amigo de Goethe en su viaje a Italia. N. del t.

4. Friedrich Ludwig Schröder (1744-1816), actor alemán y director de teatro en Hamburgo. N. del t.

8

Diré ahora unas palabras de advertencia para el joven respecto a los artistas, en especial en lo que se refiere a los actores. He afirmado anteriormente que el trato confiado con la mayoría de ellos, en lo que concierne a sus conocimientos, sus costumbres y sus circunstancias económicas, no puede ser muy ventajoso para la cabeza, el corazón y la cartera; y también en otros aspectos he de

recomendar precaución. Pero quien conozca mi gran veneración por las bellas artes no echará la culpa a un prejuicio mío, o a frialdad el que recomiende al joven que sea moderado en el goce de las bellas artes, que sea moderado en el trato con las musas favorables y con sus sacerdotes. La música, la poesía, el teatro, la danza y la pintura ejercen un efecto benéfico en el corazón. Lo ablandan y lo hacen receptivo a ciertos sentimientos; elevan y enriquecen la fantasía, agudizan el ingenio, alegran el ánimo, suavizan las costumbres y fomentan las virtudes sociales. No obstante, estos espléndidos efectos, cuando se exageran, pueden causar una gran miseria. Un ánimo demasiado blando, afeminado y fácilmente impresionable por el sufrimiento ajeno es realmente una triste cualidad; un corazón sensible a cada impresión, que se mueve como un junco de un lado a otro impulsado por cada pasión, arrastrado por cada sensación encontrada; un sistema nervioso con el que cada embaucador puede jugar a su gusto si sabe dar con el tono adecuado: todo esto se puede convertir en una gran carga cuando se trate de firmeza, valor viril imperturbable, resistencia y constancia. Una fantasía desbocada que dé a todos nuestros esfuerzos intelectuales un ímpetu novelesco y que nos sitúe en un mundo de las ideas puede hacer de nosotros, en el mundo real, personas en parte muy desgraciadas en parte inútiles. Exagera pretensiones que nunca podremos satisfacer, exagera las esperanzas y nos llena de repugnancia hacia todo lo que no se corresponda con los ideales, hacia los que aspiramos, en nuestro hechizo, como si fueran sombras. Una broma excesiva, un humor picaresco que no estén bajo la tutela de una razón virtuosa, no sólo pueden degenerar en detrimento del corazón, sino que nos denigran, nos llevan a jugueteos, de modo que en vez de aspirar a la elevada sabiduría y a la sobria verdad, y aplicar nuestra capacidad mental a objetos realmente provechosos, sólo buscamos el placer del momento y, en vez de penetrar a través de los prejuicios en la esencia misma de las cosas, nos quedamos en los aspectos superficiales. La alegría puede derivar en desenfreno, en el afán por un continuo delirio. Costumbres muelles suelen derivar en afeminamiento, en exagerada blandura, en vil e irresponsable condescendencia, que lijan cualquier huella de carácter viril, y una

vida dedicada sólo a los placeres sociales y al goce sensual nos aleja de todos los asuntos serios, en los cuales el goce, seguro y duradero, se obtiene al final tras la superación de dificultades y mediante un trabajo y un esfuerzo constantes; esa vida muelle nos hace insoportable la soledad, tan provechosa para el espíritu y el corazón; hace que nos resulte desagradable una existencia tranquila y doméstica, dedicada a los deberes civiles y familiares. En suma, quien se dedique en cuerpo y alma a las bellas artes y desperdicie su vida con los sacerdotes de sus deidades, se arriesga a perder su bienestar o, al menos, a no contribuir a la felicidad de otros como podría haberlo hecho ejerciendo su profesión o sus capacidades. Todo lo que he dicho aquí se verifica especialmente en el teatro y en el trato con actores. Si nuestros teatros fueran como nosotros los quisiéramos; si fueran una escuela de las costumbres donde nos representaran, de una manera grata y conveniente, nuestros errores y flaquezas, siempre sería bueno asistir al teatro y escoger el trato de personas a las que se habría de considerar benefactoras de su época. Pero no se puede juzgar el teatro según lo que podría ser, sino por lo que es. Cuando en nuestras comedias se exageran tanto los rasgos cómicos de las locuras humanas como para que en ellas nadie reconozca la imagen de sus propias flaquezas; cuando en ellas se favorece al amor romántico; cuando jóvenes ilusos y mujercitas enamoradas aprenden de ellas cómo engañar a sus sensatos padres, quienes para la felicidad matrimonial exigen más que una simpatía imaginaria y una embriaguez amorosa pasajera, con el propósito de obligarles a dar su consentimiento; cuando en nuestras obras de teatro aparece la imprudencia en atavíos elegantes, el vicio en todo su esplendor y, mediante un barnizado de grandeza y poder, se fomenta inconscientemente su admiración; cuando en las tragedias se acostumbra a nuestros ojos a los horrores más crueles; cuando se acostumbra nuestra imaginación a sucesos y desenlaces maravillosos y mágicos; cuando en la Ópera se nos lleva a ser indiferentes respecto al sentido común, o a contradecirlo palmariamente, mientras se halaga al oído; cuando el visajero más miserable o la fulana más torpe, por tener partidarios en el pueblo, cosechan la admiración general; cuando, por último, para alcanzar todos estos

propósitos fútiles, nuestros autores teatrales se apartan de la verosimilitud, de la naturaleza auténtica, del arte sabio y del orden, dejando, en consecuencia, al espectador sin alimento para el espíritu, aspirando sólo a que no se aburra y a procurarle un goce sensorial, ¿quién no asumirá el deber de recomendar a los jóvenes que hagan el menor uso posible de estas distracciones? Y, en lo concerniente a los actores, su profesión tiene mucho que deslumbra: libertad; independencia de las coacciones de la vida civil; buena paga; ovaciones; el cariño del público; la oportunidad de mostrar públicamente un talento que de otro modo tal vez hubiera quedado oculto; halagos; acogida hospitalaria de los jóvenes y de los aficionados al arte; mucho ocio; la oportunidad de conocer ciudades y personas, todo esto puede impulsar a un joven, que tiene que luchar con una situación difícil, con un temperamento intranquilo o con una actividad desordenada, a elegir esta profesión, en especial cuando entra en una relación de confianza con actores y actrices. Pero consideremos el asunto con más detalle. ¿Qué tipo de personas suelen ser estos héroes y heroínas teatrales? Gente sin moral, sin educación, sin principios, sin conocimientos; aventureros; gente de las clases más bajas; cortesanas descaradas. Con esta gente se vive en trato diario cuando se elige su profesión. Es difícil no dejarse arrastrar por la corriente y sucumbir. La envidia, la enemistad y las intrigas promueven una eterna discordia entre sus miembros; esta gente no tiene vínculo alguno con el Estado, por lo tanto les falta uno de los motivos principales para comportarse bien y tener consideración a su buena fama entre los ciudadanos. Si a esto se añade que algunas personas serias las miran, injustamente, con desprecio, su corazón se amarga y se vuelve perverso. La diaria alter-nancia de papeles quita al carácter su singularidad; por costumbre al final terminan adoptando los rasgos de los personajes que representan; no pueden tomar en consideración su actual estado de ánimo, a menudo tienen que desempeñar el papel de bromistas cuando están tristes o a la inversa; esto lleva al disimulo; el público termina hartándose del hombre y de su papel; transcurridos diez años su estilo ya no gusta a nadie; el dinero ganado con tanta facilidad se pierde con la misma facilidad, y de ahí

que sea frecuente una última fase en la vida del actor marcada por una ancianidad pobre, enfermiza e indigente.

9

A quien tenga bajo su dirección y cuidado a actores y a músicos, le aconsejo que desde el principio ponga claros sus términos para evitar depender de sus caprichos y manías. Los aspectos que más importan son: mostrarles que se está a la altura del negocio; que se sabe juzgar y rectificar a un artista; acostumbrarlos al orden y a la puntualidad y a la primera infracción seria o desenfreno hacerles notar nuestro rigor; tratarlos, desde luego, según su talento y su conducta moral, con cortesía y distinción, sin por ello caer en la familiaridad.

10

Alienta con un elogio moderado, pero no adules, no eleves en exceso al joven escritor o artista, así se frustra la mayoría de ellos en Alemania. La ovación y los elogios exagerados los hace arrogantes, petulantes y los embriaga. Dejan de esforzarse y de aspirar a la perfección y dejan de respetar al público, que, ¡por desgracia!, parece demasiado fácil de satisfacer. Pero lo cierto es que el estado actual de nuestra literatura nos induce fácilmente a elogiar todo lo que no es abiertamente un disparate, ya que casi nos hemos acostumbrado a leer el material impreso más absurdo, sobre todo en el ámbito de las bellas artes.

Así pues, joven con talento, no te dejes corromper por todo esto. No dejes que la envidia entre en tu corazón. Haz justicia a los méritos ajenos. Busca siempre la compañía de aquellas personas cuyo trato tenga una influencia positiva en tu arte y contribuyan a aumentar tu sabiduría, pero no el de esa caterva de viles aduladores o entusiastas.

11

Si tan poco provecho se saca de la familiaridad con artistas vulgares, tanto más instructivo y entretenido es el trato con un hombre que una su arte con un espíritu filosófico, erudición e ingenio. Es una gran suerte vivir al lado de un artista así, cuyo intelecto se ha formado con conocimientos, cuya mirada se ha agudizado con el estudio de la naturaleza y de los seres humanos, y cuyo corazón, por la influencia de las musas, se orienta al amor, la amistad y la benevolencia, purificando sus costumbres. Su afable elocuencia nos animará en horas tristes, su trato nos volverá a reconciliar con el mundo, cuando el malhumor y la insatisfacción nos atormenten; nos proporcionará alivio de nuestros asuntos profesionales secos y enojosos, nos dará ilusión y fuerza cuando tras un largo esfuerzo nos hallemos extenuados; hará de la comida más modesta un banquete de dioses, convertirá nuestra humilde morada en un santuario, en un templo, nuestro hogar en un altar de las musas.

12

Se suele hablar mucho de las ventajas de los escenarios sociales y de sus influencias benefactoras en la formación de los jóvenes. Me llevaría demasiado lejos si quisiera discutir aquí todo lo que se ha dicho a favor y en contra de este asunto, así como lo que yo mismo he tenido la oportunidad de observar y experimentar al respecto. Me limitaré, por lo tanto, a lo siguiente. Una gran parte de lo que se ha dicho en este capítulo acerca del teatro, se puede aplicar asimismo a los escenarios sociales. Son evidentes las precauciones que se han de seguir a la hora de elegir las piezas y los papeles cuando jóvenes de buenas costumbres quieran representar una obra. A los padres, no obstante, si se me pidiera consejo al respecto, les recomendaría encarecidamente que además prestaran una atención especial a la edad, al estado de ánimo y a los temperamentos de sus hijos, al grado de su educación y a su firmeza de carácter.

CAPÍTULO SEXTO

SOBRE EL TRATO CON PERSONAS DE DIVERSAS PROFESIONES EN LA VIDA CIVIL

1

¡Comencemos con los médicos! Ninguna otra profesión es tan benéfica para el género humano cuando cumple con su cometido. El hombre que escudriña en todos los tesoros de la naturaleza e investiga sus fuerzas para encontrar remedios que permitan liberar al hombre, que es la obra maestra de la creación terrenal, de epidemias, por las cuales se ve afectada su parte material visible, que oprimen su espíritu y que a menudo destruyen su máquina antes de que haya desarrollado fuerza alguna; el hombre que no teme la visión de la miseria y del dolor, que pone en juego su comodidad, su sosiego, su propia salud e incluso su vida, para asistir a su hermano que sufre, este hombre merece veneración y agradecimiento. Devuelve su protector, mantenedor y benefactor a una familia numerosa, salva a los niños menores de edad, al padre, que es su educador y sustentador; devuelve del borde de la tumba al noble esposo a los brazos de su fiel esposa. En suma, ninguna otra profesión tiene una influencia directa tan beneficiosa en el bienestar del mundo, en la dicha, el sosiego y la satisfacción de los ciudadanos que la de un médico. ¡Y si se piensa en la suma de conocimientos que se necesitan! En ninguna profesión se llega lejos sin talento, pero hay ciencias en que un sano sentido común, e incluso algo menos, pueden prestar buenos servicios; ahora bien, a ser grandes médicos sólo llegan las mentes más selectas. El talento, sin embargo, no lo logra todo, se necesita un estudio diligente para llegar lejos en este ámbito; y si se piensa que estos conocimientos, con todas las ciencias auxiliares que presupone la medicina, son precisamente los conocimientos fundamentales más sublimes y naturales del hombre, como el estudio de la naturaleza en todos sus ámbitos, en todos sus posibles efectos, en todos sus componentes; el estudio del ser humano en cuerpo y alma, en sus partes sólidas y fluidas, en su constitución general, en sus emociones y pasiones,

¿qué puede ser más instructivo, consolador y agradable que el trato y la ayuda de un hombre tal? Pero entre los hijos de Esculapio también hay muchos de una índole muy diferente, personas a las que el birrete de doctor les da el privilegio de hacer experimentos de su ignorancia con enfermos pobres; personas que consideran el cuerpo de sus pacientes como su propiedad, como una suerte de recipiente en el cual pueden arrojar todo tipo de pócimas y píldoras para comprobar el efecto resultante de la mezcla y en lo cual a lo único que se arriesgan es a romper el recipiente. A otros, poseyendo los conocimientos más básicos, les falta capacidad de observación. Confunden los síntomas, se dejan equivocar por falsos informes del paciente, no investigan con la debida objetividad, ni con la profundidad y el rigor debidos, y luego prescriben remedios que seguramente harían su efecto si realmente tuviéramos la enfermedad que nos han diagnosticado. Otros, por su parte, se aferran a un espíritu sistemático, a la autoridad, a la moda, y no culpan nunca a su ceguera, sino a la naturaleza cuando sus medicamentos tienen efectos distintos a los supuestos por sus prejuicios; por último, hay otros que prolongan la curación de sus pacientes por codicia de dinero, para también sacar ventaja junto al farmacéutico y al cirujano. Dependiendo de en qué manos se caiga, se será la víctima de la ignorancia, de la negligencia, de la terquedad o de la maldad.

Ahora bien, no es tan difícil, incluso para un profano en la materia que disponga de un poco de conocimiento de los hombres y de experiencia, distinguir al grosero charlatán del verdadero profesional, ya sea por la manera en que expone las cosas, por la de preguntar y prescribir; no obstante, es mucho más difícil distinguir a los mejores a los que confiar nuestros cuerpos. Así pues, recomendaría las siguientes reglas en el trato con los médicos:

Vive con moderación en todos los sentidos, así verás al médico junto a ti como amigo, pero necesitarás raras veces su ayuda.

Presta atención a las cosas que son dañinas o provechosas a tu constitución, a lo que te sienta bien o te sienta mal. Ajusta rigurosamente tu modo de vida a ello y así gastarás poco dinero en la farmacia.

Cuando se tienen algunos conocimientos de física, se han ojeado algunos libros de medicina, se conoce el propio temperamento y se sabe a qué enfermedades se tiene una predisposición, y así, con frecuencia, cuando se trate de enfermedades reales, podremos ser nuestros propios médicos. Hay personas que están más expuestas a unas dolencias que a otras, al llevar una vida uniforme. Si estudiáramos con seriedad esta rama de la medicina, no sería extraño que termináramos por tener más conocimientos al respecto que un hombre que tiene que abarcar todo un ejército de enfermedades.

No obstante, si te ves necesitado a recurrir a un médico, y quieres elegir a uno entre el montón, presta primero atención a que tenga sentido común; si razona sobre otros asuntos con claridad y objetividad, sin prejuicios; si es modesto, discreto, trabajador, afecto a su profesión; si muestra un corazón filantrópico y sensible; si suele tratar a sus enfermos con una gran cantidad de remedios diferentes o se sirve de medios sencillos y en lo posible deja que la naturaleza siga su curso; si recomienda una dieta acomodada a sus gustos o prohíbe aquello a lo que tiene aversión o aconseja aquello que apetece; si se contradice de vez en cuando al hablar; si se mantiene dentro de su sistema o se deja convencer fácilmente y cambia con frecuencia de método; si se dedica sólo a combatir síntomas concretos o siempre tiene presente lo principal; si se le aprecia envidia hacia sus colegas o si se muestra más dispuesto a ayudar a los grandes y a los ricos que a los pobres y humildes. Una vez que hayas satisfecho tu curiosidad acerca de estos puntos y te hayas tranquilizado, puedes ponerte en sus manos.

Pero confía únicamente en él, del todo y sin reservas. No calles ninguna circunstancia, por pequeña que sea, y que pueda servir

para darle a conocer tu estado y el origen de tu dolencia. Ahora bien, no menciones pequeñeces insignificantes, necedades, manías o imaginaciones tuyas que puedan equivocarle. Sigue puntual y rigurosamente sus prescripciones para que pueda estar seguro que lo que sientas después sea la consecuencia de los remedios empleados. Por este motivo no te dejes convencer para tomar al mismo tiempo otros remedios caseros, por muy inocentes que parezcan, ni tampoco recurrir en secreto a un segundo médico. En cualquier caso, ¡no se te ocurra consultar al mismo tiempo y públicamente a dos de estos señores! Los resultados de sus consejos médicos serán para ti sentencias de muerte. A ninguno de ellos le importará tu curación; emplearán tu cuerpo como campo de batalla para sus diferencias de criterio; el uno envidiará al otro el honor de haberte curado, y preferirán enviarte de común acuerdo al otro mundo para luego echarse la culpa de ello.

Al hombre que emplea todo lo que está en sus fuerzas para recuperar tu salud, no le recompenses con tacañería, sino con liberalidad. Pero si tienes motivo para creer que es interesado, es mejor que llegues a un acuerdo para pagarle un honorario anual. Ya puedes estar enfermo o sano, él no tendrá ningún interés en abastecerte con todo tipo de enfermedades o detener tu curación.

2

Ocupémonos ahora de los juristas. Además de los bienes naturales, el bienestar espiritual, anímico y físico, lo más sagrado y preciado en la sociedad civil es la propiedad segura. Quien contribuya a asegurar esta propiedad; quien ni por amistad, ni partidismo, ni debilidad, ni pasión, ni adulación, ni egoísmo, ni temor se deje apartar un solo paso del camino de la justicia; quien sepa acertar y ver claro pese a todas las malas artes y triquiñuelas de la persuasión, pese a la

indeterminación, ambigüedad y confusión de las leyes escritas, y dar con la razón, la verdad, la honestidad y lo equitativo; quien se erija en protector de los pobres, de los débiles y los oprimidos contra los fuertes, ricos y opresores, quien sea como un padre para los huérfanos y un salvador y defensor de los inocentes, quien sea así es digno de toda nuestra veneración.

Pero lo que he dicho aquí demuestra al mismo tiempo cuánto se necesita para tener derecho a ostentar el título de un juez digno o al de un honrado administrador, y, cuando menos, sería juzgar con precipitación si se afirmara que para ser un buen jurista se necesita menos sentido común que memoria, rutina y un corazón duro, o que las ciencias jurídicas no son más que un arte de privar a la gente de dinero y de propiedades de una manera legal. Ciertamente, cuando por jurista se entiende a un hombre que sólo tiene en la cabeza su derecho romano, que conoce los escondrijos de la ley y ha estudiado las distinciones sofistas de los rábulas, puede que se tenga razón; pero alguien así profana también su honorable profesión.

No obstante, es de hecho triste –para no callarnos lo malo– que en esta profesión las acciones de tantos jueces y abogados, así como la constitución de la justicia en la mayoría de los países, den motivo a las inculpaciones más duras. Al estudio del Derecho se dedican las mentes más retorcidas sin adquirir ningún otro conocimiento noble, y mostrándose no obstante muy orgullosas de todo ese montón de viejas leyes romanas, tan poco aptas para nuestros tiempos, hasta el punto de creer que el hombre que no se sabe de memoria las pandectas no ha aprendido nada. Todas sus argumentaciones se remiten exclusivamente al libro de los libros, al Corpus Iuris, y un rígido civilista es realmente en la vida social la criatura más aburrida que se pueda imaginar. Estas personas, inexpertas en el resto de las cosas humanas, en todos aquellos conocimientos que ilustran la mente y forman el corazón, ocupan los cargos públicos. Su estilo bárbaro, sus frases interminables, su talento para hacer la cuestión más diáfana y simple, prolija e incomprensible, llena de repugnancia y de impaciencia a todo aquel que gusta de la claridad. Aunque no

sufras la desgracia de que tu causa caiga en las manos de un juez partidista, vago, interesado o estúpido, bastará con que tu abogado o el de tu oponente sea un hombre burdo, un pícaro codicioso, un bribón o un sinvergüenza para lograr que una causa que cualquier mente sana y objetiva podría resolver en una hora, se prolongue durante años, para llenar toda una habitación de actas y que el proceso cueste el triple en gastos judiciales de lo que supondría el objeto de la disputa, para al final incluso perder la causa más justa y renunciar en manos ajenas lo que es a todas luces de nuestra propiedad. Y aun en el caso de que no fuera así, si los jueces y los administradores fueran hombres honrados y aptos, en muchos países el ritmo de la justicia es tal que tendríamos que alcanzar la edad de Matusalén para conocer el final de un proceso. Aquí se hunden familias enteras en la desesperación y en la miseria al inmiscuirse bribones y chupatintas en su patrimonio. Aquí se declaran nulas las pretensiones más fundadas por algún nimio defecto de forma. Aquí el más pobre habrá de admitir que su vecino más rico le arrebate su herencia paterna cuando el rábula encuentre medios para invertir el sentido de un viejo documento, o cuando el oprimido no tenga patrimonio suficiente para costear los tremendos gastos procesales. Aquí los hijos y los nietos tendrán que ver tranquilamente cómo los bienes de sus antepasados, bajo el pretexto de las deudas que los gravan, permanecen durante siglos en las manos de ladrones privilegiados, sin que puedan gozar de ellos ni los herederos ni los acreedores, aplicando simplemente el arte de pasar facturas correctas sólo en la forma. Aquí más de un inocente habrá de entregar su vida en el patíbulo porque los jueces no están tan familiarizados con el lenguaje de la inocencia como con los giros de una falsa elocuencia. Aquí hay catedráticos que dejan a sus imberbes pupilos la redacción de juicios sobre vida y hacienda y dan la razón a quien paga el informe. ¿Pero de qué sirven todas las exclamaciones y quién no conoce todos estos desafueros?

No puedo dar un consejo mejor que el de evitar en todo lo posible poner en manos de la justicia nuestro patrimonio o nuestra persona.

Evítese en todo lo posible cualquier proceso judicial y es preferible llegar a un acuerdo entre las partes, aun cuando se esté convencido de tener razón, dando la mitad de aquello que otro nos disputa antes de llegar al intercambio de demandas.

Manténgase todos los asuntos en el mejor orden y estipúlese en vida todo con la mayor claridad para no dejar a nuestros herederos la posibilidad de una disputa jurídica.

Ahora bien, si el Maligno por lo que sea ha logrado involucrarnos en un proceso, busquemos a un abogado honrado, hábil y abnegado –con frecuencia tardaremos algo en encontrarlo– y esforcémonos por convenir con él que, además de sus honorarios, aún pueda esperar una sustanciosa recompensa en proporción al tiempo que emplee en terminar la causa.

Hay que hacerse a la idea de que no recuperaremos los bienes objetos del litigio una vez que han caído en manos de abogados y de curadores, sobre todo en países donde domina la picaresca, la haraganería y la inconsecuencia en los negocios.

No debemos incurrir en el error de sobornar a los jueces. El que da es casi tan bribón como el que toma.

Habrá que armarse de paciencia en todos los asuntos que se tengan con juristas de mala laya.

No nos serviremos de ninguno de ellos para aquellos asuntos que se hayan de tratar con premura y simpleza.

Se ha de ser sumamente precavido en escritos, declaraciones, promesas y afirmaciones a abogados. Éstos darán mil vueltas a cada letra; una prueba jurídica no siempre es una prueba de sentido común; la verdad jurídica puede ser a veces algo más o algo menos que la verdad cotidiana; la expresión jurídica suele tener otra interpretación que la expresión habitual, y la voluntad jurídica no

raras veces es lo contrario de aquello que se entiende por voluntad en la vida normal.

3

Ahora me referiré a la clase militar. Si en las guerras actuales aún luchara hombre contra hombre y el arte de suprimir a seres humanos no se ejecutara de una manera tan metódica y maquinal; si sólo el valor personal decidiera el desenlace de la guerra, y el soldado sólo combatiera por su patria, por la defensa de su propiedad y de su libertad, ciertamente no predominaría ese tono entre estos hombres, como ahora, ya que para un héroe bélico cabal se necesita una índole diferente de conocimientos, y un par de nuevos recursos, a saber, la subordinación y un concepto convencional del honor, que en cierta manera ha venido a substituir al valor audaz, y que tienen que obligar a los hombres a detenerse y a dejarse disparar desde la distancia, cuando las pasiones de los príncipes les ordenen detenerse y jugarse la vida por una perra gorda. No obstante, en la primera mitad de este siglo casi era el carácter general de un soldado, ya fuera de rango bajo o elevado, una cierta tosquedad, desenfreno y la tendencia a ponerse por encima de todas las reglas de la moral y de la convención social, como si estas leyes fueran únicamente hijas de la paz. En nuestros días, sin embargo, esto es muy distinto. Casi en todos los Estados europeos encontramos en la clase militar a personas que son apreciadas por sus conocimientos en todas las artes y disciplinas científicas, en especial en aquellas que forman parte de su oficio, que se distinguen por un comportamiento modesto y elegante y por una moral rigurosa, por un carácter afable, así como por una aplicación útil de su ocio para la formación intelectual y del corazón. Así pues, no tendría que dar ninguna regla para el trato con los oficiales si, en parte, como en cualquier otra clase, no se produjeran

excepciones de lo bueno, o en parte no se debieran silenciar algunas otras consideraciones. Pero voy a ser breve.

Quien en virtud de su posición social, de su edad, o de sus principios, no quiera ser objeto de burla o de ofensas, ni tenga ganas de borrar una ofensa con un duelo, hará bien en evitar la oportunidad rehuyendo la compañía de la soldadesca, ya sea para beber, jugar o en otras cosas. Si no se puede evitar, lo mejor será comportarse con el mayor cuidado, la mayor cortesía y seriedad posibles. Aquí mucho depende de la fama que uno tenga, y un hombre recto, honrado, firme y sensato suele ser respetado incluso por gente inmoral y disoluta.

No obstante, aconsejo en general que se sea precavido al hablar y tratar con oficiales. El prejuicio de un honor mal entendido que predomina en la mayoría de los ejércitos, sobre todo en el francés, y que por otra parte puede ser de alguna utilidad ocasional, que aquí sería muy prolijo detallar, obliga al oficial a no aceptar ni siquiera la palabra más nimia susceptible de una interpretación ambigua, sin exigir una satisfacción con las armas, y para ello puede servir una expresión que uno se podría permitir en la vida cotidiana, pero que para el militar tiene un sentido ofensivo. Se puede decir, por ejemplo: "Eso no estaba bien", pero de ninguna manera se puede decir: "Eso ha estado mal por su parte", y no obstante, lo que no está bien, está necesariamente mal. Así pues, hemos de familiarizarnos con este lenguaje si queremos tratar con personas sometidas a esas leyes.

Es evidente que en presencia de un oficial no se debe decir nada, ni lo más nimio, en detrimento de su clase, y tanto más porque el soldado cree que su clase es la primera y la más importante del mundo. ¿Pues qué le puede motivar a elegir una vida tan esforzada y peligrosa si no es por la aspiración a la gloria y al honor?

Por último, podremos caer bien entre la clase militar con una suerte de comportamiento abierto, franco, no muy solemne, sino alegre,

libre y sazonado con bromas decentes, con el cual habremos de familiarizarnos si queremos vivir entre los miembros de esta casta. Pero es posible que no estén muy lejanos los tiempos en que estas reglas se vuelvan obsoletas y la clase del soldado ya no sea diferente de la del ciudadano.

4

Ninguna otra clase goza de tantas comodidades como la del comerciante, cuando éste no comienza con las manos vacías, cuando la fortuna no le sea decididamente contraria, cuando ya se haya consolidado algo su situación, cuando proceda en sus empresas con la apropiada prudencia, no se arriesgue en demasía y no se dedique a especular. No hay ninguna otra clase que goce de una libertad tal. Ninguna otra clase ha tenido, como la del comerciante, una influencia tan activa, directa e importante sobre la moralidad, la cultura y el lujo. Cuando a través de ella, y de las relaciones que promueve entre pueblos distanciados y tan diferentes entre sí en tantas cosas, se cambia el tono de naciones enteras, y se da a conocer a personas con inquietudes intelectuales, ciencias, deseos, enfermedades, tesoros y costumbres, que nunca habrían llegado hasta ellas o, en cualquier caso, mucho más tarde, no se puede dudar de que si las mentes más capaces de entre los comerciantes de un gran reino llegaran a un acuerdo sobre un sistema funcional, según firmes principios, estaría en su poder dirigir a la patria con su inteligencia y su voluntad. Por fortuna para nuestra libertad, en parte no hay tantas cabezas perspicaces y planificadoras entre gente de esta clase en el mundo, y por otra están tan separadas unas de otras por intereses tan distintos que no pueden unirse para erigir una tiranía; y así, aun cuando el comercio no deja de surtir su efecto en las costumbres y en la Ilustración, esto no se produce de una manera metódica, sino que todo avanza a su paso

siguiendo los tiempos. Entretanto, se comprende fácilmente que incluso el ideal que he planteado acerca de un gran negociante designe a un hombre de intelecto perspicaz, sutil y comprensivo, y si le importa el bien del mundo, un hombre de carácter noble y elegante. En esta clase también se encuentran estos hombres, y he conocido a algunos de ellos durante mi residencia en Hamburgo, Bremen y otras regiones que, ciertamente, si hubieran estado en otro escenario se habrían contado entre los hombres más grandes de su tiempo.

Pero como no se necesita ninguna regla para aprender cómo se ha de tratar con personas sabias y buenas, aquí sólo hablaré del comportamiento en el trato con comerciantes corrientes. A estos se los dedica en cuerpo y alma, desde su salida de la infancia, a dirigir toda su atención al dinero y a la mercancía y a no tener sentido para ninguna otra cosa que no sea la riqueza y la compraventa, de modo que casi siempre valoran a un hombre según el peso de su bolsa y para ellos el hombre es bueno significa que el hombre es rico. Esto se ve acompañado, especialmente en las ciudades imperiales, por una suerte de actitud fanfarrona, la ambición de mostrar a los del mismo gremio que se los supera en lujo y pompa con el afán de demostrar que van bien los negocios. Pero como suelen compaginar esta inclinación con ahorro y avaricia, y, en la medida en que no se note, viven en sus casas con grandes restricciones y hambre, renunciando a muchas cosas, se observa en ellos un contraste entre mezquindad y esplendor, avaricia y despilfarro, vileza y orgullo, ignorancia y exigencia, que suscita compasión; además, por muy industriosos que sean los comerciantes, les falta en su mayor parte el talento de organizar una pequeña fiesta con gusto y suntuosa pero con escasos gastos y con un lujo decente. Este es el caso en casi todas las ciudades comerciales alemanas con la excepción de Hamburgo.

Si quieres ser respetado entre esa gente, al menos has de tener la fama de que tu situación patrimonial está saneada. La riqueza es lo que les da la mejor impresión. Ya sea por tu culpa, o por la

desgracia, por más que tengas las virtudes más espléndidas del entendimiento y del corazón, te despreciarán si sufres estrecheces económicas.

Si quieres impulsar a uno de ellos a dar un donativo o a realizar una acción generosa, tendrás o que halagar su vanidad de modo que se conozca cuánto da esa gran casa a los pobres, o el hombre habrá de creer que el cielo le devolverá su donativo multiplicado por mil, convirtiéndose así en un devoto usurero.

Grandes comerciantes, cuando juegan, se juegan grandes sumas de dinero; lo consideran como cualquier otro negocio especulativo, pero juegan con toda atención y conocimiento de causa. Así pues, evítese en lo posible trabar relación con estos hombres cuando no se comprende bien el juego o cuando se toma con descuido simplemente para pasar el tiempo.

Ni se te ocurra dar valor aquí al nacimiento o al rango, sobre todo si eres pobre, o te expondrás a sufrir humillaciones mortificantes. No obstante, en algunas casas de comerciantes se suele halagar a un hombre con condecoraciones y títulos, y esto sucede por pura fanfarronería, para mostrar que también los nobles gozan de su hospitalidad o que se mantienen relaciones con la corte o con grandes familias.

Aquí también se pasa por alto al sabio y al artista, o se le invita sólo por vanidad. Que no espere que se reconozca su verdadero valor.

Como la seguridad del comercio se basa en la puntualidad en el pago, en la confianza y en el crédito, adquiere fama en ese gremio de mantener tu palabra y de pagar puntualmente, así te respetarán incluso más que a un hombre rico.

Evítese en lo posible, cuando no se entiende de negocios, dejarse arrastrar por comerciantes a empresas y especulaciones conjuntas. Si es muy probable que la inversión suponga una ganancia, el comerciante se guardará mucho de involucrar a un lego en la

materia, ni siquiera siendo su amigo, para que participe. Así pues, esas propuestas siempre son sospechosas. Es además evidente que aun cuando se obtenga un éxito, tras el cálculo y la división uno saldrá perjudicado.

Quien quiera comprar a bajo precio, que compre en efectivo, esta es una regla bien conocida. Así se puede elegir entre los comerciantes y las mercancías, y no se puede tomar a mal que alguien, por la inseguridad de si le van a pagar pronto o no, exija un precio exagerado por su mercancía o que ofrezca lo peor que tiene.

Si se tienen motivos para estar satisfechos con la persona con la que se han hecho negocios, no se cambie por otra sin necesidad, no se corra de un comerciante a otro. Uno es servido con lealtad por gente que nos conoce, a la que le interesa mantener su clientela, y será más fácil que nos otorguen crédito, si lo exigen nuestras circunstancias, sin por ello elevar el precio de la mercancía.

Evítese ocasionar mucho esfuerzo y pérdida de tiempo a un tendero, por la pobre ventaja que saca de un pequeño trato comercial con nosotros; esta mala costumbre es propia de las mujeres, que hacen desempacar productos por el precio de mil táleros para después de examinarlos y tocarlos durante dos horas, comprar por el precio de un florín, o para encontrar malo y caro todo lo visto.

Con pequeños comerciantes y en ciudades donde en realidad sólo viven tenderos, se ha arraigado la mala costumbre de que éstos exijan un precio mucho más elevado por sus mercancías que aquel por el que estarían dispuestos a venderlas. Otros simulan con supuesta buena fe y honradez que siempre ponen el mejor precio y que no pueden rebajar ni un solo céntimo, y así a menudo uno tiene que pagar el doble de lo que vale la mercancía. A los primeros se les podría quitar fácilmente esa mala costumbre si las personas más respetadas de una ciudad se unieran para no comprar nada a esos pícaros. Pero el procedimiento judío de ese tipo de tenderos cristianos es tan deshonesto como imprudente. Así sólo engañan a

algunos forasteros y a aquellos que no entienden nada del precio de las mercancías; con otros, en cambio, pierden todo crédito, y una vez que se conocen sus prácticas, se les ofrece sólo la mitad de lo que piden. Por lo demás, el comprador debe tener muy abiertos los ojos y es insensato cerrar un contrato de venta de alguna importancia sin antes haber obtenido información sobre el verdadero valor de la cosa que se tiene la intención de comprar.

De todos es sabida la precaución que se ha de tener a la hora de comprar caballos. Aquí se ha deslizado el prejuicio de que padres e hijos, hermanos y amigos, señores y criados no creen tenerse que hacer ningún reproche de conciencia cuando se estafan mutuamente.

5

Los señores libreros y editores merecerían un capítulo aparte. En él se podrían decir muchas verdades en elogio de aquellos que no se dedican a este comercio como si fuera un negocio judío, esto es, sin preocu-parse de qué libros editan y venden siempre que generen beneficios; me refiero a aquellos editores que no aceptan que se les necesite como comadronas de pequeños tullidos y abortos, con tal de que sirvan de instrumento para la difusión de un gusto miserable, frívolo o falso y de malos principios; que, como a nuestro Nicolai, les importa la verdad, la cultura y la Ilustración; que animan a los talentos desconocidos que viven en la oscuridad para salir a la luz, fomentando su actividad y apoyándola con generosidad; que emplean el trato diario con sabios y libros para reunir conocimientos, formar su intelecto y ser mejores personas. Y así la imagen contraria, por mor del contraste, no haría tan mal efecto: la imagen de un hombre que, después de haber pasado, durante más de medio siglo, las obras más excelentes por sus sucias y avariciosas

manos, sigue siendo tan ignorante y estúpido –salvo en lo que respecta a las pequeñas artes del usurero– como un niño de diez años; que aprecia y compra manuscritos y nuevos libros sólo por su grosor y por el título, así como por el tema, por el cual puede suponer que interesará a un público extraviado por el mal gusto; que, para alimentar ese mal gusto, hace escribir a jóvenes imberbes folletines y novelones distribuyéndolos mediante su editorial por todo el mundo; que tiene la indecencia de presentar en Leipzig y en Fráncfort la mamarrachada más deplorable, de cuya indignidad él mismo se da cuenta, intentándola camuflar con un título de moda prometedor o mediante una cubierta atractiva, y que consigue elogios ultrajantes sobornando a reseñistas en venta; el hombre que trata y paga a personas de talento como si fueran jornaleros, que saca ventajas de la situación doméstica desfavorable de un escritor pobre para conseguir, regateando como si fuera maculatura, una obra que ha costado el empleo de todas las energías, noches de insomnio y esfuerzo y con lo que él podrá ganar miles; que siempre que se le ofrece una obra, arruga la nariz con desprecio y sacude la cabeza para rebajar todo lo posible los honorarios; que, como entre otros nuestros amigos de Karlsruhe y Frankenthal, se convierte, mediante reimpresiones clandestinas, en un ladrón de la propiedad ajena. Por último, podría dar reglas de cómo ha de tratar el autor con libreros de esta índole para no volverse su esclavo; de cómo nos podemos dar importancia con ellos y de qué manera hemos de presentar nuestras obras para que los Sosius[1] de nuestros días las publiquen, pero estos son en parte secretos del gremio que entre nosotros, los entendidos, se transmiten oralmente y que no se pueden traicionar al lector normal.

1. Nombre de una familia de libreros romana. N. del t.

A primera vista se podría creer que todos los editores tendrían que ser ricos. Si se estima que Alemania tiene unos veinticuatro millones de habitantes y se calcula que cada libro se imprimió mil veces, eso quiere decir que habría un libro por veinticuatro mil habitantes, ¿y qué libro podría ser tan malo como para que entre veinticuatro mil personas, ni una sola tuviera el interés de comprarlo? Pero pronto se tiene otra opinión cuando se examinan los libros de contabilidad de los señores editores; cuando se conoce que sus hermanos los libreros no les pagan con dinero, sino con maculatura y género muerto, y por otros compradores a menudo sólo con esperanzas, que de aquella suma de veinticuatro millones habría que restar a toda la clase campesina, y que habría que contar con los perjuicios que les causan las bibliotecas y las ediciones piratas.

Y aún una observación más, quien quiera caer bien a los editores y libreros, especialmente en ciudades no muy grandes, que no preste ni tome prestados muchos libros ni funde ninguna sociedad de lectura. No se puede tomar a mal, en consecuencia, que estos pobres comer-ciantes, mediante reimpresiones, pequeñas tretas y parcos honorarios, intenten resarcirse de sus colegas, del público y de los autores cuando entre veinte personas apenas hay una que compra un libro y el resto lee gratis.

6

En la parte primera de este libro, con ocasión de hacer una serie de observaciones sobre el comportamiento respecto a benefactores, hablé al mismo tiempo de la conducta hacia los maestros y educadores. Pero entre esta clase no incluí a los llamados Maîtres o profesores particulares por horas que suelen dar clases de idiomas o de artes. De estos diré unas palabras ahora.

No cabe duda de que es una ocupación fastidiosa tener que ir durante todo el día, por mal tiempo que haga, de una casa a otra sin elegir libremente a los pupilos para tener que repetirles innumerables veces los fundamentos de un arte o de un idioma. Ahora bien, si entre estos maestros se encuentra un hombre que, a pesar de las dificultades tan desalentadoras, le interesan más los progresos de sus pupilos que la ganancia, que aspira seriamente a transmitir con claridad, viveza y método sus enseñanzas, hónrese a esta persona que tanto contribuye a nuestra formación. Hay que seguir sus consejos. No sólo nos limitaremos a dejar pasar la hora, sino que nos prepararemos para ella y repetiremos lo aprendido para que no tenga que realizar su trabajo con suspiros. No obstante, con frecuencia ocurre que entre estos señores nos topamos con sujetos poco recomendables. Personas sin educación ni moral, que no tienen ideas claras sobre lo que quieren transmitir a otros y a los que les falta por completo el talento de despertar el interés por lo que enseñan. Personas que, en especial cuando se trata de niños, hacen aprender algo de memoria a sus pupilos para así poder engañar ocasionalmente a los padres, quienes entonces se hacen ilusiones sobre los progresos alcanzados, mientras que el maestro se contenta con pasar felizmente la hora. Personas que para pasar ese tiempo cuentan chismes de la ciudad y los llevan de una casa a otra, o que ejercen el innoble oficio de alcahuetes o de intermediarios en asuntos amorosos. No puedo advertir lo suficiente a todo padre diligente, sobre todo cuando se confíe a personas jóvenes, contra este vil género de maestros, y aconsejo estar presente en las clases de aquellos a los que no se conozca lo suficiente. Tampoco excluiré de este consejo a los maestros de música. La mayoría de los músicos suele ser gente imprudente, sensual y petulante. La música suscita sentimientos, pero sentimientos oscuros que son receptivos tanto para la voluptuosidad como para virtudes elevadas, y que ocupan más a la fantasía que a la razón. De ahí que entre los virtuosos de un instrumento haya tantas personas necias y depravadas. Algo muy distinto ocurre con los grandes compositores; hablo sólo de músicos en ejercicio.

7

Un artesano o artista honrado, industrioso y hábil es una de las personas más útiles en el Estado y hace poco honor a nuestras costumbres que menospreciemos tanto a esta clase. ¿En qué aventaja un cortesano ocioso o un haragán rico que se ha comprado el título y el rango, a un ciudadano industrioso, que se gana la vida de manera legítima y honrada con sus manos? Esta clase satisface nuestras necesidades primarias y más naturales. Sin ella tendríamos que procurarnos con nuestras propias manos tanto nuestro alimento, como nuestro vestido y todas las comodidades de la vida; y cuando el artesano o el artista (como suele ser el caso) se eleva por encima de lo meramente mecánico con su inventiva y el refinamiento de su arte, merece doble respeto. A esto se añade que entre estas personas, que aparte de sus negocios tienen tiempo suficiente para pensar en otras cosas, realmente se encuentren más mentes lúcidas y libres de prejuicios que entre aquellos que mediante el estudio y el espíritu metódico han arruinado su sentido común.

Así pues, hay que honrar a un artesano industrioso y cabal y ser amable con él. No hay que dejarle por otro sin necesidad, en tanto que estemos satisfechos con su trabajo, su diligencia y sus precios. No se ha de estimular la envidia entre los artesanos. Dadas las mismas condiciones, prefiramos al artesano que es nuestro vecino al que vive más lejos. Páguese puntualmente lo acordado y en efectivo y no se regatee con él por debajo de lo que es justo. Es irresponsable el procedimiento de tantos nobles y ricos que, pese a todo el lujo que despliegan, en lo último en lo que piensan es en dar satisfacción a los artesanos. Es posible que en una noche pierdan miles en el juego y hacen punto de honor pagar esa deuda sin retraso, pero el pobre zapatero, en cambio, tendrá que pasar las de Caín durante años para cobrar una factura de diez táleros –de la cual

más de la mitad corresponde a gastos propios– y tiene que soportar encima el rechazo grosero del mayordomo. Esto precipita a muchos ciudadanos en la pobreza o los conduce a convertirse en estafadores.

Ahora bien, entre los artesanos predomina la mala costumbre de mentir. Prometen lo que no pueden o no quieren cumplir y aceptan más encargos de los que son capaces de terminar en el plazo acordado. Merecería la pena que, como ya propuse algo similar cuando hablé de las pretensiones exageradas de los tenderos, las personas más distinguidas de la ciudad se unieran para no seguir dando encargos a semejante soplagaitas. En lo que a mí respecta (siendo muy pedante en lo que se refiere a la puntualidad y al cumplimiento de la palabra), hago un trato con los artesanos que trabajan para mí por el cual tengo derecho a cancelar el encargo en cuanto dejen de cumplir su promesa. Anoto en su presencia la hora en la que tienen que entregar mi encargo, si pasa dicha hora y no han aparecido, ni yo ni mi gente les dejaremos en paz desde la mañana hasta la noche. Si se paga en efectivo en el momento de recibir la mercancía, nos mentirán menos que a otros.

8

Al echar la vista atrás, a lo que hablamos sobre el trato con los comerciantes, recuerdo que con ese motivo también tendría que haber hablado de los judíos como comerciantes natos. Repararé a continuación esta falta.

En América nos topamos con muchos judíos cuyas costumbres coinciden plenamente con las de los cristianos y que incluso se han unido a familias cristianas por matrimonio. En Holanda y en algunas ciudades alemanas, sobre todo en Berlín, la forma de vida de

algunas familias judías tampoco es tan diferente a la de otras religiones emparentadas. En estos casos queda suprimido el motivo de por qué el carácter de este pueblo no posee muchas particularidades beneficiosas. Es cierto, no obstante, que por desgracia la mayoría de los judíos que ascienden a una cultura más elevada se limitan a cambiar la sencillez y rigurosidad de sus costumbres por los vicios y necedades cristianos. Un dandi, un libertino o un librepensador judío suele desempeñar, por tanto, un pobre papel. No obstante, es conocido y se ha dicho con frecuencia que el desprecio sumamente irresponsable con que consideramos a los judíos, la presión con que viven en la mayoría de los países, y la imposibilidad de ganarse de otro modo la vida que con la usura, es lo que ha contribuido a hacerlos malos moralmente o a inducirlos a la vileza y a la estafa; y que, pese a todas estas circunstancias, entre ellos hay personas nobles, benevolentes y generosas. Pero consideremos aquí a los judíos no como podrían ser bajo otras circunstancias, ni como son algunos individuos aislados entre ellos, sino como debemos enjuiciar su carácter según la mayoría de su pueblo.

Son infatigables allí donde esperan obtener una ganancia y, con sus conexiones en todos los países y por el hecho de no dejarse intimidar por ninguna suerte de tratamiento o rechazo, logran hacer posible lo imposible. Por lo tanto, se los puede emplear socapa para las negociaciones más importantes, sólo que habremos de pagar bien sus servicios.

Son discretos cuando les interesa; son precavidos; a veces harto temerosos, pero dispuestos a afrontar los mayores riesgos por dinero; son astutos, graciosos, originales en sus ocurrencias; lisonjeros en el mayor grado; y encuentran medios, sin llamar la atención, para influir en las grandes casas y para imponer aquello que difícilmente se podría alcanzar sin ellos.

Son recelosos. Pero una vez que los hemos convencido de nuestra puntualidad en el pago y de lo sagrada que es nuestra promesa; si

han realizado a menudo negocios con nosotros y saben que nuestras finanzas están en buen estado, también podremos encontrar ayuda en ellos cuando todos los usureros cristianos nos hayan dejado en la estacada.

Ahora bien, si eres un mal patrón, o tu situación financiera no es muy sólida, nadie lo percibirá con mayor facilidad que el judío. No cuentes entonces con que te adelante dinero o hazte a la idea de que, si se aventura a la especulación, te obligue a unos intereses tan exagerados y a tales cláusulas que tu situación por todo ello se volverá aún más desafortunada.

A los judíos les cuesta mucho desprenderse del dinero. Si alguien, a quien ellos no conocen bien, les pide un crédito, le darán una cita para otro día. Entretanto se informarán entre los artesanos, los vecinos, los criados y otros acerca de las circunstancias más nimias del futuro deudor. Si este regresa a la hora estipulada, manda decir que no está en casa, o retrasa el pago unas semanas, días u horas. Y si en tu rostro se refleja alguna huella de confusión acerca de tus circunstancias o demasiada alegría por la ayuda esperada, el judío no se separará de su Mamón, aun cuando ya haya comenzado a pagar el dinero. Es evidente que siempre te dará el oro de menos valor. Para esto hay que estar preparado si llega el caso.

En el comercio con hebreos vulgares y corrientes te aconsejo abrir los ojos o la bolsa. Es muy natural que un cristiano no pueda confiar en su escrupulosidad o en sus solemnes protestas. Si no os dais cuenta, os venderán cobre por oro, tres varas por cuatro, cosas viejas por nuevas, u os darán monedas falsas por auténticas.

Cuando se quiera vender ropa vieja u otras cosas a judíos, inténtese llegar enseguida a un acuerdo con el primero que nos haga una oferta aceptable. Si dejas que se vaya sin aceptar su oferta, la noticia de que quieres trapichear algo y de que no se debe estropear el negocio a Mendeln o a Josef, correrá como la pólvora entre todos los judíos y se publicará en la sinagoga; en esos casos se ayudan

mutuamente. Los israelitas asaltarán tu casa en masa, tanto nativos como forasteros, pero cada uno que venga ofrecerá menos que el anterior hasta que, finalmente, vuelvas a buscar al primero, que disminuirá su inicial oferta, o hasta que odies tanto tu mercancía que la malvendas a otro por la mitad de su valor, quien se la entregará lealmente al primero. Cuando un judío te ofrezca tanto como tú crees poder exigir, no aceptes de inmediato. Él retirará su oferta o porque piensa que tendría que haber regateado más o porque piensa que es un timo.

Si uno está completamente satisfecho en la compra con un tendero judío, él aún intentará embaucar. Habitualmente dirá que no tiene consigo dinero en efectivo, pero que nos dará en prenda su reloj u otra cosa. Él sabe de sobra que raramente se aceptará. Pero si se le da crédito y además lo comprado, lo llevará por toda la ciudad ofreciéndolo a la venta y lo volverá a traer con la indicación: "hay que disminuirlo de precio, se ha precipitado". O no regresará y tendremos que perseguirle largo tiempo para conseguir que nos pague. También les gusta mucho dar mercancía en lugar de dinero, pues les cuesta desprenderse de la moneda corriente. No debemos consentir en esto. Esta nación tiene, por lo demás, algo muy característico en todas las cosas. Hablo de la gran mayoría de ellos, no de aquellos que (tal vez para su desgracia) han adoptado las costumbres de los cristianos. Hay que escuchar la música en sus templos y la manera tan original en que la ejecutan. Hay que verlos bailar. Hay que fijarse en los ornamentos que tienen los judíos viejos y ricos en sus casas, por si no está entre ellos algo de los capiteles del templo de Salomón, de las decoraciones del Arca de la Alianza, púrpura, rosicler y seda de hilo blanco.

En la mayoría de las provincias alemanas el campesino vive en una suerte de estado de opresión y esclavitud que a veces es más duro que la servidumbre en otros países. Abrumado a impuestos, condenado a realizar trabajos fatigosos, sufriendo bajo el yugo de funcionarios crueles y despiadados, nunca se alegra de la vida, no conoce ni la sombra de la libertad, ni una propiedad segura y no trabaja para él y los suyos, sino sólo para su tirano.

Si la providencia nos ha puesto en la situación afortunada de poder contribuir algo al alivio de esta clase humana tan oprimida y, no obstante, tan importante y tan útil, que no deje perder la oportunidad y el placer de difundir la alegría en las cabañas de esta gente y de oír mencionar su nombre con bendiciones entre hijos y nietos.

Pero hay campesinos que son criaturas tan tozudas, pendencieras, obstinadas y desvergonzadas que convierten el más nimio acto benéfico en una obligación, que nunca están satisfechos, no dejan de quejarse, siempre quieren más de lo que se les ha concedido. ¿Pero acaso no somos nosotros mismos culpables, por el tratamiento injusto que les damos y por el descuido de su formación, de que en ellos dominen viles sentimientos? ¿Y no hay un camino intermedio entre la negligencia exagerada y la severidad despótica y cruel? No pido que un propietario, mientras siga rigiendo el estado de cosas actual, renuncie al derecho de emplear a sus súbditos en los servicios a que se han obligado, sólo que esto no debe ocurrir para que, por ejemplo, se dé el cruel placer de participar en una matanza de jabalíes o de ciervos, acaparando al campesino en un momento en que su presencia en casa puede protegerle a él y a su familia de la carencia, teniendo que estar durante varios días a la intemperie, corriendo de un lado a otro con un frío considerable y con el estómago vacío, mientras se le congelan la nariz y las orejas. No tiene que condonarle los impuestos, pero tiene que tener consideración con sus circunstancias, con infortunios que le hayan acontecido, y preocuparse de que los funcionarios recauden su dinero en un periodo en el que al pobre campesino le sea menos

difícil reunir el dinero necesario en efectivo, sin entregarse en cuerpo y alma a los judíos o al Maligno. Se parlotea tanto de la mejora de las escuelas rurales, de la ilustración del campesinado, ¿pero se ha reflexionado lo suficiente sobre el grado de ilustración que conviene al campesino, en especial al de clase más baja? Es sin duda loable y útil que se intente convencer al campesino, más a través de ejemplos que de tratados, de que renuncie a algunos prejuicios heredados, en la manera de trabajar el campo o en general en la de dirigir la economía doméstica; o que mediante una educación escolar a propósito se intente destruir las necias manías, la estúpida superstición, la creencia en fantasmas, brujas, etcétera; o que se enseñe a los campesinos a que escriban, lean y sepan contar. Ahora bien, poner en sus manos libros de toda índole, historias y fábulas, acostumbrarlos a que se imaginen en un mundo ideal; abrirles los ojos sobre su estado miserable, en tanto que no se tenga la intención seria de mejorarlo; causarles descontento por su situación con demasiada ilustración, convertirlos en filósofos que declamen contra la distribución desigual de los bienes de fortuna; dar a sus costumbres la flexibilidad y una patena de fina cortesía, todo esto realmente no valdrá para nada por más que sea cruel e injusto querer impedir intencionadamente los progresos naturales de tal ilustración. Sin todos estos medios artificiales uno se encuentra entre campesinos viejos a personas con un sentido tan íntegro, con unas mentes tan claras y serenas y de un carácter tan firme, que podrían avergonzar a más de un caballero bien educado. En general, con los campesinos hay que comportarse de buena fe, con rectitud, sinceridad, seriedad, benevolencia, sin locuacidad, con consecuencia, siempre igual, y así obtendremos su respeto y su confianza y lograremos mucho de ellos.

Sobre nobles terratenientes y otras personas de clase alta que vivan en los pueblos se puede decir prácticamente lo mismo. No se adopte con ellos ningún tono cortesano, evítense los cumplidos vacíos, participese en las alegrías rurales, en sus preocupaciones y sus asuntos y prescindamos de toda rigidez en el trato con ellos, sin por esa causa rebajarnos a un comportamiento sucio o plebeyo; así

seremos bienvenidos como huéspedes, vecinos, amigos y consejeros.

CAPÍTULO SÉPTIMO

SOBRE EL TRATO CON PERSONAS DE TODA ÍNDOLE DE FORMAS DE VIDA Y DE OFICIOS

1

En primer lugar, nos referiremos a los denominados Aventuriers. Aquí no hablo de los bribones y embaucadores propiamente dichos, de los que ya he tratado anteriormente, sino del tipo inofensivo del aventurero que, cuando se ha malquistado demasiado con Madame Fortuna, termina por acostumbrarse tanto a las pequeñas bromas de esta mujer graciosa, que no deja de meter mano ciegamente en la olla del sorteo y se arriesga o a recibir un buen palmetazo en los dedos o a sacar un pingüe negocio. Viven sin plan alguno, de un día para el otro, haciéndose ilusiones, emprendiendo todo lo que por un instante parece abrirles la perspectiva de una ganancia. No son indolentes cuando se trata de casarse con una viuda, de obtener una pensión, un puesto en cualquier corte o algo parecido. Se bautizan, se ennoblecen, se crean a sí mismos siempre que les conviene y les puede beneficiar el asunto en que están metidos. Lo que no se puede conseguir como caballero, lo intentan como marqués, como abad, oficial, etc. Entre el cielo y la tierra no hay departamento o sección en el que no estuvieran dispuestos a situarse a su cabeza; ni ninguna ciencia sobre la que no hablen con una seguridad y confianza que incluso puede sorprender a los eruditos. Con una habilidad digna de admiración, con un savoir faire que hasta el mejor hombre podría aprender algo de él, logran cosas que ni siquiera el más honrado y sensato tiene el valor de desear. Sin un profundo conocimiento de los hombres, tienen precisamente aquello con lo que en este mundo se da la apariencia de poseer la verdadera sabiduría: esprit de conduite. Si no logran lo que emprenden, no por ello pierden su buen humor; el mundo entero es su patria, y como polizones se encuentran tan cómodos en el coche de posta como en una lujosa carroza. ¡Una casta bonachona! Acostumbrados a la vida nómada, a soportar y compartir las alegrías y las penas con paciencia, una vez que han terminado de representar su papel, se

echan su hatillo a la espalda y salen de sus palacios con la misma ligereza que un fugaz sueño matutino.

En el trato social no se puede despreciar a esta gente. Han visto y experimentado mucho, lo que no puede carecer de interés para quien quiera conocer a los hombres. Aún más, si no tienen malicia, se puede encontrar en ellos compasión. Pueden ser serviciales y afables en sumo grado. En cambio, no se puede aconsejar una relación amistosa con ellos propiamente dicha. No se ha de ser muy confiado, y es mejor no servirse de su ayuda en asuntos importantes. En parte podría sufrir nuestra propia buena fama, en parte sería muy improbable su ayuda dada su imprudencia y falta de carácter; tampoco suelen ser muy escrupulosos a la hora de elegir los medios para lograr sus propósitos.

2

No avergüences a la ligera al aventurero, ni siquiera al de peor calaña, cuando lo encuentres en algún lugar bajo un nombre falso, adoptando otra personalidad o con títulos o distinciones de fantasía, a no ser que se den motivos fundados o estés obligado a ello por tu condición. Además, no siempre lo lograrías ya que su desvergüenza es posible que encontrara un camino para que recayera sobre ti lo desagradable de esa escena. Pero a veces puede ser útil dar a entender a ese señor que le conocemos y que estaría en nuestro poder desenmascararlo, pero que se le quiere ahorrar esa situación. Tal vez entonces el temor de que se le descubra, le impedirá gastar alguna mala pasada. Ahora bien, entre estos vagabundos se encuentran personas muy peligrosas, espías, seductores, difamadores, ladrones y bribones de toda índole. Para éstos no sólo ha de permanecer cerrada la puerta de todo hombre honorable, sino que los pequeños príncipes alemanes harían bien en no trabar

relaciones con esa chusma, que suele venir con los bolsillos llenos de planes y proyectos en pro del país, para el fomento del comercio, para el embellecimiento de las cortes, suplantando en sus cargos a servidores honrados y haciendo que recaigan sospechas sobre ellos y agotando las reservas del país. Es cierto que no desempeñan su papel durante mucho tiempo, pero cuando tienen que irse, cargados de deshonra e ignominia, dejando atrás graves daños que nunca podrán reparar, siempre encontrarán a otro débil soberano con el cual comenzar de nuevo las mismas operaciones. En estos casos es un deber arrebatar al canalla la máscara tras la que se oculta. ¡Pero esto no se debe hacer hasta que tengamos en las manos pruebas fehacientes contra él! Estos tipos tienen el talento de representar las cosas desde una perspectiva que hace demasiado arriesgado enfrentarse a ellos con armas inseguras.

3

Entre todos los aventureros, los jugadores de oficio son, a mi modo de ver, los más despreciables. Al hablar ahora de ellos, aprovecharé la ocasión para decir también algo sobre el juego en general y el comportamiento que se ha de seguir en él. No hay pasión que pueda llegar tan lejos, que pueda precipitar al joven, al adulto y a familias enteras en tal miseria, ninguna que pueda involucrar en tal sucesión de crímenes y vicios, como la maldita adicción al juego. Genera y alimenta los sentimientos más innobles que se puedan concebir: codicia, envidia, odio, ira, alegría del mal ajeno, disimulo, falsedad, fe en la suerte ciega; puede llevar a la estafa, la discordia, el asesinato, la abyección y la desesperación, y mata de la manera más irresponsable una época dorada. Quien es rico, comete la mayor necedad invirtiendo su dinero en una especulación tan incierta, y quien no tiene tanto para arriesgar, ha de jugar con temor, no puede esperar a las rachas de suerte sino que tiene que abandonar el

campo con el primer golpe contrario, o se expone a pasar de necesitado a mendigo. Pero la necedad del primero es mucho mayor que la del último. Raras veces muere el jugador siendo rico; quien, por lo tanto, ha adquirido una fortuna de esta manera tan miserable y luego no deja de jugar, es triplemente injusto.

Pocas personas piensan que, si juegan a diario, cargarán anualmente con unos gastos seguros de al menos sesenta táleros, que tendrán que deducir de las posibles ganancias inciertas.

Evita jugar con jugadores profesionales si valoras en algo tu dinero.

No te fíes de ninguno de ellos, ¡en nada! Las pocas excepciones a esta regla en las que se podría cometer una injusticia con un jugador profesional, no merecen ser tomadas en cuenta, y quien se dedica a esta forma de vida despreciable, no puede tomar a mal que se le atribuya el espíritu del gremio del que se declara miembro.

No participes en ningún mero juego de azar. Jugar por un premio pequeño es extremadamente aburrido y exponer una gran suma al azar es de necios. Un hombre sensato desprecia toda ocupación en la que la mente y el corazón tienen que adormecerse, y sólo se necesita ser un calculador mediocre para convencerse de que en esos juegos de azar la probabilidad siempre está en contra nuestra. Si no queremos aceptar, en cambio, la probabilidad, el éxito será una fruto del azar, ¿y quién quiere depender de la casualidad?

En lo que respecta a los llamados juegos de sociedad, o renuncia también a ellos o aprende anteriormente a jugar bien y juega con la misma atención, ya esté en juego un premio elevado o una insignificancia. Aprende, no obstante, a dominarte en el juego y no arriesgues insensatamente. No te perjudiques a ti mismo acumulando descuidos y errores, eso también causará aburrimiento e impaciencia en tus compañeros de juego.

No muestres tu mal humor cuando recibes malas cartas, ni cuando pierdas. Quien no quiera perder nunca dinero en el juego, habrá de

limitarse a la gallina ciega.

Algunas personas aducen que siempre ganan, otras siempre se quejan de sus pérdidas. Las primeras sólo mienten a su propia cartera, las otras emiten una sentencia desfavorable contra sí mismas. Pues quien pierde incesantemente, es un tonto si no termina renunciando al juego.

No juegues con una lentitud tan desesperante como para que los demás pierdan la paciencia.

No discutas cuando los que juegan de tu parte cometan errores.

No muestres una alegría exagerada cuando ganes. Eso suele hacer más daño al perdedor que el hecho de haber perdido.

No insistas a nadie para que juegue cuando o no le gusta jugar o juega mal. Esto ocurre muchas veces con personas para las que es importante contar con los jugadores necesarios para una partida.

Pero esta materia es apenas digna de ocuparnos de ella con prolijidad. Tratemos de otros asuntos.

4

Entre los aventureros de nuestros tiempos no desempeñan un papel baladí los visionarios, los alquimistas y otros embaucadores místicos. Esta suerte de extravagancia, la creencia en efectos y apariciones sobrenaturales, es contagiosa. Debido a la sensación de que existen lagunas en nuestros sistemas y teorías filosóficas, lo que hace que nuestro intelecto se vea encerrado en los límites de una extensión terrenal, y con el deseo, no obstante, de salir de ese confinamiento y echar un vistazo en el más allá, a los hombres les parece de lo

más natural explicar a posteriori las cuestiones inexplicables cuando esto no funciona bien con las pruebas a priori, es decir: de los hechos se sacan conclusiones que son de su agrado, conclusiones a las que, teóricamente, no se llega del todo con deducciones coherentes. Así ocurre entonces que para obtener una cantidad de esos hechos, se ven inclinados a tener cualquier cuento chino por verdadero, y cualquier ilusión por realidad, para así dar peso a su propia creencia. Pero cuanto más ilustrados sean los tiempos, tanto más nos afanaremos por llegar al fondo de la verdad, y tanto más visible será que en la tierra no encontraremos ese fondo, y así tanto más fácilmente emprenderemos ese camino que antes hemos despreciado, mientras en el claro camino de las teorías aún se podían seguir haciendo nuevos descubrimientos. Creo que esta es una explicación natural del fenómeno que a algunos les parece sumamente maravilloso, me refiero a que en los tiempos de la mayor ilustración precisamente se propague con más fuerza la fe ciega en cuentos de niñeras.

Hay una gran cantidad de embaucadores que se aprovechan de estas ideas del público, los cuales, en parte, se asocian según un plan para subyugarnos; en parte, de manera individual, según el momento y la ocasión, deslumbran los ojos de las personas más débiles. Siempre es importante estar muy alerta, ya tengan como propósito nuestro dinero, o ejercer un poder tiránico contra nuestra voluntad, o cualquier otro abuso moral, político o intelectual.

Aunque no puedo convencerme plenamente de que todos los aventureros de esa índole, los Cagliostros, los Saint Germains, los Schröpfer y consortes, hasta descender al pobre Masius, se vean dominados por un único impulso, y de que esos taumaturgos tengan la intención de conducir sus empresas a la misma meta, no obstante debemos estar agradecidos a todos aquellos que nos advierten de esos aventureros y al menos nos muestran hacia dónde podría conducirnos todo eso. Pero para no repetir lo que ya he reiterado muchas veces, y lo seguiré reiterando, aquí sólo propondré algunas precauciones contra tipos de esa calaña.

Deja que cada uno decida por su cuenta si se pueden o no ver fantasmas y si se puede o no fabricar oro. No niegues aquello de lo que no puedes probar lo contrario con tal claridad que sea imposible objetar algo en contra, pues pruebas que se basan en premisas, cuya aceptación sólo puede ser arbitraria, sólo están en condiciones de convencer a quien tenga ganas de dejarse convencer por ellas. Pero no bases en la posibilidad de una cosa la conclusión de su existencia, ni en absurdos metafísicos las acciones morales. No obstante, si alguien pudiera declarar mediante conclusiones que es muy probable que todo ser visible esté rodeado de una multitud de seres invisibles, sería actuar neciamente que este ser visible orientara más sus acciones visibles a esa probable sociedad invisible que le rodea, que a las costumbres de las personas reales honradas entre las cuales vive.

En consecuencia, muéstrese en palabras y obras más calor por la realidad activa y útil que por la especulación, así los señores místicos no se asociarán tan fácilmente con nosotros. Pero si nos topamos con uno de esos taumaturgos y tenemos interés por conocer mejor su sistema, evitemos mostrar previamente nuestra incredulidad y no seamos impertinentes. Pues si mostramos incredulidad notará enseguida que no conseguirá nada de nosotros, que no somos receptivos a su sabiduría; no nos revelará sus secretos, no nos dará acceso a sus enseñanzas esotéricas, y tendremos que renunciar a la ventaja de enterarnos nosotros y de descubrir a nuestros amigos su verdadera índole, sin contar con que no conviene a un hombre razonable tomar partido por anticipado ante una cuestión, antes de haberla investigado con objetividad, por más que todas las apariencias hablen en contra de ella, sobre todo cuando se refiere a cuestiones en las que incluso el más sabio suele andar a tientas toda su vida.

Si creemos con toda seguridad haber descubierto un fraude, ni la burla ni la parodia son los medios indicados para convencer a los exaltados. Es preferible ir paso a paso y, como es más fácil engañar a los sentidos que a la razón, será cuestión de exigir, antes de entrar

en discusiones sobre apariciones, pruebas y procesos, que ante todo se nos explique en primer lugar con toda claridad la teoría en la que se basa todo. Y no dejemos que aquí se emplee un lenguaje figurado, sino palabras alemanas bien definidas y comprensibles, así como las argumentaciones y conceptos propios de los académicos. Es posible que se encierre mucha sabiduría en la jerga de los místicos, pero para nosotros sólo puede tener valor aquello que entendemos. Concédase, por tanto, a cualquiera la alegría de confundir un guijarro sucio con un diamante. Pero cuando uno no es muy entendido en piedras preciosas, se puede decir sin vergüenza y de buena fe que esa piedra no se puede tener sino por un sucio guijarro. No es ninguna vergüenza no comprender algo, pero es algo más que vergonzoso, es fraude, querer aparentar que se entiende algo cuando no es así.

En el caso de que un alquimista o un visionario se haya aprovechado de tus flaquezas y haya jugado contigo durante un tiempo –¿y quién habrá estado más tiempo en las manos de esa gente que yo?– y a la postre logras desenmascarar al canalla, entonces no temas, más aún, considera un deber, como advertencia para otra gente honrada y crédula, dar a conocer públicamente el fraude, por más que al hacerlo reveles una imagen poco favorable de ti.

CAPÍTULO OCTAVO

SOBRE LAS SOCIEDADES SECRETAS Y EL TRATO CON MIEMBROS DE LAS MISMAS

1

Entre los asuntos, ya sea nocivos o inofensivos, de los cuales se ocupa nuestro siglo filosófico, se encuentra la gran cantidad de sociedades secretas y órdenes de variada índole. En la actualidad nos toparemos en todas las clases sociales con pocas personas que al menos no hayan pertenecido durante una temporada, guiadas por la curiosidad, por sociabilidad o petulancia, a una de esas fraternidades secretas. Y, no obstante, podría haber llegado por fin el momento de renunciar a esas sociedades en parte inútiles y disparatadas, en parte peligrosas para la vida social. Me he ocupado el tiempo suficiente de estos asuntos como para hablar por experiencia y desaconsejar a todo joven que no quiera perder el tiempo que se convierta en miembro de una de estas sociedades, cualquiera que sea su nombre. Todas ellas son peligrosas e inútiles aunque no lo sean en el mismo grado. Son inútiles en primer lugar porque en nuestra época no se necesita que ninguna índole de instrucción importante se revista de secreto. La religión cristiana es tan clara y satisfactoria que no necesita, como las religiones populares de los antiguos paganos, de una interpretación secreta o de una doble lectura, y en las ciencias se dan a conocer públicamente los nuevos descubrimientos por el bien de la humanidad, para que cualquier experto los pueda examinar y verificar. En aquellos países, sin embargo, en los que aún predominan las tinieblas y la superstición, habrá que esperar a que pase el tiempo. Aquí no es bueno precipitarse; cuando uno quiere saltarse los estados intermedios, a menudo causa más perjuicio que beneficio. No trae ningún provecho cuando algunas personas tratan de acelerar el periodo de la Ilustración; no suelen poder hacerlo, y cuando pueden, es un deber hacerlo públicamente, para que otras personas sensatas en el mismo país y en otras regiones puedan juzgar sobre la vocación de los ilustrados y sobre la mercancía

intelectual que ofrecen, así como sobre si aquello que enseñan es realmente Ilustración, o si tal vez no estén acuñando moneda falsa. Inútiles son esas sociedades, además, en cuanto a sus efectos, ya que en su mayor parte se ocupan con mezquinas pequeñeces y ceremonias de mal gusto, hablan con un lenguaje figurado impermeable a cualquier posible interpretación, actúan siguiendo planes mal concebidos, son imprudentes en la elección de sus miembros y, en consecuencia, no tardan mucho en degenerar. Y si en sus inicios es posible que presenten algunas ventajas en su organización frente a las sociedades públicas, después en ellas arraigan los mismos defectos y otros muchos de los que se las acusa en el mundo. Quien tenga ganas de hacer algo grande y útil, encontrará muchas oportunidades para ello en la vida civil y doméstica, que muy pocos aprovechan como deberían. Se tendría que demostrar que en este camino público y privilegiado ya no se puede lograr nada, o que al benefactor se le han puesto impedimentos insalvables en el camino, antes de conceder el derecho a crear un círculo secreto y no sancionado por el Estado. La beneficencia no necesita ninguna envoltura misteriosa; la amistad ha de basarse en la libre elección y no se necesita fomentar la sociabilidad por caminos secretos.

Pero estas sociedades secretas también son nocivas para el mundo. Nocivas, porque todo lo que ocurre en la oscuridad se puede considerar en justicia como sospechoso; porque los superiores de la sociedad civil tienen la competencia de informarse sobre los propósitos de cualquier actividad para la cual se asocian personas; porque si no, bajo el manto de la oscuridad, podrían ocultarse tanto planes peligrosos y enseñanzas nocivas como intenciones nobles y sabios conocimientos; porque ni siquiera todos los miembros han sido informados de las intenciones perniciosas que a veces se suelen ocultar tras la fachada más pulida; porque sólo talentos mediocres se dejan troquelar así; los mejores, en cambio, o dimiten pronto o sucumben, degeneran y adoptan una dirección malsana, o dominan a costa de los demás; porque los superiores, en su mayoría desconocidos, se encuentran ocultos, y es indigno de un hombre

sensato trabajar según un plan que él no abarca, por cuya importancia y bondad se hacen responsables unas personas que no conoce, con las que se obliga sin que ellas asuman obligación alguna hacia él. Como mentes retorcidas y canallas saben aprovecharse de esto, se convierten en superiores desconocidos y abusan del resto de los miembros en su propio beneficio; porque todo mortal tiene pasiones y lleva esas pasiones a la sociedad, donde, en la sombra, bajo la máscara del anonimato, adquieren mayor libertad de acción que a la luz del día; porque todas estas sociedades terminan degenerando por la paulatina elección de miembros dañinos; porque cuestan tiempo y dinero; porque apartan de los negocios civiles serios y conducen a la ociosidad o a una actividad estéril; porque en un breve periodo terminan por convertirse en un punto de reunión de aventureros y ladrones; porque favorecen toda índole de extravagancias políticas, religiosas y filosóficas; porque en ellas se introduce un espíritu de cuerpo monacal que causa muchos daños; por último, porque dan pie a intrigas, disputas, persecución, intolerancia e injusticia contra hombres buenos, que no son miembros de la orden o al menos no de la misma orden.

Esta es mi declaración de fe respecto a las sociedades secretas. Si entre ellas hay alguna que carezca de alguno de estos defectos, será la excepción que confirma la regla. No conozco ninguna que al menos no sufra de alguno de estos males[1].

1. Y aún ahora (en el año 1796) sigue siendo mi misma opinión. No la he cambiado, pese a haber leído hace poco la obra Über geheime Welt- und Regierungskunst. No desconozco las intenciones honradas del señor consejero Weishaupt, pero sus motivos no me han convencido.

Así pues, vuelvo a aconsejar no caer en esta moda estúpida, ocuparse lo menos posible de los sistemas, el personal y los pasos de asociaciones secretas; no perder el tiempo con la lectura de sus disputas; ser precavido a la hora de hablar de este asunto para ahorrarse disgustos, y no arriesgarse a emitir un juicio ni positivo ni negativo sobre tales sistemas, ya que el motivo de los mismos suele ser recóndito.

3

Ahora bien, si la curiosidad, un deseo desordenado de ser activos, que nos hayan convencido, la vanidad o cualquier otra razón te indujeran a entrar en una de esas sociedades, al menos, una vez contagiado por esas necedades y fantasmadas, cuida de no dejarte arrebatar por el espíritu de secta. Evita convertirte en el instrumento de malvados encubiertos. Insiste, si ya no eres un jovenzuelo, en participar en el desarrollo claro de todo el sistema. No des un paso hasta que te hayas informado plenamente, no te dejes deslumbrar por ilusiones enigmáticas, por grandes promesas, por planes espléndidos para la mejora de la humanidad, por la apariencia de filantropía, santidad y pureza de las intenciones, sino que exige pruebas de las acciones y la posibilidad de abarcar el conjunto de sus actividades. Si entonces te reprochan tu falta de cooperación, tu indignidad, que te informen de qué cualidades exigen los superiores y examina a esos mismos superiores según sus propios criterios, dejando de lado toda vanidad, y compáralas con las tuyas. No te dejes llevar a rendir sumisión a superiores desconocidos, por muy convincentes que parezcan ser los motivos aducidos para ello. Sé muy precavido con cada palabra que escribas en asuntos de la orden, y aún más al asumir alguna obligación jurada o de otra

índole. Exige que se dé cuenta del empleo del dinero que pase por tus manos. Y si pese a todas estas precauciones te hartas de la sociedad, o la misma sociedad se harta de ti, sepárate de ella sin armar ruido y sin disputas, y no vuelvas a hablar después sobre el asunto, para que así puedas evitar cualquier persecución. Si, pese a todo esto, no te dejaran en paz, acude a la publicidad y no temas hacer pública la estafa, la necedad y la maldad y de advertir a los demás.

Por otro lado, no se tiene la obligación ni la vocación de destruir todo lo que no se considera bueno. Uno puede encolerizarse, teóricamente, contra algunas cosas en el mundo, sin por ello mostrarse como un perseguidor, así casi siempre se empeora el mal que se pretende combatir. Se puede asistir, incluso, a reuniones de órdenes de la índole más inocente, una vez que se sea miembro; son como clubes, medios de fomentar la sociabilidad, es más, seguir con el juego puede convertirse en un deber para impedir males mayores, para ayudar a combatir influencias peligrosas.

CAPÍTULO NOVENO

SOBRE EL MODO DE TRATAR A LOS ANIMALES

1

En un libro sobre el modo de relacionarse con seres humanos no parece muy adecuado un capítulo que se ocupe de la manera de tratar a los animales. Pero lo que tengo que decir aquí, es tan poco, y está tan vinculado a la vida social en general, que puedo esperar que se tenga la bondad de perdonarme esta pequeña digresión.

2

El justo se apiada también de sus animales, este es un dicho excelente. Sí, el hombre noble, justo, no atormenta a ningún ser vivo; no obstante, hay hombres salvajes, duros de corazón, crueles, o para juzgar de una manera más equitativa, irreflexivos o de poco seso, que se solazan viendo el dolor y la angustia de un ciervo acosado, o el miedo mortal de un animal que va a sucumbir en un escenario salvaje; vemos a gente desconsiderada que juega con la vida de una pobre criatura que ha caído en sus manos infantiles como si fuera una pelota, y arranca las patas a moscas y escarabajos, o los atraviesan para ver cuánto puede sobrevivir un animal con tal sufrimiento y dolor convulsivo; vemos a nobles ociosos que, para tener el honor de ser los más rápidos en huir del aburrimiento, revientan a sus propios caballos; vemos a otros incapaces de compadecerse de una criatura angustiada que está siendo torturada por el más cruel de todos los depredadores, el hombre; que no se compadecen de los quejidos, suspiros y gemidos incriminadores emitidos por estas desgraciadas criaturas a nuestro común creador. Si tan sólo pensaran que aun cuando estas criaturas

están en la tierra para servirnos de alimento, no lo están para ser víctimas de nuestros tormentos, y que ninguna criatura puede tener el derecho a jugar con la vida de otra criatura a la que Dios ha insuflado su hálito; que esto es un pecado contra el Padre de todos los seres vivos; que un animal siente como nosotros el dolor y el abuso salvaje, y tal vez aún con más intensidad, ya que toda su existencia se basa en sensaciones sensoriales; que esta existencia tal vez sea un primer escalón para subir por la escalera de la creación hasta donde nosotros estamos; que la crueldad contra seres irracionales conduce inadvertidamente a la dureza y a la crueldad contras nuestros congéneres racionales, ¡si sintieran todo esto y abrieran su corazón a la compasión hacia todas las criaturas!

3

Pero no desearía que se atribuyeran estas exclamaciones a una insulsa sensiblería. Hay tantos hombrecitos y mujercitas que no resisten la visión de la sangre y que, sin embargo, comen con gran apetito sus perdices; que pierden el conocimiento cuando tienen que presenciar cómo se mata a una paloma. Gente que con sus plumas y lenguas persiguen al amigo y al hermano con venenos y puñales morales, pero que compadeciéndose abren la ventana a una mosca atontada para que puedan aplastarla fuera de su vista; que obligan a sus sirvientes a exponerse sin necesidad a la intemperie durante horas, pero que les duele el alma cuando ven a un pobre gorrión cuando llueve, volando sin paraguas y sin ropa de abrigo. Yo no soy de estos blandengues, tampoco tengo a todos los cazadores por personas crueles, tiene que existir esa gente, al igual que nosotros, si no hubiera carniceros en el mundo, tendríamos que vivir exclusivamente del reino vegetal, pero sólo pido que no se torture a los animales por capricho y sin propósito alguno, ni que se considere

un noble placer conducir una guerra desigual contra criaturas indefensas.

4

Nunca he podido entender qué placer se puede encontrar en encerrar a animales en jaulas y cajas. La visión de un ser vivo al que se le ha incapacitado para emplear y desarrollar sus capacidades naturales, no puede dar alegría a ninguna persona sensata. Si, por lo tanto, alguien me quiere regalar un pájaro en una jaula, puedo asegurarle de antemano que el único placer que me va a procurar con ello, es el de abrir su jaula y liberar al pobre animal de la esclavitud, dejándole volar al aire libre; asimismo, una colección de fieras en la que se mantiene a animales salvajes encerrados en cubículos, me parece un pobre entretenimiento.

5

Aún de peor gusto me parece cuando se solazan con un pájaro que ha tenido que olvidar su bello canto natural para silbar desde la mañana hasta la noche una mísera polonesa, o cuando se gasta dinero para ver a un perro al que se le ha enseñado a hacer reverencias o para indicar, al gesto de su dueño, cuántos solteros se encuentran en la reunión.

6

Si he criticado a aquellos que se comportan cruelmente con los animales, también tengo que decir que otros caen en la exageración contraria, al tratar a los animales como si fueran seres humanos. Conozco a damas que abrazan con más cariño a su gato que a su marido; a jóvenes que tratan con más cariño a sus caballos que a sus tíos y tías; y a hombres que muestran más paciencia, afecto y benevolencia a sus perros que a sus amigos, que además se tienen que dejar llenar de pulgas por aquellos. Entretanto parece haber algunos animales que gozan de una mejor fama que otros. Nadie se avergüenza de confesar que tiene pulgas; pero ningún hombre de educación puede llevar consigo otro insecto, y no obstante, ambos son parásitos y los últimos no tienen nada que envidiar a los primeros en sociabilidad.

Muchas personas, sobre todo mujeres, parecen tener un miedo innato a ciertos animales, como ratones, arañas, etc. Si esta aversión no se logra superar, como creo, poco a poco, al menos es seguro que se puede dominar y no hace falta comportarse de esa manera tan infantil, en sociedad, cuando por lo que sea ven a uno de esos enemigos, como ocurre con tanta frecuencia.

Compasión, y no burla, merecen los desdichados a quienes los hombres han tratado tan mal que (recelosos contra todo ser racional, que tan a menudo ha empleado la fuerza de su entendimiento para dañar a sus hermanos), por un impulso amoroso de su corazón, buscan compañía en una criatura y tratan a su fiel perro como a su único amigo.

CAPÍTULO DÉCIMO

SOBRE LA RELACIÓN ENTRE AUTOR Y LECTOR

1

Considero justo, antes de concluir esta obra sobre el trato entre seres humanos, decir a mis lectores unas palabras sobre nuestras relaciones mutuas. En primer lugar haré unas observaciones sobre la vocación que ha de tener un hombre para escribir un libro.

He manifestado en otras ocasiones que considero la autoría, en nuestros tiempos, nada más que una conversación escrita con el mundo lector, y que en una conversación amistosa no se puede tomar muy en serio que de vez en cuando se escape una palabra vana. Así pues, no se le ha de interpretar mal al escritor que, seducido por algo de charlatanería, con el deseo de comunicar sus pensamientos sobre cualquier materia a toda índole de personas, dé algo a la estampa que no sea precisamente la quintaesencia de la sabiduría, del ingenio, de la erudición o de la agudeza. Uno conserva la libertad de escuchar o no al charlatán; antes de comprar su libro podemos informarnos a través de otros sobre el autor, pero, en mi opinión, de ningún modo tenemos derecho, sólo por eso, a decirle groserías porque a nosotros no nos guste su conversación impresa, a no ser que con anterioridad nos haya embaucado con fanfarronadas descaradas y grandes promesas. Es mucho más difícil de lo que se cree enjuiciar los propios productos; no sólo porque aquí entra en juego nuestra vanidad, sino también porque los asuntos sobre los que hemos reflexionado mucho, para nosotros han adquirido tal valor que consideramos extremadamente importantes nuestros pensamientos al respecto, mientras que a cualquier otro lo que nosotros decimos le puede parecer insignificante y vulgar. Y si por casualidad no logramos dominar nuestro lenguaje y elocuencia, o estamos de mal humor cuando llevamos nuestros pensamientos al papel, u olvidamos que el asunto sobre el que escribimos sólo nos importa tanto por nuestra relación espacial con él debido a una

experiencia pasada que no podemos transmitir; o si nuestro corazón está demasiado repleto como para poder narrar secuencialmente todo lo que siente, ocurre que escribimos algo que a nosotros nos parece muy entretenido, ya que conocemos perfectamente el contexto, mientras que a otros les hace bostezar y les produce una aversión personal. Puede ocurrir fácilmente, por lo tanto, que incluso un hombre sensato, deslumbrado por la vanidad, o descarriado por aquellos sentimientos, escriba un libro que otras personas consideren aburrido e inservible. Pero a un hombre sensato ni puede ni le debe ocurrir que diga algo públicamente que vaya contra la moralidad, la sana razón, o que cause daño intencionado al prójimo. Pues aunque la actividad del literato sólo es conversación, al transcribirla se ha tenido el tiempo necesario para reflexionar, por lo cual se han podido omitir todos los pensamientos inmorales y malignos. Pienso que todo lo que puede exigir el público de un escritor sin pretensiones exageradas, es que con sus obras no contribuya a difundir la corrupción de las costumbres, la estupidez y la intolerancia. Todo lo demás: vocación, elección del tema, estilo, aspiración a la fama, elogios; provecho y ganancias, esperanza de inmortalidad, todo esto es asunto suyo y él corre el riesgo si se expone a los insultos, ya sea para volver a descender a pie y en silencio del Parnaso o para ser perseguido por la jauría de reseñistas.

2

Así pues, cuando el autor no dice nada nocivo o disparatado, se le tiene que permitir que imprima sus pensamientos; si dice algo provechoso, adquirirá mérito ante el público. ¿Pero gustará por ello su libro con seguridad? Esta es de nuevo otra cuestión muy diferente. ¿Aplauso general, de buenos y malos, de sabios y necios, de nobles y plebeyos? ¡Ay!, ¿quién será tan vanidoso como para

pretenderlo? Pero para gustar a la mayor parte del público lector, ¿qué medios no elegirá más de un escritor, por viles que sean? Quien respecto a la forma, al estilo y al título de su libro no se ajusta a la moda del año; quien no introduce anécdotas; quien no se preocupa de que su obrita sea bien editada y esté decorada con estampitas; quien ataca prejuicios, modas, necedades dominantes, así como despotismos políticos, eclesiásticos, intelectuales y morales; quien elige a un editor envidiado por los demás editores, del que son enemigos; quien no se pone humildemente bajo la protección de algún gerifalte de la erudición; quien no intenta ganarse a los vociferantes del público y a aquellos que dan el tono en el mundo elegante; quien se presenta con demasiada modestia; quien dedica su libro a un hombre, o en el mismo hace justicia a un hombre, cuyos merecimientos se envidian y persiguen; quien tiene la desgracia de suscitar más atención con sus productos intelectuales que sus conciudadanos con la misma pretensión; quien cobra una fama en el extranjero que sus paisanos no le conceden, quien haga cualquier de estas cosas es muy probable que no alcance el éxito como escritor, al menos en esta generación, y verá como incluso su obra más provechosa se vuelve pronto maculatura. Aconsejo, por lo tanto, no descuidar del todo las más inocentes de estas pequeñas tretas de autor. Muchas de ellas, sin embargo, son indignas de un hombre noble y sensato.

Mostrarse agradecido en prefacios arrogantes por el aplauso obtenido hasta entonces; enviar juicios de sus obras a reseñistas mercenarios, que uno mismo, o un amigo, ha redactado y en el que se felicita al público por el hecho de que el escritor preferido de la nación ha vuelto a obsequiar al mundo un bello libro y otras estupideces parecidas, sólo ayudan durante un breve periodo. Más seguro que las reseñas, pero decisivo, es la impresión general del público. Al menos se ha de perdonar a un escritor, cuando considera una obra no del todo mala, sino adecuada a las necesidades de la época, obra que a lo largo de una serie de años es con frecuencia comprada, leída, reeditada y traducida, que prescinda de las censuras de algunos críticos incompetentes y continúe entreteniendo

a los lectores mientras dure ese ambiente positivo; pero cuando se advierte que desaparece, es el momento de dejarlo.

3

Hablemos ahora del comportamiento, de los deberes del lector frente al autor. En primer lugar, pienso que aquel no debe olvidar que éste no se puede orientar por el gusto particular de cada individuo. Lo que para ti, en tu situación y en tu estado de ánimo, es interesante, a otro tal vez le parezca aburridísimo e insignificante, y en verdad que se tendría que ser un brujo para escribir un libro en el cual todos, por un par de perras gordas, encontraran lo que buscan. Hay libros que sólo se tienen que leer cuando se está en el mismo estado de ánimo en que estaba el hombre que lo escribió, así como hay otros cuyo sentido y belleza se pueden captar con cualquier humor. No por ello son siempre aquellos de un contenido ingenioso, grande y sublime, ni, por el contrario, siempre apasionados y febriles. Tampoco contienen siempre éstos puras verdades eternas, basadas en una filosofía fría, irrefutable, tan sólo digna del hombre perfecto, o, por el contrario, un alimento espiritual siempre vulgar o fácil de digerir. ¡No seas, por lo tanto, tan severo, mi erudito lector, al enjuiciar un libro por lo demás no tan mal escrito!, o mantén tu opinión al respecto en tu cabeza en la cual suele haber espacio de sobra y no desacredites el libro. Y aún menos te dejes inducir a atacar el carácter moral del escritor, basándote en meras suposiciones, o a atribuirle intenciones perniciosas, a darle un sentido forzado a sus palabras o a interpretar con malicia sus gestos. No condenes un libro con sólo haber leído algunos pasajes, y no repitas maquinalmente los elogios y las críticas de reseñistas ignorantes, maliciosos o mercenarios.

4

Con la gran cantidad de escritos inservibles que abundan se hará bien en ser tan precavido en el trato con libros como en el trato con personas. Para no desperdiciar el tiempo con la lectura de tanto papel inútil, o lo que es lo mismo, para no amargarse la vida con un charlatán, yo intento no hacer muchos descubrimientos hasta que llega hasta mí la reputación de un buen libro o de un libro especialmente original. Estoy muy satisfecho con un pequeño círculo de buenos amigos con los que mantengo, con renovado placer, una asidua correspondencia al respecto.

5

Este sería el lugar apropiado para dedicar unas observaciones a nuestro comportamiento hacia los grandes hombres ya fallecidos, pero esto nos llevaría demasiado lejos; no cabe duda, sin embargo, de que es importante la influencia que tiene, en la educación de una persona, el estudio de la historia, del carácter y de los escritos de los héroes y sabios más famosos de siglos pasados. Uno se ve transportado a aquellos tiempos, nos vemos inspirados por el espíritu que emana de las acciones y de las palabras de aquellos hombres excelsos, y en este sentido nuestro modo de tratar a los fallecidos tiene a menudo una mayor influencia en las mentes y en los corazones, y a través de éstos en grandes acontecimientos universales, que el trato con los coetáneos.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

CONCLUSIÓN

1

Y ahora, estimado lector, me apresuro a concluir esta obra sobre el modo de tratar a las personas. Si encuentras algo que sea digno de tu atención, si este libro goza de una acogida bondadosa y es enjuiciado con equidad, me causará más alegría de la que me ha causado hasta ahora el mayor éxito de cualquiera de mis otras obras. Al menos espero que no encuentre aquí ningún principio del cual pudiera avergonzarse un hombre honrado y sensato y, si no tiene ningún otro mérito, que no se le pueda negar su aspiración a suministrar un análisis completo de la cuestión, pues creo que no se encontrará fácilmente una relación en la vida social sobre la que no haya dicho algo, ya sea bueno, malo o una mezcla de ambos, o regular desde el principio hasta el final, eso no puedo decidirlo yo.

2

Puedo afirmar, no obstante, que un libro como éste, presuponiendo que la cuestión se trate con el debido conocimiento de causa y experiencia del mundo, no sólo podría ser de utilidad a los jóvenes, sino también a los adultos. De personas distinguidas y clarividentes siempre se exige también esprit de conduite; pero en esto no se tiene razón. Este espíritu del trato social reclama frialdad de ánimo, prestar atención a los detalles, cosa que muy raras veces se encuentra entre los genios fogosos. Una sugerencia, en cambio, de un libro así puede llamar la atención a más de uno sobre un error en el trato con otras personas, sobre errores que podría haber pasado por alto hasta ahora debido a una excesiva vivacidad, sin por ello

desaconsejarle que emplee mis experiencias a su manera y que actúe con independencia de criterio.

3

Ahora bien, en esta obra no he pretendido enseñar a abusar de las personas para lograr nuestros objetivos, ni para dominar sobre los demás a nuestro gusto, ni tampoco para motivar a otros con objeto de que se empeñen en nuestras intenciones egoístas. Desprecio la frase "de una persona se puede conseguir lo que se quiera una vez que se ha dado con su punto débil". Sólo un canalla puede y quiere hacer algo así, ya que sólo a él le son indiferentes los medios para lograr lo que quiere; el hombre honorable no puede hacer de todas las personas lo que él quiere, y tampoco lo pretende; y el hombre de principios firmes tampoco carece de límites respecto a su persona. Pero lo que sí se puede desear, y eso lo puede lograr cualquier persona honrada y sabia, es que al menos le hagan justicia los mejores; que nadie le desprecie; que no se le incomode; que se le deje en paz; que se complazca en el trato con toda clase de personas; que otros no abusen de él o le quieran embaucar. Y si tiene perseverancia, actúa con consecuencia y nobleza, con precaución y rectitud, obtendrá el respeto general, y podrá también, si ha estudiado a los hombres y no se deja intimidar por ninguna dificultad, imponer al final cualquier buena causa. Y el propósito de este libro es aquí facilitar los medios y proporcionar reglas que funcionen.

Pero quien a lo largo de su vida, con cualquier acción arbitraria, con cualquier paso pequeño que tuviera que dar, antes quisiera consultar este libro para ver si encuentra alguna receta o alguna regla, eso supondría negar toda peculiaridad del carácter, ¿y cómo podría ser esa mi intención? Apenas sería necesario hacer este recordatorio si

en este mundo hubiese menos mentes retorcidas y menos intérpretes maliciosos.

4

Es muy natural que con esta oportunidad haya tenido que descubrir las flaquezas de varias clases de personas, sin por ello señalar groseramente a sujetos particulares. ¡Pero qué de cosas podría haber contado si hubiese ilustrado mi libro con anécdotas reales y hubiese incluido experiencias sacadas de mi propia vida! ¿Acaso me halago demasiado si espero que no se me culpe de ello y de que al menos desde esta perspectiva se me hará justicia?

Adolph Freiherr Knigge



Escritor alemán, masón y miembro fundador de los Iluminati de Baviera, nació en Bredenbeck en octubre de 1752, en el seno de una familia noble. Estudió Derecho en Gotinga, donde se hizo miembro del Cuerpo de Hannover. En 1777 se convierte en chambelán en la Corte de Federico II de Hessen-Kassel. A pesar de poseer aptitudes apropiadas para la vida cortesana, nunca se sintió cómodo en la corte y, tras una serie de peripecias y malentendidos, decidió abandonarla. Junto a Adam Weishaupt, creó el rito de la orden secreta de los Iluminati en Baviera, con la que abogó por los derechos humanos en Alemania .

Ilustración de cubierta © Stock Photo

Otros títulos

2Las mil caras de Anonymous

Hackers, activistas, espías y bromistas

Gabriella Coleman

3Un mal poema ensucia el mundo

Ensayos sobre poesía

Joan Margarit

4Contra la hegemonía de la austeridad

Stuart Holland

5El mejor libro del mundo

Vida y obra de Ramon Llull

Fernando Domínguez Reboiras

6Reinventar las organizaciones

Frederic Laloux

arpa editores

www.arpaeditores.com

facebook.com/arpaeditores

twitter.com/arpaeditores